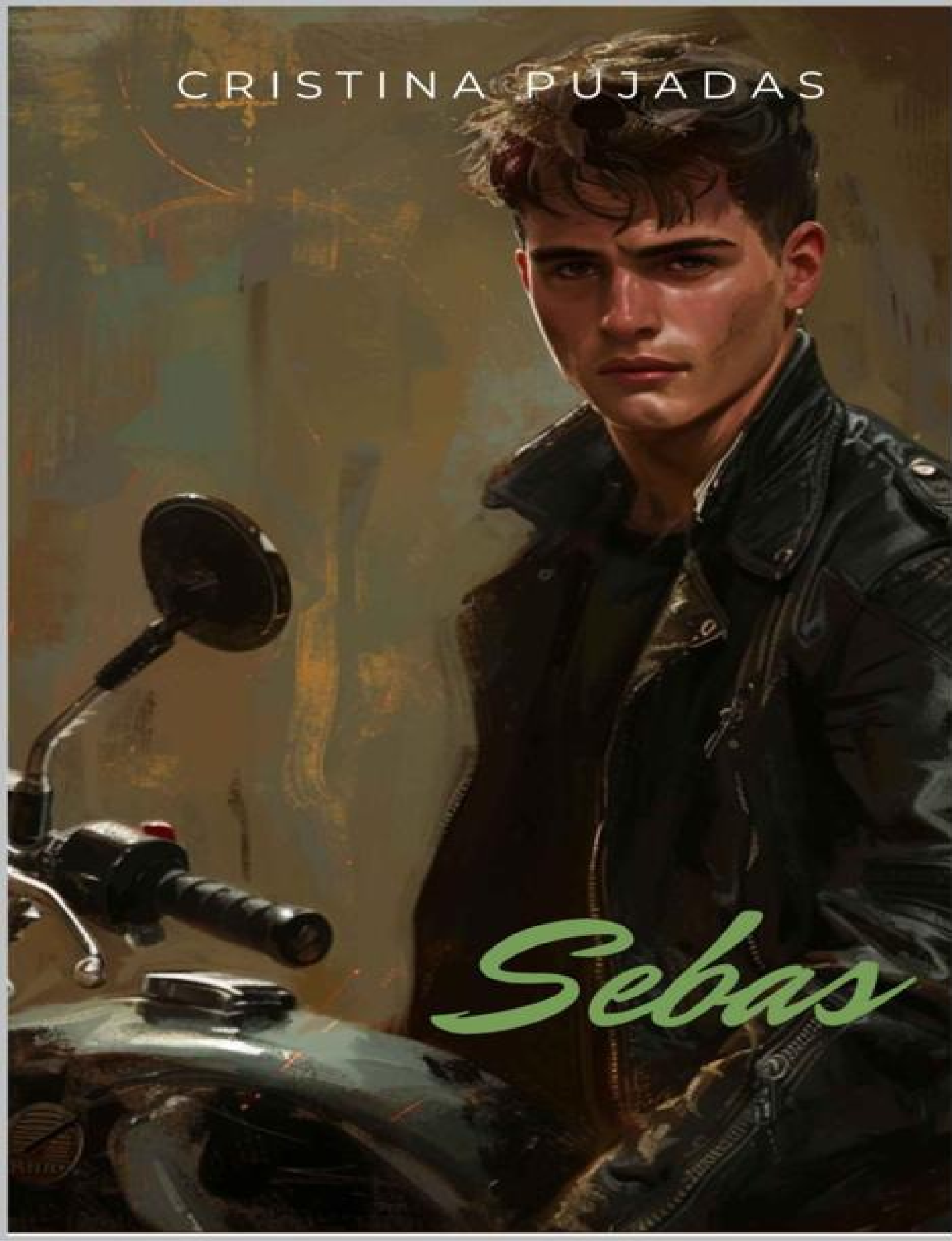


CRISTINA PUJADAS

Sebas



Saga Ángeles Caídos

Cristina Pujadas

Luz

Saga Ángeles Caídos # 1

Cristina Pujadas, 2018.07.08. **Versión 2020.12.12**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Suave (sin escenas eróticas)

Alec

Saga Ángeles Caídos # 2

Cristina Pujadas, 2018.07.25. **Versión 2020.12.13**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Suave (sin escenas eróticas)

Dan

Saga Ángeles Caídos # 3

Cristina Pujadas, 2018.08.27. **Versión 2020.12.17**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

Ricard

Saga Ángeles Caídos # 4

Cristina Pujadas, 2018.10.14. **Versión 2020.12.18**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

Sonia

Saga Ángeles Caídos # 5

Cristina Pujadas, 2019.05.12. **Versión 2020.12.28**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

Alba

Saga Ángeles Caídos # 6

Cristina Pujadas, 2019.12.12. **Versión 2020.12.28**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Suave

Oscar

Saga Ángeles Caídos # 7

Cristina Pujadas, **26 diciembre 2020**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Suave

Nicholas

Saga Ángeles Caídos # 8

Cristina Pujadas, **17 septiembre 2021**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Suave

Jerom

Saga Ángeles Caídos # 9

Cristina Pujadas, **24 noviembre 2022**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Sensual

Sebas

Saga Ángeles Caídos # 8

Cristina Pujadas, **14 agosto 2024**

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Sensual

Para fresita, que su vida esté llena de amor y de libros.

©Agosto 2024, Cristina Pujadas, SafeCreativity.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación o transmisión sin autorización expresa y por escrito de la autora, excepto el uso de citas puntuales siempre y cuando se incorpore la referencia correspondiente al libro y/o a la autora.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia no intencionada por parte de la autora.

Portada: Imágenes Midjourney® con retoques Procreate® y fotocomposición Canva®.

Sebas

Saga Ángeles Caídos #10

El camino de Sebas Forns se va a cruzar con el de una peculiar camarera. ¿Quién es? ¿Qué hace en un lugar en el que se supone que los que son como ella no tienen cabida? ¿De quién huye? O ¿a quién busca?

Descubrir todas y cada una de esas respuestas va a requerir de toda la pericia —y paciencia— de Sebas. A su favor está el hecho de que es un tipo con muchos recursos y un encanto natural. En su contra, que Phe jamás ha confiado en nadie y apenas lleva una temporada conviviendo entre humanos tras abandonar el mundo de las sombras.

¿Quieres conocer su historia?



Phe

LLEVABA UN MES instalada y aún no me había aclimatado a ese calor que rozaba lo empalagoso, pero al menos seguía viva, que ya era más de lo que cabría esperar si tenía en cuenta la fama que precedía a aquel lugar.

Era como el triángulo de las Bermudas para los que son como yo. El porqué, nadie lo sabía y a mí, personalmente, me interesaba más sobrevivir que no descubrir quién era el culpable de aquel misterio. Porque siempre hay un quién. O unos cuantos quiénes, pero es lo que hay: mi mundo es así de jodido. Donde hay muerte y sangre, hay alguien disfrutando del espectáculo. No es que pretendiera convertirme en una observadora, de nuevo, pero si tengo que elegir prefiero esa posibilidad que no la de víctima. Podría decirse que soy una tía pragmática.

La temporada de verano estaba empezando y sabía que esas primeras semanas no habían sido más que un tentempié de lo que estaba por llegar. No es que el curro me preocupara, pero lo cierto era que llevaba tanto tiempo sin dormir que empezaba a hacer mella en mí la fatiga, pero no era tan estúpida como para confiarme. No era estúpida.

No negaré que había tenido cierto reparo en tomar aquella decisión, pero hay cosas peores que la muerte, después de todo.

Sentí una presencia a mi espalda, pero opté por ignorarla mientras hacía mezclas para cerrar uno de los pedidos. Era un don nadie, otro tío de esos que se podía sentir a varias leguas que llevaban un calentón considerable.

El local estaba bien, pero, al margen de las parejitas de enamorados, acudían en masa muchos grupos de varones o féminas para desfasarse durante unos días y olvidar sus absurdas y miserables vidas. Bebían mucho y eso estaba bien, porque si el negocio funcionaba, yo seguiría compartiendo con cuatro chicas el techo que cubría mi cabeza, y lo que era más importante: un buen escondrijo.

Había visto el anuncio en un periódico, en un momento en el que mi vida y mi futuro pendían de un hilo. No es que hubiera dejado de hacerlo, pero el destino parecía estar empezando a jugar a mi favor. Necesitaba tiempo, incluso si no lo tenía. Fabricarlo no estaba dentro de mis habilidades, pero confiaba en que mi ausencia funcionara a modo de receso.

Puse las copas sobre la bandeja y la dejé sobre uno de los extremos de la barra donde alguna de mis compañeras vendría a buscarla. Esa ya era su responsabilidad, así que decidí ignorar su incompetencia para centrarme en el mortal que había ocupado uno de los taburetes y parecía estudiarme como si fuera comestible. ¡Gilipollas!

Si supiera...

Elevé la mirada para centrarla en él. Sus ojos eran negros y tenían una profundidad que, por una vez, hizo que me estremeciera. No tanto porque su varonilidad me impresionara especialmente, sino por el recuerdo de los que eran como yo.

Intenté mostrarme estoica, aunque su presencia me hizo revivir algunas de mis pesadillas. Las aplaqué ante la certeza de que era humano.

Ladeó la cabeza, estudiándome. Era un tipo de esos interesantes, pese a su naturaleza; testosterona en estado puro con ese deje de fondo, el de la lujuria, sobre capas de autocontrol aprendidas por el paso del tiempo.

Desde que me había instalado, esa capacidad de contención era algo que me llamaba la atención. El olor del deseo los delataba, pero solo unos pocos lo evidenciaban con sus palabras. A veces dudaba de si no lo exponían en voz alta por cortesía o por cobardía.

En el caso del semental situado frente a mí, me decanté por la primera de las posibilidades; su cabello oscuro estaba revuelto, tenía una mandíbula cuadrada y aspecto altivo, como si no fuera de los que evitan un conflicto. Al margen de su aspecto arrogante, su cuerpo no estaba mal. Era alto, pero lo definiría más bien como un tipo grande porque, aunque era de complexión atlética, su espalda era amplia y sus músculos estaban bien definidos en sus brazos, así que no parecía un fideo enclenque de esos a los que arrastraría una ráfaga de viento.

Elevó una ceja, como si quisiera preguntarme algo. Mi nombre. Mi teléfono. Mi talla de sujetador. Me inclinaba por una de estas dos últimas cosas, porque destilaba feromonas en cantidad.

Me centré en esos ojos que habían llamado mi atención, sabiendo que en realidad no suponía ningún peligro. Me gustaba ese refrán: el del perro que no muerde, pero ladra mucho. O como fuera. No le había dado la importancia de aprendérmelo porque mi paso por la superficie pensaba que sería efímero.

Intenté captar su olor. Buscar los matices ocultos tras el rastro principal típico de los machos mortales, que desean abrirte de piernas más pronto que no tarde. Me sorprendió la sutileza y variedad que encontré. Tenía dejes a madera húmeda, a sal, a sangre, sí, y también a nube, si es que las nubes tenían olor. En cualquier caso, estaba claro que aquel tipo no tenía reparos en liarse a puñetazos si la ocasión era propicia.

El casco de una moto, negro, como la chupa y sus ojos, me dijo que era de ese tipo de tíos, moteros, de los que había visto en alguna de las muchas series absurdas que mis compañeras de piso me habían hecho ver. Me lo había tomado como un reto personal y una forma de entender el mundo que me rodeaba. Una investigación que justificaba esas ñoñerías de besos, amores adolescentes e historias absurdas y carentes de problemas relevantes. Cualquiera de aquellas intrépidas protagonistas se mearía en las bragas si hubiera estado en mi piel unos pocos días.

—¿Qué te pongo? —le cuestioné mientras él me estudiaba y, por una vez, no me molestó demasiado y no sentí el deseo de partirle la cara. Quizá por el cansancio acumulado o, tal vez, porque estaba bueno. Lo que fuera.

—Me han recomendado el Sex on the beach. —Se pasó la lengua por el labio inferior en un gesto sugerente y sensual, pero a mí no me van los polluelos humanos recién salidos del nido. ¿Qué tendría? ¿Veintipocos?

—Ya veo... —Desvié la mirada hacia Greta, una de las camareras que vivían conmigo en el piso de arriba y que había sido la afortunada en acompañarlo hasta la barra.

No la había oído soltarle ese comentario, pero me imaginaba el tono que habría usado: no tenía ninguna duda al respecto. Era su tipo. Y el de la mitad de las camareras del local, así que sospeché que saldría del bar con un teléfono o un polvo rápido en uno de los baños. Me encogí de hombros. A mí plin.

Le di la espalda para coger una de las copas de la estantería y un par de botellas. Las dejé

frente a él, en la barra, y empecé a prepararle la bebida con manos expertas. Había trabajado detrás de una barra un tiempo, pero en un local muy diferente a aquel. Una de las muchas vidas que me gustaría poder borrar de mi memoria.

—Se te da bien esto.

—Mejor no me preguntes dónde lo he aprendido. —Le sonreí con un deje de soberbia.

—¿Me lo dirías?

—No. —Coloqué la copa frente a él y me fui al otro extremo de la barra para anotar su pedido y revisar los que me habían llegado al terminal.

La tecnología y yo no nos llevábamos bien y era la parte que más me había costado manejar las primeras semanas. Aquí todos andaban con teléfonos móviles y aparatejos electrónicos. Muchos de ellos con localizadores. Que no fuera amante del mundo moderno no significaba que no fuera tan estúpida como para no saber el riesgo que podía suponer ese tipo de artefactos de aspecto inofensivo.

Le ignoré durante la hora que se pasó allí, en la barra, no tengo del todo claro haciendo qué. Simplemente dejar que la vida se le escurriera entre los dedos. Pese a ser un mortal. Nunca había entendido esa tendencia suya de dejar que el tiempo controlara sus vidas, pero era aún más raro ver que alguien estaba dispuesto a estar, disfrutar de su existencia y no rellenarla con banalidades.

Me acerqué para retirarle la copa.

—¿Otra ronda? —le pregunté intentando no sonar demasiado borde, porque mis contestaciones cortantes no ayudaban a que mi pellejo mantuviera el puesto y las ventajas que tenía con este.

—Depende.

—¿De qué? —Caí en su trampa. Su mirada se volvió oscura y me atrapó durante una fracción de segundo. Tenía un algo que le hacía diferente a los humanos con los que me había topado a lo largo de los últimos dos siglos.

—De si me dices a qué hora acabas el turno.

—¿Con qué finalidad? —No tenía intención de seguirle el juego, pero me encontré haciéndolo.

—Aún no lo tengo claro; podemos dejar que la noche decida por nosotros.

—Casi que paso. ¿Te traigo la cuenta? —Había perdido un buen rato, pero aún podía volcar su energía en alguien más predispuesto que yo. Algo así como cualquiera.

—Por favor. —Asintió. Me sorprendió porque no parecía molesto con mi negativa.

Me peleé con el terminal y conseguí imprimir el maldito papel. Cogí un TPV y me acerqué para cobrarle. Titubeó, pero se decantó por pagar en efectivo. Ignoré la propina, que no estaba mal, porque a mí el dinero me la traía floja.

—No me he presentado, me llamo Sebas. —Me tendió una mano por encima de la barra.

Tíos que intentaban darte un par de besos para aprovechar la ocasión y agarrarte de lo que les quedara más accesible para prolongar ese contacto entraban en el local a diario. Me veían algo así como una tía exótica, supongo. En parte por mi aspecto, un cuerpo con curvas generosas en los lugares apropiados que no tenía intención de ocultar, motivo por el que solía usar la parte superior de un bikini negro con unos *shorts* tejanos lleno de rotos del mismo color que no dejaban mucho a la imaginación, en parte por ese deje que arrastro por lo que soy y que, pese a mi ceño fruncido y mi carencia de sonrisas zalamerías, hace que los machos me deseen como si fuera la fruta prohibida del paraíso.

Miré aquella mano frente a mí. Era un comportamiento extraño. Solo había tomado la mano del que ahora se suponía que era mi jefe, el día que acordamos verbalmente las condiciones de mi actual trabajo. La gente aquí era emocionalmente efusiva, algo que me generaba urticaria, pero empezaba a sobrellevarlo.

Aquel saludo formal, en él, no sabía cómo interpretarlo. Acabé aceptándola, pero solo para evitar montar un numerito en la barra. Apreté los labios al sentir la calidez que emanaba en él. Era agradable y me recordó un poco a mi niñez. A la época anterior a que todo se fuera a la mierda. Al abrazo de mi madre.

Alcé la mirada, buscando algo, pero sin saber el qué. Me pareció ver pequeñas motas plateadas en su interior. El reflejo de todo lo que nos rodeaba, jugando una mala pasada a unos ojos acostumbrados a ver en la más oscura penumbra. Incluso con aquella ambientación de luces tintineantes, me sentía fuera de lugar. Yo allí no pintaba una mierda, pero el tipo que estaba frente a mí no tenía ni la más remota idea. Si lo supiera, estaría suplicándome por su vida.

—Supongo que ahora pretendes que te diga mi nombre. —Le regalé una media sonrisa mientras su mirada seguía fija en la mía.

—Estaría bien, sí.

—Puedes llamarme Phe.

—¿Phe? Suena como si fuera el diminutivo de algo...

—Lo es, pero eso no significa que tú tengas por qué saberlo. —Ladeé la cabeza y, con una expresión prepotente, separé mi mano de la suya.

Soltó una pequeña carcajada masculina mientras me estudiaba. Estoy segura de que pocas mujeres serían capaces de ignorar la sensualidad que desprendía. Supongo que la novedad de la negación llamaba su atención, porque había algo en él que me advertía que no tenía intención de darse por vencido. Lo que era un condenado problema, porque a mí su interés ni me interesaba ni me convenía.

—Hasta mañana, Phe.

Fruncí el ceño y le lancé una mirada que podía definirse de muchas formas, pero no como amigable. Debería darse por aludido. Debería sentir un escalofrío en la espina dorsal y presentir que algo no andaba bien. El instinto de supervivencia es algo que suele ser inherente en ellos, pero, muy a mi pesar, él se limitó a asentir y sonreírme. ¡Capullo!

Me dio la espalda y sentí el deseo de desgarrarle con mis garras, porque lo hizo de una forma arrogante, como si él estuviera por encima de mí. Antes muerta que someterme. Me contuve, porque él no sabía nada de mí. Ni de mi mundo.

Apreté la mandíbula con fuerza mientras él se abría paso por el local para irse. Esa parte estaba bien. A ese tipo lo quería lo más lejos posible. Había algo en él que era hasta cierto punto inquietante. Eso mismo que hacía que no fuera la única mujer de la sala observándole mientras se movía entre las mesas como si fuera el rey y señor de todo aquello, pero me sorprendió porque no buscó sus miradas ni desvió su camino para toparse casualmente con alguna de ellas. Las ignoró.

Ladeé la cabeza. Podría haber pasado una buena noche, si hubiera prestado un poco de atención, pero no lo hizo. Quizá no era capaz de percibir su interés, esos matices de curiosidad y deseo. Después de todo... solo era un humano.



Phe

ME GUSTARÍA DECIR que al acabar mi turno me esperaba algo mejor que esconderme en mi alcoba, pero sería una sarta de mentiras.

En primer lugar, mi horario como tal no existía. Igual que tampoco disponía de un contrato. Para muchos eso sería turbio, para mí, un filón. Es lo que tiene no disponer de papeles, carnés, ni nada parecido. Antes era más fácil. Dabas unas cuantas referencias, unas credenciales que no tenían por qué ser verídicas, porque nadie perdería el culo para verificarlas, y dabas tu palabra. Se daba valor a ese tipo de cosas y yo sabía mentir con la elegancia propia de los que son como yo.

Ahora, en cambio, me veía obligada a deslizar mi mente para conseguir ese pequeño tipo de licencias. Un trabajo sin papeles. Un lugar en el que dormir. Un algo. Lo que fuera. Manipularlos según mis necesidades no me suponía un cargo de conciencia, pero podía dejar un rastro, sutil, que podía acabar siendo mi perdición, así que me esforzaba por no hacerlo.

¿Que a veces tenía tentaciones de decirle al plasta de turno que se despelotara y simulara ser una rana durante un rato? Sí, para qué negarlo. ¡Podría ser la mar de divertido! Sin embargo, me contenía, como hacían todos ellos. En su caso por sus limitaciones, en el mío porque prefería mantener la cabeza sobre mis hombros que echarme unas risas por lo gilipollas que podían ser algunos.

Los humanos eran un incordio y la tecnología que explotaban, y a la que se aferraban, más. Quizá su carencia de dones ni habilidades hacía que se decantaran por aquellos instrumentos, a los que dotaban de un algo que ellos no disponían. Videojuegos en los que sus roles cambiaban y se alejaban de sus míseras vidas, aunque fuera durante unas horas. No es que la mía fuera un ejemplo a seguir, porque, aunque no me gustaría ser como ellos, caducos, admito que no tener que estar mirando todo el rato a mi espalda y sentir la soga que se ceñía en mi cuello, estaría bien. Incluso siendo tan... poca cosa.

Había aprendido a convivir con ellos por necesidad, no por interés, aunque con el paso de las semanas había empezado a tomarles a algunas de mis compañeras algo de aprecio. Y con eso me refiero a que no me eran del todo indiferentes, no que disfrutara con su compañía y su verpertina verborrea. El deseo de chasquear los dedos y hacerlas callar a veces era tentador, aunque no lo hacía.

A su favor he de decir que sus motivaciones son simples.

Y eso no tiene por qué ser algo malo.

Sus quehaceres y sus problemas son ridículos.

Y está bien.

Las dejo que me hablen y hago como que las escucho. Como si me importara. Que no lo hace, para nada, pero llena un poco el vacío de mi eterna existencia. Sus amores y desamores. Sus

trémulas ambiciones. ¡Como si sobrevivir no fuera un aliciente suficiente!

Quizá todo se debe a que ellos saben que van a morir desde el día en el que nacen.

Greta se dejó caer en la cama que había debajo de mi litera. No es que me apasionara compartir habitación con otras cuatro personas, pero era la mejor forma de ocultar mi rastro: impregnarlo del de otros.

Les había pedido en más de una ocasión algo de ropa y me apoderaba de sus sábanas cuando las ponían en la cesta de la colada para usarlas. Las cambiaba cuando mi olor empezaba a ser el dominante, algo que pasaba en apenas un par de días. No es que fuera la cosa más higiénica del mundo, pero todo lo que pudiera facilitar mi supervivencia era bienvenido. Como si tenía que usar sus bragas, vamos, no tengo muchas manías.

—¿Os habéis fijado en el tipo de la chupa de esta noche? —Lanzó la pregunta al aire.

Nadie esperaba que fuera yo la primera en contestar, incluso si se había pasado el rato en mi barra y habíamos tonteado un algo.

—¡Cómo para no fijarse! —soltó Ingrid tras una risita baja que sugería que se le había abierto, de repente, el apetito. Puse los ojos en blanco. ¡Eran tan básicas!

—¿Ha venido solo? —cuestionó Maritza con ese acento seseante que la caracterizaba. Era italiana y tenía unos ojos azules que me recordaban al mar enfurecido, un poco como su carácter, que subía y bajaba como las mareas.

—Eso parece —afirmó la primera, una explosiva combinación de madre rusa y padre inglés que poseía caderas generosas y adoraba las historias de amor, cuanto más empalagosas, mejor—. Se ha quedado un rato fuera, con el grupito que ha pedido varias rondas de mojitos.

Había una crítica impresa en su tono, aunque no tuve del todo claro si hacía referencia a su carencia de variedad en cuanto a sus consumiciones o al hecho de que el tipo de la cazadora de cuero les hubiera prestado atención. Quizá al final sí había tenido un buen cierre esa noche, después de todo.

—¿Estás celosa? —Por lo visto no había sido la única en notar ese retintín en su voz. Observé a Maritza, que tenía un poco de bruja y un mucho de zorra. Me caía bien.

—No, porque no se ha ido con ninguna de ellas. —Ahí sonó hasta emocionada.

—¿Estás segura? —la provocó Greta antes de empezar a reír a carcajadas. No sé bien bien por qué. Aún se me escapaban ese tipo de cosas.

A mi favor diré que estaba más habituada a escuchar sollozos, gemidos y súplicas que ese tipo de carcajadas tan espontáneas e inocentes. Sí, ese tipo de risa me venía un poco de nuevo, pero no estaba mal del todo.

—Se ha ido solo, ¡en una moto enorme que rugía como el mismo demonio! —aseguró Sophie y sopesé la posibilidad de que hubiera intentado interceptarlo. A la francesita de maquillaje abundante le gustaba tirarse a todo lo que echaba mano y, si estaba bueno, mejor que mejor. Según ella, era el mejor verano de su vida. Si el grado de satisfacción se correspondía con el número de polvos, no podía quejarse.

—Lo dudo —mascullé, entre dientes. Esa no tenía la más mínima idea de cómo rugía alguien así. Una imagen cruzó mi mente y la alejé tan rápido como pude, bloqueando su recuerdo.

—¡En serio! —aseguró Greta y noté como empujaba las lamas de mi cama con las piernas—. ¿Y tú qué? ¿No vas a contarnos nada? ¡Te he visto hablar con él!

—Parecía majo. Ha dejado propina —sentencié, intentando no mostrar un tono de aburrimiento que rozaba el fastidio.

—¿Y ya?

—Creo que Greta va a estar dándonos el coñazo si no le dices algo más. Invéntate lo que quieras... —me propuso Ingrid.

Sonreí y, cosa rara, mis caninos se alargaron. No me preocupó porque en el lugar en el que estaba ninguna de aquellas mocosas podía verme, aunque me contuve antes de que la transformación se culminara. No es que hubiera sido el fin del mundo, porque podía borrar parte de sus memorias y hacer como que nada había pasado, pero no me apetecía hacer ese esfuerzo.

Llevaba sin dormir demasiado tiempo y el cansancio empezaba a hacer mella en mí, pero no me podía permitir bajar la guardia, aunque sabía que era insostenible mantenerme en vela eternamente. Algún día lo haría. Cerraría los ojos... pero no hoy.

Suspiré cansada. Estábamos hablando del chico.

—Se llama Sebas. Me ha dicho que volvería mañana.

—¿En serio te ha...? —murmuró mi compañera de litera.

—Ese huevito quiere salir —soltó Sophie simulando el acento latino de una de sus últimas conquistas.

—¿Qué narices significa eso? —le preguntó la rusa. A modo de respuesta, la francesa se puso a gemir de una forma bastante obscena, haciendo que el resto del grupo empezara a reír a carcajadas y se sonrojaran considerablemente.

Sophie había sido muy gráfica y bastante realista, sí, lo que me llevó a preguntarme si fingía sus propios orgasmos.

—Le molas —sentenció Greta con un tono de voz derrotado que me hizo saber que esa posibilidad le sentaba de culo. Toda ella era tan feliciana y amigable que hasta me dio un poco de pena.

—No creo. —Si le hubiera dado pie, habría acabado empostrándome en cualquier parte, pero por lo visto existía un algo compasivo en mi interior y me decanté por mentir. No me suponía un gran esfuerzo hacerlo, siempre se me había dado bien; lo sorprendente era que el fin fuera algo hasta cierto punto altruista. Eso sí era nuevo.

—Está bien, en serio. —Creo que era algo así como una concesión, pero no estaba muy versada en el lenguaje silencioso entre mujeres, así que a saber.

De donde yo venía, si a dos hembras nos interesaba el mismo tipo, o nos sacábamos los ojos o montábamos un trío. Yo no solía jugar mucho a aquello, porque machos hay muchos y prefería mantener un perfil bajo para pasar desapercibida.

Me había convertido en una paria. En una nómada.

Hasta que el destino me había jodido.

Un movimiento en la cama de abajo me puso en alerta. Me quedé quieta, esperando que sucediera algo. No es que me preocupara mucho lo que pretendiera hacer Greta.

Incluso si convivir con ellas a lo largo de esas semanas no había sido del todo desagradable, no había confraternizado con ninguna de mis compañeras como para que matarlas, en caso de necesidad, me supusiera algún tipo de conflicto moral. Mejor no cogerles cariño, incluso si a veces se sentían un poco como si fueran pequeñas mascotas. Quizá por eso me mantenía a distancia de todos los que me rodeaban. Solo por si acaso.

—Está bien, en serio. —Greta asomó la cabeza entre los barrotes y repitió aquellas palabras con formalidad, como si las sintiera muy adentro—. Creo que es justo lo que te hace falta. Alguien que te distraiga un poco y te ayude a sonreír.

Fruncí el ceño, confundida.

¿Qué se suponía que era eso? Me sonrió de una forma extraña, como si yo le diera... ¿pena?

Cualquiera que supiera qué o quién era yo no tendría los santos cojones de decirme algo así. Apunto estuve de gruñir y sacar las zarpas, porque nadie en su sano juicio me había soltado antes un comentario con ese tono lastimero.

A su favor, admitiré que sus ojos compasivos me habían sorprendido. Por un insulto, o según qué tipo de agravio, no me importaría teñir de sangre las paredes y el suelo del piso, pero creo que no era su intención herirme. Más bien al contrario. ¿Se suponía que había sido algo así como un consejo? Menuda mierda, en serio.

Antes de que pudiera responderle, desapareció y se metió de nuevo en su cama. Me jodió el silencio que se instauró en el cuarto. Como si todas compartieran ese pensamiento. Estaba acostumbrada a que la gente me tuviera miedo. Igual que había aprendido a teñir el mío de rabia para convertirlo en una fortaleza.

¿Distraerme? ¿Pensaban que necesitaba distraerme?

Era lo último que me convenía en esos momentos, pero ellas no tenían la más remota idea. Con todo, era hasta cierto punto enternecedor ese deje de preocupación. Pensé en mi madre. Ella se había preocupado por mí, menos que más, pero sí un algo.

Que lo hicieran aquella panda de mortales que apenas me conocían era extraño. Tan finitos y vulnerables. Mental y físicamente. Abrían su corazón al primero que pasaba y deseaban creer en algo. En la vida. En el amor. En la esperanza.

Cerré los ojos, dispuesta a ignorarlas, pero no a dormir.

No podía permitirme ese capricho. Tenía que estar preparada para afrontar la trampa que el cabrón del destino me estaba preparando.

De nuevo.



Sebas

ACABÉ APODERÁNDOME de un cigarrillo, cortesía de un grupito de damas que estaban en el porche delantero con las que me entretuve un rato. No eran las mismas con las que me había cruzado a mi llegada, pero me venía bien tenerlas de tapadera mientras tanteaba el entorno por si algo llamaba mi atención.

Nadie está del todo seguro con un demonio cerca.

Por norma general.

Aunque siempre hay excepciones.

El tema era si ella formaba parte de esa rareza o, por el contrario, debería avisar a mi padre para que enviara una patrulla de limpieza. Esa idea me molestaba, aunque no sabría definir bien bien el porqué. Decidí esperar y darle una oportunidad al destino, a ver si los astros se alineaban y me daban una respuesta.

Después de estar estudiándola durante ese rato que me había sabido a poco, no tenía ninguna duda de que no era una tipeja del tres al cuarto. A la distancia apropiada, su rastro era mucho más intenso y decía muchas cosas para alguien con la habilidad de apreciarlas. Yo no debería ser capaz de sentir ese tipo de matices, pero hay tantas cosas atípicas en mí que eso supone una minucia.

La parte buena es que los demonios suelen menospreciarnos y eso juega a nuestro favor cuando nos metemos en problemas, algo que es un habitual.

Mi primera conclusión era que Phe se había pasado la velada detrás de la barra, atendiendo pedidos. Un soberano aburrimiento, vamos. Estuve tentado de avisar a mi primo Dilan para que controlara el perímetro, solo por si acaso, pero dejé que mi instinto se sobrepusiera respecto al sentido común. Por norma general, soy de los que se dejan llevar por las sensaciones.

No desperdicié el tiempo coqueteando con ninguna de las chicas de aquel animado grupo. Sabía que, si se lo sugería, varias de ellas estarían predispuestas a pasar un rato a solas conmigo con la ilusión de un poco de acción, pero no podía permitirme ese tipo de entretenimiento que acabaría sabiéndome a poco.

Pensar en eso no me ayudó a centrarme, porque recordé a la mujer que había hecho que acabara en aquel lugar. Me mordí el labio inferior mientras rememoraba con un mal disimulado interés el pantaloncito que llevaba con rotos desperdigados por todas partes. Ese que apenas le tapaba las nalgas y que me había puesto a mil. ¡Pedazo culo! Era generoso y firme, de esos que son de buen agarrar... Tentador.

Por desgracia, había un montón de peros.

Dejé que mi mirada vagara por todo lo que había a mi alrededor. Phe llevaba un tiempo allí y su presencia era bastante evidente cuando sabías qué debías buscar exactamente. Sospechaba que vivía en el piso superior y no lo hacía sola. El rastro de un par de las camareras que nos

habíamos cruzado también podía sentirse en la parte superior del edificio. Y sobre la piel de Phe.

Existía la posibilidad de que se acostara con ellas. Si me incluyeran en sus enredos de cama, sería una condenada fantasía hecha realidad. La mierda es que esa era una de las muchas carencias que me había autoimpuesto. Por cojones, vamos, no por gusto.

En cualquier caso, que viviera acompañada de gente del montón era un dato bastante relevante que me hacía pensar que no era mala gente. Bueno, eso y que no había rastro alguno de sangre o de cadáveres, algo que solían amontonar, como si fueran coleccionables, muchos de los que eran como ella.

Tras acabarme el pitillo y darles un poco de coba, me despedí de las chicas y conduje la moto hacia la enorme mansión familiar que teníamos en la otra punta de la isla. Que no es que fuera un gran trayecto, en cualquier caso.

Tomé el desvío que me llevaba hasta nuestro recinto privado: un buen trozo de terreno repleto de frondosa vegetación mediterránea con un pequeño acantilado sobre el que se erguía una mansión enorme de blancas paredes de mármol. Apreté el botón del mando a distancia de la reja y, tras emitir un gemido agudo un tanto aterrador, se abrió.

Crucé el marco de metal y sentí las barreras de protección mágicas reconocirme. Mi abuelo era muy meticuloso en cuanto a la seguridad de la familia. Nuestra casa no existía en ningún sitio: ni siquiera en las imágenes de los satélites, porque mi tío Dan se había ocupado de ello. Donde no llegaba la magia, lo hacía la propia tecnología.

La puerta del garaje estaba abierta. Había un par de coches deportivos y varias motos. No nos gustaba destacar demasiado, pero sí los lujos, así que a veces nos permitíamos algún que otro capricho, aunque solo los justos.

Apagué el motor y me saqué el casco. En vez de entrar en el edificio, me dirigí hacia los acantilados y me senté allí para observar la noche estrellada que había hecho acto de presencia. Me gustaba disfrutar del silencio, roto solo por el impacto de las olas sobre las rocas.

Saqué mi teléfono y marqué el número de uno de mis primos. Somos muchos, de hecho. Mi madre es hija única, pero mi padre es el mayor de cinco hermanos, con lo que hemos acabado siendo un montón de primos bien avenidos, algunos más tocacojones que otros, pero supongo que es lo que tiene ser familia. Y, sí, lo admito, yo formo parte de ese fastidioso grupo, así que tampoco es que pueda quejarme.

—*¿Necesitas que venga alguien soltero para no atragantarte con tantas parejitas?* —me cuestionó Jason, con un tono de voz sedoso, el muy cabrón.

—Yo lo llevo mejor que otros. —No lo negó, al contrario, escuché como reía al otro lado de la línea.

—*Creo que se está convirtiendo en una pandemia.*

—Es la edad. Y las hormonas.

—*Créeme que lo sé.* —Sonreí, porque mi primo Jason también seguía soltero. De ahí su asqueroso saludo. En la mansión de la playa de mi abuelo estaban instalados mi prima Alba, con la que me había criado, con su novio, y también Nicholas, otro de nuestros muchos primos, con su novia. Dos parejas. Y yo. Un festival, vamos.

Nada que ver con los veranos de hacía unos años, en los que todos andábamos solteros y sin compromisos, igual de felices que de jodidos. Se llevaba bien, eso de estar en igualdad de condiciones. Y no es que lo lamente por ellos, pero me dijo una vez un tipo, en la facultad, que deseamos que al resto les vaya bien, pero no mejor que a nosotros. En su momento me chocó un poco ese deje narcisista, aunque es cierto que, si bien me alegro por mis primos —o mi hermano,

que también está con una tía la mar de maja—, verlos ennoviados hace más evidente mi carencia. En cualquier caso, Jason seguro que lo lleva peor, así que no era quién para quejarme.

—¿Por dónde andas? —me interesé.

—*He ido a la central a echarle una mano a mi padre.* —Asentí, cerrando los ojos. Su padre, mi tío Dan, era el genio informático de la familia, pero sus dos hijos, Jerom y Jason, le seguían los pasos y solían ayudarle con toda esa mierda. Yo ni de coña sería capaz de quedarme detrás de un escritorio jugueteando con un montón de pantallas y un maldito teclado. Me va más el deporte. La acción. Lo que sea que no implique sedentarismo.

—Pues me parece perfecto, porque tengo una cosita para que te entretengas ahora que has acabado los finales. —Sonreí.

—*No hace falta que esté contigo para saber que eso es puro sarcasmo.* —Conociéndolo, estaría poniendo los ojos en blanco.

—¿Me harás el favor?

—*Dime.*

—Hay un local, en la isla, me gustaría que le echaras un ojo.

—*¿Un ojo? ¿En qué sentido?*

—No lo sé. Mira a ver qué encuentras.

—*Sería más fácil si me dijeras qué se supone que he de buscar.*

—Pero entonces no sería un reto.

—*Capullo.*

—Nada nuevo. —Observé un barco que se movía en el horizonte—. ¿Cuándo tienes pensado venirte?

—*En un par de semanas. Me gustaría instalarme a partir de la segunda quincena de julio, antes de que todo se masifique y ya apenas se pueda salir de la finca.*

—¿Qué sabes de tu hermano?

—*Jerom está que no caga con su pastelito amargante y, entre eso y el negocio, subirá menos que otros años.*

—Ya veo.

—*Ayer vi a David y me dijo que se instalaría este fin de semana, por eso.* —Ese era el mayor de todos nuestros primos y, sin pretenderlo, el que tenía un algo bastante siniestro. A Brianna, la novia de su hermano pequeño, Nicholas, se le cortaba la libido cuando andaba cerca, así que podía considerarse una mejora—. *Te lo miro para este fin de semana, ¿te va bien o es algo que te urja?*

—No, está bien. —A ver, que, por gusto, le diría que se pusiera a ello y que me diera el parte a primera hora, porque lo de trabajar de noche era algo habitual para él, pero eso llamaría su atención y no me apetecía que me empezara a hacer preguntas concisas y, aún menos, que me sondeara.

Suerte que Nicholas no andaba cerca. Es un puto detector de mentiras. Sonreí, divertido, porque sería un reto sortear a unos y otros ese fin de semana. Prefería guardarme el secreto de Phe, de momento. Hacer una segunda aproximación y entender un poco cómo era y qué diablos hacía trabajando en ese lugar, en la que considerábamos nuestra isla.

Me fui a dormir, ignorando el hecho de que no le había dicho a nadie de mi familia que había un demonio instalado a unos pocos kilómetros de la que se suponía una zona segura. ¿Por qué no lo hice? No tenía una respuesta para aquello, así que me decliné por ignorar la pregunta. Nunca he sido un cobarde, pero, visto en perspectiva, quizá fue un mecanismo de defensa.

No estaba preparado para enfrentarme a una verdad mucho más grande.



Phe

ME ESCAQUEÉ a eso de las tres de la madrugada, poco después de que Sophie volviera de su cita nocturna.

He de admitir que la chica disponía de una vigorosidad considerable. Para ser humana, y eso.

Por gusto me hubiera fundido con las sombras para aparecerme en cualquier lugar, lejos de allí, como había hecho durante toda mi vida. No todos los demonios disponíamos de ese tipo de capacidades, pero no tenía intención de quejarme de esa en concreto. La mierda es que cuanto más valioso eres, mayor es el precio que acaban ofreciendo por tu cabeza, así que no lo hice.

Fingía ser algo que no era y evitaba todo lo que para mí era natural, en parte para asegurar que mi rastro fuera lo más sutil posible y, también, porque cada vez me sentía más cansada. Más débil. Incluso si me aferraba a la vigilia como quien sabe que si no lo hace ese receso va a irse a la mierda. Que era lo que pasaría.

Sin embargo, ni siquiera alguien como yo puede estar sin dormir eternamente. Lo sabía, pero mi propia debilidad me advertía que caer en la tentación solo empeoraría las cosas, así que me limitaba a intentar sobrevivir.

—Un día más. Una semana más. Quizá un mes. O dos. —Suspiré.

Llegado el momento, ya vería cómo lidiaría con el resto.

Estaba aprendiendo a moverme como ellos. Me desplazaba en vehículos a ruedas, que no sabía conducir porque, al margen del volante que usaban para dirigirlos, había varios pedales en el suelo cuyas funciones me había negado a preguntar.

Aprendía a trompicones, intentando no dar ningún traspié demasiado evidente que requiriera borrar la memoria de nadie. No tanto porque fuera contraria a hacerlo, sino porque usar mis habilidades me fatigaba cada día más y podían ir dejando rastros sutiles, pistas que trazaran un caminito que guiaría a algún gilipollas hasta mí.

Acabé acostumbrándome a eso de usar puertas y ventanas, aunque a estas últimas yo les daba un uso más interesante que tan solo mirar el paisaje. De hecho, a través de una de ellas me escabullí para trepar hasta el tejado.

La noche se alzaba aún con total majestuosidad y en el cielo miles de estrellas brillaban con luz propia. Había una belleza cautivadora en aquel trozo de tierra. En el mar que lamía su arena y rompía con violencia sus rocas.

Dejé que los ruidos de aquel lugar me colmaran mientras liberaba mi verdadera forma. No solía hacerlo. Pero hoy necesitaba sentirme un poco más yo y menos esa fachada que llevaba interpretando. Por mi propio bien. Por mi propia supervivencia. ¿Hasta cuándo?

Suspiré.

Sentí el peso de mis párpados, el cansancio acumulado.

Llevaba huyendo demasiado tiempo.

Desde que me había instalado, hacía poco más de un mes, no había tenido ninguna sorpresa desagradable. Me refiero a cosas que no fueran unos calcetines apestosos en la mesa común en la que desayunábamos, unas bragas que no eran mías en mi cama y un montón de mortales hormonados pululando a mi alrededor.

En el altílo en el que se había creado algo parecido a una vivienda *solo* estábamos nosotras cinco. Por lo que había conseguido descubrir, allí vivía inicialmente el propietario, pero cuando las cosas empezaron a irle bien se compró una casa en algún lugar idílico de la isla, dejando esa vivienda disponible a algunas de las camareras a cambio de un salario menos abultado. Todos menos el mío, aunque eso mis compinches no tenían por qué saberlo. Es lo que tiene saber *negociar*, por llamarlo de alguna forma.

Cuando me interesa, la gente suele hacer conmigo excepciones.

Me quedé allí hasta que la luz del alba despuntó en el horizonte. Un nuevo día.

Era extraño eso de poder ver las puestas de sol, pero también cómo se alzaba, orgulloso, cada mañana. Un pedazo de tierra. Solo eso.

Con lo grande que era el mundo, ¿cómo podía ser que ese lugar recóndito fuera un buen escondite? Hubiera dado por sentado que, entre miles de personas, en una gran ciudad, sería más difícil encontrar mi rastro, pero nada más lejos de la realidad.

No había llegado allí por una cuestión del azar: aquel lugar tenía mala fama. El porqué nadie lo sabía, y sospechaba que no me gustaría la respuesta.

Escuché ruidos en la habitación y me maldije: ya no podría volver a entrar por la ventana. Me mordí el labio inferior... sería tan fácil entrar y jugar con sus recuerdos. Descarté esa posibilidad. Me dolían los huesos y mis músculos empezaban a mostrar señales de fatiga.

Había probado con algunas pastillas estimulantes, pero por lo visto las de los humanos no tenían ningún efecto en los que eran como yo y no podía permitirme ir a algún lugar en el que sí encontraría drogas que me ayudarían a sobrellevar aquello.

Suspiré mientras me deslizaba por encima del tejado de forma sigilosa, cual felino. Salté al vacío y aterricé dos pisos más abajo. Ni un rasguño. Nadie tenía por qué saberlo. Escuché ruidos y afiné mi oído para localizar a mis compañeras de piso, que se movían como fieras al acecho de algo a lo que hincarle el diente.

Me alejé del edificio para acercarme hasta la playa. Habían recogido los restos que evidenciaban la fiesta de anoche, pero pronto volvería a estar lleno de gente, solo que ahora en vez de bailando, reposarían en las tumbonas, bajo las sombrillas cubiertas de hojas de palmera seca, pidiendo piñas coladas o un refresco.

Miré la posición del sol para saber que me quedaban unas pocas horas antes de que el local abriera de nuevo.

Era un no parar.

A las once se abría la terraza que daba a la playa y el acceso a la zona de baño, previo pago mínimo de una consumición. Al margen de la bebida, también servíamos cosas básicas de pisolabis, como patatas fritas o todo lo que pudiera almacenarse en una lata. A las doce se abría la sala principal y la «cocina», que era un nombre un tanto redundante para la mierda de sala en la que había un trozo de mármol con un lavamanos, una nevera enorme y una gran plancha que apenas calentaba.

Nos pasábamos unas horas hartándonos de montar bocadillos hasta que la chapábamos a eso de las cuatro, hora en la que ya solo se servían copas y tentempiés salados para amenizarlas. Las tardes se convertían en noches y a eso de las nueve se ponía el DJ de turno en la playa para que

la gente bailara y se contoneara. Encendíamos los focos de colores tras el ocaso y, de ahí, teníamos que aguantar a la clientela más subida de tono hasta las tres de la madrugada.

Existían turnos, que eran eternos, pero el principal aliciente era que podíamos disfrutar de los lujos del lugar en nuestros ratos libres. De ahí que Sophie acabara alternando con algún que otro turista cada dos por tres. Todas lo hacían, de hecho. Todas menos yo.

Dejé que el agua me lamiera los pies. No había cogido un bañador, pero me apetecía un chapuzón. Me ayudaría a despertar mi cuerpo entumecido. No tanto como un sueño reparador, pero esa era otra historia.

Me desnudé, tirando la ropa sobre la arena para que no acabara empapada. Avancé hasta que el agua me cubrió el pecho. Cerré los ojos antes de sumergirme. Para cuando salí, una de las chicas estaba en la terraza y me miraba con una sonrisa en la cara. No es que fuera la primera vez que me veía en pelotas. O, al menos, a ese pedazo de cuerpo de aspecto humano que solo me representaba en parte. Una carta de presentación mucho menos aterradora que mi verdadero yo. Y las cicatrices que cubrían mi cuerpo.

Me senté en la silla de mimbre vacía al lado de Maritza. No sentía la necesidad de disfrutar de su compañía, pero había llevado comida de lo más variada y la mesa estaba a medio camino de la *cutrecocina*. Cogí una tostada y la unté con mermelada.

—Una mañana de lo más agradable.

—Se va a poner hasta los topes —convine, admirando la belleza del lugar.

—¿Libras hoy? —Asentí.

—Llevo fatal los turnos de noche —masculló entre dientes.

—Eso es porque prefieres estar en la playa bailando que no sirviendo copas.

—¡Exacto! —Me sonrió y puse los ojos en blanco.

Nuestros días de curro y de descanso variaban de forma rotatoria de una manera asquerosamente justa. En mi mundo las cosas no funcionaban así. A veces tenías que asegurarte tu puesto a costa de algo más que unas palabras hirientes. Aquí las discusiones iban y venían, pero nadie sacaba las garras. Metafóricamente hablando.

—Si tienes una tarde libre, me gustaría ir de tiendas.

—El viernes tenemos turno de noche las dos, si quieres podemos ir el sábado a la tarde. —Asentí.

Maritza había alquilado una motocicleta para ir y venir por la isla a su antojo. Hacía un par de días me había llevado al pueblo y con mi primer sueldo me había comprado algo de ropa. Había llegado con lo puesto, sin tener del todo claro si mi estancia allí se resumiría en unas pocas horas o en algo más. Tras mangonear ropa a todo el mundo y ver que empezaba a establecerme, decidí que me merecía tener algo que se sintiera un poco más mío y menos prestado. No quería confiarme en la paz que se respiraba en el ambiente, pero era imposible no querer enraizar allí, lejos de todas mis vidas pasadas y de los que aún me buscaban entre las sombras.

No alargué la conversación, mientras me centraba en devorar mi comida como si no hubiera un mañana.

Maritza no podría entenderlo.

Quizá no lo había.

No para mí.



Sebas

ME PASÉ DESPUÉS DE COMER, a esa hora anodina en la que el mundo parece despertarse de la siesta, pero aún sigue marchando a cámara lenta.

Apenas había unas pocas motos aparcadas en la zona frente al edificio. El ambiente era muy diferente al de la noche anterior, eso era algo obvio, porque estaba repleto de coches familiares y no se veían tantos utilitarios y deportivos.

Muchos de los negocios de la isla habían tenido que reinventarse. Los que no, acababan pereciendo a lo largo de los meses de invierno, en los que el turismo escaseaba. No tenía ninguna duda de que este era uno de esos. Aparqué bajo uno de los toldos de policarbonato. Pasaba de quemarme las partes íntimas porque las placas de metal de mi Ducati acabaran incandescentes tras estar expuestas al inclemente sol.

Entré elevando el mentón, buscando su rastro. Esperaba encontrarla detrás de la barra, pero había un chico con una oreja llena de anillos metálicos que me hizo pensar en mi primo Dilan. Su ausencia me molestó, pero su olor era demasiado evidente, ahora que ya me había familiarizado con él. Dejé que mi mirada vagara por el local y fue entonces cuando la vi o, más bien, a esa cabellera un tanto salvaje que cubría solo en parte su espalda, de un tono bronceado y aspecto tentador. Era sexy a rabiar.

Es su forma de atraer a posibles víctimas, ingenuas y estúpidas, aunque yo no formaba parte de ninguno de esos grupos.

—¿Esperas a alguien? —Miré a la camarera que se me había acercado. Pelo rubio, ojos celestes, mirada hambrienta. Por su tono diría que era francesa, pero eso de identificar a la gente por su acento no era uno de mis fuertes.

—Me está esperando. —Señalé con el mentón la mesa que Phe ocupaba y ella frunció el ceño antes de sonreírme con una expresión coqueta.

—Buena suerte, entonces. —Sonreí mientras asentía; era posible que la necesitara.

El olor de la francesa no me era del todo desconocido. Lo había percibido anoche, en el local y en la ropa de Phe. Tenía que ser una de las chicas que vivían en el piso de arriba o, tal vez, una de sus amantes.

Me acerqué a su mesa y me senté en la silla libre sin mediar palabra. No la sorprendí, pero no esperaba hacerlo. Si era mínimamente sensata, se pasaría el rato sondeando para saber si algún peligro se acercaba. Que no supiera que yo podía suponer uno, era un error suyo.

Prefería no hacerle saber que mi familia se entretenía cazando a los que eran como ella. De momento.

—Esperaba encontrarte preparando copas —le dije a modo de saludo.

—Cuando trabajamos en el turno de noche, tenemos libre al día siguiente.

—Estoy de suerte, en tal caso.

—No puedo decir lo mismo. —Me lanzó una mirada de esas chungas, de las de mejor te largas, pero no me intimidó y eso la molestó, así que me encontré sonriendo de oreja a oreja. Tenía un algo, esa chica. Al margen del ceño fruncido.

—¿Qué tomas?

—Si te lo digo, ¿te largarás?

—No.

—Un mojito.

—¿Puedo? —Cogí su copa y me la acerqué a la nariz.

—Creo que eres de los que disfrutan haciendo lo que les da la gana. —No se lo negué.

Le di un trago a su bebida y encontré la mezcla bastante refrescante.

—Me has convencido. —Levanté la mano en dirección a la francesa, que no nos había quitado un ojo de encima, y se acercó moviendo la cadera de forma un tanto descarada—. Otro igual.

—A Phe le gustan muy suaves, pero creo que a ti te vendría bien uno un poco más... potente. —Se mordió el labio inferior mientras decía aquello. Un coqueteo de lo más sugerente. Su olor estaba cambiando, pero no fui el único en notarlo. Mi compañera de mesa parecía molesta con aquello. No creo que fuera por el hecho de que la camarera coqueteara conmigo, sino porque me prestara atención.

—El suyo me parece perfecto. —Desvié la mirada hacia ella antes de acabar la frase. Me miró con un deje de desprecio, pero no pudo ocultar un atisbo de curiosidad. Me gustó esa pequeña muestra de inseguridad.

—Genial. —La camarera le guiñó un ojo a Phe, que ignoró aquello, y se fue con mi pedido.

—¿Una amiga? —le cuestioné, porque sonaba mejor que preguntarle si se acostaba con ella o la usaba de alguna otra forma. Con los que son como ella, uno nunca sabe y es mejor no dar nada por sentado.

—Tanto como eso, no diría. —Hizo algo así como un puchero, como si esa concesión le molestara. Nada más. Desde luego, no era la persona más abierta con la que me cruzaba.

—¿Tienes todo el día libre?

Me miró, como si se planteara enviarme a la mierda o largarse de allí, dejándome la mesa para mi disfrute personal, pero al final se comportó como una persona adulta y funcional.

—Sí. —Bueno, más o menos funcional.

—¿Y mañana?

—¿Quieres que te diga de qué talla son mis bragas y que no me tiro a desconocidos y acabamos con esta pantomima? —me retó alzando el mentón. Estaba enojada. Y nerviosa. Podía sentirlo, detrás de todas esas murallas que había construido a su alrededor.

La miré y me dio por la risa tonta. No tengo claro el porqué. Estaba adorable, enfadada y todo. Que sí, que tal vez podía intentar desmembrarme antes de que acabara el día, pero una cosa no quitaba la otra.

—Tenemos más en común de lo que piensas. Yo tampoco soy de acostarme con la primera que pasa. —Ni la segunda. O la tercera. Pero eso no tenía por qué contárselo—. Aunque vamos, no tengo ningún problema en que me cuentes tu talla de sujetador o si usas bragas o tanga; tengo dos primas que se pasan el día hablando de esa mierda de cosas, así que no me viene de nuevo.

Apretó los labios y entrecerró sus ojos, estudiándome. Me obligué a sonreírle mientras le sostenía la mirada y me mantenía lo más calmado posible. Solo por si acaso.

La francesita llegó en ese momento y dejó en la mesa el combinado junto a un cazo lleno de

frutos secos.

—Gracias, Sophie.

—Un placer. Disfruta. —Me miró de refilón, como si diera por sentado que yo sería el postre.

De ese intercambio escueto entre ellas había podido sacar dos conclusiones: Phe no era una chica fácil y la francesita estaría dispuesta a contarme todos sus trapos sucios si chasqueaba los dedos y le prestaba un poco de atención.

Supongo que la miré un poco demasiado mientras se alejaba, porque Phe empezó a reír por lo bajo, captando mi atención. Su mirada era inteligente.

—Sophie es un encanto, créeme. Te lo pasarás mucho mejor con ella en el almacén que aquí conmigo.

—No sería la primera vez que hace algo así, ¿cierto? —Se mordió el labio inferior y me sonrió, a modo de respuesta. Sophie no era la única que sabía cosas de Phe, por lo visto, y no parecía que el sexo fuera el nexo común entre ellas. Decidí probar suerte con mi teoría.

—Me da que sois compañeras desde hace tiempo o... ¿quizá vivís juntas? —Cogió un fruto seco y lo lanzó al aire para capturarlo con la boca. Quizá pretendía ser un tanto grosera, pero en vez de eso me pareció condenadamente sexy. Intenté ignorar esos labios carnosos, que parecían llamarme a gritos.

—Algo así.

—Si yo también lo cazo en el aire, me lo cuentas. —Sus ojos brillaron. Pocas cosas pueden tentar más a un demonio que un trato. Una apuesta. Un reto. Les encanta tener la razón. La parte mala es que no les importa hacer trampas para validar su opinión, pero vamos, que se delatara tampoco tenía por qué ser un problema—. Me lo tomaré como un sí.

Lancé un cacahuete al aire y casi esperaba que pasara algo, pero lo capturé sin ninguna dificultad. La miré, sabiéndome vencedor, pero sintiéndolo como una derrota. Casi había esperado que usara su esencia para salirse con la suya. Que se mostrara sería la forma más fácil para saber qué tipo de demonio era y, por ende, el grado de amenaza que suponía y me permitiría saber si existía una cierta urgencia en eliminarla o podía tomarme el tiempo de ganar su confianza para saber el tipo de persona que era.

—Vivienda a cambio de un sueldo más ajustado es una oferta ideal para las que somos nómadas.

—Sophie parece francesa. —Asintió—. ¿Qué hay de ti?

—Nunca he vivido demasiado tiempo en el mismo lugar. —Se encogió de hombros y desvió la mirada hacia el mar. Era hermoso. El paisaje. Y también la silueta de su rostro, aunque parecía cansada, como si su mera existencia le empozara a pesar.

—Deberías probarlo, eso de establecerse. No está tan mal —le dije en un impulso.

—No es para mí.

Lo que podía traducirse en que no quería crear vínculos con nadie, que allí donde se instalaba sembraba el caos o que huía de algo. O de alguien.

—¿A qué hora abris? —me interesé, cambiando de tema, porque no me gustaba esa sensación de que la estaba perdiendo. Su mente se alejaba del aquí y del ahora.

—El primer turno empieza a las once, aunque solemos decir que es el turno de tarde.

—¿Y eso?

—Cubrimos la entrada a la cala y las consumiciones de la sala hasta las siete de la tarde. Solemos malcomer si tenemos un rato, pero eso no siempre es posible.

—Suenan duro.

—Yo no lo definiría así, pero las hay que se quejan, sí.

—El turno de tarde entiendo que empieza a las siete, entonces.

—¿Te interesa el curro?

—Si con eso puedo pasar tiempo contigo, igual hasta me lo plantearía.

—Estamos llenos —soltó aquello sonando molesta, con un tono brusco, delatando que le incomodaban mis coqueteos. Algo que era tremendamente divertido. Jugar a ese juego con ella.

Me humedecí el labio inferior con la lengua y vi que su mirada se desviaba en esa dirección una fracción de segundo, el mismo tiempo que tardó en fruncir el ceño, enojada consigo misma por ese desliz, y que yo me empalmara. Por lo visto no andábamos mucho en la misma onda.

—Supongo que cuando cerráis el local, a la noche, al día siguiente no empezáis a las once. —Se relajó. Hablar de ese tipo de cosas, impersonales y que le importaban una mierda, le gustaba o, al menos, aceptaba hacerlo sin evidenciar que quería estrangularme o hincarme el diente. Casi preferiría lo segundo, puestos a elegir, aunque un tira y afloja con ella, rodando por el suelo, tendría su qué.

—Libramos el día siguiente. Tenemos un horario rotatorio, hacemos tres turnos de mañana y dos de noche a lo largo de la semana. El resto es personal de refuerzo que viene a cubrir horas los fines de semana.

—Creo que nunca había venido aquí antes —le confesé.

—¿Hasta cuándo estarás en la isla? —Le sonreí, porque podía traducirse en un «hasta cuándo vas a estar dándome por el culo». Sentí algo que presionaba cada vez de forma más evidente las costuras de mis pantalones. Mejor no seguir pensando en su culo.

—Todo el verano.

—¿Todo? —Me reí, porque su cara era un poema.

—Siempre lo pasamos aquí, en familia, desde pequeños. Antes se instalaban también mis padres y mis tíos, pero ahora nos dan cancha a mis primos y a mí. Se pasan de tanto en tanto, a supervisar la cantidad de alcohol que se acumula en la basura y que no prendamos fuego a la casa, pero nos dejan nuestro espacio.

—¡Qué mayores que os habéis hecho! —Ahí sonó despectiva, pero vi una chispa de diversión en su mirada. Eso me hizo pensar que, pese a que aparentaba veintipocos, no tenía ni la más remota idea de qué edad tenía en realidad. ¿Habría alcanzado el siglo de vida?

—Haré veintitrés el mes que viene —le informé, sin dejar de estudiarla—. ¿Qué hay de ti?

—Créeme que no quieres saberlo.

—Quizá debería advertirte de que me van las mujeres más mayores. —Sus ojos brillaron con algo parecido a la diversión y pude ver un reflejo oscuro en ellos, la esencia de lo que era, pero lo ocultó al instante.

Esperaba que tuviera algún rasgo grotesco que me ayudara a centrarme y hacer que una parte muy concreta de mi anatomía dejara de comportarse como si yo fuera un perfecto perverso al estar cerca de una mujer de la que deberíamos desconfiar si tuviéramos un algo de sentido común.



Sebas

NO SAQUÉ nada en claro. Solo que era una mujer peculiar, de mirada inteligente y curvas de infarto. Eso y que mi capacidad para juzgarla estaba viéndose afectada por mis hormonas, revolucionadas por el efecto del verano y la sensualidad que desprendía Phe.

La playa, el mar de fondo, un combinado en la mano y una compañía que no podía catalogar como agradable, pero sí atrayente. Mucho.

Se suponía que me interesaban más sus respuestas —y sus silencios— que no ella, pero a veces perdía un poco el foco. Esa sonrisa torcida no ayudaba. Para nada. Ni sus labios carnosos ni esas caderas que me llamaban a gritos.

Lo que sí me llevé fueron sus horarios para el resto de la semana, cortesía de una de sus compañeras. No había sido la francesa quien la había delatado, en cualquier caso, sino la que me había acompañado el primer día hasta la barra.

No sabía si Phe le había comentado algo sobre mí o era de esas personas que disfrutaban jugando a hacer de Celestina. Creo que nunca había sentido tanta curiosidad por saber algo como en aquella ocasión, pero admito que deseaba que se tratara de lo primero. Por eso del ego masculino, supongo.

Había decidido volver a su encuentro, pero esta vez no lo hice solo. Me había decantado por Alba y Alexander porque mi intención no era buscar problemas, pero sí destacar que, quizá, los teníamos, y Nicholas era una opción mucho menos discreta, por decirlo de alguna forma.

Cogí uno de los todoterrenos, por llevarle la contraria al aristócrata de la familia, que era más de elegantes deportivos que de cualquier otra cosa, y nos llegamos hasta el bar de Phe.

Había más coches que el día anterior, señal inequívoca de que el fin de semana se acercaba. Admito que ese era el desencadenante para no seguir manteniendo a Phe en silencio, porque no me importaría seguir jugando con ella en ese tira y afloja todo lo que nos quedaba de verano. El problema era que si a alguno de mis primos les daba por darse una vuelta, alguien podía cruzarse con su rastro y, al final, yo no sería el único en darse cuenta de la verdadera naturaleza de aquella peculiar camarera de ese local perdido en ninguna parte.

Pagamos una consumición a modo de derecho de acceso y nos fuimos hacia la bahía privada. Busqué a Phe con la mirada, pero por lo visto debía de estar dentro, en la sala. Nos sobraba el tiempo, así que nos permitimos disfrutar de un baño y un poco de la playa. Alexander y yo acabamos jugando con una pelota mientras Alba leía un libro, con sus iPods aislándola del resto del mundo. Más o menos.

—¿Vamos a por una copa?

—Tú conduces. —Alexander me sonrió. Era muy purista para esas cosas. Y para muchas otras. Inglés. De casta.

—Entonces, ¡no te cortes! —Le sonreí, porque su tolerancia al alcohol era ridícula en

comparación a la nuestra y todos los presentes lo sabíamos. Éramos buenos amigos, al margen de que se tiraba a mi prima y que caminaba como si tuviera un palo en el culo.

—Hay un par de mesas libres con vistas al mar —puntualizó Alba, que caminaba con las manos en los bolsillos de sus *shorts*. Nadie podría decir que esos dos eran pareja, porque excepto por las miradas que compartían de tanto en tanto, eran el decoro personalizado. Cada uno tenía sus motivos para hacerlo.

—Mejor dentro, créeme que será un acierto. —O eso esperaba, porque ver a Phe formaba parte del plan del día.

Su amiga me había dicho que tenía turno de tarde; eso significaba, si había prestado suficiente atención, que estaría trabajando desde las once del mediodía hasta las siete de la tarde. Si no nos la encontrábamos sirviendo en las mesas o preparando copas detrás de la barra sería raro.

Esa posibilidad me removía el estómago.

Que se hubiera largado solucionaba el problema que suponía para nosotros su presencia, pero no haber tenido el tiempo de calarla y desvelar quién era me hacía sentir cierta frustración personal.

Alexander abrió la puerta para dejarnos pasar. Tenía esas cosas, modales, y tal, además de mucha labia. Hacía como que llevaba el cotarro, pero en realidad mi prima hacía con él lo que quería. Todos lo sabíamos. Él también. Si no fuera así, se habría largado con el rabo entre las piernas hace tiempo.

Sentí una cierta calma al verla allí, en la barra, con aspecto de pasar de todos. Especialmente de mí. No sé si le cabreaba más que hubiera vuelto o que lo hubiera hecho acompañado. No me miró, pero sonreí por dentro.

—Paul me ha dicho que Dilan le pasará a buscar cuando acabe en el hospital y pasarán el fin de semana aquí. —Asentí. El hermano pequeño de Alba y nuestro primo siempre andaban juntos, pese a que eran dos polos opuestos en muchas cosas.

—David también viene el fin de semana, pero creo que Jerom se quedará con los Haniel —les informé.

—¿Y tu hermano? —Me encogí de hombros a modo de respuesta—. Me tomaré eso como que se pasará en algún momento.

—Eso seguro.

—Si me escusáis. —Alexander hizo un pequeño gesto con la cabeza hacia Alba. Si estuviéramos en casa, le hubiera metido la lengua hasta la campanilla, a lo que yo hubiera empezado con eso de que me daban arcadas, pero su forma de comportarse en el exterior difería por precaución, por si había algún *paparazzi* cerca.

—Hay una camarera francesa corriendo por aquí que le tiene ganas a todo lo que se menea, te aviso que igual le van los ingleses estirados... —Me lanzó una mirada, aunque fijo que se hubiera quedado más a gusto mostrándome una peineta. Siempre tan formal, él. Reí por lo bajo.

—No es una casualidad, ¿verdad? —me preguntó Alba cuando Alexander ya había desaparecido.

—¿Lo de la francesa? —Me recosté en el asiento, aunque la mirada de mi prima era mucho más tensa que hasta ese momento. La bruja lo sabía, pero había estado disimulando. Intentaba no marear mucho a su novio con nuestras cosas. Y cuando digo «nuestras», me refiero al rollo ese de los demonios que correteaban por nuestro mundo.

—Me pasé por aquí hace un par de noches. —Con eso estaba todo dicho, pero me obligué a añadir—: No preguntes, tengo más dudas que respuestas.

—No has hablado con tu padre. —Negué y vi que su mirada se deslizaba fugazmente en dirección a la barra—. ¿Y eso?

Me encogí de hombros.

—Llamé a Jason, si te sirve.

—¿Como atenuante? —Me miró y rio por lo bajo—. Ni de coña.

No podía negarle aquello. ¿Qué le había dicho? Nada, en realidad. Que hiciera un poco de esa magia suya, aunque no le di ni una sola pista. Vi que Alba cogía su teléfono y textaba algo. No tardé en recibir su mensaje:

«¿Quieres que me ocupe?».

No éramos nuevos en este mundo. Había demonios cuya audición era un portento y no era descartable que Phe tuviera una oreja en nuestra conversación. Tampoco es que estuviera muy ocupada y algún entretenimiento debía tener para pasar el rato. Si yo estuviera en su pellejo, me pasaría el día escuchando las conversaciones de los clientes y catalogándolos en frikis, perturbados y salidos.

«No».

«¿Y eso?».

Alba y yo nos habíamos criado juntos, así que me conocía tan bien como mi hermano mellizo. Nicholas se habría limitado a aceptar mi negativa, sin más, sabiendo que no quería que interviniera. Fin de la cuestión.

Ella, sin embargo, no podía evitar hurgar en la herida y buscar el porqué. La mierda era que no podía darle una respuesta, porque solo tenía una corazonada, nada más que eso.

Quizá me había decantado por sacar de paseo al primo equivocado.

«Lleva tiempo aquí y no ha dado problemas, démosle el beneficio de la duda».

—Lina vendrá a finales de mes. —Eso podría traducirse en que consideraba que disponía de ese plazo de tiempo para verificar si Phe podía o no ser alguien digno de nuestra confianza. Asentí. Lo último que quería era poner en peligro a la más vulnerable de nuestra atípica familia.

«Te está mirando».

«Eso lo hacen todas».

Le sonreí y Alba alzó una ceja, de una forma un tanto acusatoria, antes de ladear la cabeza. Fijo que le gustaría ser una empática en estos momentos, para saber lo que me estaba pasando por la cabeza. Afortunadamente, no estaba dentro de sus muchas habilidades y eso me daba el comodín de la ventaja. Y la duda.

Me había sentado de espaldas a ella para no tener la tentación de observarla a cada momento; que lo hiciera mi prima era otra historia.

No necesité ver a Alexander para saber que se acercaba. Alba se levantó antes de que se sentara a su lado de nuevo y, con una media sonrisa en el rostro que me hizo pensar que era una manipuladora nata, al margen de una tipeja totalmente enamorada de su chico, le preguntó:

—¿Te apetece dar un paseo por la playa?

—Siempre. —Le faltó un «mi amor» o alguna cursilada de esas, pero su mirada habló por sí sola.

—¿Media hora? —me cuestionó mi prima y asentí mientras me levantaba, con mi cubata en la mano.

Me acerqué bastante a ellos, no por intención, sino porque no dejo de ser bastante corpulento. Mi prima dio un respingo para alejarse de mí cuando nuestros brazos se rozaron.

No es que yo tuviera la peste ni que ella sufriera una enfermedad mental, pero era una de sus

muchas manías y no podía criticarla por esa en concreto, incluso si cientos de veces había tenido que contener mis ganas de darle una colleja o un achuchón. Se han de respetar los límites de la gente, incluso si algunos de estos a veces son aborrecibles.

Me despedí de Alexander con un movimiento de cabeza y me giré para observar a Phe. Esperaba encontrarla mirándome, pero estaba limpiando unas copas con bastante garbo y el ceño fruncido.

Me acerqué a la barra y me apoderé del mismo taburete en el que me había sentado el primer día. No es que nada hubiera cambiado, pero sí lo había hecho, de alguna forma, aunque no sabría decir a santo de qué.

—¿Me pones otra? —Ahí no tenía posibilidad alguna de seguir ignorándome, así que elevó la mirada y vi algo parecido al recelo en su expresión. Admito que eso no me lo esperaba.

¿Acaso Alba se había delatado?

Volcó su atención en las botellas y me preparó la copa con manos expertas, sin mirarme ni una sola vez en el proceso y la dejó, con un golpe seco, frente a mí, en la barra.

Capturé su mano antes de que pudiera retirarla y aquello la pilló por sorpresa. También a mí, la verdad, porque mantener cualquier tipo de contacto físico, con ella, era lo último que planteaba hacer al ir a su encuentro.

Sentí un escozor. Un escalofrío que me recorrió por todo el brazo y que me dejó anhelante de algo a lo que no supe ponerle nombre, pero me negué a liberarla, ignorando lo que fuera que estaba haciendo. Sus pupilas se dilataron y se convirtieron en negra noche. Un atisbo de debilidad. De su verdadera esencia. En vez de centrarme en eso, en intentar saber un poco más quién era en realidad, me perdí en su mirada.

—¿Ha pasado algo? —Sus ojos abandonaron los míos para mirar mi mano, que sujetaba con fuerza su muñeca.

Mierda.

Eso no le había gustado.

La liberé de mi agarre.

Idiota.

Retiró la mano para que no estuviera a mi alcance y volvió a mirarme.

—¿Te gusta que te tengan miedo? —Sonó a una acusación fría y despiadada y admito que me dolió. Puedo ser un poco bruto, a veces, no voy a negarlo, pero miedo era una palabra fea. Y más cuando se decía con ese tono despectivo, como si censurara al que consideraba algo así como un abusón.

—¿Quién?

—La chica. —Se limitó a mover el mentón en dirección a la mesa que había ocupado con mi prima y su chico. Fruncí el ceño.

—¿Alba?

—No nos han presentado, pero ha dado un respingo considerable cuando te has acercado, así que... —Ladeó la cabeza y vi fuego en sus ojos—. ¿Eres de los que además de una chupa de cuero necesitan demostrar que son unos machotes a base de golpes?

Me pilló fuera de juego.

Que pensara algo así de mí era una gilipollez considerable y me molestaba, pero que evidenciara que no toleraba ese tipo de comportamientos se suponía que tenía que ser una buena señal, ¿no?

Empecé a reír. Me vino así, de golpe, junto a una sensación de calidez que aplaqué antes de

que pudiera delatarme mientras me sentía extrañamente... ¿feliz?

Sabía que confiarme a esas alturas sería una gilipollez considerable, pero era imposible bloquearlo todo cuando se sentía tan a flor de piel y la separación entre nosotros parecía empezar a acortarse.

Frunció el ceño, molesta, al escuchar mis risas, así que me obligué a contenerme y sincerarme con ella. Un poco, al menos. Lo justo.

—Admito que a veces me gusta usar los puños —le confesé, sosteniéndole la mirada—. Pero los usaría para partirle la cara al desgraciado que pretendiera hacerle daño.

—¡Qué bonito! ¿Te las tiras primero y luego juegas a eso de que es por su propio bien? —Me tensé, no tanto porque esta vez me sintiera insultado, sino por la posibilidad de que fuera un reflejo de su propia existencia. El motivo por el que estaba allí, escondida detrás de una barra.

¿Le había pasado algo así?

Sentí el fuego quemarme en el pecho.

Me cabreaba que hubiera pasado por algo así. No sería la primera. Ni la última.

Era consciente de que, en el mundo, el suyo y el mío, había gente mala y sin escrúpulos. No podíamos llegar hasta todos a tiempo y sabía que muchas buenas personas acababan ahogándose en esa mierda.

Si ella había sufrido algo así, alguien acabaría sangrando. Sentía la necesidad de protegerla, pero intenté contener la rabia que impulsaba esa emoción para centrarme en el presente.

Lo primero que tenía que conseguir era demostrarle que yo no era ese tipo de persona y, con un poco de suerte, ganarme su confianza. Ese sería un buen primer paso.

El siguiente... aún no tenía claro qué más quería, pero sí tenía un runrún en el vientre que me advertía que eso sería solo el principio. Preferí ignorarlo.

—Alba es mi prima, nos hemos criado juntos, de hecho; así que tirármela... dudo que fuera capaz de empalmarme, para empezar. —Tenía toda su atención—. Sobre ese deje violento que no voy a negar que a veces tengo, te aseguro que jamás la he golpeado. Además, Alexander, su novio, el chico que estaba con nosotros, tampoco se quedaría de brazos cruzados si intentara ponerle una mano encima, te lo aseguro. —No es que Alexander me preocupara mucho, pero incluso sabiendo que podía partirle la cara sin mucho esfuerzo, él la protegería hasta su último aliento—. Y, al margen de todo eso, te confesaré que Alba es más que capaz de defenderse sola.

Me estudió, como si estuviera valorando cada una de mis palabras y decidiendo si eran o no verdad.

—Me alegraría que esto último fuera verdad, pero me ha parecido una criatura asustadiza que da un respingo a la mínima que alguien se le acerca. Eso no suena a una persona que cumpla con tu premisa, sino más bien a alguien que ha sufrido durante tiempo abusos.

—Vale, eso. —Me froté la nuca—. Alba tiene algo así como una fobia: odia que la gente la toque. El único que tiene algo así como un salvoconducto es Alexander, pero ya has visto que tampoco es como que le esté encima todo el tiempo. —Al menos públicamente, pero eso me lo callé.

Apretó los labios como si reflexionara sobre aquello y supongo que aceptó mi versión, porque su expresión se suavizó un poco y yo le sonreí, sabiendo que volvíamos a estar bien. No un bien bien, porque ella seguía deseando que yo estuviera en la otra punta del mundo y no a medio metro de su bonito cuerpo, pero ese era un tema aparte.

Empezaba a tolerarme, que ya era más que ese primer día en el que sus miradas pasaban del «te odio» al «me gustaría estrangularte», aunque yo me lo tomaba en plan buen rollo.

Me encantaría preguntarle si ella también era capaz de protegerse sola y si algún capullo le había hecho daño, pero sabía que aún era demasiado pronto para ese tipo de confianzas, por mucho que ansiara saber la respuesta, así que me limité a un algo mucho más básico.

—Aclarado todo esto, ¿estamos bien? —le cuestioné, necesitando que, por una vez, no me soltara una de sus habituales contestaciones bordes.

—Depende.

—¿De qué? —Quizá soné un poco desesperado, pero quería romper sus escudos y saber el porqué de ese ceño fruncido. De las ojeras que cada día se marcaban más debajo de sus ojos y del hecho de que podía sentir que, pese a ser alguien poderoso, se veía débil y un tanto perdida.

—De si los puños los usas contra los malos. —Clavó sus ojos en los míos y... ¡joder!

—Créeme que esa es mi especialidad. —Me sonrió. Una media sonrisa, traicionera, pero que me supo a gloria y me hizo desear besarla.

Se alejó de mí para ocuparse de unas copas que una de sus compañeras acababa de dejar en la mesa, salvándonos a ambos de que hiciera algo totalmente absurdo y que pudiera enviar a la mierda ese plan mío de desenmascararla poco a poco, sin tener que enfrentarla.

En ese plan, sin embargo, no había considerado que empezara a pensar lo tentador que sería llevármela a la cama. Una idea absurda y deliciosa que no podía permitirme más allá de la intimidad y soledad de mi habitación. Fantasear con Phe dudo que fuera a ayudarme, pero mejor eso que no acabar abalanzándome sobre ella.

Maldita testosterona.



Phe

LA PRIMA DE SEBAS y su novio le pasaron a buscar media hora más tarde.

Su ausencia me permitió centrarme más en mis cosas y eso estaba bien. No es que alguien como él pudiera alterarme, en realidad, pero me obligaba a prestarle atención y eso era hasta cierto punto molesto.

En otras circunstancias, hubiera usado mis habilidades para incitarle a que me dejara en paz. No negaré que su interés me divertía, pero si supiera la verdad, en vez de hacerse el machito se mearía en los pantalones y perdería el poco morbo que tenía. Para ser un mortal, y eso.

Quiero decir que era un tipo atractivo, *sexy*, con ese deje un poco de malote que me hacía sentir cómoda porque pese a las apariencias, no era más que un humano inofensivo y manipulable. Que él no lo supiera era su problema, no el mío.

Acabé mi turno y me preparé un bocadillo para comer. Me decanté por sentarme en una de esas mesas de la terraza que tenían unas vistas formidables al mar. Y al infinito.

Esa vida que fingía llevar era extraña.

Insulsa y vacía.

Cómoda.

Podría acostumbrarme.

Ingrid vino a sentarse a mi lado, pero tuvo la decencia de mantenerse en silencio durante un buen rato, mientras se bebía un refresco y disfrutaba del no hacer nada. La rusa y yo congeniábamos en eso.

—Parece un buen chico. —Supuse que esa complicidad carente de palabras había llegado a su fin.

—Es posible.

—Te gusta.

—¿Y a esa conclusión llegas por algún motivo en concreto? —le cuestioné, ignorando si había sonado borde. Ya tenía que fingir ser algo que no era, como para obligarme a dulcificar mi carácter. Ni me apetecía ni ganaba nada haciéndolo, así que pasando. Llevábamos viviendo juntas un mes, así que dudo que le viniera de nuevo.

—Lo miras con curiosidad y te he visto sonreírle. Estás guapa cuando lo haces.

Supuse que se refería a eso de sonreír. Admito que desde que había llegado tenía los nervios a flor de piel y estaba siempre a la defensiva. Tiempo atrás había sido una persona diferente. Lo de borde y cabezota me venía de serie, pero hace años yo también disfrutaba riendo, bailando y trazando un plan para ver a qué tipo me llevaría al catre esa noche. Sin complicaciones.

En nuestro mundo, eso de las emociones y los enamoramientos no está bien visto, aunque existen parejas que mantienen relaciones más o menos estables. Ese había sido el mayor error de mi madre y, posteriormente, el mío. Que hubiera sido con el mismo gilipollas era un problema

secundario.

No le contesté, me limité a mirar el horizonte. Me daba paz. Como si verlo me recordara que ahora era libre y que podría ir a donde me apeteciera. Era una verdad solo a medias, pero la mera idea me reconfortaba. Sin cadenas.

Greta se añadió a nosotras al cabo de un rato.

—¿Por qué está tan muerto esto? —nos preguntó tras dejarse caer en la silla.

Di por sentado que no se refería a la sala, porque para ser jueves noche había varias mesas ocupadas y Maritza no paraba de apuntar pedidos, lo que estaba bien, porque si el negocio funcionaba me garantizaba poder vivir en ese escondrijo hasta que acabara la temporada de verano.

—Estábamos hablando del chico de Phe.

—No es mi chico.

—Porque no quieres, vamos, porque te tiene en su punto de mira —bromeó Greta—. ¿Sabes que me pidió tus horarios? —Apreté la mandíbula y no le pregunté al respecto, porque sospechaba que si él se los había pedido ella se los habría dado, gustosa, pero no tenía ganas de encabronarme con mi compañera de piso—. Hazle sufrir un poco, pero no dejes que se te escape. ¡Es tan mono!

—Mono no es la palabra que yo usaría para describirlo. Pesado, por ejemplo, le cuadra más. —Se rieron y me sentí extraña. Bien. ¿En qué momento compartir algo tan absurdo como aquello podía sentirse de esa forma?

—Yo creo que le gusta —sentenció Ingrid y me señaló, para confirmar que era yo la que sentía una cierta atracción por él. ¿En serio? ¿Daba esa sensación?

Por lo visto, nadie dudaba de que Sebas tenía un malsano interés en mí, pero eso no es que yo pudiera negarlo. Que hubiera venido tres días seguidos, dos de los cuales se los había pasado todo el rato en la barra, daba para suponer muchas cosas. Incluso si ese no era el mundo en el que me había criado, no soy estúpida.

—Paso.

—Admite que te gusta un poquito... —La cabeza de Greta peligraba, porque si se pasaba de insistente no me hacía responsable de mis actos.

Lo peor era que no podía darle un no rotundo. ¿Significaba eso que me gustaba?

Su compañía era agradable y su forma de retarme refrescante. Nada de eso era real, porque si supiera qué o quién era yo en realidad, se esfumaría si no le daba antes un infarto. Llevaba viviendo entre mentiras y engaños mucho tiempo, así que tampoco es que me viniera de nuevo, pero me incomodaba convertirme en alguien así.

Aquello me llevó a pensar en Fael y mi rostro se ensombreció.

—¿Estás bien? —Ingrid sonó mucho más suave, casi amorosa. Los humanos son extraños, volubles y un tanto fluctuantes, pero dan sin esperar nada a cambio. No todos. Pero era algo a lo que aún me estaba acostumbrando.

—Salgo de una mala historia.

¿Por qué de repente me sentía un poco menos pesada? ¿Por qué decirlo en voz alta, compartirlo con dos personas a las que conocía desde hacía apenas un mes, podía hacerlo más llevadero?

Me sorprendió y me encontré deseando soltarlo. Liberarme de la mierda que durante varios meses llevaba acosándome y persiguiéndome.

No serviría de nada, lo sabía, porque ellas no eran nada ni nadie en mi mundo, pero quizá por

eso me animé a hacerlo. A desprenderme de parte del dolor. Del veneno que corría por mis venas y me quemaba las entrañas.

—Me vi envuelta en una relación tóxica. Un mal tipo que me manipuló y me jodió la vida en muchos aspectos. No estoy muy receptiva.

—¡Vaya mierda! —Greta sonó preocupada y en su cabeza vi como intentaba relacionar esa información con todas las cosas raras que había ido acumulando a lo largo de las semanas sobre mi persona. La idea que pudiera forjarse en su mente no se acercaría ni de lejos a la realidad, pero eso no importaba.

—¿Crees que él es de ese tipo de persona? —Sonreí, aunque fue una de esas un tanto forzadas y cansadas.

—Ni aunque se lo propusiera podría ser una cuarta parte de lo cabrón que era mi ex.

—Eso suena fatal.

—Estaba metido en todo tipo de mierdas, lo dejaré ahí.

—¿Crees que te está buscando? —Allí Greta me sorprendió. La miré y no se achicó. Suspiré, cansada.

—No lo creo. Lo sé. Nunca dejaré de hacerlo.

—¿Fuiste a la policía? ¿Has puesto una denuncia? —me cuestionó Ingrid.

—No serviría de nada. Tiene contactos.

—Suena a un narco. —No contradije a la rusa. A su manera, Fael era eso y mucho más.

—Por eso no tienes teléfono, ni redes sociales, nada.

—Si no existes, es más difícil que puedan encontrarte.

—Lo siento tanto, Phe... ¡Ojalá pudiéramos hacer algo para ayudarte!

—Ya lo estáis haciendo. —Lo hacían, y esa certeza me pareció la cosa más extraña que descubriría en mucho tiempo. Cómo se habían ido colando a través de mis barreras era un misterio.

Fael no sería tan estúpido como para venir a buscarme, lejos de las protecciones que disponía en su palacio, pero disponía de los recursos suficientes como para enviar tras mis pasos a un número indefinido de cazarrecompensas que, además, estarían más que dispuestos a ganarse un poco de prestigio consiguiendo mi cabeza.

Primero tendrían que arrancármela, en cualquier caso, y no tenía intención de ponerles las cosas fáciles, y, además, sabía que Fael me quería viva: muerta dejaba de serle de utilidad, después de todo.

Dejaron de atosigarme al respecto y vi unas miradas cómplices, llenas de seguridad, como si protegerme hubiera entrado a formar parte de un silencioso pacto entre ellas. Algo absurdo, porque la única con la capacidad de defenderse, allí, era la menda.

Jamás había sentido especial cariño por los humanos. Me parecían endebles y finitos. Inmaduros. Ahora, sin embargo, me daba cuenta de que los había menospreciado. Algunos eran leales y hasta valientes. En mi mundo la lealtad fluctúa a favor del mejor postor y, en lo referente a la valentía, si muestras el menor atisbo de miedo, pasas a ser un demonio muerto.

Aquí la debilidad no era mal vista y despertaba eso llamado compasión. ¡Qué mundo más extraño, el suyo!

Sophie se acercó a nosotras y fingió que nos tomaba nota mientras nos daba un rato de cháchara. Era currante cuando se lo tomaba en serio, pero no lo hacía durante las ocho horas del turno, algo que tampoco era del todo criticable, porque se hacían eternas.

—Esta noche no tengo planes. —Lo que significaba que cuando acabara su turno, a las tres de

la madrugada, no habría un tío esperándola para ponerle las manos encima y el miembro entre las piernas, pero en versión fina.

—Yo tenía la esperanza de que Phe hubiera quedado con su chico, pero le ha dado largas —le informó Ingrid.

—Para variar. —Me sonrió Sophie con una expresión pícara—. Ese es de los que se toman al pie de la letra eso de «quien la sigue la consigue». No creo que puedas quejarte, porque si todo es proporcional a su envergadura, te dejará dolorida para varios días.

—¡Tan pequeña y fina que pareces y lo vulgar que puedes llegar a ser! —soltó Ingrid, entre risas.

—¡Quien avisa no es traidor!

—Te ha dado por las frases hechas —se burló Greta.

—Estoy estudiándolas, de momento mi preferida es esa de «dos tetas tiran más que dos carretas». —Dejó el bloc sobre la mesa y se amasó las suyas mientras ponía morritos, haciendo que nos diera por la risa tonta. Incluso a mí. Joder. Quién me ha visto y quién me ve. Se me enganchaba todo, incluso esa tendencia malsana suya de profundizar en el idioma—. Oye, por cierto, el tipo que acompañaba al tuyo no estaba nada mal. Yo a ese no le haría un feo.

—Tú misma, pero está pillado. Es el novio de la chica que ha venido.

—Una pena.

—Siempre te queda Sebas. —No es que pretendiera ser un obsequio, pero liberarme de su interés me supondría un problema menos. Sophie negó con la cabeza.

—Ese solo tiene ojos para ti y, además, es coto de caza prohibido. Entre amigas hay un código. —Se hizo una cruz sobre el pecho antes de guiñarme un ojo y recoger la libreta para ir a atender a una pareja que había tomado mesa dentro del local.

—¿En serio? —les pregunté.

—¿Lo del código? Yo creo que sí. Es liberal, pero en el fondo es una tía legal —opinó Greta.

—¿O te refieres a eso de que solo tiene ojos para ti? —cuestionó con un tono de voz divertido Ingrid—. Créeme que sí.

—Igual te iría bien, no sé, no pensar. Parece un buen chico, ya sabes, de esos perfectos para una aventura de verano.

—¿Una aventura de verano? —Fruncí el ceño mientras repetía sus palabras.

—Un rollito de unos meses antes de volver a la vida real —puntualizó Ingrid.

—Nadie espera que esos se cronifiquen, porque las relaciones a distancia son complicadas —añadió Greta.

—Ya sabes, un amor de esos bonitos, sin complicaciones, de los que te dejan buen sabor de boca y un buen recuerdo —concluyó Ingrid y, por un momento, me planteé que me estuvieran intentando convencer a dar ese paso, como si tuvieran un extraño poder que nada tenía que ver con la dominancia propia de los de mi especie, pero que también podía llegar a tener su efecto en una tercera persona. En mí, en este caso.

—Algo así quizá te ayudaría a avanzar. Te demostraría que ya no estás con ese tipo y que te mereces a alguien que te trate bien. Yo creo que él es de esos, de los que traen flores y besan de maravilla. —Greta sonó enamoradiza en aquel momento—. Si no intentas disfrutar de la vida y de esas pequeñas cosas que nos ofrece, él habrá ganado, incluso si ya no está. Tú vales más que eso y te mereces ser feliz.

—No podría estar más de acuerdo con eso.

—¡No podría estar más de acuerdo! —exclamó a la vez Ingrid con un tono alegre y añadió,

como si quisiera minimizar mis contras para que me decantara por los pros—: Si después de todo tu Sebas no está a la altura, nosotras seguiremos aquí. Es un plan sin fisuras.

Tu Sebas.

Era absurdo.

Él y yo.

Sin embargo, asentí. No sé a qué exactamente. Aquel diluvio de afirmaciones me había noqueado.

Un amor de esos bonitos.

Una aventura de verano.

Nadie espera que se cronifique.

Incluso si ya no está, él habrá ganado.

No sé si me pudo el orgullo o la posibilidad de vivir algo que jamás me había planteado, pero, por primera vez, pensé que tal vez no estaría tan mal seguirle el juego. Solo un poco.



Sebas

ME PASÉ a eso de las once y media por el bar. La música *chillout* sonaba por los altavoces y me pareció de lo más sugerente y sensual que escuchaba en tiempo. Quizá estaba condicionado por el gusanillo que tenía en el estómago por eso de que volvería a verla.

Parecía un chiquillo, lo admito.

La camarera me sonrió con descaro cuando llegué al local.

—Está en la barra. No la cagues. —Le sonreí. No soy de los que se esconden, así que no me importó que diera por sentado que venía por Phe, y no solo por sus combinados. Además, me gustó la sensación de que se preocupaban por ella.

Igual no estaba tan sola como a veces pretendía aparentar. ¿Desde cuándo se conocían? Era tentador usar mis encantos para sonsacar a alguna de sus compañeras, pero prefería descubrir todos y cada uno de sus secretos poco a poco, mientras ella se abría a mí y yo hacía lo propio.

Sus ojos me buscaron en cuanto puse un pie en la gran estancia. Eran neutros, de esos que callan más que no dicen, pero no parecía estar cagándose en mis huesos. De momento.

—Parece que ya me consideran un habitual —le dije mientras me sentaba en el taburete de siempre.

—¿Por?

—La chica de la entrada me ha dicho que estabas aquí.

—¿Le has preguntado?

—No ha hecho falta. —Hizo una mueca, como si aquello le molestara.

—Ingrid. Vive arriba.

—Al final acabaré conociéndolas a todas —bromeé.

—Si persistes en el empeño de ser un coñazo, supongo que sí.

Estaba molesta con el mundo, más que conmigo, eso era algo obvio. Me mordí el labio inferior, porque estaba encantadora. Solo a mí podían ponerme las tías chungas con aspecto ceñudo cabreadas, claro. Sus ojos se desplazaron fugazmente a mis labios. Si seguíamos por ese camino, se podía ir de las manos.

—Pues vas a estar de suerte, porque este fin de semana vienen a casa varios de mis primos y seguramente no podré escaparme.

—¿Eso debería molestarme?

—¿Un poco?

—¿Por?

—¿Vas a negar que me echarás de menos?

—Esa teoría no tiene ningún fundamento. —Me reí, porque estaba molesta, pero tensa al mismo tiempo. Ni siquiera ella estaba segura de si liberarse de mí un par de días le apetecía o no. Era mejor que una sensación de franco alivio.

—Creo que yo añoraré estos momentos, ya sabes, tú y yo, una copa, una conversación un tanto absurda pero tremendamente adictiva. Eso y tu ceño fruncido. Me fascina.

—Te falta la copa. ¿Qué te apetece? —No me molestó que me fintara de esa forma. Ni siquiera yo tenía del todo claro por qué me había dado ahora por coquetear con ella. Se suponía que tenía que sonsacarle quién era, no seducirla.

—Sorpréndeme.

Se tomó aquello como un reto. Le tentaban. Algo que debería tener en cuenta para presionarla, si llegaba a necesitarlo. Vertió menta y pimienta en una copa, lo picó y, después, vertió una buena cantidad de hielo picado y varios aguardientes diferentes. Quizá pretendía que acabara en el baño lo que quedaba de día. Tras jugar a hacer de druida, se lo acercó a la nariz y se aproximó a mí. Se acercó la copa a los labios y dio un trago sin dejar de mirarme. Era sexy a rabiar.

Dejó la copa frente a mí.

Había demonios que poseían veneno en su saliva o podían inyectarlo con sus colmillos en una víctima mientras la mordían. No tenía la más mínima idea de qué podía o no hacer Phe. Sabiendo que era un demonio, beber de esa copa era confiar ciegamente en ella, pero si no supiera qué era, beber de aquella copa sería algo así como una aproximación hasta cierto punto erótica. Mismo vaso. Sus labios sobre el filo de cristal. Los míos catando el mismo licor que hacía un momento habían paladeado los suyos.

Me decanté por ese toque erótico y pasé del riesgo que suponía para mi propia supervivencia. Hay quien piensa con el cerebro. Yo en esos momentos pensaba con otra parte de mi anatomía. Si me envenenaba, no podría justificar que sus intenciones fueran buenas. Si requería de la ayuda de mi primo Paul, que al margen de estudiar Medicina tenía cualidades de sanador, tarde o temprano el resto de mi familia se enteraría y un agravio así no lo pasarían por alto. Son muy protectores, así que intervendrían. Incluso si mediaba para evitar que hubiera un enfrentamiento directo con la intención de que le dieran una segunda oportunidad, su idílica estancia en la isla se acabaría. Contando que atendieran a razones. En el mejor de los casos.

Le di un primer trago, largo, sin dejar de mirarla, porque había un algo entre nosotros, en ese momento. La bebida era picante y dulce al mismo tiempo. Fuerte. Como ella.

Eso desvió mi atención hacia sus labios. ¿Cómo sabrían? ¿Cómo sería sentir su cuerpo colisionando contra el mío?

—Brutal. —Esa respuesta creo que valdría para las tres opciones: la peculiar bebida que me había preparado, la posibilidad de descubrir el sabor de sus labios o sentir su cuerpo estremeciéndose entre mis brazos.

—Me alegro de que te guste.

—Creo que no es lo único que me gusta de este garito. —No había pretendido decirlo en voz alta, así que decidí desviar su atención antes de que le diera demasiada importancia—. Ahora que lo pienso, no tengo tu número de teléfono.

—Ni vas a tenerlo nunca. —Me sonrió con un gesto coqueto que me arrancó una sonrisa, y tuve que contener las ganas de atraparla entre mis brazos para permitirme el capricho de responder al resto de preguntas que mucho tenían que ver con ella y menos con su habilidad haciendo mezclas.

—Eso me ha dolido. —Fingí que había golpeado mi corazón.

—Háblame de ellos.

—¿De quién?

—De tus primos. —Le sonreí y le di un trago largo a la copa, bajo su atenta mirada. Era la primera vez que parecía tener interés en algo relacionado conmigo.

—Somos once en total. La mayoría aún estamos en la facultad, aunque Damaris, la menor, ha empezado este año el instituto. —Lo que había sido una verdadera sorpresa, porque sus padres nunca habían pretendido llevar una vida más o menos normal y nadie esperaba que ella se decantara por algo así—. David y Jerom, los dos mayores, han montado algo así como un negocio juntos. Tengo un hermano, Oscar, que sale con una chica que trabaja con ellos, así que este año supongo que subirá menos.

—¿Cuántos años os lleváis?

—Somos mellizos, él es el bruto y yo el carismático, por si te lo estás preguntando. —Hizo un mohín, como si no estuviera muy de acuerdo con mi afirmación. Me gustaba esa sensación. Compartir un poco de mi vida con ella. Quizá así encontraría el valor de compartir la suya conmigo—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Algún hermanastro por parte de madre, pero no nos llevamos. —Nada sorprendente, para lo que ella era.

—¿Y de tu padre?

—No que yo sepa, pero tampoco nos llevamos. —Creo que había un deje amargo en aquello, en no «llevarse» con nadie.

—Tengo un tío que tampoco mantiene relación con nadie de su familia. Esas cosas pasan. —Especialmente en su mundo de sombras. Se encogió de hombros—. De momento estaremos instalados en la casa de la playa Alba y Alexander, con los que vine ayer, además de mi primo Nicholas y su novia. El resto irán llegando a final de mes, aunque algunos se acercan para pasar unos días los fines de semana. Para agosto es posible que coincidamos todos. Es algo así como una tradición.

—No suena demasiado mal. —Lo que, para ser ella, era una concesión. Nuestras miradas se cruzaron y tuve la sensación de que algo había cambiado.

No es que pretendiera hacerme falsas expectativas, porque tampoco tenía claro con qué ilusionarme, pero ya no había ese recelo perenne. Quizá estaba empezando a bajar algunas de las murallas y escudos que había ido construyendo con el paso del tiempo a su alrededor para protegerse. Ojalá pudiera decirle que podía confiar en mí, pero ¿cómo decirle a un demonio que sabes lo que es sin desvelar tus propios secretos?

Para cuando llegué a casa, sentí la presencia de David y de Paul. Lo que significaba que Dilan había estado de paso y que se aparecería, de nuevo, en cualquier momento.

Me escabullí a la cocina y me serví un vaso de agua mientras intentaba rememorar el rato que había pasado con Phe, mirándolo en perspectiva.

Ya había conseguido temperar el subidón cuando escuché a mi prima Alba acercarse a la cocina. Sospeché que estaba buscándome, porque se sentó sobre la encimera de la isla central y se limitó a alzar una ceja.

—¿Qué? —mascullé, molesto.

—¿Una escapadita a algún bar de la zona?

—Es posible.

—Oscar y Amanda al final no se pasarán este fin de semana.

—Sobreviviré.

—¿Vas a intentar dar esquinazo a Jason y Jerom si se presentan? —Con ese par debería ir con

pies de plomo. Con Nicholas y su hermano mayor, David, tendría que vigilar qué decía, pero era hasta cierto punto controlable mientras no me atosigaran con un tercer grado. No sabían de la existencia de Phe y sabía que Alba, por el momento, callaría.

No tenía claro qué podría pasar si descubrían su presencia. No podía negar que parecía poderosa, pero el tiempo que llevaba vigilándola se comportaba como si fuera inofensiva. Prefería que no me preguntaran por qué tenía tanta insistencia en verla. No sabía qué contestarles, no tanto porque pretendiera ocultarles algo, sino más bien porque yo tampoco lo tenía del todo claro.

—¿Por qué debería hacer algo así? —le cuestioné.

—Tú sabrás. —Alzó una ceja, acusatoria.

—Solo estoy asegurándome de que no sea peligrosa.

—Muy noble por tu parte —se burló mi prima y me arrancó una carcajada—. ¿No tendrá nada que ver con eso de que te la comías con los ojos?

—No sé a qué te refieres, te recuerdo que me senté de espaldas.

Escuchamos un ruido y nos quedamos callados. Brianna entró en la cocina.

—¿Interrumpo?

—No —le aseguró Alba con una sonrisa cálida.

—Lo haces —le contradijo Nicholas, entrando en ese momento—. ¿Ya estáis con secretitos?

Mi primo nos estudió mientras Brianna se acercaba al congelador y sacaba una bolsa llena de cubitos.

—Siempre. —Le sonreí, porque esa verdad era irrefutable—. Le estaba diciendo que eres mi primo favorito, ya sabes.

Puso los ojos en blanco, porque por mucho que le quisiera, Alba era como una hermana para mí, por eso de que nos habíamos criado juntos. Su madre y la mía eran amigas íntimas desde que se conocieron en el instituto. Acabaron viviendo juntas cuando empezaron en la facultad y mi padre digamos que entraba y salía de allí a su antojo. Nada cambió cuando nosotros nacimos o, un año más tarde, lo hizo mi prima y tiempo después su hermano pequeño, Paul.

—Déjalos que cuchicheen como si fueran unos críos. —Nicholas le guiñó un ojo a Alba, que era una señal de complicidad infinita. Habían estudiado juntos en el instituto y como eran dos de los raritos de la familia se apoyaban desde siempre.

Con todo, sabía que Alba callaría lo de Phe.

Había secretos y secretos: no la delataría porque yo se lo había pedido y hacerlo podía sentenciarla.

Phe era cosa mía.

Fin.



Phe

ESCUCHÉ EL MOTOR de algo que no eran cuatro ruedas con un mínimo de carrocería. No sé por qué llamó mi atención, porque una moto, por potente o grande que fuera, no implicaba un peligro real para mi persona. Sin embargo, lo hizo.

Sebas.

Lo supe, sin más.

Había tenido un fin de semana tranquilo en el que había podido pensar en todo aquello. En la vida, la mía, y en toda la mierda que llevaba a mis espaldas. No quería —ni debía— confiarme, pero llevaba el tiempo suficiente allí como para plantearme que quizá Fael había pasado página.

A nivel afectivo, yo ya lo había hecho hacía varios años. Que siguiera acostándome con él de forma ocasional, de tanto en tanto, hasta que me largué de allí era un tema aparte que tenía mucho más que ver con mi propia supervivencia —y la de mi madre—, que no un interés personal. No negaré que en la cama Fael no decepcionaba, en cualquier caso.

Era un gilipollas con mucho potencial, podría decirse, así que no le daba más importancia que esa. Tampoco solía buscarme demasiado, durante los últimos meses, porque se había buscado un par de amantes que se tiraba a mis espaldas, aunque yo era perfectamente consciente y me la traía floja.

Creo que, en el fondo, le hubiera satisfecho que yo me enojara y chamuscara a alguna de sus fulanas en un ataque de celos, pero lo que en realidad deseaba era carbonizarlo a él, así que no le di ese pequeño capricho de pagar mi cabreo con las que, en el fondo, conseguían sacármelo de encima y evitar tener que fingir algún que otro orgasmo.

Fruncí el ceño, intentando escuchar por encima del ruido, de la música, de la gente... con la ilusión de que fuera él. Algo absurdo, la verdad, pero pocas cosas emocionantes pasaban en ese lugar perdido en ninguna parte.

Se paró en el arco de la puerta principal y sus ojos buscaron los míos. ¡Pillada in fraganti! Genial, lo último que le faltaba a ese maldito ego suyo era pensar que lo estaba esperando.

Creo que algo le satisfizo, porque me sostuvo la mirada y me estudió, como si quisiera revisar cada maldito centímetro de mi ser. Esa tendencia suya era molesta, por no decir que la sutileza no estaba dentro de sus atributos. Me irritaba esa arrogancia suya y la seguridad que mostraba mientras lo hacía, quizá porque estaba acostumbrada a que la gente se apartara y nadie en su sano juicio me sometería a semejante escrutinio, descarado, del que quiere algo. Desnudarme, para empezar.

Esa idea debería producirme arcadas, pero, la verdad, cada vez me parecía más aceptable. Pese a ser humano. Y eso.

Lo del amor de verano aún no tenía muy claro si encajaba conmigo. En primer lugar, porque lo de «amor» era una palabra que me daba urticaria, aunque eso de lo del verano, que fuera algo

acotado en el tiempo, no sonaba del todo mal. Un tentempié. Un entretenimiento.

Maritza se acercó a él, aunque apenas le prestó atención mientras le contestaba algo con un monosílabo y señalaba en dirección a la barra con el mentón. Vi como ella sonreía de oreja a oreja y me guiñaba un ojo mientras él acortaba la distancia entre nosotros como si fuera un maldito depredador. Esa sensación no me era extraña. Solo que, por norma general, yo era la que acechaba entre las sombras, y no la presa.

—Tienes buen aspecto —me dijo tras tomar asiento en el taburete de siempre.

—Será por lo tranquila que he estado este fin de semana. —Ladeó la cabeza, estudiándome. Me encogí de hombros bajo su atenta mirada, mientras acababa de secar con un trapo una copa.

—La verdad es que yo he estado un poco ocupado.

—Habrás dormido poco.

—Lo suficiente. —Sonrió—. ¿Qué tal fue el sábado?

Que alguien le hubiera soplado mis horarios era molesto, pero sabía que mis compañeras de piso estaban compinchadas para que me liara con él. Por lo visto, consideraban que un buen polvo era algo terapéutico. Los humanos son raros de cojones.

—Mucho trabajo. Los fines de semana siempre llenamos. —Asintió.

—¿Qué hiciste ayer? —Joder, si seguía así parecería que manteníamos una conversación cordial. Eso o un tercer grado.

—Fui con Maritza, la chica con la que te acabas de cruzar, al pueblo.

—¿De compras? —Hice un mohín. ¿Cómo diablos podía él saberlo?—. Tengo primas, ¿recuerdas?

—Quería comprarme un par de biquinis nuevos. —Se mordió el labio inferior de una forma muy sexy y sentí que mi cuerpo estaba demasiado receptivo a ese tipo de gestos, sensuales y tremendamente masculinos.

—Me ofrezco para ver cómo te quedan.

—Ya te gustaría.

—Pues la verdad es que sí.

Nos sostuvimos la mirada. Hacía calor.

—¿Qué habéis estado haciendo todo el fin de semana? —Decidí que lo más seguro era cambiar de tema. No le molestó, al contrario, vi un brillo travieso en sus ojos, como si supiera que sus coqueteos empezaban a ser eficientes.

—Perseguir una pelota en la playa, bañarnos hasta última hora y jugar a la consola hasta las tantas.

—¿Qué vida más dura! —Rio por lo bajo mientras le tendía un mojito—. A este invita la casa.

Elevó la mirada y sentí un hormigueo entre las piernas. Era capullo y arrogante, muy en la línea de los tíos que me gustaban, pero además de sexy tenía un algo bueno. Y eso era una novedad. No me había pedido nada. Un poco de conversación y poco más. Incluso si su interés era obvio, mantenía una distancia prudencial, casi respetuosa y hasta cierto punto molesta. Es decir, si me pedía una noche de placer le diría que no. Sin más. Pero el tema era, ¿por qué diablos no lo hacía? ¿Por qué mantener esa tensión? ¿El deseo que empezaba a crecer y a hacerse cada vez más evidente entre nosotros?

—Gracias.

—Es cosa del jefe, cortesía para clientes asiduos, no tiene nada que ver conmigo. —Era una mentira o una verdad a medias. Se nos permitía invitar a algún amigo a una consumición de forma ocasional. A Sebas lo conocía de la semana anterior, pero como tampoco tenía a nadie al

que adular a copas gratis, supuse que lo daría por bueno.

—Dale las gracias de mi parte, en tal caso. —Levantó la copa hacia mí antes de darle un trago—. ¿Hoy no toca el especial de Phe?

—No es mi mejor día.

—¿Y eso? —Parecía interesado de verdad.

—He pasado mala noche. —Era una de esas verdades a medias, porque de esas llevaba ya un número indeterminado y me estaba empezando a pasar factura.

—¿Hace mucho que duermes mal? —Sonreí, porque además de estar bueno, no era del todo tonto.

—Como todo el mundo.

—No es de todo el mundo de quien estamos hablando, Phe. Insisto, ¿por qué no duermes bien? ¿Hay algo que te preocupa?

Había venido más tocacojones que de costumbre. Me moví por detrás de la barra, alejándome temporalmente de él y preparé tres bebidas iguales de un tiempo. Dejé dos en una de las bandejas y le llevé al pesadito de la barra el suyo.

—¿Es la primera vez que vienes a trabajar a la isla? No te había visto nunca. —El cambio de tema me hizo saber que había pillado el mensaje ese de que me dejara tranquila y que ni quería ni tenía intención de compartir mi mierda con él.

—¿Acaso conoces a todos los turistas e isleños? —le solté.

—Llevo veraneando aquí toda la vida. —Era una respuesta con poco fundamento, pero pasé de rebatírsela. No valía la pena. Me sorprendió, sin embargo, cuando añadió—: Créeme que, si hubiéramos coincidido antes, me acordaría.

—¿Estás seguro? —le reté, alzando el mentón.

—Sí.

—Déjame que lo ponga en duda.

—¿Sabes que parece que estamos teniendo nuestra primera riña de enamorados?

—¿Perdona?

—Ya sabes, un «cuelga tú, no, cuelga tú, los dos a la vez...». —Puso morritos y aquello me pilló totalmente fuera de juego y me arrancó una carcajada. Una pequeña.

—Estás enfermo.

—Ya ves. Igual me he enamorado de tu mojito de melocotón.

—¿Te crees muy gracioso?

—No especialmente, pero dudo que seas de risa fácil y ya me he apuntado un tanto. —Hice un mohín, porque ahí había dado en el clavo.

—¿Se puede saber qué quieres exactamente?

—¿La verdad?

—Estaría bien, para variar. —Algo oscureció su mirada e, instintivamente, me puse alerta. Ese tipo de conceptos: la verdad, el bien, para mí eran una utopía. Estaba bien que la gente como él creyera en esas cosas, en serio. Me había ayudado a ver el mundo un poco menos negro, incluso si estaba repleto de sombras.

—Me gustaría conocerte, Phe.

—¿Conocerme? —Fruncí el ceño. ¿Cómo se suponía que tenía que interpretar aquello?

—Conocerme —susurró aquellas sílabas con una calma que se volvió envolvente. Y sugerente. Si hubiera dicho algo más normal, como que quería acostarse conmigo, no es que hubiera considerado la posibilidad, no me habría sentido como si un camión acabara de pasarme por

encima.

—Pareces un buen chico, Sebas. —Me acerqué a la barra, sintiéndome con la obligación de hacerle entender—. No te convengo. Busca una chica de esas que no están cargadas de problemas. Pásatelo bien. Ten una familia. Lo que sea. Pero olvídate.

Me sostuvo la mirada. Estaba claro que no tenía intención de acatar mi consejo. Había una determinación en su expresión que me impresionó un poco. Teniendo en cuenta que era un mero humano. La seguridad que desprendía.

Dejé que mi esencia llegara hasta él. Lo justo. No quería delatarme, pero tampoco seguir con aquel juego. Aquella farsa. Fijó sus ojos en los míos. Solían mostrarse confundidos, aunque él simplemente estaba allí, atento, con todos sus sentidos en esa magia que tiraba de él.

—¿Qué quieres?

—Conocerte.

—¿Acostarte conmigo?

—No te negaré que la idea es tentadora... —Mostró una media sonrisa ladeada, un tanto arrogante, pero no había llegado a contestarme, pese a que estaba usando mi don para obligarle a hacerlo.

Dirigí mi mente hacia él, para adentrarme un poco más, pero me estremecí al encontrar algo. Una barrera. Eso me cabreó, la sensación de que algo que debería ser fácil y fluir sin más complicación ahora me supusiera un reto. Estaba jodida. El cansancio me estaba minando más de lo que me pensaba.

Me retiré de su mente antes de que acabara dejando un rastro en él que pudiera conducir a otros hasta mí. Me sostuvo la mirada y de repente empezó a hablar, no sé si porque mi dominancia había conseguido sembrar algo dentro de su cabeza o si fue por voluntad propia.

—Hay veces que me gustaría tenerte desnuda entre mis brazos y dejar que todo fluyera, aunque no soy de ese tipo de personas, en realidad. —Hizo una pequeña pausa—. Sé que hay mucho más que lo que puede verse en la superficie y tengo la corazonada de que hay algo en ti que vale la pena.

—¿Algo en mí...? —Sentí como perdía esa conexión que apenas había sido capaz de establecer con él.

—Algo en ti, sí, Phe. Voy a serte sincero: me gustas.

—Mala cosa.

—Siempre las hay peores.

—Déjame que te diga que lo dudo. —En vez de alejarlo usando mi dominancia, había ahondado en unas emociones que probablemente el chaval no tenía intención de compartir conmigo. Yo tampoco que lo hiciera, pero en vez de solucionar mi problema con aquel guaperas, había conseguido empeorarlo.

—¿Por qué no lo intentamos? Lo de salir juntos. —Tragó saliva. El primer gesto de inseguridad que mostraba en lo que llevábamos de conversación, mientras yo había rehuido su proximidad, dando un paso hacia atrás para alejarme de él y toda la intensidad y sensualidad que desprendía en esos momentos—. Probémoslo, a ver qué pasa, y así sabremos quién se equivoca de los dos.

—¿Qué te hace pensar que me interesas en ese aspecto?

—¿En qué otro aspecto podría interesarte si no? —bromeó, sin dejar de mirarme.

—¿Como saco de boxeo? —solté al azar, porque me imaginaba que era de los que se pasaban muchas horas en el gimnasio atizando cosas.

—Odiaría lastimarte —negó.

—Primero tendrías que conseguir alcanzarme —le reté—. ¿Crees que por ser un tío enorme podrías con una poquita cosa como yo?

Me sorprendió porque en vez de ponerse gallito, empezó a reír por lo bajo.

—Damaris, la menor de mis primas, es capaz de tumbarme en el tiempo en el que chasqueas los dedos. Puedo ser un bravucón, pero no soy tan estúpido. —Había una cierta solemnidad al decir aquello y me gustó ese tono de respeto que había usado hasta que añadió con una sonrisa traviesa—: Si quieres tumbarme, mejor que sea en una cama mullidita. Porque lo de acostarnos juntos... ¿lo has sacado tú a colación o ha sido mi subconsciente? Que conste que, si es un requisito indispensable, igual hasta me encontrarías dispuesto. —Le lancé un trapo que tenía a mano, por ese deje arrogante que tenía. Lo atrapó al vuelo y me encontré sonriéndole. ¿Qué tenía el condenado que era capaz de despertar ese tipo de reacciones en mí?

—Olvídate de esa parte.

—Puedo prescindir de ella, pero no del hecho de que quiero pasar tiempo contigo.

—¿Eso suele funcionarte en tus conquistas?

—Para nada. Para llamar la atención de una dama suelo optar por sacarme la camiseta. —Elevé una ceja mientras descendía la mirada para reseguir la forma de unos pectorales bien definidos debajo de aquel trozo de tela que se le ajustaba a la perfección.

—Es posible que cualquier cosa se te dé mejor que intentar seducir a alguien mediante palabras —le provoqué.

—Pues en realidad siento cierta debilidad por las lenguas. —Me sonrió con gesto canalla—. La tuya, por ejemplo. ¿A qué sabe?

—Puro veneno, ¿te animas? —Alcé una ceja, desafiándolo.

—Eso suena a un reto. —Sus ojos me estudiaron.

¿Qué había hecho?

Sí, podía matarle si me lo proponía, clavándole mis colmillos e inoculándole unas cuantas toxinas, pero dejarlo tieso allí en medio dudo que fuera bueno para mi curro. Además, llamar la atención de todos los presentes y de las autoridades locales no me ayudaría a pasar desapercibida frente a los que pretendía dar esquinazo.

Un beso. No tenía por qué ser tan malo. Le sostuve la mirada.

—¿Acaso eres una cobarde? —insistió.

—Gilipollas. —Apreté la mandíbula y me acerqué a él antes de inclinarme sobre la barra—. Las manos quietas o te juro que te las cortaré.

—Cómo un comentario así puede ponerme a mil es un misterio. —Una sonrisa ladeada despertó el deseo en mí. Simple y ardiente. Una novedad tratándose de un tipo humano, pero me limité a justificarlo con que hacía varias décadas que no había tenido ni el tiempo ni el interés en confraternizar con un macho que no fuera Fael. La novedad era excitante.

Ignorando mi amenaza, elevó una mano y capturó mi mentón. Tiró con suavidad de mí mientras se incorporaba ligeramente. Nuestros labios se encontraron a medio camino. Su boca se abrió a la mía en un movimiento pausado que se convirtió en ardiente en apenas un suspiro.

Fuego. Quemándome. Nuestras lenguas buscándose y luchando por demostrar su autoridad sobre la del otro. Joder. Sentí la tentación de cambiar de forma allí en medio. De arrastrarlo detrás de la barra, romper su ropa a pedazos y montarme encima de él. Todo por un maldito beso.

Me separé de él, jadeando.

Las piernas seguían sosteniéndome, pero lo hacían con cierta dificultad.

Tenía que ser culpa del cansancio, porque no había razón ni excusa que pudiera justificar hasta qué punto aquello me había afectado.

Necesitaba huir de ese cuerpo que no me representaba y conectar con lo que era en realidad. No podía dejar que eso sucediera, así que conseguí controlar aquel espasmo mientras aquel deseo voraz seguía consumiéndome porque no lo había satisfecho por completo. No recordaba jamás haberlo sentido así, pero tampoco había estado nunca tan desesperada y agotada como en la actualidad.

Para cuando abrí los ojos, Sebas me miraba. Sus pupilas parecían más negras, pero había brillos plateados, como si cientos de estrellas se reflejaran en ellas. Era hermoso. Su mirada. La calidez y el deseo que fluía en él. El olor de su cuerpo y de su deseo. La sensación de que le costaba contenerse tanto, al menos, como a mí.

Esperaba que me dijera algo sobre las sutiles convulsiones que acababa de sufrir, pero las ignoró. Se pasó la lengua por los labios, como si quisiera retener un poco más la sensación de aquel beso.

—Sigo vivo. —Me alejé de él, enojada conmigo más que con él—. ¿Igual yo también te gusto un poco?

—Ni de coña; no te merecías una muerte fulminante porque no besas del todo mal.

—Gracias, llevo tiempo practicándolo. —Me guiñó un ojo y añadió con una sonrisa traviesa—: Aunque nunca es suficiente, podríamos repetirlo. Ahora mismo, si quieres. —Le mostré una peineta, a modo de respuesta, y él me sonrió—. Sabes a sal. Y a libertad.

Aquella última parte me pilló un poco fuera de juego. Quizá por eso, en vez de enviarle a la mierda o agotar la poca energía que me quedaba para borrarle la memoria y que no potenciara su insistencia en el beso que acabábamos de compartir, opté por preguntarle:

—¿A libertad? ¿Qué gusto tiene eso?

—No sabría decirte, pero es lo primero que me ha venido a la cabeza. —Hizo una mueca y me arrancó una carcajada. De nuevo.

—Es ridículo.

—Culpable. ¿A qué hora acabas?

—¿Por?

—Me gustaría repetir lo del beso. —Alcé una ceja, acusatoria, negándome a admitir que a mí también me gustaría. Me había sabido a poco, pero no podía tampoco permitirme acabar tomándolo como si fuera uno de los míos, exponiendo mi verdadera naturaleza y traumatizándolo para el resto de su vida—. Creo que es un buen plan, en serio. Podríamos darnos un paseo por la playa bajo la luz de la luna y cerrar la velada con un beso de buenas noches. O unos cuantos, en ese aspecto no voy a poner reparos.

—Es una cursilada.

—¿Demasiado empalagoso para una primera cita?

—Esto no es una cita. Yo estoy trabajando y tú eres un cliente un tanto peculiar.

—Nos hemos besado.

—Ya, pero eso ha sido porque no le tienes gran estima a tu vida.

—Al contrario, aunque no negaré que a veces me gusta vivir un poco al límite. ¿Qué hay de ti?

—¿En serio vas a empezar con eso?

—¿Con qué?

—Preguntas estúpidas sobre mi vida.

—Puedes limitarte a contarme las historias que te apetezcan o, si no, yo puedo aburrirte con las mías.

—Eres un chico listo.

—¿Por?

—Seguro que me aburrirían. —Le lancé una sonrisa de víbora, pero en vez de enojarse, se limitó a sonreírme antes de darle un trago a su copa. Me alejé de él para revisar las notas que habían entrado en lo referente a pedidos. No huía de él. Yo no era de esas. ¿No?



Sebas

NO HUBO BESO de buenas noches, pero sí paseo por la playa, así que no tenía intención de quejarme. Se me había ido un poco de las manos, para qué negarlo, así que me vendría bien dejar que reposara un poco todo para saber cómo abordarla mañana. No había sido consciente de cuánto me gustaba hasta que lo había dicho en voz alta. Que se lo hubiera soltado así, en un impulso, y le hubiera planteado eso de salir juntos era una locura, pero de esas muy mías. Me atraía y despertaba en mí algo que era abrumador, pero apenas sabía nada de ella. De su verdadera identidad, quiero decir.

Había estado a punto de transformarse en medio del bar, lo que hubiera sido algo chungo, pero que me había dejado más que satisfecho porque era evidente que aquel beso la había conmovido tanto como a mí. La mierda era que me había sabido a poco. Y quería más.

Y luego estaba esa sensación, como si la conociera de siempre pese a ser una perfecta desconocida.

La puerta del garaje estaba abierta.

Apagué el motor, ignorando los coches deportivos y las motos. La mayoría de nosotros usábamos ese tipo de vehículos para desplazarnos de un lugar a otro, pero no todos: una silueta se estaba formando frente a mí, entre las sombras. Dos alas negras, que recordaban a las de los murciélagos, se materializaron a la espalda de un hombre apuesto. Un demonio, sí. Y no uno cualquiera. Uno de los hijos de Darius Forns, un lugarteniente de los infiernos cuyo nombre aterrorizaba a muchos de sus iguales.

—¿Vas a contármelo? —me cuestionó alzando una ceja mientras elevaba el mentón y captaba todos mis matices.

Me callé un «¡Hay que joderse!» porque, aunque mi padre soltaba más tacos que mi hermano y yo juntos, sería delatar que su presencia me incomodaba. Más que de costumbre, quiero decir.

Hice una mueca. Ni de coña le podía ocultar que había estado tomando una copa con un demonio, que habíamos paseado por la playa juntos y que había habido un sutil intercambio de fluidos que, si bien a mis primos les habría pasado desapercibido, sabía que con sus habilidades de rastreador con él no tendría tanta suerte.

—Depende de si vas a dejar que haga las cosas a mi manera o no —le contesté mientras colgaba el casco del retrovisor de la moto, dejando las llaves puestas en el contacto.

¿Para qué hacer lo contrario? Varias protecciones mágicas aseguraban que nadie pudiera meterse en nuestro territorio. Eso y que solo un gilipollas sería tan estúpido como para intentar irritar a un Forns. Lo peor que podía pasar era que Damaris decidiera esconder las llaves, para tocarnos un poco las pelotas a los mayores. Le gustaban ese tipo de chiquilladas, pero tampoco es que me preocupara especialmente. Las encontraríamos. Se nos daba bien ese tipo de juegos.

—¡Como si yo...! —intentó defenderse, pero alcé una ceja y en vez de continuar con un discurso ridículo, empezó a reír por lo bajo.

Sus ojos negros me estudiaron de forma analítica. Era mi padre, pero apenas aparentaba veintipocos, así que, en esos momentos, muchos darían por sentado que éramos hermanos porque los rasgos que compartíamos evidenciaban que existía un parentesco: el cabello negro desordenado, la mandíbula angulada y la expresión de nuestros ojos oscuros.

Vi sus colmillos, blancos, asomar ligeramente, mientras extendía sus enormes alas negras a su espalda, ocupando un espacio enorme. En eso, en cambio, no nos parecíamos: los atributos característicos de su ascendencia demoniaca habían desaparecido porque mi madre era humana.

—¿Te apetece un chapuzón? —le propuse.

No me apetecía hablar de aquello con el resto de la familia. Sentí la presencia de Dilan, además de la de Oscar y Amanda. Por lo visto, mi padre había venido acompañado. Podía sentirme afortunado de que no le hubiera dado por ir a mi encuentro y joderme la noche con Phe, algo que sería muy propio de él.

—Vamos. —Se lanzó contra mí y me agarró por la espalda antes de alzar el vuelo.

Le trajo sin cuidado mi tamaño o mi peso, así que no protesté mientras me arrastraba por el aire, cogido por el torso, sus piernas capturando las mías para que no pareciera un saco de patatas colgando de un pasador.

Sin embargo, me cagué en sus muertos cuando me dejó caer a unos treinta metros de altura. Escuché su risa mientras tomaba el control de mi cuerpo y me obligaba a convertirme en poco más que un proyectil para atravesar la superficie acuática en una entrada limpia pese a la altura de la caída. Cuando conseguí sacar la cabeza por encima del agua, me lo encontré sobrevolando el lugar con un aleteo provocador.

—¡Capullo! —mascullé y, haciendo acopio de toda mi fuerza, moví un brazo para salpicarle tanto como me fuera posible. Se rio, como si fuera un niño pequeño. Mi padre tenía muchas cosas buenas, pero lo de la madurez mental no estaba entre ellas—. Me gustaba esta cazadora.

—¿Así que ahora vas de malote? —se burló él y puse los ojos en blanco.

Volví a intentar salpicarle y alzó el vuelo. Vi cómo se dejaba caer tras hacer una pirueta y cómo atravesaba el mar con las alas cerradas a su espalda. Su cabeza apareció a poca distancia de donde yo estaba.

—Mejor no hablemos de malotes... —Me sonrió e hice una mueca, sabiendo que no me había escapado del tercer grado.

—Si te quedas un rato más en remojo, el rastro acabará desapareciendo por completo, pero me gustaría saber de quién se trata, por no matarla, básicamente.

—Todo un cambio de registro, siendo tú —remarqué porque, ante cualquier posible amenaza, solía volverse condenadamente sobreprotector.

—No tienes un rasguño y ya lo he visto antes, incluso si no soy un empático. Hueles a ella y algo me dice que te la quieres tirar. —¡A la mierda! ¡La que acababa de soltarme!

—No es eso —mascullé molesto—. Ha sido una apuesta. Un beso, nada más.

—¿Y cómo te ha dejado? —Sus ojos negros se inundaron de cientos de destellos plateados.

—Con ganas de más. —No valía la pena negarlo.

—Te aseguro que el resto no te decepcionará. —Su risa era masculina.

—¿No te preocupa lo que ella es? —le cuestioné.

—¿Debería?

—No lo sé. —Me molestaba esa sensación. No era la primera mujer a la que besaba. No sabía si estaba preparado para asumir que sería la última. Algo que tenía que ver con lo que éramos. Con lo que siempre habíamos mantenido oculto. Si la elegía, ya no habría vuelta atrás, incluso si

me equivocaba al hacerlo.

—¿Qué te preocupa? La conversación sobre el sexo ya la hemos tenido, así que ya sabes...

—Le gruñí, porque ese tipo de comentarios solo hacía que empeorarlo todo—. A ver, que me aclare, ¿no te gusta esa chica, entonces?

—No es una chica.

—Huele a hembra, incluso si tiene cola o cuernos. Que, por cierto, vigila con tu primo Dilan, ya sabes que a él los cuernos le ponen.

—¡Papá! —Se rio a carcajadas, el capullo.

—Venga, va, cuéntamelo todo... —Sus ojos brillaron con picardía y cientos de motas plateadas los iluminaron. Eso era poco habitual en él, porque delataba su ascendencia. Su *otra* ascendencia. La que nada tenía que ver con los colmillos ni las enormes alas negras que lucía a su espalda.

—Me crucé con su rastro la semana pasada, por casualidad. Trabaja en un local de esos de playa que están tan de moda: muchos cojines, luces cálidas y una pista de baile un poco alejada del bar, en la playa. —Me ceñí a la realidad—. Le pedí a Jason que investigara el sitio.

—¿Y qué encontró?

—Nada, está limpio. El propietario es un isleño que montó el negocio, sospecho que tiene más de un empleado en negro, pero excepto por eso, no hay nada que haya llamado su atención.

—¿Y qué hay de ella?

—Vive con cuatro humanas en la parte de arriba del local. No hay señales de que haya cazado por la zona y las chicas la tratan como si fuera una más. De hecho, estoy seguro de que no tienen la más mínima idea de lo que ellas es.

—¿Llevas desde entonces acechándola?

—No estoy haciendo eso —negué, molesto. Lo había soltado como si diera por supuesto que yo era algo así como un acosador en celo y la pobre demonio en cuestión, mi presa.

—Vale, perdona, continúa.

—Es más bien cerrada y un tanto esquiva. Al principio no es que quisiera darme mucha conversación que digamos, pero supongo que me la voy ganando.

—Metiéndole la lengua hasta la campanilla es un buen sistema, sí. —Puse los ojos en blanco—. Por lo que dices, parece una chica difícil...

Sonrió.

—No voy a tomármelo como un reto, no me pinches —protesté. Phe no era la única a la que eso de los retos le obligaba a salir de su zona de confort de tanto en tanto.

—¿Es tu chica? —Le sostuve la mirada, sin saber qué responder a eso. A ver, que su forma humana me había dejado con la garganta seca era una realidad, pero emparejarme para el resto de mi vida con alguien como ella era complicado. Por ponerle un nombre.

—¿Cómo diablos puedo estar seguro de algo así?

—¿Te asusta? —Ladeó la cabeza, estudiándome.

Por una vez, su aspecto era serio y no había asomo alguno de burla. Podía ser un bocazas, pero su amor por nosotros era infinito. Su forma de demostrarlo, lanzándonos al mar desde una altura abrumadora, era un tanto peculiar, pero no por ello perdía puntos como el mejor padre del año. No le cambiaríamos por nadie del mundo, incluso si a veces Oscar y yo deseáramos estrangularlo con nuestras manos. Nuestra madre, también.

—¿Emparejarme? ¿O que ella no sea humana?

—Dímelo tú.

—Si estuviera seguro de que es ella, supongo que sus condicionantes no me importarían. Es una mierda. Besarla no me ha ayudado para nada, créeme.

—O quizá, al contrario, te ha dejado las cosas perfectamente claras, pero no te atreves a aceptarlas.

—Vete a la mierda. No puedo hablar con ella de todo esto, ¿sabes? Apenas la conozco y todavía no sé siquiera si es o no buena gente.

—La abuela siempre ha tenido un don para saber en quién podía confiar. No sé de nadie de la familia que no lo haya heredado. Sus rasgos no suelen ser tan evidentes como los de tu abuelo, pero no por ello significa que su influencia sea débil en todos y cada uno de nosotros.

—Crees que es ella. —Me sorprendió aquello. La sensación de que él, desde fuera, lo veía con claridad.

—Llevas ocultándola desde que te tropezaste con su rastro. Eso me suena a un intento desesperado de mantenerla protegida; y vuestros olores, juntos, tienen ese algo. Con Oscar fue parecido. Lo sepas o no, ya la has elegido.

—Si acabo con una garra clavada en mis partes nobles, te recordaré esta conversación. —Mi padre se rio por lo bajo.

—Tómate tu tiempo.

—¿Significa eso que no vas a meter un trozo de ala en todo esto?

—¿Y ahuyentarla? Luego me pedirías que fuera a su encuentro y traerla maniatada no creo que se considere una muestra de amor verdadero —ronroneó divertido, dando por sentado su capacidad de contenerla.

Mi padre no era un demonio cualquiera, el problema era que algo dentro de mí me advertía que ella tampoco, pero preferí callarme aquello, incluso si evidenciaba lo que acababa de decirme. Me estaba tomando muchas molestias en mantenerla oculta. Y protegida. Incluso de los míos. Jamás me había comportado así.

—No sé qué tipo de demonio es. ¿Hay algo en los restos de su rastro que te haga pensar en alguien? —Mi padre negó con la cabeza.

—Quizá si la enfrentara.

—Creo que ha venido aquí precisamente para evitar eso.

—Huye de alguien. —A esa misma conclusión había llegado yo. Nadie venía a nuestra isla. Nos habíamos esmerado en asegurar que así fuera. Solo un loco o alguien que no tenía nada que perder asumiría ese riesgo.

—Hay algo en ella que no está bien. —Mi padre frunció el ceño en un gesto que era muy mío—. No sé el qué, pero va más allá del hecho de que intenta contener su poder. Es como si estuviera enferma.

—Poco probable —negó mi padre—. ¿Veneno?

—También lo había pensado.

—Dilan tiene buen olfato para esas mierdas.

—Preferiría no asustarla, así que había pensado en Paul, pero no puedo llevarlo con ella sin que eso acabe delatándonos y no tengo ni idea de qué contarle.

—Estás preocupado. —Mierda, sí, lo estaba.

—Cuando la he besado, en el bar, por poco se transforma allí en medio.

—O besas muy bien o va apurada. —Le sonreí. Me gustaría pensar que se debía a lo primero, pero no descartaba que tuviera más que ver con esa debilidad que ocultaba, pero que podía verse si sabías dónde mirar.

—Quizá tu madre podría hablar con ella.

—¡Ni se te ocurra! —mascullé, porque tener a mi padre encima ya podía ser molesto, pero mi madre era capaz de plantarse allí a tomarse unas copas con ella, como si tal cosa, y sonsacarle si ya nos acostábamos juntos. No sería la primera en hacerlo. Mi tía Eli lo hizo con la novia de mi primo Jerom, así que no lo digo por decir, en serio.

Le salpiqué cuando empezó a reírse a carcajadas y tragó algo de agua. Su mirada se oscureció y supe que no se contentaría hasta que yo hiciera lo propio.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, a base de aguadillas y salpicones. El suficiente como para que considerara que el rastro de Phe había desaparecido de mi ropa. Algo que era una pena, todo fuera dicho, porque no me importaría volver a impregnarme en él.

Lo haría.

Pronto.

Esa necesidad me hizo aceptar lo que ya me había dicho mi padre.

Sin darme cuenta, ya había elegido a la que quería que fuera mi compañera. Era algo que venía dado por un instinto que había despertado en mí, finalmente. Sabía que el pasado de Phe podía estar lleno de claroscuros, pero si ella estaba dispuesta a crear un futuro a mi lado todo el resto ya no importaba.

Me sentí nervioso y emocionado al mismo tiempo.

Tenía una ardua labor para ese verano.

Conseguir que ella me aceptara.

Con todos mis peros.

Y el padre más cabezota y entrometido del universo.



Phe

ME HABÍA REFUGIADO en la calma de la templada agua del océano para no soportar más el tercer grado de las que pretendían hacer como que eran mis amigas. No lo eran. ¿No?

No tenía claro qué esperar. Todo aquello me venía de nuevo y, aunque no estaba mal, no sabía si valdría la pena el esfuerzo, aunque no podía ignorar los comentarios de las chicas del bar, eso sobre que me merecía que me pasara algo bueno.

Sí, en eso no podía contradecirlas: después de la mierda de existencia que llevaba arrastrando durante las últimas décadas, merecía ser libre. Tomar decisiones, aun sabiendo que Fael las desaprobaba. Olvidar el pasado. Romper esas cadenas y volver a empezar, sin el miedo acechando a cada segundo. Sin la fe creciente de que se me acababa el tiempo. Cada vez el cansancio me pesaba más. Las ganas de cerrar los ojos, solo unos minutos, y dejar que la calma y el silencio ahogaran mis penas.

Necesitaba descansar, un sueño reparador, y volvería a sentirme un poco más yo y un poco menos esa endeble que tenía problemas para controlar su verdadera forma cuando un tipo cualquiera la besaba.

Le vi llegar cuando aún estaba dentro del agua.

Me planteé hacer algo estúpido, como esconderme de él.

Jamás había hecho ese tipo de cosas, pero mi labilidad venía dada por esa fatiga crónica que estaba haciendo estragos en lo que yo era. Y en quien era. Ya ni siquiera me reconocía a mí misma.

En vez de hundirme en el agua y alejarme de allí, me encontré buscando su mirada y sintiendo un algo agradable cuando sus ojos se posaron en los míos. Se notó como una caricia. Y se sintió terriblemente bien. Era un cambio de registro extraño, pero del que no pensaba quejarme.

Me obligué a salir del agua, aunque allí me sentía un poco más liviana, como si pudiera aligerar un poco mi carga.

—Parece que me has leído la mente. —Ladeé la cabeza. No llevaba la cazadora de cuero, sino una sudadera blanca con capucha con unas letras en azul oscuro estampadas en el pecho. Una de esas muchas marcas de cosas caras que no había tenido el interés de memorizar. Llevaba un bañador de esos surfers en azul marino, con la cinturilla en blanco.

—¿Por? —le cuestioné acercándome a él. Dejó una mochila, que cargaba a la espalda, en el suelo.

—Venía con la idea de darme un baño y ¡hasta he traído un par de toallas y unas palas!

—Pues diría que has venido solo. —Elevó una ceja, mostrando una de esas medias sonrisas con las que estaba empezando a familiarizarme. Me gustaba la seguridad que mostraba pese a mis constantes pullas.

—De acuerdo, vamos a dejar las cosas claras.

—Te escucho.

—Tienes el día libre y yo estoy aquí. No creo que pasarlo conmigo sea una mala opción.

—Supongo que hay cosas peores.

—Seguro. —Nos sostuvimos la mirada.

Había algo en su expresión que me alarmó, como si él pudiera, no sé, llegar a ser peligroso. Algo absurdo. Quizá era esa determinación que percibía en él. Me recordaba a la de los cazadores. Solo que, en vez de mi cabeza en una bandeja, lo que Sebas quería era meterse entre mis piernas.

Le di un repaso de arriba abajo mientras se sacaba la sudadera y la camiseta, dejando a la vista un cuerpo de infarto. No es que fuera algo que me sorprendiera, pero todo en él era grande. Sus hombros, anchos, con aquellos deltoides abultados que le daban parte de la corpulencia; unos pectorales bien desarrollados y unos abdominales que se marcaban hasta la cinturilla blanca de aquel bañador. Supuse que lo que había allí debajo también debía de tener las proporciones adecuadas.

—Otra cosa, Phe. —Levanté la mirada cuando llamó mi atención—. Pretendo tener las manos controladas, pero, si sigues mirándome así, no puedo prometerte que lo consiga.

Me humedecí los labios y esta vez fue él quien recorrió con su mirada mi cuerpo con una avidez que me hizo subir la temperatura. ¡A mí! No supe si gruñirle o simplemente enviarle a la mierda. Por menos, a otros, les habría arrancado los ojos. La mierda sería que, si lo hiciera, no podría deleitarme con esa sensación cálida que me recorría cuando me estudiaba de esa forma que parecía no querer perderse ningún detalle.

Ahora era lujuria lo que había en su mirada, sí, pero también había visto en esos ojos muchas otras cosas. La curiosidad y algo más, a lo que no sabría ponerle nombre. Estaba claro que había algo entre nosotros. Atracción, supuse, pero una diferente a las que había sentido hasta ese momento. Quizá porque en mi mundo no existía ese prelude que parecía extenderse en el tiempo y el espacio. Esa tensión sin resolverse, que hacía que el deseo creciera lentamente.

O a marchas forzadas.

Me lanzó una pala y la tomé al vuelo.

Miré aquel trozo de madera y alcé una ceja. Me sonrió de una forma arrogante que hizo que deseara lanzársela a la cabeza mientras se alejaba un poco.

—¿Jugamos?

—¿A qué?

—Yo te paso la pelota y tú me la devuelves. —Usó la pala de madera para golpear a una ridícula pelota amarilla que salió disparada hacia mí. No es que hubiera jugado nunca a aquello, pero se la devolví con un golpe seco.

—¿Qué finalidad se supone que tiene esto? —quise saber tras pasarnos la pelota unas cuantas veces más.

—¿Entretenernos? —Hice una mueca.

—Eso suena a alguien que no sabe qué hacer con su tiempo. —Eso me llamaba la atención. Pese a que los humanos sabían que poseían una fecha de caducidad, se limitaban a que el tiempo se les escurriera entre las manos con banalidades absurdas, como estábamos haciendo nosotros en ese momento.

Me lanzó una pelota rápida, un poco más lejos de la que era mi posición. Podría haberla contestado, porque soy veloz y mucho más ágil de lo que cabría esperar, incluso dentro de ese cuerpo humano, sin embargo, la dejé pasar. No valía la pena el esfuerzo.

—De acuerdo, ese punto es mío, entonces.

—¿Qué quieres decir? —le cuestioné tras recoger la pelotita de la arena e incorporarme.

—Si no te basta jugar por ocio, podemos contar cuántos puntos hacemos cada uno.

Lo estudié. Había un algo en su mirada, eso de que disfrutaba retándome. ¿Sabría que me tentaba haciéndolo?

—Solo compito si sé que voy a ganar —sentencié, sintiéndome un poco más yo.

—En tal caso, mejor que no contemos... —Gruñí al ver su aspecto socarrón. ¡Capullo!

—Vas a morder el polvo, niño. —Empezó a reír a carcajadas mientras le lanzaba la pelota.

Pese a la risa, me la devolvió y, de repente, me encontré metiéndome en el juego hasta el punto de que acabé revolcándome en la arena un par de veces para contestarle un par de pelotas y él hizo lo mismo. Al margen de ese espectáculo de cuerpo, era rápido.

Para cuando llevábamos algo así como un empate a cinco, decidió que acabar en tablas era la mejor opción. Yo no estaba del todo dispuesta a dejarlo ahí, pero acabó convenciéndome de que nos vendría bien un baño para limpiarnos la arena que empezábamos a tener por todas partes.

Cedí. Y eso que no suelo hacerlo.

Acabamos tumbados en la arena, uno al lado del otro. Sebas se colocó bocabajo, con los codos sobre la arena, mientras yo dejaba que el sol bañara mi vientre. Siempre me ha gustado el calor porque forma parte de mí. De lo que soy. De mi verdadera naturaleza.

—Me gustaría llevarte a comer a un restaurante que me gusta mucho.

—No suelo salir mucho del local.

—Más motivos para hacerlo. —No le contradije, pero prefería no ir dejando mil rastros por la isla. Solo por si acaso.

Ya me había escapado para ir de compras ese fin de semana. Prefería centrar mi rastro al menor espacio posible, pero era la segunda vez que me permitía una licencia como aquella ese mes. Tener cosas propias era algo de lo que podía prescindir, pero admito que me gustaba la sensación de que fueran mías, como el biquini negro de tirantes que llevaba en esos momentos. No lo había comprado pensando en Sebas, pero que se me hubiera comido con los ojos al poco de llegar, en cualquier caso, me había subido el ego. Una compra de lo más eficiente, por lo visto.

—Verás, es que además tiene el aliciente de que me encantaría llevarte de paquete en la moto, abierta de piernas y bien apretadita contra mi espalda. —Sus ojos brillaron durante una fracción de segundo y me mordí el labio inferior para no ponerme a reír.

—Eso ha sonado un tanto perverso.

—Culpable. —Me sonrió y su mirada descendió hasta mis labios, pero se contuvo de inclinarse hacia mí. No le habría rechazado, en cualquier caso. Esa complicidad entre nosotros estaba bien, pero me era más fácil gestionar el deseo. Era una emoción mucho más conocida y tenía una fácil resolución—. ¿Hasta cuándo te quedarás por aquí?

—No sabría decirte.

—¿Habías trabajado antes de camarera?

—Hace tiempo. Este curro es mejor que el otro, en cualquier caso.

—Se te da bien.

—Soy diestra en muchas cosas. —Le sonreí con un deje de coquetería.

—Empiezo a hacerme a la idea. Igual hasta acabo enamorándome. —No dejó de mirarme mientras soltó aquello, pero su expresión era neutra, como si fuera un comentario lanzado al azar.

—Dicen que los amoríos de verano vienen y van como las mareas. Me gusta eso. Nunca he sido de pensar en nada a largo plazo.

—¿Por algún motivo?

—Nunca sabes en qué momento tu vida puede cambiar. —Y dejar de pertenecerte.

—Quizá lo está haciendo justo ahora. —Nos sostuvimos la mirada—. ¿Tienes hambre? ¿Recogemos?

Cedí y acabé subida en esa moto, sintiendo su cuerpo contra el mío. No era la primera vez que me montaba en una de esas, pero hacerlo con Maritza nada tenía que ver con compartir esa experiencia con Sebas. Era testosterona en estado puro y el rugido de su moto tenía toques rudos y seductores, un poco como él.

El lugar que Sebas había elegido era agradable y se comía bien. No es que hubiera esperado que me llevara a algún sitio elegante de niños ricos, pero admito que me había planteado que no encajaría, fuera como fuera. En vez de eso, me encontré disfrutando de aquello. De la comida, sí, pero también de su compañía.

Fingir que era normal estaba bien. Era terriblemente gozoso, de hecho. Podía empezar a entender esa afición loca de vivir un enamoramiento de mis compañeras de curro. Ese runrún era adictivo. El roce fugaz de nuestras manos al compartir algo. La sensación de rodear su cuerpo y sentir su calor contra el mío mientras recorríamos la carretera sobre su moto.

No era mi mundo, pero tenía que admitir que tenía cierto encanto.

Nos tomamos un cucurucho, paseando por el paseo marítimo del pueblo, tras la comilona. Ver tanta gente a mi alrededor ya no me molestaba. Seguía sondeando constantemente, esperando encontrar algo que llamara mi atención, pero aquella isla tenía fama de que los que éramos como yo no teníamos cabida.

Existía la posibilidad de que en algún momento descubriera el porqué —algo que seguramente sería lo último que haría en vida—, pero había ganado ese tiempo para reestructurar mi mente y descubrir un mundo que no me pertenecía, pero por el que cada vez me sentía más atraída, habría valido la pena.

Lo que pasara, cuando llegara el momento, no me podría quitar eso.

Sebas aparcó la moto bajo uno de los aparcamientos cubiertos. Bajé antes de que la ladeara para colocar el caballete. Se sacó el casco y se removió el pelo con una mano antes de dejarlo sujeto al retrovisor.

Empecé a sondear, para asegurarme de que no hubiera ninguna sorpresa desagradable dentro del local, cuando sus brazos me arrastraron contra su cuerpo, pillándome un poco por sorpresa. Su boca se abalanzó sobre la mía. Sentí su mano agarrarme la nuca con un deje posesivo mientras su lengua se abría paso a través de mis labios. Ni siquiera pensé en hacerlo, me encontré respondiendo a aquel arrebato con mi propio deseo y el fuego que me quemaba por dentro desde hacía tiempo, que Sebas conseguía avivar sin que yo pudiera ponerle remedio.

Uno de sus brazos descendió hasta mi nalga y me apretó con fuerza contra él. Sentí la tensión que crecía dentro de sus pantalones mientras el beso se intensificaba. Le mordí con fuerza el labio y él me respondió de la misma manera, sin intimidarse lo más mínimo. Se obligó a separarse de mí, aunque yo no estaba de acuerdo con que lo hiciera. Quería más.

—Llevo todo el día deseando hacer esto —ronroneó mientras dejaba que la mano que me había sujetado la nuca descendiera por mi espalda para acabar sobre mi culo.

—¿Y por qué no lo has hecho antes?

—Tenía la ilusión de que fueras tú quien lo buscara.

Aquella concesión me sorprendió. Le sonreí.

—¿Crees que eres irresistible?

—Tanto como eso, no sabría decirte, pero tengo la sensación de que el beso no te ha desagradado demasiado.

—Idiota.

—¿Qué turno te toca mañana?

—El de tarde, acabaré a las siete.

—Podría pasarme para entonces. Nos daría tiempo a darnos un baño, la revancha a las palas y hasta podríamos cenar juntos o tomar unas copas.

—No es necesario.

—No lo es, no, pero resulta que me gustas. —Hizo una pausa antes de añadir—: Me gusta esto, tú y yo, Phe.

—Mi vida es complicada.

—Todas lo son. La mía también. —No quise contarle todos los motivos por los que no tenía ni la más remota idea de cuán diferentes eran y que sus problemas eran gilipollices en comparación a los míos—. Además, después del día de hoy, hasta se podría decir que estamos saliendo juntos, ¿sabes?

Me mordí el labio inferior. ¿Ya estaba? ¿Era así de fácil? ¿Se suponía que eso era salir con alguien en su mundo? ¿Jugar a la pelota, compartir una comida y pasear con un cucurucho en la mano? No era un mal plan, en realidad. Lo que durara.

Total, la vida era breve, la de los mortales, me refiero, y, dadas las circunstancias, también la mía.

—A las siete está bien. —Sebas sonrió con expresión alegre al escucharme decir aquello. Creo que era consciente de que había aceptado esa cosa absurda sobre un nosotros, dando por sentado que se trataba de un *nosotros* en versión temporal.

—Perfecto. —Me liberó de su agarre y di un par de pasos hacia atrás para alejarme de él, bajo su atenta mirada.

—¿Sebas?

—¿Sí? —Parecía atento. Como si esperara que le diera algún tipo de advertencia o pretendiera poner algún límite. Que tal vez debería, pero no tenía mucha experiencia en ese tipo de relaciones pasajeras entre humanos y, la verdad, me traían sin cuidado.

Salté y me aferré a su cintura con las piernas. No necesité hacer un gran esfuerzo, porque me capturó enseguida. Sus manos me cogieron de las nalgas mientras yo buscaba su boca con avidez. Dejé que mi lengua penetrara sus labios mientras él me apretaba contra su cuerpo con fuerza y respondía a mi beso con una intensidad que era fuego en estado puro. Mi cadera encajaba a la perfección alrededor de su cuerpo y sus brazos me sostenían sin dificultad mientras nos fundíamos en un apasionado beso que era lujuria en estado puro.

Ambrosía.

Sentí mis colmillos alargarse, pero contuve el resto del cambio mientras temblaba contra su cuerpo y él seguía besándome con vehemencia y necesidad. Con la urgencia del hambriento. Lo agarré con fuerza del cabello antes de hacer que mis colmillos se retrajeran, obligándolo a separar sus labios de mi boca. Gruñó molesto, haciéndome reír por lo bajo, mientras sus ojos buscaban los míos. Me humedecí los labios antes de acercarme a él, sin dejar de mirarlo, y lamí lentamente sus labios de una forma sensual. A modo de respuesta, sentí que presionaba mis nalgas contra su pelvis y pude percibir la tremenda erección que había entre sus piernas.

Sonreí, satisfecha, antes de liberar su cadera del agarre de mis piernas y volver al suelo. No intentó retenerme, pese a que su mirada ardía en deseo y supe que no estaba contento de que hubiera interrumpido aquello.

—Ni de coña eres irresistible, pero quien juega con fuego, acaba quemándose. —Me sostuvo la mirada y me dio un poco de ternura, verlo allí, tieso, conteniéndose, con esa cosa enorme abultando en los pantalones, pero respetando mi espacio. Le sonreí—. Si todo lo haces con la intensidad con la que besas, igual salir contigo no es la peor de las cosas que me han pasado últimamente. —Le lancé un beso con la mano y le di la espalda para escabullirme dentro del edificio, dando saltitos.

Qué bien se sentía estar viva.

Qué bien se sentía sentirse viva.



Sebas

LLEGUÉ A LAS CINCO en punto, porque eso de las siete se me antojaba demasiado tarde y al reloj por lo visto no le salía de los cojones avanzar. Me había pasado la tarde dando vueltas por la casa sin saber qué hacer.

Anoche me había dado un largo baño antes de aparecer por casa para eliminar su rastro, refrescarme y aliviar mis necesidades físicas más recientes.

Quizá no había sido suficiente, porque Nicholas había alzado una ceja cuando nos cruzamos a la hora de desayunar, pero Alba le había soltado un «No preguntes» y, cosa rara, le había hecho caso.

Estaba bien, eso, la sensación de que incluso si mi elección era complicada, por llamarla de alguna forma, a ella no le importaba mientras yo estuviera bien. Y lo estaba. Nunca me había sentido tan bien, pese a la sensación de que necesitaba sentirla de todas las formas posibles más pronto que no tarde. Eso también.

Quizá era el karma, que me devolvía las bromas constantes con las que había atosigado a mi hermano cuando empezó con Amanda y me metía con su incapacidad de contenerse, porque les oía cada dos por tres. Sé de una vez que se lo montaron en el rellano de la escalera, porque no fue capaz de aguantar hasta llegar a la intimidad de su habitación, y eso que Oscar sabe que hay cámaras. Supongo que llamó a Jason para que hiciera desaparecer los registros. O para que se los pasara de estraperlo para coaccionar a Amanda y conseguir que le hiciera alguna que otra guarrada.

Y ahora me sentía a la merced de sus antojos, dispuesto a lo que fuera. Cualquier cosa me estaría bien, si pudiera hacerla mía. De hecho, ni siquiera quería que todo fuera perfecto. Lo de la perfección ya la buscaríamos con el paso del tiempo. Cuando nuestra relación fuera madurando y esos secretitos que arrastrábamos fueran saliendo a la luz.

Le di un trago a la copa.

Sabía que esa era la peor de las ideas.

En serio.

No quería hacer como mi padre: mi madre aún le recriminaba que se acostara con ella antes de que supiera de la misa la mitad. Lo de impulsivos nos viene por parte de mi abuelo, que es de los que cuando quieren algo lo consiguen, incluso si a veces los medios pueden ser un tanto cuestionables. Es un demonio, no hemos de perder la vista eso, incluso si es un tipo legal, a su manera. Ni él ni mi padre eran los únicos antecedentes en la familia en empezar las cosas con el culo. No quería formar parte del equipo «primero te la meto y luego vemos cómo hacemos que esto funcione».

El problema es que, si exponía mi realidad, y mi ascendencia, estaba convencido de que Phe se largaría; y pasaba de que mi padre tuviera que traérmela maniatada. De ahí que estuviera en

una encrucijada y no tuviera la más mínima idea de qué camino seguir.

Alguna solución tenía que haber, en cualquier caso, porque lo nuestro no pintaba como que fuera un imposible. Quiero decir que no coleccionaba cadáveres, lo que supondría un serio problema porque mi sentido del bien y del mal lo tenía, aunque mi moralidad podía tener algunos sesgos atípicos por esa dualidad en la que coexistía.

La única certeza que tenía era que quería a Phe como pareja, pero, a ser posible, preferiría hacerlo con su consentimiento y sin que intentara matarme en nuestra luna de miel.

Observé cómo se movía detrás de la barra para cerrar un par de pedidos. La tentación era casi tan atractiva como ella. Se movía con la gracia felina de quien no es humano y desprendía una sensualidad que me estaba poniendo a tono.

Sus ojos conectaban con los míos de tanto en tanto y la necesidad de meterme allí detrás para besarla y estrecharla entre mis brazos me quemaba. Me ardía la sangre como nunca me había pasado antes.

Deseaba sentir su cuerpo desnudo contra el mío.

Descubrir todos y cada uno de sus secretos.

La historia de su vida o de todas ellas, porque siendo lo que era, ¡a saber cuánto llevaba correteando por el mundo!

Ese detalle me hacía estar en una cierta desventaja. Pese a que yo era poco más que un híbrido, nunca me había sentido así, con ese deje de inseguridad. No tenía claro qué quería Phe en la vida y estaba seguro de que tampoco me diría la verdad si se lo preguntaba.

Rezumaba poder por cada poro de su piel, si bien lo contenía y estaba cada vez más convencido de que algo la estaba debilitando. Eso me preocupaba. Cada vez más. La posibilidad de que algo me la arrebatara me atormentaba.

Me había planteado que se tratara de algún tipo de veneno, pero no había señal alguna de ponzoña en su olor. Soy bueno en eso. Aunque no tenía claro cómo explicarle ese detalle en concreto. Quizá se trataba de algún tipo de carencia alimentaria. Había demonios de muchos tipos. Algunos mataban para sobrevivir, como los animales salvajes. Los que más me preocupaban eran los que disfrutaban haciéndolo, pero a esas alturas ya había descartado que Phe formara parte de ese último grupo. Poco podía ofrecerle, siendo un híbrido al que, por norma general, consideraría una especie inferior.

Seguí mirándola mientras me recreaba en todo lo que había despertado en mí encontrarla. Odié un poco a mi padre por hacerme ver aquello y negarme ese detalle de que Phe era una elección complicada. Incluso si existía esa atracción entre nosotros, estaba seguro de que para ella no era más que una historia pasajera, un rollo de verano, y que su intención sería largarse e ignorarme para el resto de mi existencia. Maravilloso, en serio. Y luego estaba la mierda esa de que si me vinculaba a ella y le contaba mi realidad, existía la posibilidad de que me considerara una amenaza e intentara liquidarme.

Muy romántico todo, vamos.

No tenía ni idea de cómo manejar la situación, pero teniendo en cuenta que Amanda intentó apuñalar a nuestro padre cuando le conoció, tampoco podía quejarme antes de tiempo. Quizá las cosas fluirían con facilidad entre nosotros.

—Estás embobado —me dijo colocándose frente a mí, en la barra.

—Estaba pensando en cómo el destino puede cambiar tu vida en un suspiro.

—A ese le odio. —Me sonrió.

—Sospecho que debes de odiar muchas cosas —bromeé e hizo un mohín.

—Ya ves.

—Yo odio los exámenes. Este año acabé Ciencias Ambientales, ¿sabes? —le conté, por hablar de algo—. Quería especializarme en algo, pero de da cierta pereza seguir estudiando, así que no sé si buscar un trabajo de campo o volver a revisar otras opciones.

—Ajá. —Le interesaba una mierda, en resumen. Me reí.

—También podría ponerme a servir copas contigo, detrás de la barra.

—Por la cara que pones, no creo que sea el trabajo lo que te interesa.

—Correcto, pero no me digas que no suena tentador eso de montárnoslo sobre la barra. —Sus ojos chispearon con algo parecido a la diversión. La idea no le había desagradado del todo.

Más me valía callar todos y cada uno de mis pensamientos lujuriosos o acabaría llevándolos a cabo más pronto que tarde. Que si se me iba de madre no pensaba arrepentirme y, desde luego, iba a entregarme de lleno, pero llevaba todo el puto día diciéndome que tenía que ir despacio, que debía abrirme a ella poco a poco para que ella se animara, con un poco de paciencia, a hacer lo mismo.

Mi realidad: si me pedía que la desnudara y me enajalara en su interior, allí en medio, en la playa, en su habitación o en el maldito infierno lo haría sin dilación.

Maravillosa voluntad, la mía.

Esperé pacientemente. Quería caminar descalzo por la arena, escuchar el ruido del mar y disfrutar de cómo se sentía hacerlo con ella a mi lado. No me consideraba un romántico y dudo que alguien fuera a definirme como cursi, excepto ella, pero aún no tenía claro qué tipo de aficiones tenía.

Le gustaba bañarse en el mar y estaba claro que era de lo más competitiva, algo que le daba un toque gracioso y hasta cierto punto vulnerable. Una diana, enorme, con la que podía jugar: solo tenía que tensar la cuerda un poco y caía a cuatro patas. Mierda. Mejor no imaginármela así. Menuda montaña rusa. Aplacar el deseo no me era nada fácil.

—Sigues aquí, te estás convirtiendo en un cliente perenne —me dijo tras salir de detrás de la barra y sentarse en el taburete que había a mi lado. Vi cómo se despedía de dos de sus compañeras con un movimiento del mentón y ellas reían por lo bajo y cuchicheaban algo. No les presté atención.

—No sé si te has dado cuenta, pero te estaba esperando.

—Yo pensaba que habías venido por el mojito de melocotón. —Cogió mi copa y le dio un sorbo antes de acercarse a mí y colocar sus labios sobre los míos. Vertió parte del licor en mi boca y lo tragué con avidez antes de capturar su lengua y besarla en condiciones. Fui capaz de mantener mis manos sobre mis piernas y no acabar tirando de ella para colocarla a horcajadas sobre mí, así que ya fue todo un logro.

—¿Vamos a darnos un baño? —Asintió. Me bebí de un trago el resto de la copa antes de bajar del taburete.

No le di la oportunidad de negarse y capturé su mano para intercalar mis dedos con los suyos. Intenté no recrearme demasiado en aquel hormigueo que sentía por algo tan banal como caminar con las manos enlazadas, pero era glorioso.

Deseé poder acariciar cada centímetro de su cuerpo y me planteé que quizá podía tomarme alguna que otra licencia durante el chapuzón. Sonreí con esa idea en mente.

—Eres un perverso. —Reí por lo bajo. Para muchos su comentario no tendría mucho sentido, pero supongo que a esas alturas el olor de mis feromonas y cómo respondía mi cuerpo a su contacto era algo perfectamente obvio para ella. Negarlo era absurdo.

—Me atraes. No lo he negado en ningún momento. —Lo que no le dije es que yo también podía sentir el olor de su deseo y eso estaba poniendo a prueba a mi autocontrol y mi sentido común.



Phe

ERA UNA ESTUPIDEZ. Una que no sabía cómo justificar si alguien que me conociera —de verdad— me preguntara al respecto.

—¡Es tan atractivo...! —soltó Greta.

En serio, ese tipo de comentarios no ayudaban. Para nada.

Gruñí desde la parte superior de la litera mientras ella seguía soltando tonterías con ese tono de ensoñación un tanto absurdo. Su estado anímico fluctuaba en función del número de chicos que le sonreían a lo largo del día y las relaciones amorosas del resto de las presentes.

Hasta el momento, Sophie había sido su principal fuente de bienestar, porque sus aventuras y desventuras le arrancaban suspiros y sonrisas. Ahora, sin embargo, su estúpida obsesión con Sebas hacía que nuestro nada se hubiera convertido en el centro de su atención. Y de su mundo.

—¿Os quedaréis por aquí o iréis a algún lado mañana? —cuestionó Maritza que, por una vez, había decidido acostarse en vez de ver cómo el sol asomaba por el horizonte.

—Tengo turno de tarde, pero ha dicho que se pasará antes de que abramos para darse un chapuzón.

—A primera hora no hay nadie y sé de un par de sitios tranquilos para... —empezó Sophie, entrando en la habitación.

—¿Un polvo rápido? —la interrumpió Maritza con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Yo creo que ese grandullón es de los que se toman su tiempo —puntualizó Ingrid.

—¡Prométeme que me lo contarás! —No tengo ni idea de en qué momento Greta había llegado a pensar que teníamos ese tipo de complicidad. Que ellas solieran hablar abiertamente de sus conquistas y sus fracasos, era una cosa. Que yo tuviera intención de hacerlo, otra muy diferente.

—No voy a acostarme con él.

—¿No? —Casi me dio un poco de pena, porque parecía más que decepcionada al respecto—. ¿Por qué?

—No es mi tipo. —A ver, que nunca me hubiera acostado con un humano no significaba que este en cuestión no me pusiera a tono.

Sin embargo, pese a sus comentarios y el evidente interés que se objetivaba entre sus piernas cuando nos besábamos, no había buscado aquello de forma directa. Quizá esperaba a que fuera yo la que se lo propusiera, como ese segundo beso que acabó robándome, sin embargo, tenía una cierta reticencia a dejar que sucediera.

Si bien me planteaba que no todo lo que pensaba saber sobre los machos humanos era cierto y sospechaba que acostarme con él me dejaría caliente, jadeante y sudorosa, estaba ese detalle de que mi capacidad de contener mi verdadera forma flaqueaba cuando el deseo se abría paso entre esa mezcla de besos húmedos y salados.

Ese hecho nunca había supuesto un problema, pero él era humano y arriesgar mi coartada no estaba dentro de mis planes ni a corto ni a medio plazo. Podía borrarle la memoria, pero a medio polvo un ataque de ansiedad me dejaría insatisfecha y cabreada, por no decir que, además, dejaría un rastro demasiado evidente en él. Y en el entorno que hubiéramos elegido. Mejor dejarlo así. En ese tira y afloja que, aunque me empezaba a saber a poco, era algo diferente a todo lo que había vivido antes. Quizá con el sexo perdiera esa magia. Ese no saber que lo hacía único. Y adictivo.

—¡Pues ya me dirás cómo es tu tipo porque ese tío está cañón! —Sophie rompió una pompa del chicle rosa que estaba mascando.

—No sabría deciros... —Mentía, obviamente.

Me gustaban los tíos grandes, ahí no podía decir que Sebas no diera el pego, porque era de esos que pueden arrastrarte entre sus brazos y hacer que sientas que estás prácticamente enterrada en ellos. Dominantes, pero no tanto como para que se convirtieran en auténticos gilipollas incapaces de aceptar mi propia autoridad e independencia. Ya había pecado de estúpida antes. No más.

—Pero ¿te gusta o no? —Maritza no era de medias tintas. Y eso estaba bien, en serio.

—Está bueno. Y es agradable. Me ayuda a distraerme. A no pensar. Y sus besos son ardientes.

—Pues lo que igual te estás perdiendo... —Sophie consideraba que estaba desperdiciando una buena oportunidad y eso era un delito a la altura de no ir el primer día de las rebajas de temporada, vamos.

—Dejad que se tomen su tiempo —intervino Ingrid con voz conciliadora.

—Los únicos tíos a los que merece la pena dar tiempo son los que te atraen de verdad, para que no se confíen. —Sophie dejó ese comentario en el aire y me mordí el labio inferior.

—Yo quiero uno de esos —sentenció Greta antes de dar un sonoro bostezo.

—Yo no. —Empezaron a reír a carcajadas.

—Pues si no quieres tirártelo, pero tampoco una relación, que sepas que estás perdiendo el tiempo.

—Creo que él considera que estamos saliendo juntos. —Me mordí el labio inferior—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Monogamia, titi —advirtió Sophie con una sonrisa en el rostro.

—¡Que le gustas de verdad! —añadió con ese deje soñador Greta.

—A mí me suena a relación —intervino Ingrid.

—¿Y dónde queda el sexo en todo eso? —les pregunté, frunciendo el ceño.

—En un «cuando sea el momento» —declaró Maritza—. Mucho me parece que tu chico es de los que se acuestan con alguien solo si están enamorados. No todos los tíos van del palo tetas veo tetas quiero.

—Bueno, supongo que entonces está bien. —Me gustaba su compañía, el ruido de su risa, esas medias sonrisas ladeadas y su mirada oscura y ardiente. Podría seguir disfrutando de aquello durante unas semanas. Un par de meses, a lo más, antes de que tuviera que reincorporarse a su otra vida. Un lío de esos de verano. Temporal.

Era imposible que alguien se enamorara de otra persona, de alguien como yo, en tan poco tiempo, ¿no?

Había elegido un bañador de dos piezas de color naranja que se anudaba a ambos lados de la cadera. De los cordones pendían unos pequeños abalorios con forma de conchas que me habían

parecido de lo más gracioso. No solía llevar ropa como aquella. Colorida. Mi estilo andaba más en los negros, colores que me permitieran moverme entre las sombras y pasar desapercibida, sin embargo, después de pasar tanto tiempo viendo las variopintas gamas de colores con los que los turistas decoraban la playa, decidí que sería más fácil fingir ser una más.

Incluso si era una farsa.

Había amanecido y rondarían las nueve, pero nunca he llevado reloj, así que tampoco podría asegurarlo. Me encontré sentada en una de las mesas de la terraza, protegiéndome del sol con un gorro de paja. No es que mi piel pudiera quemarse, pero aún no acababa de acostumbrarme a ese ambiente tan luminoso. Me gustaba ver el mar. La sensación de inmensidad que transmitía.

Me hacía recordar que yo no era más que una mota insignificante.

La playa estaba desierta para cuando Sebas llegó. Pude sentir su olor antes de que llegara hasta mi posición. No debería sentirme nerviosa, pero me encontré buscando su mirada mientras él tomaba asiento en una silla de mimbre, justo a mi lado. No me rozó, aunque sentí su presencia como si lo hubiera hecho. Había algo en él que a veces se me antojaba extraño. Como si pudiera ser algo más allá de lo que era.

—¿Has traído las palas?

—¿Al final le has cogido el gusto?

—Tablas no es un resultado apropiado. Alguien tiene que acabar ganando.

—Yo creo que aquí ganamos los dos. —Se inclinó hacia mí y rozó mis labios con los suyos, una suave caricia—. ¿Nos damos un paseo?

Asentí. No sé si él era o no consciente de que Sophie y Maritza nos estaban observando desde dentro del local. Sonreí, porque si lo que pretendían era ver el polvo del siglo, lo tenían complicado.

Acepté la mano que me ofreció y no me molestó que entrelazara sus dedos con los míos. No era la primera vez que hacía aquello y no se sentía mal del todo. Al contrario. Era agradable.

—Te parecerá una cursilada, pero tenía ganas de volver a verte.

—Me lo parece, sí. —Se rio por lo bajo, con un ronroneo un tanto salvaje y seductor al mismo tiempo.

—Estás preciosa.

—¿Has hecho una lista de todas las cosas estúpidas que podías decirme de buena mañana? —solté aquello sin apenas darme cuenta.

No es que pretendiera ahuyentarlo; en el fondo, me gustaba su compañía y sus atenciones. Que yo fuera una chunga y que en mi mundo ese tipo de cosas, incluso si se pensaban, nadie sería tan estúpido como para decirlas en voz alta, no significaba que él lo fuera por hacerlo. Jugábamos en ligas diferentes.

Alcé la mirada, sintiéndome un algo culpable, incluso si no pensaba disculparme al respecto. Sebas no tenía la culpa de que yo fuera bastante más complicada que una de esas mujeres que le miraban con chiribitas en los ojos y lanzaban suspiros anhelantes, pero yo tampoco de que él se hubiera fijado en mí. Se paró y capturó mi mentón con su mano libre.

—Solo intentaba hacer puntos para conseguir otro de esos besos que me tienen obsesionado. —Eso era aún más ridículo, pero sentí mis mejillas encenderse—. ¿Puedo?

Creo que era la primera vez que alguien me pedía algo así. No llegué a contestarle, en cualquier caso, porque se inclinó y empezó a rozar mis labios con los suyos con suavidad y luego, como si tuviera todo el tiempo del mundo, empezó a besarme lentamente, hasta que nuestros labios se separaron y, de forma tentativa, nuestras lenguas empezaron a buscar al otro.

Nunca me habían besado así.

Había deseo enterrado, sí, pero también algo diferente. Se separó lentamente de mí y vi que tenía los ojos cerrados, como si se hubiera dejado parte de la piel en aquel beso.

—No pasa nada si diez de nueve días te despiertas con el pie izquierdo. Está bien, ¿sabes? —Abrió los ojos y me quedé presa en ellos—. No tienes que fingir conmigo.

Me obligué a sonreírle.

—Diez de nueve es una proporción extraña.

—Era una forma de decir un siempre.

—Una muy rara.

—Ninguno de los dos somos lo que aparentamos, pero yo creo que está bien que tengamos nuestras rarezas. Nos hace especiales. —Lo miré, sin acabar de entender aquello—. ¿Vamos a darnos un chapuzón para que te dé tiempo a secarte después?

—¿Y qué hay de las palas?

—Mañana. Hoy solo somos tú y yo, hasta las once, al menos.

—Me parece una gran idea. —Me sonrió.

—¿Tienes ganas de volver a verme sin camiseta? —bromeó antes de coger los bordes inferiores de esta y empezar a alzarla, dejando que su impresionante torso fuera visible poco a poco.

Había visto muchos cuerpos humanos de músculos abultados, untados en aceite, durante las últimas semanas. Sin embargo, había algo en Sebas totalmente diferente. Era como si desprendiera un algo viril y masculino, una esencia llena de sensualidad que le daba un aire fascinante y peligroso. Pese a ser solo un humano.

Tenía una sonrisa socarrona en el rostro y eso me molestó.

—Admite que me estabas comiendo con los ojos... —se defendió usando un tono vanidoso.

—Vigila que no decida darte un mordisco... —Se mordió el labio inferior y sus ojos destellearon con diversión. Mierda, pretendía ser una amenaza—. No pretendía sonar...

—¿Totalmente obsceno? —se burló.

—Justamente.

—Claro... —ronroneó. ¡Capullo arrogante!

Elevé el mentón y empecé a deslizar los tirantes del vestido, de forma que acabó resbalando por mi cuerpo hasta caer sobre la arena. Sebas siguió con atención cómo caía el tejido y apenas fue consciente de cómo empecé a desabrocharme la parte superior del bañador. Cuando coloqué la pieza frente a mí, con el brazo extendido, tenía la mandíbula tensa y las venas del cuello se le habían hinchado como si fuera un caballo en plena carrera.

Dejé caer el top sobre la arena y él apenas era capaz de mantener los ojos sobre los míos, mis exuberantes pechos expuestos frente a él.

—No sé quién es el que tiene pensamientos obscenos en estos momentos, nene.

—Joder, Phe... Ya te digo que yo. Y muchos. —Me hizo reír. Le di la espalda y empecé a caminar hacia el mar. No tardó en alcanzarme y entrelazar sus dedos con los de mi mano—. ¡Espero que el agua esté bien fría!

Sonreí, con malicia, cuando vi que era evidente que le vendría bien, porque su bañador verificaba mi pequeña victoria. O grande, si teníamos en cuenta el tamaño.



Phe

NOS ACERCAMOS a primera línea de mar. Sentí el cosquilleo del agua sobre el dorso de mis pies. Me liberó de su mano y dio un par de pasos hasta localizar un canto rodado. Lo tiró contra el agua y consiguió hacer que rebotara, pese al oleaje. Una pequeña proeza.

—Desde luego, me cuesta no pensar en tumbarte en la arena.

—Sophie tiene un dicho, ¿cómo era...?

—¿Sobre qué? —Me señalé las tetas y se mordió el labio inferior mientras fijaba sus ojos en ellas.

Pude ver un deseo voraz consumirle y algo tan banal como aquello hizo que deseara que hiciera efectivo lo que fuera que le estaba pasando por la cabeza. No me importaba si quería solo sentir su textura, amasarlas o saborearlas. Solo quería que me ayudara a olvidar. A no pensar. Que me hiciera sentir ese silencio en el que solo se escuchaba la respiración de los dos y la forma en que nuestros corazones se aceleraban en sintonía. Era extraña. Esa sensación de conexión, como si cuando él me tocaba dejara de existir el resto del mundo. Una debilidad. Una que me podía permitir. Al menos durante un tiempo.

—¿Dos tetas tiran más que dos carretas? —me preguntó.

—¡Ese! —Reí y vi una chispa traviesa en su mirada.

—Querías darte un chapuzón, ¿verdad?

—Sí... —Abrí los ojos como dos platos cuando vi un destello en su mirada, como si hubiera un algo que no debería estar allí, cuando se lanzó contra mí. Se me aceleró el pulso y, aunque intenté hacerle una finta, me había pillado por sorpresa y la privación de sueño estaba volviéndome débil y vulnerable. Un objetivo fácil.

Una vez allí, sabiendo que se trataba de poco más que un juego, no puse toda la resistencia que hubiera podido. Escuché su risa y me encontré riendo también mientras se acercaba al agua, dispuesto a lanzarme contra ella. Sebas no era peligroso. Tenía esa certeza. Quizá porque era humano o, tal vez, porque había conseguido ganarse mi confianza. Una parte pequeña. Diminuta.

Sentirme presa no es que fuera santo de mi devoción, pero en vez de percibir aquello como una amenaza, me encontré con una extraña emoción abriéndose paso a través de la oscuridad que gobernaba mi alma. Alegría.

No me importó el frío que me rodeó cuando colisioné con el agua del mar y me hundí en ella, haciendo que aquello se sintiera más real. Cuando emergí, vi como se lanzaba en un salto impecable contra aquella superficie que mi caída había removido. Esperé a que asomara para salpicarlo, y no dudó en responder a mi ataque con otro.

Me adentré en el agua para evitar su salpicón. Buceé mientras él parecía estar buscándome desde la superficie. Emergí a escasa distancia de él, pillándolo por sorpresa. Le salpiqué y él intentó cazarme. Iluso.

Lo sorteé y volví a hundirme. Podía permanecer varios minutos allí dentro sin que me supusiera un esfuerzo. La tentación era demasiado deliciosa como para dejar que aquello pasara. La emoción del juego y la caza entremezclada con el deseo. Y entonces sentí un tirón y no pude evitarlo.

Me transformé.

Dos pequeñas protuberancias crecieron a ambos costados de mi frente mientras los dedos de mis manos se curvaban y las uñas se volvían más gruesas y afiladas, negras como el mismo azabache. Mis ojos en esos momentos ya nada tenían que ver con los de un humano, se habían convertido en dos esferas negras que evidenciaban mi ascendencia. Lo que yo era. De todo lo que huía.

Sentí su proximidad y temí que fuera a mi encuentro.

Que pudiera descubrir mi secreto.

Volví a cambiar, anulando mi esencia, pero me costó hacerlo. Emergí de nuevo, sintiéndome agotada de seguir conteniéndolo.

Sebas llegó hasta a mí en apenas un suspiro. Pude sentirlo, aunque tenía los ojos cerrados, no tanto por la amenaza de que volviera a salpicarme, sino porque nuestros ojos es lo que más tarda en revertir a su otro estado.

En vez de una salpicadura, Sebas me arrastró contra su cuerpo. Noté mis pechos impactar con su torso y me estremecí cuando me envolvió con sus brazos. Su calidez me rodeó y de repente estaba perdida, porque, sin saberlo, era allí, entre sus brazos, el único sitio en el que me había sentido a salvo. Y eso era un pensamiento estúpido.

Noté como rozaba su mentón en mi pelo mientras yo deseaba llorar. No tenía del todo claro el porqué.

—Podría acostumbrarme a esto, ¿sabes? —No le contesté. Estaba demasiado bien eso de que me sostuviera, incluso si no era más que una farsa.

—¿A gaudir todo el día y darte un baño a primera hora? —le pregunté, por quitarle importancia, mientras abría los ojos, tras asegurarme de que tenía un control completo sobre lo que yo era.

—A ti, quería decir, pero del resto tampoco me quejo. —Apenas se separó unos centímetros de mí para buscar mi mirada. Se inclinó para besarme y lo hizo con tal devoción y vehemencia que consiguió que me estremeciera entre sus brazos—. A sal. Definitivamente, sabes a sal.

—Estamos en medio del mar.

—Y en media hora tienes que estar trabajando, así que te propongo que nos tumbemos en las toallas, pero podemos seguir allí con eso de los besos.

—¿Y eso nos va a llevar a algo? —le cuestioné.

—¿Con solo media hora? No, créeme que no. Necesito mucho más tiempo que ese para hacerte todo lo que me ha ido pasando por la cabeza desde que me has retado.

—¿Que yo he hecho qué? —protesté alzando una ceja.

—No me vengas con esas, Phe, que te tengo calada.

—No sé a qué te refieres. —Una de sus manos se deslizó desde mi espalda hasta llegar a mi costado. Sentí que recorría el perfil de uno de mis pechos hasta llegar al pezón. Lo tomó entre dos dedos y lo pellizcó sin dejar de mirarme, haciendo que me tensara y gimiera al mismo tiempo.

—Media hora no nos da ni para los tentempiés, seamos realistas.

Su mirada era tan intensa y ardiente que me hizo saber que no era un farol. El problema es

que daba igual todo lo que había decidido previamente. Le había provocado, cierto, pero no pensaba que él conseguiría devolvérmela con tanta facilidad.

Deseaba sentirle. De todas las formas posibles, pero mi capacidad de contenerme era una mierda.

La prueba de ello era que hacía unos pocos minutos había acabado convertida en mi *alter ego* debajo del agua. No es que me apeteciera perder esas emociones que despertaba en mí, ese algo que hacía que mi vida fuera un poco menos vacía o fúnebre, pero no me parecía justo que se hiciera unas expectativas que no podía garantizarle.

Que velara por sus emociones y sus ilusiones, siendo yo, decía mucho. Nunca solía importarme lo que no me afectara a mí directamente. O a mi madre, en algunas ocasiones. Ahí se acababa la lista de mis contactos de interés.

—¿Y si no quiero acostarme contigo?

—¿No quieres? —Le sostuve la mirada—. No tengo prisa, al contrario. Me está bien ir despacio.

—Sabes que esto no va a llevarnos a ningún sitio, ¿verdad? El verano, tarde o temprano, se acabará.

—No me preocupa, y a ti tampoco debería.

—¿Por?

—Si ha de ser, será. —Sonaba firme, como si creyera con vehemencia en aquello. Me estremecí. Sería fácil dejarse llevar. Desearlo. Sentir su cuerpo colisionando contra el mío. Podía, al menos, soñar despierta. Era el único tipo de sueño que podía permitirme—. Dame una oportunidad, Phe, creo que lo nuestro podría funcionar. Mejor de lo que crees. No somos tan diferentes, puedo sentirlo. —Sus ojos se oscurecieron tras decir aquello y sentí un algo que pulsaba en él, pero eso no tenía sentido—. Confía en mí.

—No suelo confiar en la gente.

—De acuerdo. Hagamos un trato. —Me mordí el labio inferior. De eso sí que entendía. Los demonios solíamos regirnos por tratos. Existía un arte para hacer interpretaciones y localizar vacíos y matices con los que pudiéramos beneficiarnos—: Somos dos personas adultas que están saliendo juntas, con o sin sexo, eso en estos momentos no es relevante, aunque créeme que, llegado el momento, lo será. —Me apretó contra su cuerpo y pude sentir su erección, pese al agua fría que nos rodeaba—. Cada uno puede poner una condición.

—¿Y si uno de los dos la rompe?

—No lo haremos, un trato es un trato. —Apreté los labios. Era un buen argumento. Al menos en mi mundo.

—¿Cuál es tu condición?

—Sinceridad.

—¿Eso qué implica?

—La verdad. No tienes por qué contestarme a algo si no quieres, pero solo te pido que no me mientas. —Era una condición atípica.

—¿No hay obligación de respuesta?

—Jamás te obligaría a algo. —Vi ese deje de sinceridad en sus ojos. Me lo tomé como un sí.

—No sé qué ganaría con un condicionante.

—Puedes pedirme que me quede contigo para siempre. —Puse los ojos en blanco, porque había una pequeña sonrisa traviesa en su gesto—. ¿Qué hay de mis besos? Puedes exigirme que te bese cada vez que chasquees los dedos.

—Disculpa, pero tus besos son solo pasables.

—¿Pasables? —Ahí elevó una ceja, con un gesto ofendido—. Si te estremeces entre mis brazos como... —Le gruñí. Yo no hacía ese tipo de cosas. Estremecerme en los brazos de nadie—. Un pedazo de gelatina —concluyó su frase.

—¿Acabas de compararme con una cosa viscosa y de color verde? —Arrugué la nariz, molesta.

—Si me permites, te diré que es un postre delicioso.

—Tiene aspecto de moco.

—¿Lo has probado alguna vez?

—Eso no viene al caso.

—Suenas a un no.

—Sigo enfadada.

—¿Mucho mucho? —me preguntó con una media sonrisa ladeada y aspecto de truhan.

—Muchísimo.

—Pues mi hermano mellizo siempre dice que los polvos de reconciliación son apoteósicos, así que, tal vez... —Me reí. No sé, me salió así, de golpe. Una carcajada enorme, que había nacido justo debajo del pecho. Me emocionó aquello. La sensación. Su cuerpo y el mío. Lo bien que encajábamos. No necesitaba condiciones, realmente, porque podía obligarlo a hacerlo. Deslizarme dentro de su mente. Introducir en ella pensamientos, los que yo deseara.

—De acuerdo, tengo una condición. —Lo miré, esta vez con el gesto firme, solemne. Si íbamos a estar saliendo durante un par de meses, existía la posibilidad de que mi rastro impregnara su cuerpo. O el suyo el mío. La posibilidad de que atrajera a algún desalmado no me agradaba, pero menos el hecho de que mi mierda acabara salpicándole—. Si algún día te digo vete, te irás.

Me sostuvo la mirada y finalmente asintió.

—Tenemos un trato, Phe. Oficialmente, eres mía.

Sus ojos se oscurecieron antes de besarme con un deje posesivo y dominante. Sentí el calor abrasador abriéndose paso en mi interior y allí, en medio de todo aquello, solo existíamos nosotros. Quizá si no estuviera sumida en todo aquello me hubiera dado cuenta de que mis ojos habían dejado de ser humanos hacía un buen rato y que sus palabras sonaban como las de un demonio más que no alguien que aparentaba ser solo humano.



Sebas

NO SABÍA QUÉ TIPO de demonio era y eso me cabreaba. Había un algo de azufre y esos ojos que se volvían totalmente negros, al margen de ser una pasada, no me recordaban a ningún demonio con el que me hubiera cruzado a lo largo de los años ni a los que habíamos estudiado en los compendios de mi abuelo. Era rara. Quizá única. Lo que implicaba que igual que nosotros, o mi tío Gru, tenía un linaje propio.

Ocultaba parte de su esencia con una habilidad notoria, pero empezaba a traicionarla esa debilidad que cada vez era más evidente a nivel físico. Las ojeras entre grises y lilas bajo sus ojos, el trémulo pulso de su mente cuando había intentado usar su dominancia conmigo y cómo a veces podía llegar a sorprenderla. Estaba seguro de que no pretendía darme esa ventaja.

Algo andaba mal dentro de ella.

Me jodía no poder preguntárselo.

Podría intentarlo, pero lo más probable es que me enviara a la mierda y desapareciera tras hacer una bomba de humo.

Tenía más probabilidades de llevármela a la cama que de que se sincerara conmigo. Que, a ver, tampoco le haría un feo, pero me preocupaba más su estado de salud. Lo del sexo no me preocupaba: ambos teníamos ganas y con la práctica ya encontraríamos nuestro punto.

Incluso si pertenecía a alguno de esos tipos de demonios un tanto siniestros que tienen necesidades peculiares, estaba claro que intentaba desmarcarse de aquello. La pena era que no fuera una súcubo, porque entonces disfrutaría —muchísimo— solventando sus necesidades.

No me importaba. Lo que fuera, aprenderíamos a sobrellevarlo, pero necesitaba saber el porqué de sus carencias para poder ayudarla. Sin que lo supiera, obviamente, porque Phe no era del tipo de chicas que quieren ser salvadas. Y me encantaba, eso, la determinación y confianza que proyectaba.

Aparqué la moto en medio del garaje, en plan ancha es Castilla. Cogí el teléfono y llamé a mi madre.

—¿Me podrías hacer un favor?

—¿Qué ha pasado esta vez? —Reí por lo bajo. ¡Qué mala fama la mía!

—¿Puedes pedirle a papá que traiga a Oscar a la casa de la playa?

—¿Para?

—Se acerca nuestro cumpleaños, ¿recuerdas?

—No me vengas con ese tono, que nos conocemos...

—¿Ya tienes nuestro regalo? —Sonreí, porque se hizo un pequeño silencio. Era un desastre para ese tipo de cosas, y admito que era jugar sucio usarlo a modo de distracción, pero funcionó de lujo. Como siempre—. Voy a quedarme sin cobertura. ¡Gracias por avisar a papá!

A la mierda.

Entré en el edificio y me encontré a Nicholas con Brianna en el sofá jugando a la consola. Junto a ellos estaba Alba, apalancada en uno de los sillones, con un libro en la mano.

—¿Y Alexander? —le pregunté a mi prima.

—Ha salido a correr un rato por la playa.

—¿Esperas a tu padre? —me preguntó Nicholas mientras las sombras empezaron a agruparse en un extremo de la sala de estar.

—Sí, le he pedido que me traiga a Oscar. —Miré mi reloj—. A estas horas supongo que no lo habrá encontrado en pelotas en plena faena.

—Capullo —me respondió mi hermano mientras mi padre alzaba el mentón, captando los matices en mi olor. Sus alas se extendieron a su espalda mientras sonreía.

—Apesta, supongo que la cosa va bien.

—Menos de lo que me gustaría —admití, haciendo un mohín.

—¿Qué diablos has estado haciendo? —me cuestionó mi hermano, frunciendo el ceño. ¿Se refería a que andaba todo el día caliente o a los matices de la esencia demoniaca de Phe que empezaban a mezclarse con mi propio rastro?

—Desde hace algo más de una semana, se pasa más horas fuera de casa que dentro —puntualizó Nicholas y nadie pudo negarle aquello.

—Adiós, papá, me alegro de haberte visto.

—No tengo prisa. —Me regaló una sonrisa ladeada, mostrándome sus colmillos, mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba sobre la pared.

Nicholas empezó a reír por lo bajo antes de añadir:

—Ni ganas de irse.

—Correcto.

—¿Vas a contarme a qué viene ese olor? —Mi hermano me miró con dureza, entrecerrando los ojos.

—No he ido de caza sin ti, no te cabrees —puntualicé.

—A mí lo que me gustaría saber es si ya te la has tirado —soltó mi padre con un deje altivo. Mi hermano empezó a toser y yo miré a nuestro progenitor con ganas de cometer un asesinato.

—Gracias por tu aportación, papá, no es que consigas que me sienta incómodo ni nada.

—Sí, lo hace —aseguró Nicholas, pasándole el brazo por encima de los hombros a Brianna, para reconfortarla, porque la presencia de mi padre la intimidaba.

—No me he vinculado a ella, pero tenemos un trato.

—¿Qué tipo de trato? —intervino Nicholas.

—Eso es cosa nuestra.

—Te has enamorado de una demonio —puntualizó mi hermano.

—Correcto.

—Lo certifico —sentenció Nicholas, con una sonrisa en el rostro. Supongo que sospechaba algo, porque no parecía demasiado sorprendido.

—¿Ella lo sabe? —me preguntó Alba.

—Ni de coña, hay veces que no sé si le apetece más arrancarme los ojos o besarme.

—Vamos, que es encantadora.

—Correcto —le aseguré con una sonrisa.

—Mientes fatal —se burló mi primo.

—Vale, tiene un algo de arpía y no me lo está poniendo fácil, pero tiene buen fondo, que es lo que importa.

—Esperemos que su cuñada no intente matarla cuando las presentes —se burló mi padre y mi hermano se rio a carcajadas—. ¿Puedo ya ir a presentarme?

—Ni se te ocurra. —Alcé un dedo para amenazarle.

—No le has contado lo nuestro —sentenció mi hermano con una media sonrisa.

—No eres quién para criticarme —le sermoneé con ese deje altivo que era muy nuestro.

—¡Tocado! —se burló Nicholas.

—Vale, centraros, ¿nadie se ha parado a pensar qué pinta alguien como ella en un lugar como este?

—Bien visto. —Alba se mordió el labio inferior, como si reflexionara al respecto.

—¿Tiene problemas? —cuestionó Nicholas.

—He llegado a la misma conclusión.

—Lo que implica que no te lo ha dicho —remarcó mi hermano.

—Por no decirme, ni siquiera me ha soltado cuál es su verdadera naturaleza, así que podría decirse que nos lo estamos tomando con calma.

—Y, conociéndote, tú tampoco has soltado prenda. —Oscar sonrió—. Genial, veo que tu relación va viento en popa, hermanito.

—Que te den. Yo al menos no finjo ser medio ángel.

—¡Hundido! —exclamó Nicholas divertido.

—¡Serás...! Fuiste tú quien...

—Parece maja. —Mi hermano se calló la mitad de su protesta y se hizo el silencio. Todos miraron a Alba al unísono.

—¿Tú la conoces? —le preguntó mi padre; no necesitó que le respondiera, así que se giró para enfrentarme—. ¿Ella sí y yo no? Déjame que te diga que me parece una injusticia.

—Alba aparenta ser humana —intenté razonar con él, aunque además de cabezota a veces es como un niño pequeño—. A ti lo que te gustaría es plantificarte allí cual ángel vengador, porque pasas de fingir un mínimo de normalidad y, aunque lo intentaras, tu rastro te delataría en cuanto pusieras un pie allí dentro.

—Verdad absoluta. No puedes negar eso —apostilló Nicholas. Mi padre le miró y siseó algo entre los colmillos.

—Eres una versión más odiosa que tu padre, que ya es decir. —En vez de molestarse, mi primo empezó a reír por lo bajo.

—Yo también te quiero, tío.

—Avísame cuando quieras que vuelva a buscarte —le dijo a Oscar y me lanzó una última mirada, satisfecha, antes de convertirse en poco más que una bruma oscura y desaparecer de la sala.

—Así que te has echado novia, supongo que deberíamos felicitarte. —Nicholas sonrió.

—Gracias.

—¿Cuándo vas a presentármela? —me exigió mi hermano.

—Podríamos pasarnos por el local antes de que acabe su turno. No te aseguro nada, pero igual conseguimos no ahuyentarla y que se quede a tomar algo con nosotros. —Miré de reojo a mi primo Nicholas.

—Lo pillo. Nosotros nos quedaremos en casa —intervino, dándose por aludido.

—Gracias. —Asintió. La ascendencia demoniaca de Nicholas podía sentirse pese a ser un híbrido y ambos sabíamos que llamaría la atención de Phe.

—No hay de qué.

—Me gustaría saber por qué acabó aquí y, además, hay otra cosa que me preocupa.
—¿Qué? —me cuestionó mi hermano, prestándome toda su atención.
—Algo la está debilitando, pero no tengo ni idea de qué es. No me ha parecido detectar ningún tipo de veneno, pero es como si su poder se estuviera consumiendo y cada vez le resultara más difícil contener su verdadera forma.
—Eso no puede ser bueno —opinó mi hermano.
—No, no puede serlo —convine.
—Podríamos llamar a Paul. Solo por si acaso —tanteó Alba.
—Te lo agradecería.
—¿Así de mal? —me preguntó Nicholas.
—No lo sé, pero es solo que...
—No puedes perderla. Te entiendo. Está bien. No dejaremos que eso suceda. —Besó con suavidad a Brianna en la frente y le sonreí.
Joder, mis mierdas pesaban un poco menos, ahora que sabía que ellos me apoyaban en todo esto.

Tener a mi hermano me ayudó a relajarme un poco.
Nos pasamos el día en la playa, compitiendo como cuando éramos un par de chiquillos. Alexander a veces nos intentaba seguir el ritmo y le dábamos un poco de ventaja porque, ahora que sabía cuál era nuestra realidad, pasábamos de contenernos cuando él estaba cerca.
Nicholas era como su padre: prefería mantenerse al margen cuando se trataba de deportes de contacto, especialmente si nosotros jugábamos, porque nos gustaba dejar al resto por el suelo. No siempre era fácil porque nuestros primos eran de lo más escurridizos.
Llegamos al local a las seis y media. Alexander había cogido uno de los deportivos, pero Oscar y yo habíamos elegido dos motos de esas que rugen cuando las aceleras. Cuando salimos juntos nos potenciábamos el uno al otro todo lo peor. O eso es lo que siempre nos suelta nuestra muy amada madre.
—No sabía que hoy volverías —me dijo la francesita y, tras darle un repaso a mi hermano mellizo, añadió—: Y menos aún que lo harías tan bien acompañado.
—Oscar, ella es Sophie, una de las compañeras de Phe.
—Si me lo pides bien, igual hasta te daría mi teléfono —ronroneó la camarera.
—Seguro que pasaríamos un buen rato, pero igual a mi novia no le haría mucha gracia y, teniendo en cuenta que le gusta jugar con armas de fuego, créeme que es una mala idea. —Le guiñó un ojo y ella le rio la broma. Que no lo era, pero eso solo lo sabíamos nosotros.
—¿Le has dicho a Amanda que se venga?
—Sí, pero ha pasado de mí, básicamente. Se quiere quedar el fin de semana con sus hermanos.
—Mira que preferirlos a ellos en vez de tus muchos encantos... —Me golpeó en el costado y puso los ojos en blanco hasta que algo llamó su atención.
—Ni la mires, es mi chica —le advertí y fue él quien me golpeó esta vez.
—Capullo.
—Idiota.
—¿Estarán así mucho rato? —cuestionó Alexander.
—Ya los conoces —le repuso Alba con una media sonrisa.
Elegieron una de las mesas y me separé de ellos para acercarme a la barra.

Era de buena educación saludar a la pareja de uno, al reencontrarla de nuevo. Vi que parecía molesta. No es que Oscar le hubiera dado un repaso, pero no es el tipo más discreto del mundo, podría decirse.

—No me has dicho que volverías hoy.

—Mi hermano se ha presentado de improvisto —mentí vilmente, lo de la sinceridad era un condicionante unilateral en lo referente a nuestro trato, así que me permití la licencia—. Si tuviera tu número de teléfono, podría haberte avisado.

Me regaló una media sonrisa, de esas que decían «sigue hablando, que me importa una mierda; me gusta oírte, pero no escucharte».

—¿Sabes que estás preciosa cuando haces eso?

—¿El qué? —quiso saber.

—Sonreír, incluso si a veces lo haces con un cierto desdén.

—No me lo tengas en cuenta. Lo de las sorpresas y yo no acabamos de encajar.

—Es bueno saberlo. Cuando acabes tu turno, ¿te vendrás a tomar algo con nosotros? —Me sostuvo la mirada—. A mi hermano le gustaría conocerte.

—¿Por?

—Estamos juntos, ¿recuerdas?

—Ya, eso. —Si Oscar nos estaba escuchando, fijo que se estaría conteniendo la risa, el muy cabrón.

—Sí, eso. —Me incliné hacia la barra.

Podía darme esquinazo sin mucha dificultad, pero me sorprendió viniendo a mi encuentro. Sus labios eran adictivos. No profundicé aquello, porque pasaba de que mi hermano y mi prima me humillaran después al respecto. Que me ponía a mil era algo evidente, pero que ellos pudieran percibirlo se me antojaba bastante molesto. Un secreto a voces, podría decirse.

Fruncí el ceño porque sentí algo raro en el ambiente. Me giré para encontrarme a Jerom y Jason caminando entre las mesas del local. Ambos tenían una sonrisa petulante en el rostro y, aunque saludaron a Oscar y a Alba desde la distancia, vinieron directos hacia la barra.

—¿A quién tengo que matar? Y, por favor, decidme que esto no es culpa de mi padre. —No es que fuera un saludo, propiamente, pero no era tan estúpido como para pensar que era una casualidad que hubieran decidido venir un jueves a la tarde a ese lugar recóndito del mundo.

—Efecto dominó —sentenció Jason, ladeando la cabeza mientras miraba a Phe—. Nos quedaremos poco rato, hay demasiada gente.

—Dilan estaba con Paul cuando le ha llamado Alba y Nicholas nos ha dicho dónde encontrarte, así de fácil.

—Ya veo.

—¿Y tú eres? —Jerom se dirigió a Phe, que les estudiaba a ambos con el gesto frío.

—¿Quién pregunta?

—Phe, te presento a mis primos Jerom y Jason. Que conste que a estos yo no los he invitado.

—¿Phe es algún tipo de diminutivo? —le cuestionó Jason con una sonrisa cautivadora. Si seguía así le sacaría del local a base de empujones. Jerom empezó a reír, a mi lado, mientras Jason sonreía de oreja a oreja. No tenía en estima su propio cuello.

—No le provoques, que está que salta —le advirtió el mayor de mis primos empáticos a su hermano.

—Algo así —le repuso Phe a mi primo y me extrañó que no le soltara un «a ti eso te importa una mierda», pero supongo que usar tantas palabras le hubiera supuesto un esfuerzo.

—¿Qué hay de tu chica? —le pregunté a Jerom, por cambiar de tema.

—Nos quedaremos este fin de semana con su hermana y los Haniel, pero a finales de mes nos instalaremos aquí hasta finales de verano, espero.

—Es bueno saberlo; entonces, igual me instalo en el apartamento del pueblo. —Jerom se rio. Me apetecía una mierda tenerlos cerca, con el calentón constante que arrastraba y todas mis inseguridades.

—¿Solo o acompañado? —quiso saber Jason y miró a Phe, que se limitó a ignorarle.

—Yo me decantaría por acompañado —sentenció Jerom.

—No sé yo si estamos en ese punto —negué.

—¿En qué punto exactamente? —intervino Phe, que estaba molesta con todo aquello.

—En el punto en el que los secretos dejan de serlo. —Mi primo le sostuvo la mirada antes de añadir—: En serio, todos os agradeceremos que solucionéis vuestras diferencias y esa tensión sexual mal contenida lo más pronto posible .

Deseé estrangular a Jason, pero Phe, en cambio, ladeó la cabeza y empezó a reír por lo bajo.

—Largo —les dije a mis primos.

Jerom asintió y mi primo pequeño hizo un ridículo gesto militar con la mano antes de dirigirse a la mesa en la que estaba mi hermano y nuestra prima con su novio.

Los observamos desde la barra mientras se saludaban y se reían, aunque se dignaron a contener palabras que pudieran delatarnos. Hice un mohín

—Retiro lo de antes. Los enviamos a todos a la mierda y nos largamos.

—¿Al piso del pueblo? —ronroneó ella en un tono travieso.

—Al fin del mundo, si me lo pides. —Vi que levantaba la vista y que observaba a mi disfuncional pero muy querida familia. Las risas y el buen rollo, así como la forma en la que respetaban el espacio personal de Alba.

—Igual tomar algo con ellos no estaría mal, tampoco. Supongo que no han venido hasta aquí por casualidad.

—Va a ser que no, pero no me hago responsable de nada de lo que digan. Sinceramente, la idea de tú y yo en el piso me parece mucho más tentadora.

—Yo nunca he tenido eso. —Señaló con el mentón la mesa—. Siento cierta curiosidad.

—De acuerdo. —Me sentía emocionado. Que ella formara parte de aquello. De mi familia. De mi vida—. He de confesarte algo.

—¿Qué?

—Da igual.

—¿Sebas?

—Me encantas.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Eres de las que se asustan?

—¿Tengo pinta de ser de ese tipo de... personas?

—No.

—Suéltalo.

—He de confesarte que me he enamorado. —Sus pupilas se dilataron.

Me acerqué a ella para besarla con vehemencia, agarrándola del cuello para aproximarla a mí, mientras parte de su esencia tomaba el control. Mi lengua se encontró con dos afilados colmillos en su boca, pero ignoré aquella sensación y me entregué de lleno en ese beso, hasta que sentí que volvía a corregir sus barreras y se estabilizaba.

La parte buena era que le había impactado mi confesión.

La mala era que su debilidad cada vez era más evidente y acabaría delatándose. Cómo responderían la francesita y el resto podía imaginármelo: mi padre había borrado la memoria de muchos de nuestros amigos, a lo largo de los años, por esa mala costumbre suya de aparecerse de la nada sin sondear primero para saber quién diablos había en casa. Había formas para solucionar un desliz de ese tipo, pero lo que me asustaba era por qué estaba perdiendo su capacidad de contención a marchas forzadas.



Phe

SENTARME CON SEBAS no me molestaba; hacerlo en una mesa repleta de primos suyos era otra cosa, así que le pedí a Greta que me acompañara. Me senté entre ellos, algo que era ridículo, porque era como si los usara a modo de protección frente al resto, lo cual era una estupidez porque la única criatura peligrosa en ese local era yo. Que ellos no lo supieran, no era mi problema.

Me gustó ver la complicidad que existía entre ellos. No es que ese tipo de cosas me fueran totalmente nuevas, pero siempre me emocionaba un poco la forma en la que los humanos se relacionaban y vinculaban los unos con los otros, la forma de entregarse y confiarse a otra persona, pese a que no había demostrado merecer ese tipo de reconocimiento.

Sonreí al ver cómo disfrutaban provocándose Sebas y su hermano mellizo, aunque sus primos, Jason y Jerom, tampoco es que se quedaran cortos. Alba era la única que parecía no entrar en el trapo y me gustó eso de ella, la calma que desprendía. Y que era más discreta, como si prefiriera evitar ese primer plano.

Me planteé si en realidad había sufrido algún tipo de abuso, a lo largo de su vida, por esa tendencia suya un tanto esquiva, pero su mirada era autoritaria y no temía enfrentarse a los suyos. Verbalmente. No es que tuviera un cuerpo como para hacerlo físicamente: era delgada y parecía hasta cierto punto frágil.

No tenía la certeza de si mi presencia en la mesa, el hecho de que Sebas y yo estábamos saliendo juntos, le agradaba o no a su hermano. Tampoco es que necesitáramos su aprobación y a mí, desde luego, lo que él pensara me traía sin cuidado. Era hermético. Su mirada era neutra, casi fría, pero sus medias sonrisas eran un maldito calco de las de su hermano y me hacían pensar que todo aquello le divertía. Si era por el hecho de que él estuviera con alguien o que yo fuera una arpía sin muchas ganas de participar en sus conversaciones, no sabría por qué decantarme.

Que no me aceptara a la primera demostraba que era el que más sentido común tenía de toda la mesa.

Contra todo pronóstico, no hubo un tercer grado. Me dejaron tranquila, a mi aire, y me planteé que quizá Sebas les habría advertido que tendía a ser introvertida. No me imaginaba pidiéndoles que me dejaran tranquila, pero que no me atosigaran con preguntas, por eso de ser la novedad del momento, fue algo grato.

Jason bromeaba y le daba coba a Greta, que reía y hablaba con él como si estuviera en su salsa, liberándome de que esa presión cayera sobre mis espaldas. Desde luego, si yo tuviera que llevar el peso de la conversación, no lo haría ni la mitad de bien que ella. Quiero decir que soy más de monosílabos y eso de interesarme por la vida de los otros me la trae floja. No me interesa, ¿para qué fingir lo contrario?

Jerom y Jason fueron los primeros en irse, tal y como habían advertido al poco de su llegada,

pero el resto no tardaron en excusarse y, tras despedirse de mí con un tono alegre, nos dejaron solos.

—¿Muy agobiada? —se interesó Sebas acariciando mi rodilla con su pulgar.

—Se os ve unidos.

—Nos hemos criado juntos. Lo estamos.

—Supongo que ha de estar bien, eso.

—No me imagino una vida sin ellos. —Apreté los labios, sintiendo que algo se removía en mi interior—. Tampoco sin ti.

Me giré para observarlo, porque aquello me había golpeado de lleno en un momento en que mis defensas estaban bajas. El cansancio, las noches sin dormir, ese algo que Sebas despertaba en mi interior. Mi mundo estaba poniéndose del revés. Sabía que más tarde que pronto debería hacer algo. El problema era no saber el qué.

Alejar mi oscuridad de su sonrisa y asegurar que mi mierda no pudiera afectarle.

Me faltaba la energía de hacerlo. De seguir luchando. Cada vez me sentía más vulnerable. Y sabía que no podría enfrentarle.

Se inclinó y me besó con suavidad. No profundizó aquello y me alegré, porque mi cuerpo empezaba a reaccionar a su contacto sin que yo pudiera contenerlo. Pronto todo me explotaría en la cara. Vería el miedo tiñendo sus ojos. Mi verdadera naturaleza reflejándose en ellos.

—Sé que no eres muy dada a hablar de tu familia ni de tu pasado, pero hay veces que soltar un poco el lastre que llevamos puede ayudarnos a seguir avanzando.

—Suená bien. —Pero no pensaba hacerlo.

No me presionó.

—¿Vamos a dar un paseo?

Caminamos en silencio. No descarto que él prefiriera una conversación amena y alguien menos displaciente que yo, pero también existía la posibilidad de que a él también le gustara ese tira y afloja que nos traíamos entre manos.

Cerré los ojos y dejé que me guiara. Era extraña esa sensación de seguridad que me embargaba cuando él estaba a mi lado. Nuestras manos enlazadas. Como si pudiera llegar a ser una proyección de mi propia esencia y no un mero extraño. Nunca había sentido esa paz, ni siquiera con mi madre.

Siempre había un motivo para desconfiar, si no de la persona, del entorno y de todo lo que podía pasar. En mi mundo no se respiraba esa sensación. Paz.

Dejé que todos mis sentidos se empaparan de lo que nos rodeaba y, en particular, de él. No lo olvidaría. Incluso si cada día que pasaba me obligaba a aceptar que debía irme. Más pronto que tarde. Si él no hubiera entrado a formar parte, es posible que ya estuviera decidiendo cuál sería mi siguiente destino. Era eso o prepararme para enfrentar lo inevitable.

El problema era que una parte muy pequeña de mí deseaba aferrarse a aquello.

A la posibilidad de que aquel lugar fuera seguro.

A que jamás Fael llegaría a encontrarme.

¿Qué papel jugaba Sebas en todo aquello?

No sabría decirlo. Quizá era el fuego que avivaba la llama de la esperanza.

Me gustaba él.

Me gustaba su mundo.

Ese que no me pertenecía.

—A mí también me gusta esta sensación —me dijo tras deambular un largo tramo uno junto

al otro—. La soledad, compartida, puede llegar a ser mágica.

—¿No es algo contradictorio? —le cuestioné tras mirarlo.

—Fíjate en nosotros: podemos aparentar ser solo un par de desconocidos, cada uno cerrado en su mundo, en su historia, pero, al mismo tiempo, está esa sensación, la de que solo somos uno.

—Levantó nuestras manos unidas y me estremecí bajo su mirada.

—¿Todo esto lo sueltas para ganarte un beso?

—Podría ser, sí. —Me sonrió antes de inclinarse hacia mí, lentamente, como si me diera tiempo a negarme, a rechazarlo. A él. A sus cálidas palabras. A las emociones que decía que albergaba por mí.

No me las merecía.

Debería alejarle.

En vez de eso, me encontré poniéndome de puntillas para capturar sus labios y dejar que todos los contras se fueran a la mierda.

Nos tomamos un tiempo allí. Besándonos, sintiendo el mundo que nos rodeaba e ignorándolo al mismo tiempo. Me arropó entre sus brazos y apoyé la cabeza sobre su pecho. Era reconfortante. Una ilusión. Pensar que él podía sostenerme. No me importaba que no fuera real. Él lo era.

—Tengo la sensación de que cada día estás más cansada, Phe, y eso empieza a preocuparme.

—Estoy bien. —Me cogió del mentón y me obligó a elevarlo para mirarle a los ojos.

—Déjame ayudarte, por favor.

—Hace tiempo que no duermo bien. —Me estudió, como si estuviera valorando si ese era el mal que me achacaba. Que fuera consciente de que algo no estaba bien ya era lo suficientemente malo como para encima acabar contándoselo. Supuse que si no acabaría haciéndolo alguna de las chicas. Todas ellas intuían que mis noches eran cortas y mis sueños estaban regidos por las pesadillas.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

—Pero yo no tengo ganas de revivirla.

—Una mala, entonces.

—Peor.

—Tengo un primo, Paul, el hermano de Alba, que está estudiando Medicina. Es un tipo agradable. Quizá podría ayudarte. —Su preocupación me arrancó una sonrisa. Coloqué una mano sobre su mejilla y sentí el sutil vello de la pelusilla que estaba creciendo en ella.

—Estoy bien. No quiero que te preocupes por mí.

—No puedo no hacerlo, Phe.

Me emocionaba aquello. Sabía que no debía confiar en lo que él despertaba en mí y que debería asegurar que no se abriera paso a través de las barreras que había ido edificando a mi alrededor, pero lo hacía. Era capaz de relajarme si él estaba a mi lado y estaba explicándole cosas de mi vida. Historias de un mundo que no le pertenecía, pesadillas que le acosarían para el resto de su existencia y que pondrían en peligro su mortal existencia.

No existía un futuro para nosotros.

Mis días estaban contados.

Quizá por eso me aferraba a su compañía.

—¿Y si te digo que cuando me besas me ayudas a hacer que todo sea un poco más

soportable?

—Entonces, me veré en la obligación de besarte. —Sus ojos chispearon con ese brillo travieso, alegre, que me era más fácil de enfrentar que cuando exponía esa emoción contenida a la que yo aún no era capaz de ponerle nombre.

—Eso será si me atrapas —le reté.

Me escabullí de entre sus brazos, pero yo estaba cada vez más débil y él era más ágil de lo que sería esperable para un tío de su envergadura, así que me atrapó de nuevo.

Me arrastró contra su cuerpo en un movimiento, hasta cierto punto brusco y dominante, que en vez de ahuyentarme hizo que acortara el espacio que nos separaba para buscar sus labios mientras saltaba sobre él para rodear su cintura con mis piernas. Sus brazos me agarraron con fuerza y me apretó contra su cuerpo a la vez que nos besábamos con un apetito voraz.

Joder. No debería tener esa necesidad física de sentir su piel contra la mía. El deseo. La lujuria. Ni era la persona adecuada ni yo estaba en condiciones de permitirme un desliz como aquel. Aunque era tentador. Jadeé.

Se separó ligeramente de mí, lo justo para que sintiera que le odiaba un poco al escuchar su risa baja, masculina, de telón de fondo.

—Te pillé.

—Eso parece. —Nos miramos. Sí, de alguna forma lo había hecho. Aún no tenía del todo claro cómo. Teníamos un trato—. He conocido a muchas personas arrogantes a lo largo de mi vida y, siendo un don nadie, creo que les das mil vueltas a muchos de ellos.

—¿Quién te ha dicho que soy un don nadie?

—Hay cosas que hablan por sí solas.

—¿Como el hecho de que tú también sientes algo por mí?

—Yo no he dicho eso.

—Hay cosas que hablan por sí solas —rebatí usando mis propias palabras.

—Recuerda que tenemos una condición. Si me voy, no pierdas el tiempo buscándome.

—Creo recordar que tu condición hacía referencia a que yo debería irme si me lo pedías.

—Sonreí. Por lo visto no se había quedado en la superficie, lo que no debería de sorprenderme porque era una persona observadora.

—Es una condición extensible. —Sebas se rio por lo bajo.

—Entonces, yo debería extender también la mía.

—Te escucho.

—Tus medias verdades ya me están bien, Phe, pero me gustaría que intentaras confiar en mí.

—No sabes lo que estás pidiéndome, Sebas.

—¿Y si te digo que sí que lo sé? ¿Si te confieso que durante toda mi vida he vivido escondiéndome, igual que tú, y que solo mi familia sabe cuál es mi verdadera condición?

—¿Eres el heredero de un rico magnate del petróleo? —No pretendía burlarme, pero creo que sonó como si lo hiciera.

Sebas lanzó un suspiro y supe que le había herido. Ignoré esa sensación que me quemó por dentro. Como si lamentara haberlo hecho. Estropearlo todo. Incluso si nunca había pretendido que hubiera un nada entre nosotros.

—No, el aristócrata de la familia es Alexander.

—Le pega. —Le sonreí, aunque me sentía inquieta.

—No puedes imaginarte lo estirado que era cuando lo conocimos. ¿Quieres darte un baño o prefieres que volvamos?

—¿Qué quieres tú? —le cuestioné, indecisa, incómoda aún por esa sensación que me oprimía el estómago.

—Lo quiero todo, Phe. Disfrutar cada día de tu compañía, sentir tu cuerpo contra el mío y tener la certeza de que todo esto no quedará solo en un montón de recuerdos.

—Eso no puedo garantizártelo.

—Yo sí. —Me sorprendió la seguridad que desprendió al decir aquello más que no cómo sus labios volvieron a buscar los míos y su lengua se abrió paso dentro de mi boca.

Respondí a él con la necesidad y la urgencia de quien se encuentra perdido y ha encontrado su sino.

Pura pólvora.

Sentí a mi esencia revolverse, satisfecha, inquieta, deseando mostrarle todo lo que éramos. Como si necesitara compartir con él ese secreto y hacerle partícipe de mi fuego, incluso si al hacerlo arrasaría con todo, incluyendo su vida.



Sebas

ESTAR CON PHE era tan excitante como frustrante.

Habían pasado un par de semanas desde aquella primera vez en la que intenté sincerarme y hablarle de quién era en realidad, de mi ascendencia, pero sus evasivas seguían estando a la orden del día. Admito que era consciente de que debería ser yo el primero en exponerse y sincerarse, pero me daba miedo romper ese frágil equilibrio en el que nos movíamos y que al romper la magia todo se complicara, porque, con nuestros peros, estábamos mejor que bien. Eso, al menos, no intentaba negarlo.

Quedábamos a diario y daba igual cuánto tiempo pasáramos juntos, siempre me sabía a poco.

Igual que sus respuestas.

Nuestro trato seguía vigente, pero no nos habíamos acostado todavía. No es que no lo deseáramos, pero sospechaba que ella tenía sus reticencias y yo intentaba respetar ese espacio, incluso si cada vez me era más difícil. Quería pensar que esa distancia que marcaba venía condicionada por el miedo a perder el control y acabar manifestando su verdadera forma a lo largo del traqueteo, pero también estaba la posibilidad de que tuviera algún tipo de reparo en acostarse con alguien que no fuera de los suyos.

No tenía ni la más remota idea de qué situación partíamos ni qué tipo de relaciones amorosas había tenido Phe a lo largo de su vida. Por no saber, ni siquiera sabía su verdadera edad. Admito que me sentía en inferioridad de condiciones cuando pensaba en todo aquello, pero esperaba que mi determinación fuera suficiente para equilibrar la balanza. De eso no me faltaba. Interés y ganas. Andaba caliente cada maldito día y creo que eso a ella le divertía. Saberme totalmente a su merced.

Su capacidad de autocontrol parecía haberse estancado, aunque había perdido algo de peso y a mí me carcomía saber que ocultaba algo que le estaba perjudicando y no poder hacer nada para remediarlo.

Alba y Alexander me acompañaban de tanto en tanto al local, creo que para que ella se fuera habituando a su presencia y porque a Alba su mojito de melocotón la había conquistado. Oscar, en cambio, había vuelto a Capital porque los Haniel seguían allí instalados y pasarse varios días lejos de Amanda le volvía insoportable. Nicholas había asegurado que ese era su estado basal antes de conocerla y, siendo él quien afirmaba aquello, nos había entrado por la risa tonta a todos.

—He traído las palas. —Le mostré aquel par de trozos de madera, metidos en una bolsa de rejilla en la que destacaban dos pequeñas esferas de color amarillo.

Su instinto competitivo hacía que sus ojos brillaran y eso me volvía loco. Solía provocarla mientras jugábamos, para luego acabar tendido sobre ella, en la arena, o con su cadera enroscada a la mía metidos ya en el agua. Me sobraban ese par de pedazos de ropa que nos cubrían mientras

me la comía a besos. Intercalábamos conversaciones a veces un tanto absurdas con jadeos, miradas vidriosas y la sensación de que todo era perfecto.

Alzó una ceja, como si le repateara mil jugar a eso, pero sabía que solo tenía que provocarla un poco y la tendría dándolo todo en la arena. Era lo que era y yo sabía qué teclas tocar para que acabara jugando y olvidándose de lo que fuera que hacía que tuviera el ceño fruncido la mayor parte del tiempo. De nuevo.

—¿En serio?

—Si no te atreves... —Me gruñó y eso me arrancó una carcajada. Era adorable. O, al menos, para alguien que pudiera entender su contexto.

Solía mostrarse altiva y orgullosa, algo que ya me estaba bien, porque ego nunca me ha faltado y ese duelo de provocaciones que nos llevábamos entre manos era divertido. Tras varios toques, me la devolvió un poco demasiado fuerte y me pasó por encima.

—Esa es mala tuya —la provoqué.

—No es culpa mía que seas un canijo.

—¿Canijo yo? Pero ¿de qué vas? ¡Si apenas me llegas a la barbilla! —Me lanzó una mirada asesina mientras yo reía y le daba la espalda para ir a recuperar la pelota.

Sé que eso le molestaba. Que le rebatiera cualquier cosa, incluso si en muchas ocasiones la evidencia estaba de mi parte. Le asqueaba.

Volví a lanzarle la pelota y nos pasamos el rato allí, entre provocaciones y risas. Acabó golpeándome con la pala, a lo que la tumbé en la arena y acabamos rodando el uno encima del otro, hasta que conseguí prevalecer por encima de su cuerpo de muñequita de porcelana. Ese detalle en concreto, que pudiera contenerla, no le gustó demasiado, pero no le dio demasiada importancia cuando empecé a besarla.

Que eso no quería decir que no la tuviera.

Quiero decir que no me había esforzado al máximo: su debilidad era cada vez más notoria y yo seguía sin saber qué diablos le pasaba a la que consideraba mi compañera.

—¿Quieres que vayamos a cenar a algún lado?

—No tengo demasiada hambre. —No le gustaba alejarse del bar. Me gustaría decir que había medidas de protección en él, algo que justificaría que quisiera esconderse en aquel agujero, pero ni yo ni Alba habíamos podido sentir ninguna.

—¿Ni de mí? —Sus ojos brillaron, pero no me contestó. Teníamos un trato e intentaba ceñirse a él, así que evitaba mentirme. Otra cosa diferente era que no me regalaba los oídos con palabras de amor eterno ni nada por ese estilo—. ¿Bailas?

—Hay mucha gente —se quejó mientras tiraba de su mano para llevarla hasta la pista de baile. Sonreí, porque era muy gracioso cuando hacía aquello.

Protestaba a todas horas, como si tuviera miedo de que, de no hacerlo, demostraría que todo aquello le gustaba. Trabajar allí, con la música de fondo y unas panorámicas de ensueño, compartir noches con aquel grupito variopinto de diferentes nacionalidades y pasar todo el tiempo posible conmigo.

—En cuanto estemos allí dentro, solo existiremos nosotros dos, y lo sabes. —Me sonrió. Se la veía cansada. Deseaba acunarla entre mis brazos y aliviar lo que fuera que le pesaba, pero no podía hacerlo si no me dejaba ayudarla.

Empezamos a balancearnos juntos. Mis brazos rodeando su cuerpo, su cabeza sobre mi pecho. Encajábamos a la perfección. Sabía que no le gustaba estar rodeada de gente. Las primeras veces que la había arrastrado hasta allí se la veía nerviosa y se pasó el rato estudiando a todo el mundo,

como si temiera que en cualquier momento se produjera una hecatombe. Ahora, en cambio, no tardaba en relajarse entre mis brazos mientras nos movíamos al compás de la música *chillout* que era habitual en el local.

—Me gustaría que cuando libres, este viernes, lo pasemos juntos.

—¿No es eso lo que hacemos habitualmente? —ronroneó, porque admito que me pasaba más horas en el bar que en mi casa. A veces me dejaba caer cuando trabajaba, solo para verla, durante un rato, y volvía cuando acababa el turno para poder compartir unas pocas horas más con ella.

—Tenemos un piso en el pueblo. Estaba pensando en algo que fuera tú y yo, solos, todo el día, allí dentro.

—No sé si es buena idea.

—No lo sabremos si no nos damos una oportunidad.

—No es por ti, Sebas.

—No me vengas con esas, Phe. Te quiero. —Sus ojos buscaron los míos. Había ese algo contenido allí. El miedo, sí, pero también la esperanza. Supe que se aferraba a ella y eso me emocionó—. No me importa tu pasado ni tus secretos. Nada cambiará lo que siento. Nada de eso importa. Ahora es nuestro momento y juntos encontraremos la forma de crear un futuro.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre mi pecho, incapaz de negarse, pero sin aceptar mi propuesta al mismo tiempo. Sonreí. Es lo que tiene saber que juegas con ventaja.

—Quiero acostarme contigo, Phe, sentirte de todas las formas posibles. No creo que nos vaya tan mal como para que luego quieras olvidarlo, mi amor. Dime que sí.

—No me llames así, suena ridículo.

—Buscaremos otro mote. ¿Qué tal con cielo?

—Si quieres que te arranque los ojos...

—Dime que sí a lo del viernes y dejaré de buscarte apodos ñoños.

—¿Y si no funciona?

—Te aseguro que lo hará porque te tiene bastantes ganas —bromeé mientras apretaba mi cadera contra la suya, sabiendo que podría notar una parte muy concreta de mi anatomía. Rio por lo bajo—. Y si te refieres al tema de química, creo que de eso no nos falta. Ni ganas. Especialmente esto último.

—Este viernes.

—Este viernes —ronroneé.

—Eres muy cabezota.

—Me lo tomaré como un sí. —Puso los ojos en blanco y me limité a buscar su boca para besarla con intensidad hasta que gimió entre mis brazos haciéndome enloquecer de deseo—. Siempre podríamos adelantarlos a un ahora.

—¡Eres lo peor! —me recriminó, golpeándome en el brazo, pero su rostro de repente se ensombreció.

Fruncí el ceño mientras un sexto sentido me advertía que en la brisa había matices que me eran nuevos. Ella también los había percibido.

—Me haces sentir y eso, en serio, no tiene precio.

—Y tú a mí. —La contemplé, porque esa concesión era algo nuevo. No quería ilusionarme, porque algo me decía que debía andarme con pies de plomo.

—Estoy cansada, creo que necesito dormir un rato. ¿Podrás resistir sin verme hasta el viernes? —me cuestionó.

—Pensaba venir mañana a pasar el día contigo.

—Tómatelo como una pausa previa al reencuentro. —Su tono sonó ligero, pero su mirada estaba apagada. Se la veía tan vulnerable y cansada.

—A mí me suena a una tortura —protesté mientras ella tiraba de mi mano, aunque me soltó antes de que saliéramos del local. Me acompañó hasta la moto, como solía hacer, pero se mantuvo a una cierta distancia de mi persona.

Me molestó aquello, pero supe que había algunos atenuantes que lo justificaban.

Unos que no auguraban nada bueno.

Phe miraba hacia delante con una determinación y frialdad que me hizo saber que se estaba preparando para lo que estaba por venir. Eso que se ocultaba entre las sombras. ¿Un viejo conocido? No sabría decir si era o no bienvenido, pero lo que sí tenía claro era que no quería dejarla allí. A solas.

—¿Te apetece dar un paseo? La noche está preciosa, podríamos ir a dar una vuelta con la moto. —Tanto si era un viejo amigo que venía a su encuentro o alguien con malas intenciones que venía a por ella, no estaba dispuesto a que desapareciera de mi vida.

—Hoy no. Vete, Sebas. —La miré y vi sus ojos brillando por la preocupación—. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

—Lo tenemos. —Asentí y vi que algo en ella estaba a punto de romperse en mil pedazos. Me quería lejos de allí, no tanto porque no quisiera que formara parte de lo que ella era, de su mundo, sino porque tenía miedo de qué podría pasarme si eso sucedía. Me estaba intentando proteger y así lo supe: que quien acechaba entre las sombras no era bienvenido y que, a su manera, ella también me amaba.

Me acerqué a ella para besarla y la pillé desprevenida.

—Me voy, pero prométeme que sigue pendiente lo del viernes. —Asintió—. Ahora y siempre, Phe.

Una dulce pequeña victoria antes de que la tormenta nos atizara. Busqué mi teléfono móvil para enviarle un mensaje de texto a mi primo, abrí el cofre de la moto para sacar los guantes que tiempo atrás me había regalado mi padre y que, casi por costumbre, siempre llevaba conmigo. Me cubrí la cabeza con el casco, ante la atenta mirada de Phe y ese sutil temblor en uno de sus brazos.

Incliné la cabeza hacia ella y me alcé sobre mi montura de metal. Se separó un par de pasos y vi que se abrazaba, aceptando lo que fuera que le depararía el destino. Sentí un nudo bajo el pecho al ver como sus ojos se humedecían mientras me observaba. Daba por sentado que esa sería nuestra última vez.



Phe

VI COMO LA MOTO de Sebas se alejaba y suspiré aliviada. No es que la distancia física fuera a ser un inconveniente para que lo encontraran, si se lo proponían, pero estaba claro que yo era su objetivo y él no tenía ningún valor en nuestro mundo.

No perderían el tiempo, excepto que supieran que podían usarlo como moneda de pago para conseguir un buen trato porque él me importaba. De ahí que hubiera intentado marcar una distancia que él había estropeado soltándome todo ese rollo sobre el ahora y el siempre.

Se me erizó el vello, no tengo claro si por el efecto de recordar su mirada, penetrante, intentando calar hasta mis huesos mientras me decía aquello o por el hecho de que estos estarían rotos en mil pedazos en un rato.

Descarté aquellos pensamientos. Tenía que centrarme en el aquí y en el ahora. En sobrevivir. Siempre se me había dado bien eso, pero sabía que el cansancio me había debilitado hasta convertirme en apenas una sombra del demonio que solía ser.

Empecé a caminar para alejarme del edificio y de todas las personas que había aún allí dentro. Estaba familiarizada con el terreno y conocía un camino de arena que salía de la carretera en dirección a una pequeña cala de grandes rocas a la que no solían ir más que pescadores y que, a esa hora de la noche, sospechaba que estaría vacía.

Sabía que eso no les impediría darme caza, pero quizá podría evitar que Greta y el resto salieran perjudicadas de la trampa que me estaba tendiendo el destino.

Apenas me adentré en el camino de arena cuando dos siluetas empezaron a materializarse a unos cuantos metros.

Los estudié. Eran dos tipos de aspecto siniestro, ambos vestidos con ropa oscura, pinchos y cadenas, por si su naturaleza no fuera suficiente para infundir miedo al pobre mortal que se topara con ellos. Disfrutaban con eso. Aterrorizando a todos los que les pasaran por delante, pero yo no les daría ese capricho.

Capté su rastro y tuve la certeza de que nunca me había cruzado con ellos, incluso si desconocía cuál era su verdadera forma. Que pudieran usar ese cuerpo humano significaba que eran poderosos y que no podía menospreciarlos.

Ellos tenían que saber quién era yo y dudo que se hubieran enfrascado en esa caza si no tuvieran la posibilidad de salir airosos. Somos criaturas oscuras dadas a la violencia pero no somos gilipollas.

—Cazarrecompensas, supongo. —Me miré la laca de las uñas, que Sophie me había pintado en un color escarlata, como si su existencia me molestara una mierda. Un par de mosquitos insignificantes que no tendría piedad en aplastar si me tocaban los ovarios.

—La escurridiza Phenexy —ronroneó uno de ellos humedeciéndose el labio inferior en un gesto un tanto obsceno.

—Nos han dicho que has sido mala y has hecho enfadar a la persona equivocada —sentenció

el otro y entre sus labios asomó una lengua bífida. Mejor evitar sus garras, porque tenían números de ser venenosas.

—¿Pensabas que podrías esconderte aquí eternamente? —intervino el otro. Pese a que trabajaban juntos, ambos querían cierto protagonismo. Eso estaba bien, siempre podía intentar enfrentarlos. No es que fuera un plan infalible, pero en mi actual estado pelearme contra ambos a un tiempo era la peor de las opciones.

—Para nada, pero me gusta la playa y hacen unos mojitos de melocotón extraordinarios —solté encogiéndome de hombros, fingiendo una indiferencia y una superioridad que, en mis actuales condiciones, tenía mis dudas de poseer, y dejando claro que aquel lugar no tenía nada más que ver conmigo, con la esperanza de que no husmearan demasiado y no hubiera más víctimas esa noche—. Si tenéis algún mensaje que darme, hacedlo y largaros.

—¿Un mensaje? —El segundo empezó a reír por lo bajo—. Se ha puesto precio a tu cabeza.

—Eso es una novedad. —Una mala.

—Vales el triple viva que muerta, en cualquier caso. ¿Por qué no nos ahorramos las molestias, vienes con nosotros, y te damos la mitad de la recompensa?

—*Win to win* —ironicé.

—¡Sabía que eras una chica lista!

—¿Y qué hay del hecho de que acabaría en las garras del que te envía? —le cuestioné, estudiando los movimientos de ambos mientras empezaban a separarse, para poder atacarme desde dos ángulos diferentes al mismo tiempo.

—Te torturará durante un tiempo, pero te quiere viva, así que intenta disfrutar de lo que está preparando para ti. —Se rio. Sus ojos se volvieron negra oscuridad mientras en su rostro se evidenciaba una mezcla de lascivia y maldad.

—En tal caso, mejor me quedo.

—Sabes que, si no somos nosotros, serán otros. —No podía negarle esa realidad.

—No me preocupa —mentí.

—Tan arrogante, tan altiva.

—Un poco sí se parece a su padre —opinó el otro.

—No quieres saber cuánto. —Dejé que mis garras hicieran acto de presencia. La libertad de sentir a mi esencia tomando el control me ayudó a encontrar el valor de enfrentarle. Mi debilidad era notoria, pero ellos no tenían por qué saberlo.

Desaparecer, fundirme entre las sombras, solo lo empeoraría todo: no podía permitirme dejar un rastro tan evidente que atrajese a un montón de cazarrecompensas más, especialmente si Fael le había puesto precio a mi vida. Conociéndole, debía de ser una oferta succulenta que haría que muchos decidieran arriesgar sus propios cuellos.

Si no me habían encontrado antes era porque me había obligado a evitar el uso de mis habilidades demoniacas para no dejar ningún rastro que pudiera llamar su atención. Ahora, sin embargo, dejar impresa en el local parte de mi esencia era el menor de mis problemas. Estaba agotada y en la peor de las condiciones posibles para enfrentarlos.

Mi única posibilidad era intimidarlos y que se largaran para pedir refuerzos. Conseguir un pasaje en el primer avión que saliera de la isla sin mirar siquiera la dirección. Huir. Seguir huyendo. Sobreviviendo.

—A las malas, entonces —ronroneó el segundo, pero fue el primero el que se abalanzó contra mí. Apenas tuve tiempo de hacer una finta para esquivarle, pero conseguí golpearle en un costado mientras mi verdadera forma tomaba el control. Necesitaría toda la energía que me

quedaba para controlar la situación.

Empujé al primer tipo para alejarlo de mí antes de que el segundo intentara alcanzarme con el puño. Bloqueé su brazo y gruñí con fuerza cuando esquivó mi contrataque.

Nos observamos, apenas unos segundos, tanteándonos. El miedo es algo poderoso y era mi mejor arma.

Dejé que mi esencia me envolviera. El fuego hizo acto de presencia y rodeó mi cuerpo antes de que extendiera mis manos, dirigiéndolas hacia ambos. Vi ese destello de respeto en sus miradas por primera vez, incluso si las llamas que lancé contra ellos no llegaron a alcanzarlos.

Elevé el mentón, fingiendo que aquello no me había supuesto un esfuerzo, mientras el fuego alrededor de mi cuerpo se consumía.

—No me obliguéis a mataros. —Era mi última oportunidad, y lo sabía. Los rumores sobre que había heredado la magia de mi padre ahora no eran vagos y lejanos, sino una realidad que latía frente a ellos. Mi fuego era capaz de iluminar la oscuridad de la noche y convertir un poblado entero en apenas un montón de cenizas. Mi poder era ínfimo por la fatiga que arrastraba, pero esperaba que ellos no lo hubieran percibido.

Me observaron, a cierta distancia, sin tener del todo claro qué hacer a continuación.

No era una mala señal, pero que no se hubieran volatilizado era un mal augurio.

Escuché el rugido de un motor.

Uno que me era demasiado conocido como para ignorarlo. No me preocupaba que hubiera testigos. Era el menor de mis problemas, en realidad. Si acababa en las redes sociales, cubierta de llamas y con dos cuernos sobre la cabeza matándolos, solo sería un pequeño triunfo con el que joderle la vida a Fael.

El problema era que no todos los humanos me traían sin cuidado y el que conducía aquella moto era uno de los pocos que habían conseguido abrirse un hueco en mi ardiente corazón.

Se lanzaron contra mí, los dos, a la vez.

¡Mierda!

Conseguí esquivar y contrarrestar la mayor parte de sus ataques, pero uno de ellos me abrió un costado y me hizo gemir de dolor mientras dos faros nos iluminaban, demostrando que la moto de Sebas se había desviado de la carretera para adentrarse por aquel camino de tierra y se dirigía contra nosotros.

Su aparición les obligó a separarse de mí. No es que un humano sea alguien digno de enfrentarnos, pero aquella furia negra de metal candente podía rompernos algún que otro hueso a esa velocidad, así que saltamos hacia atrás para separarnos de esa amenaza, dispersándonos.

Gruñí, porque tras una derrapada brusca, Sebas y su moto habían quedado entre ellos y mi humilde persona. No irían a buscarle, pero si interrumpía de esa forma, sería poco más que un cadáver en apenas unos segundos.

Agradecí, sin embargo, esos segundos que me había proporcionado su intervención para usar mi fuego sobre la herida y asegurarme de que no hubiera restos de veneno que pudieran anular mis sentidos y dejara de sangrar, al mismo tiempo.

Lo más sensato sería largarme de allí, fundirme entre las sombras con la esperanza de darles esquinazo, porque estaba claro que no podía enfrentarlos a ambos. No en mi estado. Sin embargo, hacerlo no garantizaba que no acabaran encontrándome, ellos u otros cazarrecompensas. ¿Y qué le pasaría a Sebas? ¿Qué harían con él? Era un testigo. Y en su cuerpo estaba mi rastro. Una sentencia de muerte, en el mejor de los casos.

Quedarme allí no debería ser una opción, no cuando apenas era capaz de sostenerme de pie,

pero lo haría. Lucharía. Hasta mi último aliento.

—¡¡Vete!! —grité, enojada—. ¡¡Teníamos un trato!!

Bajó de la moto, sin apagar la llave de contacto.

—Me he ido. No dejamos estipulado durante cuánto tiempo debería mantenerme alejado.

—Fruncí el ceño, confundida—. Entiendo que no son amigos tuyos.

Vi cómo los demonios le estudiaban y una sonrisa altiva asomaba en sus rostros.

Lo sabían. Habían sentido mi preocupación por él. Un objetivo mucho más fácil y accesible.

—Si le tocáis, os mataré —gruñí, dejando que mi fuego cobrara fuerza, sin importarme que Sebas presenciara aquello. Éramos nosotros. O ellos.

Me estremecí al sentir una nueva presencia. Poderosa.

Joder.

No fui la única que pudo percibirla: los dos cazarrecompensas fijaron la mirada en las sombras que empezaron a convertirse en una silueta, justo detrás de Sebas.

—¡Detrás de ti! —exclamé, sabiendo que era un combate que no estaba en condiciones de enfrentar en mi actual estado—. ¡Vete, Sebas!

El demonio aparentaba ser poco más que un adolescente; tenía una oreja llena de aros metálicos y las manos en los bolsillos de unos tejanos desgastados. Parecía un chaval que se había aparecido allí por casualidad, pero no era tan estúpida como para quedarme en la superficie.

Destilaba poder por cada maldito poro de su piel, como si fuera el rey de la fiesta, incluso si nadie le hubiera invitado. Si Fael le había enviado, estaba jodida.

Gruñí, porque Sebas ignoró mis órdenes y ni siquiera se volteó para observar al nuevo intruso, incapaz de sentir su presencia. Sin embargo, los cazarrecompensas sí fueron conscientes del peligro que entrañaba, pero se limitaron a estudiarle y, por su aspecto, supe que estaban planteándose que se les hubiera jodido la recompensa.

Crucé los dedos, existía la posibilidad de que intentaran enfrentarlo para quedarse conmigo y la jugosa recompensa que Fael había dispuesto por mi cabeza y eso me daría la oportunidad, al menos, de sacar a Sebas de allí. Cómo le explicaría después todo aquello era otra historia. Primero teníamos que sobrevivir, y no es que tuviéramos muchas papeletas para ganar ese premio.

—El de la derecha es mío, Dilan. —Escuché que decía Sebas. Tensé mis garras, sin entender qué estaba pasando, pero mi mundo se vino abajo cuando el demonio que acababa de aparecerse fue quien le respondió.

—No te entretengas, estaba a medio partido.

Me quedé atónita al ver cómo el demonio se volvía apenas una bruma y se colocaba a la izquierda de Sebas, que ni siquiera se giró para observar el cuerpo que se había aparecido a su lado de la nada. Tragué saliva mientras observaba el gesto indiferente de ambos, pero, al mismo tiempo, la tensión en sus cuerpos.

Eso no tenía sentido.

Sebas.

Pretendía enfrentar a los cazarrecompensas con el demonio que acababa de aparecer. Llegué a esa conclusión al mismo tiempo que los dos demonios que me habían atacado, solo que esta vez ellos no parecían tan ansiosos de iniciar ese combate, no tanto por Sebas, sino por el demonio que le acompañaba. ¿Quién era? ¿De qué le conocía Sebas?

Sebas fue el primero en lanzarse al ataque y me tensé cuando vi que colisionaba contra uno de

los cazarrecompensas. En sus manos habían aparecido unos filos de metal, como las puntas de un tridente, y no dudó en intentar rasgar el cuerpo del demonio con ellas.

Mi fuego despertó de forma brusca, como si de repente la necesidad nos apremiara. Era imposible lanzar una bocanada a un objetivo concreto, porque eran un borrón de extremidades intercalando golpes a una velocidad que era más propia de los de mi especie que no de un humano.

Empecé a temblar. Sebas debería estar muerto a esas alturas del combate, pero tras varios minutos fui consciente de que era capaz de seguirle el ritmo a su rival y que lo enfrentaba como si fuera su igual. No tardó en imponerse a él y vi como el filo de sus armas conseguían herirle en varias ocasiones. Un grito me obligó a dirigir mi mirada al combate que mantenían a pocos metros los otros demonios. El que había aparecido en última instancia acababa de atravesarle el corazón al cazarrecompensas con la mano y le había arrancado el corazón tras atravesarle el pecho con su garra.

Uno menos.

Desvié la mirada hacia Sebas a tiempo de ver como asestaba un golpe mortal a su oponente. Me estremecí. No tanto porque me impactara que le diera muerte, no tengo ese tipo de sensibilidad moral que me impide arrebatar una vida si es la mía la que está en juego, sino por el hecho de que fuera él quien se había visto obligado a hacerlo. Como si no le bastara o quisiera asegurarse de que no volvía a levantarse, usó el filo de aquellos cuchillos para rasgarle el cuello de lado a lado, haciendo que al caer la cabeza le colgara en una posición aberrante. Polvo al polvo.

Su mirada buscó la mía y no vi miedo alguno en ella. Ni culpabilidad.

Solo fuego en estado puro.

Era la expresión de un cazador.

Mi fuego se vino abajo, consciente de que el peligro había pasado, mientras entraba en un estado de *shock*. Aún mostraba mi verdadera forma, un par de cuernos sobre mi cabeza, suaves escamas rojizas sobre mis brazos y unos ojos que eran muchas cosas, pero no humanos. Su expresión, sin embargo, era anodina. No había señal alguna de miedo o de repulsión, solo esa chispa llena de vida que siempre le había caracterizado.

Hizo un movimiento con los puños y los filos de metal desaparecieron. Fue entonces cuando me fijé en esos guantes de cuero oscuro que se había puesto antes de subir a la moto. Los había visto en el cofre de la moto en otras ocasiones, pero nunca los usaba. Era la primera vez que se los había puesto, de hecho, y eso me hizo sospechar algo que era imposible. ¿Acaso él lo sabía? ¿Había podido sentir la presencia de aquellos dos acechando entre las sombras?

Se pasó el antebrazo por los labios y vi que había un moratón y restos de sangre en su boca, pero, por el resto, parecía de una pieza. No sabía si lanzarme a la carrera para acurrucarme entre sus brazos o pedirle una explicación. ¡La que fuera! Nada de eso tenía sentido. Había arriesgado su vida. Y aún no entendía cómo todo aquello no le aterrorizaba. Ni por qué era capaz de matar a un demonio con esa pericia y frialdad, como si no fuera la primera vez que lo hacía.

—Estás herida. —Me observó al decir aquello, elevando el mentón, como si pudiera sentir el olor de los restos de sangre que cubría uno de mis costados—. Y tu rastro ahora se ha vuelto bastante evidente.

No podía estar diciéndome eso.

Sebas no debería poder sentir ese tipo de cosas.

Ni debería estar mirándome así, como si quisiera acortar la distancia entre nosotros y

apretarme contra su cuerpo, ignorando mis escamas, mis garras o mis cuernos.

—Saca de aquí a tu chica y llévala a algún lugar seguro. Yo me ocupo de lo que surja.

¿Su chica?

¿Tan evidente era cómo se entrelazaban nuestros rastros?

¿Ellos se conocían?

¡No era posible!

—Al final vamos a tener que adelantar lo del viernes, mi amor. —Su sonrisa socarrona me era conocida, pero me encontré dando un paso hacia atrás cuando él hizo la intentona de acortar la distancia que nos separaba.

—No me llames así —gruñí, sin entender nada—. No pienso irme a ninguna parte.

—Aquí no podemos quedarnos, Phe. —Se acercó un paso más y yo volví a retroceder—. ¿Acaso ahora me tienes miedo? —Elevé el mentón.

—¿A ti con cuántos más? —le reté. Escuché la risa suave del demonio, que nos observaba como si aquello fuera la mar de divertido.

—A mí no me mires, no me van las riñas de enamorados en plan zalamero —ronroneó el demonio, divertido.

—Escúchame, Phe. Yo confío en ti y supongo que tú tendrás que aprender a hacer lo mismo conmigo. —Sin dejar de mirarme, volvió a avanzar y esta vez me quedé quieta, el mentón en alto, dispuesta a retarle.

Para cuando quedó a mi altura, vi que se inclinaba hacia mí. No tenía claro para qué, exactamente, hasta que su mano cogió mi nuca y sus labios impactaron con fuerza contra los míos y me besó con esa intensidad y dureza que le caracterizaba. No le importaron mis colmillos expuestos, las escamas que cubrían mis brazos ni mis pequeños cuernos.

¿Qué diablos me había perdido?

¿Por qué no le asustaba lo que yo era?

Y, lo que era más preocupante, ¿cómo diablos iba a gestionar yo aquello?



Phe

SEBAS SE ACERCÓ a su moto, que aún estaba encendida, y me lanzó un casco. Lo cogí al vuelo, aunque no tenía del todo claro si ponérmelo.

—¿Qué hay de ese? —Señalé al demonio con el dedo. Se había metido las manos en los bolsillos en un gesto despreocupado, pero estaba atento a todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

—Ya le has oído. Se ocupará de ocultar tu rastro. —Fruncí el ceño, porque Sebas sabía más de lo que debería, pero aun así seguramente no sabía de mi mundo una mierda—. Estás herida y cada vez más débil, Phe, eso, al menos, no puedes negármelo.

—No tienes ni idea de cómo funciona esto, Sebas. —Miré al demonio y dejé que mi fuego me rodeara, incluso si hacerlo me supuso un verdadero esfuerzo y le increpé—: ¿A cambio de qué? ¿Qué precio has puesto?

Ladeó la cabeza y me sorprendió deslizando la mirada en dirección a Sebas antes de responderme.

—Eso no es asunto tuyo —me soltó sin alterarse.

—No te preocupes, te aseguro que tarde o temprano a Dilan se le ocurrirá algo con lo que cobrárselo. —Sebas sonrió y yo me estremecí.

Deberle un favor a alguien como él podía ser el inicio de una larga rastra de mierda.

Tenía mucha experiencia al respecto.

Lo estudié, mientras me esperaba al lado de la moto. No había rastro alguno de compasión ni de duda por lo que acababa de suceder. Sus movimientos habían sido certeros, los de un soldado, un guerrero. Le había dado muerte sin titubear y existía una cierta complicidad entre él y aquella criatura, que ocultaba su verdadera forma pese a que yo estaba invocando a mi poder, como si no me considerara una verdadera amenaza.

—Todo esto me chirría. Hay muchas cosas que no tienen sentido. —Sebas exhaló un suspiro y el otro rio por lo bajo mientras se cruzaba de brazos. Supongo que oponer resistencia formaba parte de mi estilo personal, incluso si gracias a él seguía con vida.

—Estás herida y si te han seguido hasta aquí, pueden volver a hacerlo.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Si me das la oportunidad de llevarte a un lugar seguro, te pondré al día... siempre y cuando tú me cuentes de qué te escondes y quiénes eran ese par de gilipollas.

Apreté los labios y me dio por la risa tonta. Gilipollas. ¿Qué maldito humano soltaría algo así para describir a un par de demonios? El mío, por lo visto.

—Lo primero que deberías haber aprendido es que, si quieres sobrevivir, no deberías hacer pactos con el diablo —le advertí usando una frase hecha que se ajustaba mucho a lo que estaba pasando y señalé al demonio que nos observaba con expresión divertida. Dilan. Joder, que

supiera su nombre no tenía por qué ser algo bueno.

Era imposible no preocuparme por lo que acababa de pasar. Los cazarrecompensas, sí, pero también Sebas luchando junto a un demonio contra ellos. No tenía ni idea de qué pintaba con ese tipo, pero lo que sí que estaba claro era que con que la mierda le salpicara a uno de los dos, era más que suficiente.

—Un consejo que me dio mi padre es que debes estudiar primero al enemigo y mantener un perfil bajo para que no sepan que tú también eres una amenaza.

—Dudo que eso sea lo que hace tu padre —intervino Dilan, riendo por lo bajo, y Sebas puso los ojos en blanco. Esa complicidad era extraña, pero la había visto antes. Era como si ese par fueran ¿amigos?

—No me ayudas, en serio —masculló Sebas, entre dientes—. Por favor, Phe, ignora a mi primo y déjame que te lleve a un lugar seguro.

—¿Por qué harías algo así?

—¿Por otro beso? —Era la última cosa que esperaba que me soltara y no pude rebatirle aquello por la sorpresa.

El demonio fingió que tenía arcadas.

—Que te den —le soltó Sebas y le mostró una peineta. En vez de intentar arrancarle la cabeza por aquella ofensa, empezó a reír a carcajadas.

Nada tenía sentido, pero mi fuego estaba consumiéndose y, si seguía así, pronto perdería el conocimiento y eso no podía permitírmelo.

—Está bien —cedí, observando el casco.

—Supongo que tus huesos no deben de romperse fácil, pero mejor no buscarnos problemas con la policía. Eso sí, intenta no pinchar demasiado la gomaespuma con los cuernos, ¿quieres?

—Idiota.

—He de decir que no están mal —ronroneó el demonio con una sonrisa traviesa.

—Ni la mires, Dilan, recuerda que es mi chica.

El demonio hizo una mueca mientras sombras oscuras le rodeaban. Una pequeña muestra de que su poder era enorme.

Me acerqué a la moto, pero no acepté su mano extendida. Me limité a saltar sobre ella, colocándome detrás de él. Aceleró del tirón, como si temiera que fuera a repensármelo y no quisiera darme la opción de hacerlo.

Cuando ya nos alejábamos del que se había convertido en algo así como mi hogar, caí en la cuenta, en el detalle de cómo había llamado Sebas al demonio. Primo. Me había dicho que ignorara a su primo. ¿Eso tenía sentido? ¿Era un algo coloquial entre ellos? ¿Como si fueran dos viejos amigos? Porque no existía otra forma de justificar aquello.

Sebas era humano y llevaba una vida normal, de esas hasta cierto punto idílicas, con una familia enorme con la que pasaba las vacaciones, había estudiado un grado y su máxima preocupación era algo absurdo y banal. Cosas como si nos acostáramos juntos antes de acabar el verano, si estudiaría un máster o se decantaría por tirar currículums para empezar a trabajar.

Él no podía tener nada que ver con aquella criatura oscura y siniestra que sí pertenecía a mi mundo.

¿No?

Me agarré a los laterales de la moto mientras conseguía tranquilizarme y volver a mi forma humana. Sebas tenía razón. Si nos paraba una patrulla, algo que era bastante habitual en esa

época en la que los turistas solían sobrepasarse con el alcohol y conducían ebrios, mi aspecto no nos facilitaría la vida.

Me sentía vulnerable. ¡Yo!

Era una mierda, pero tenía que asumir que el cansancio se estaba cobrando su precio. Supuse que a eso había jugado Fael: se había tomado un tiempo antes de enviarlos contra mí, de nuevo, sabiendo que tarde o temprano el no dormir se cobraría su precio.

¿Qué habría pasado si Sebas y el demonio no hubieran venido a mi encuentro? Preferí no pensar en aquello. Antes muerta que no arrastrarme hasta su palacio de nuevo.

Sebas aminoró la velocidad mientras llegábamos a los límites de uno de los pueblos de la costa. El mundo seguía impasible, pese a que el mío estaba quebrándose.

Dejamos atrás las risas de los grupitos reunidos en las terrazas que ocupaban el paseo, la iluminación cálida que se reflejaba sobre un mar quiescente y el olor a cientos de cosas buenas. Era tan diferente a todo lo que yo había vivido...

Había momentos que desearía, no sé, algo así.

Esa normalidad caduca de la que disfrutaban ellos.

Aparqué sobre una acera en un callejón sin iluminación. Un mal sitio para dejar una moto como esa. Me sentí ligeramente mareada y supe que había perdido más sangre de la que había pensado en un primer momento.

Se sacó la chaqueta de cuero negro y me la tendió. No tenía intención de cogerla, pero señaló con el mentón mi costado. Tenía la camiseta rota y parcialmente quemada; podía verse que mi piel tenía un aspecto negro y costroso en una zona demasiado extensa como para que no fuera evidente a un simple vistazo.

—No tiene buen aspecto. —Me encogí de hombros y acabé aceptándola. Me sorprendió la calidez que mantenía y cómo el olor de Sebas me cubrió por completo. No debería gustarme eso. La sensación de que él me abrazaba.

Incluso siendo lo que yo era... y él sabiéndolo.

Se acercó a un portal que estaba al final del callejón. Vi como deslizaba una placa de metal y aparecía un teclado con un sensor. Anotó un código y luego colocó el dedo índice sobre el lector digital.

Fruncí el ceño.

Eso no era normal. Quiero decir que un edificio cualquiera de un pueblo costero mísero e insignificante no debería tener semejantes medidas de seguridad, ¿no?

En el local, solíamos olvidarnos de cerrar la puerta trasera con llave, demonios al margen, el máximo peligro era que acabaras con un gato callejero rondando la cocina.

Abrió la puerta y me tendió la mano.

Levanté el mentón y le ignoré. Di un par de pasos para entrar, pero me encontré con una barrera invisible que me impedía avanzar. Gruñí, molesta, contra ese ente invisible que me impedía el acceso, incluso si no me había golpeado con fuerza.

Escuché que Sebas reía por lo bajo.

—No voy a decir un «te lo dije», pero si me permites, mi amor...

—No me llames así. Suena asquerosamente ridículo —protesté y arrugué la nariz, quejosa, pero acabé aceptando la mano que volvía a tenderme mientras él apretaba los labios para contener la risa.

Con nuestras manos enlazadas, empezó a caminar de espaldas y atravesó la barrera invisible sin ningún tipo de problema. No las tenía yo todas, pero cuando él asintió, di un paso hacia él, y

luego otro. Sentí la barrera, como si quisiera repelerme, pero no alcanzara a hacerlo. Sebas tiró con fuerza de mi mano y crucé aquello para acabar enterrada entre sus brazos, sintiendo la calidez de su cuerpo rodeándome.

—¿Mejor? —me susurró al oído y me estremecí por su proximidad y su contacto.

—¿Qué diablos se supone que ha sido eso? —cuestioné.

—Es un efecto colateral que viene dado por la atracción física entre dos personas... —Le gruñí cuando sentí que apretaba mi cuerpo contra el suyo y que hacía referencia a una parte muy concreta de su anatomía. ¿En serio tenía ese tipo de interés en ese momento? ¿Después de matar a un tipo y descubrir que su lo-que-yo-fuera era un demonio?

Me separé de él y no opuso resistencia.

—Lo sabías. —Me sonrió y asintió.

Siempre había sabido que yo no era humana.

¡Cabrón!

¿Por qué no me lo había dicho?

—Arriba hay un botiquín. —No liberó mi mano y empezó a caminar por un pasillo oscuro, sin molestarle la carencia de luz. Eso no era habitual entre humanos, que solían sentirse incómodos en la oscuridad. ¿Por qué Sebas era tan diferente? ¿Cómo había descubierto mi naturaleza? Tenía tantas preguntas que no sabía por cuál empezar, así que me decanté por algo más básico que nada tuviera que ver con él. O conmigo.

—¿Qué es este sitio? —Llegamos a una escalera de caracol con una gran abertura en el centro. Si no fuera una casa cualquiera, en un pueblo de moda, pensaría que era para que algún tipo de demonio alado subiera y bajara por esa abertura sin tener que poner un pie en el suelo, pero eso no tenía sentido, ¿no?

—Es un piso franco. Un lugar seguro en el que pasar unas horas y donde nos escabullimos de tanto en tanto si queremos un poco de intimidad —me contó—. Si te hubiera traído el viernes, ¿habrías notado las protecciones?

—¿Bromeas? —Alcé una ceja, crítica.

—Supongo que eso hubiera sido un problema para lo que tenía pensado.

—¿Y qué era exactamente?

—Hacerte el amor durante todo el día, la tarde y, si era posible, también la noche. —Me lanzó una mirada traviesa y desvió sus ojos hacia mis labios. Que soltara aquello en esos momentos era absurdo. En serio.

—Igual hubieras acabado con una de mis garras cruzándote el gaznate.

—Eso hubiera sido un problema, sí. —Rio, como si aquello no le preocupara mucho—. Ven.

—¿Quién puso esas protecciones? ¿Ese demonio? ¿Dilan? —le pregunté, porque nunca había sentido que un lugar fuera capaz de repelerme de esa forma.

—No, eso es cosa de la abuela.

Me quedé parada y se vio obligado a hacer lo mismo. Ladeé la cabeza, estudiándole.

—¿Qué se supone que es ella? ¿Una bruja?

—Hombre, si está a malas tiene su genio, pero tanto como bruja, yo no diría... —Vi que sus ojos brillaban con diversión. Ocultaba más cosas de las que decía, pero no era quién para criticarle aquello—. Lo importante es que es un lugar seguro. No tanto como la casa de la playa, pero están mis primos y no creo que te apetezca sociabilizar en estos momentos.

—Va a ser que no.

—Me gustaría mirar esa herida en tu costado. Uno de esos dos tenía toda la pinta de ser de los

que inyectan veneno.

—¿Cómo diablos sabes tú todo eso?

—Mi abuelo. Colecciona tratados de demonología, podría decirse, y se ha tomado muy en serio eso de que sepamos reconoceros. Ya que vamos a sincerarnos, te diré que me crucé con tu rastro aquel primer día. Fue eso lo que me llevó al local. —Sus ojos volvieron a buscar mis labios y se humedeció los suyos. No debería verse tan atractivo. Ni yo debería estar pensando en ese tipo de cosas.

—Un humano no puede percibir un rastro y menos uno tan sutil como el que había dejado a mi paso.

—Tu error es pensar que solo soy eso, pero no te sientas mal, todo el mundo tiende a hacerlo. —Llegamos al primer piso y nos encontramos en una amplia estancia llena de sofás, un billar, un fútbol y una cocina con barra americana—. Sácate la camiseta.

—Pensaba que tendrías un poco más de delicadeza nuestra primera vez.

Sus ojos se oscurecieron y yo sonreí con una mezcla de picardía y prepotencia. Había picado.

—No me tientes, Phe, porque soy capaz de olvidarme del resto. —Se acercó a mí y me cogió de las caderas y me alzó para colocar mi culo sobre el billar. Sus manos buscaron los restos de mi camiseta y los elevó para sacármela por la cabeza. Vi que sus ojos recorrían con avidez las curvas de mis pechos, pero acababan centrándose en la herida de mi costado—. ¿Crees que hay restos de veneno?

—Mi fuego los habrá eliminado. —Asintió, como si eso le satisficiera—. Esto parece un piso de soltero.

—No sé si este lo montó mi padre o alguno de mis tíos. —Se encogió de hombros mientras se alejaba de mí y se acercaba a un armario de donde sacó un botiquín—. Supongo que se encariñaron con la isla y acabaron comprando un terreno apartado en el que construir algo que cubriera las necesidades de la familia.

El botiquín estaba en el primer armario que abrió y eso me hizo pensar que no era la primera vez que lo necesitaba. Otra pista era el hecho de que estaba demasiado accesible. En el local, no tenía la más remota idea de si había algo como aquello.

Vi que abría varios envases de gasas y vertía yodo en ellas. Hice un puchero al ver que tenía intención de lavarme la herida y levantar parte de la costra para ver la extensión de los daños.

—No es nada —mentí, porque no me apetecía sentirme así. Como si fuera una víctima. Como si necesitara ayuda.

—Cuanto antes estés bien, antes podré recrearme en el resto de tu cuerpo. Tienes que entender que el interés apremia a tu próxima recuperación. —Puso una cara lastimera y admito que, si no estuviera a la defensiva, me habría arrancado una carcajada.

Dejé que me lavara la herida y la examinara. Era extraña la delicadeza con la que lo hacía. Esa ternura que desprendía que me seguía emocionando.

—Está peor de lo que pensaba. Si fuera solo una herida, podría suturarla, pero esa quemadura no hay por dónde cogerla.

—Perdona, pero no quería morir desangrada —ironicé.

—¿Orgullosa hasta en eso? —me cuestionó divertido.

—Que te den.

—¿Te ofreces? Porque yo a ti te tengo unas ganas... —Le lancé una mirada enojada y se mordió el labio inferior con un gesto seductor. Me estremecí y no era de miedo. Él pudo sentirlo, porque me sonrió con expresión confiada antes de añadir—: Creo que deberíamos tirar de un

sanador. Me quedaré más tranquilo.

—Nunca he precisado de uno y he estado en situaciones peores. —Su expresión se oscureció, pero se limitó a empezar a poner pomada sobre la herida y cubrirla con varias gasas.



Sebas

—NUNCA HE CONOCIDO a un demonio con poderes de fuego —le dije tras acabar de cubrir aquella herida que me hacía sentir culpable de no haber llegado unos minutos antes y evitar así que se la hicieran.

—¿Eso debería de sorprenderme? —me cuestionó. Phe no tenía intención de ponérmelo fácil, pero eso no me venía de nuevo.

—Tengo una idea. ¿Y si jugamos a truco o trato?

—¿Lo dices en serio? —Le sonreí con picardía—. Es un juego absurdo.

—De acuerdo, me gusta más la opción de verdad o beso. —Me miró como si me hubiera vuelto loco—. Cualquier excusa para volver a besarte me parece una buena opción.

—¿No te asusta lo que soy?

—Al principio tenía ciertos reparos, pero supongo que eso fue antes de que me enamorara de tu encanto.

—Supongo que eso pretende ser algo así como sarcasmo.

—Para nada. Te lo he dicho esta noche y lo reitero ahora, por si aún sigues dudando: estoy enamorado de ti, Phe, te quiero. —Se tensó como si le acabara de clavar una daga en el estómago, pero al menos no fingió tener una arcada y se mantuvo tiesa como un palo, estoica, digiriendo aquello. Quizá era exponerme más de lo necesario, pero alguno de los dos tenía que dar ese primer paso.

—¿Cómo pudiste sentir mi rastro? —Que ignorara mis palabras era menos malo que se empeñara en negarlas, quise pensar.

—No soy solo humano, Phe. —Le sostuve la mirada y coloqué mi mano frente a ella—. Si me permites la tuya...

Titubeó antes de elevar su mano y colocar su palma contra la mía. Sentí la calidez de su esencia. De su fuego. No lo había sabido interpretar antes, porque había dado por sentado que era efecto del deseo que ardía en mí cuando mi piel y la suya estaban en contacto.

Cerré los ojos y dejé que parte de mi oscuridad saliera a la superficie. Apenas una porción, pequeña, que rozó su piel y trepó por su brazo: la caricia de un amante. Bloqueé aquello antes de que pudiera exponerme por completo. No quería asustarla. No tan pronto.

—¡Eres un híbrido! —exclamó aquello con una mezcla de sorpresa y satisfacción—. Eres un híbrido.

Vi un destello de alegría en su mirada. No tenía del todo claro qué implicaciones podía tener aquello, pero estaba claro que ese descubrimiento en concreto le reconfortaba.

—Lo soy.

—Acostarme contigo no hubiera sido tan raro, después de todo —murmuró, como si acabara de sacarse un peso de encima. ¡Los demonios y su ego!

—No hables en pasado, porque ese es nuestro futuro, tenlo por seguro. —La reté con la mirada.

—¿Lo has hecho antes con alguien como yo?

—¿Alguien con poder sobre el fuego? —le cuestioné, solo para irritarla.

—Un demonio. —Negué con la cabeza—. ¿Una híbrida?

—He vivido entre humanos toda mi vida, Phe. —Asintió, como si eso le valiera de respuesta. Mejor que no hurgara en todo aquello antes de hora—. ¿Por qué viniste a la isla?

Se mordió el labio inferior antes de colocar sus manos sobre mis hombros y atraerme hacia ella. Sus labios buscaron los míos y su lengua invadió mi boca. Era deliciosa. Tan fuerte y ardiente. Me encontré encajándome entre sus piernas y apretando su cuerpo contra el mío, acariciando la piel desnuda de su espalda y teniendo serias dificultades para no liberar los corchetes de su sujetador y seguir con aquello a un nivel mucho más íntimo y profundo.

—Me haces perder la cabeza —ronroneé cuando conseguí separarme de ella. Sus ojos brillaban con la misma intensidad que los míos, pero vi ese punto de debilidad en su mirada, en la oscuridad que cubría sus pómulos y que me recordaron que no estaba bien—. Phe, tienes que intentar confiar en mí. No puedo ayudarte si no me dejas. Sé que te pasa algo. Llevo semanas preocupado porque hay algo que te está consumiendo.

—No sé a qué te refieres.

—Por favor, Phe, ahora que te he encontrado, no quiero perderte. No si puedo hacer algo para aliviar esa aflicción. Tengo más recursos de los que puedes imaginarte. Solo...

—No puedo, Sebas. Esto te viene demasiado grande.

—¿Cómo de grande?

—Mucho. —Vi una sonrisa triste en su rostro y supe que, en el fondo, estaba tirando la toalla. No solo en lo referente a lo nuestro, sino a lo que fuera que la estaba desgastando.

—Veamos. Creo que viniste a la isla huyendo de alguien. Es posible que te llegaran rumores sobre un lugar en el que los demonios no volvían o, al menos, no con vida. Venir aquí era asumir tu muerte o, tal vez, la posibilidad de huir de ella. —Sus ojos se volvieron oscuros, como si cada una de mis palabras estuviera dando en una diana imaginaria, la de su vida—. ¿Alguien le ha puesto precio a tu cabeza? ¿Quién? ¿Por qué?

—¿Esas no son muchas preguntas?

—Solo las primeras que me acaban de venir a la cabeza, aunque lo que más me preocupa es qué necesitas para estar bien. Dilan puede conseguirte lo que sea, solo tienes que pedírmelo.

—¿Y él qué te exigirá a cambio?

—Nada. No funciona así entre nosotros.

—¿Por qué?

—Te dije que te había traído solo a algunos de mis primos más presentables. Dilan forma parte del otro grupo. No creo que te hubieras sentido cómoda con él pidiéndote un mojito.

—Me cuesta pensar que sois primos.

—Lo somos, créeme. Todos los que has conocido son híbridos, igual que yo, aunque sepamos cubrir nuestro rastro.

—¿Alba? ¿Jerom y Jason? —Asentí y se mordió el labio inferior, intentando asimilar aquello—. Dilan es un demonio muy poderoso.

—Lo es. ¿Para qué negarlo? —Le sonreí—. Mi padre y mis tíos, también. Ellos son los que se ocupan de mantener la isla limpia para el resto de nosotros.

—Yo también, Sebas. Podría matarte si me lo propusiera.

—Si es a polvos, me tienes más que dispuesto. —Me golpeó en el costado, arrancándome una carcajada mientras ella fruncía el ceño, molesta.

—Así que, ¿solo se trata de sexo?

—Te gustaría que solo fuera eso, ¿no? Te simplificaría la vida, lo sé, pero el problema es que quiero mucho más que eso, Phe, te quiero a ti. Quiero el *pack* completo. Despertarme contigo cada mañana, descubrir el mundo juntos, aunque, ya puestos, tampoco me quejaría de un mucho de eso otro.

Me alejé de ella para abrir uno de los cajones y, tras buscar en él, encontré una camiseta deportiva de una de mis primas. Me acerqué a ella y le ayudé a ponérsela.

—No es la primera vez que te enfrentas a un demonio —puntualizó.

—No.

—¿No es peligroso? Eres un híbrido, pero tu naturaleza es mortal.

—Mi hermano y yo tenemos cierta tendencia a meternos en problemas, así que mi abuelo y mi padre se aseguraron de que supiéramos salir airoso, aunque no somos tan altivos ni orgullosos como para no pedir refuerzos si jugamos en desventaja.

—Has avisado a Dilan —observó, estudiándome—. Antes de subir a la moto he visto que le escribías a alguien.

—Correcto. Dilan o mi padre eran las apuestas más seguras, pero a Dilan puedo controlarlo, a mi padre, no. —Hice un mohín y ella sonrió, como si aquella concesión le hiciera gracia.

—Dudo que puedas dominar a tu primo.

—No podría contenerlo físicamente, eso es obvio, pero suele respetarme y sabe darle a alguien un poco de espacio.

—¿Qué hay de tu padre?

—Le caes bien.

—¿Lo conozco? —Frunció el ceño.

—No, pero sabe que te tengo puesto el ojo encima. Sé que no es lo habitual en el submundo, pero pese a nuestra naturaleza, somos una verdadera familia. —Me callé un «me gustaría que formaras parte de ella» porque era consciente de que era demasiado pronto, incluso si así era como lo sentía.

—Es raro.

—No voy a negarlo. A veces mi padre se aparecía en medio del comedor cuando estábamos haciendo tareas con algún compañero del instituto. —Vi como fruncía el ceño, intentando imaginarse esa escena—. Eso cabreaba a mi madre, pero al final él modificaba sus recuerdos y a ella se la llevaba a algún lado.

—¿Para qué?

—Digamos que mi padre es un experto en eso de los polvos de reconciliación. —Reí por lo bajo, porque era un poco absurdo pensar eso de los padres de uno, pero la evidencia hablaba por sí sola—. Tendremos que probar uno de esos, un día. —Puso los ojos en blanco, como si me diera como un caso perdido—. ¿Vas a contarme qué te pasa? ¿Quién le ha puesto precio a tu cabeza? Si no me lo dices, acabaremos descubriéndolo, en cualquier caso, pero estaría bien saber a qué vamos a enfrentarnos.

—¿Vamos?

—Han entrado en nuestro territorio sin permiso.

—Ya están muertos.

—Pero alguien los ha enviado, así que podemos considerar eso un agravio que justifica que

busquemos un responsable. Se nos da bien eso, ¿sabes?

—Ni siquiera Dilan podría enfrentarle.

—¿A quién, Phe?

—Un morador de sueños, y no uno cualquiera. Está protegido por la esencia de cuatro pilares, pactos y promesas que ha ido acumulando con el paso de los siglos. Es invencible. No hay forma de liberarse de él.

—¿Qué te ata a él?

Un morador de sueños.

Intenté recordar todo lo que sabía sobre ellos.

Era malo. No tanto como un mentalista, pero por lo que decía Phe, podía ser alguien más peligroso de lo que se veía a simple vista.

—Fuimos amantes durante un tiempo. Conoce el alcance de mi poder y le viene bien para sus cosas. Me necesita.

—No suena como que sea un buen tipo.

—No debería haber hablado tanto. No quiero que te involucres en esto, Sebas, Fael es peligroso.

—No puedo no hacerlo, Phe, si te afecta a ti. Cada vez tengo más ganas de separar su cabeza del resto de su cuerpo —mascullé, celoso. Ella me miró y colocó su mano sobre mi mejilla—. Me vendría bien una concesión por tu parte, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Sería un momento tan bueno como cualquier otro como para que admitieras que sientes algo por mí.

—Crees que hay más en mí de lo que se ve a simple vista, pero yo no soy así.

—Me tomaré eso como que aún no sabes cómo gestionar tus emociones.

—¿No es un poco excesivo suponer tantas cosas por tu parte?

—Tengo mis motivos para pensar que me correspondes. —Estábamos allí, juntos, para empezar, y estaba dispuesto a formalizar un vínculo del que no había vuelta atrás. Cómo se lo explicaría, era un tema con el que lidiaría llegados a ese punto.

—Eres terriblemente arrogante —gruñó, molesta.

—¡La que fue a hablar! —exclamé divertido, antes de buscar sus labios y besarla.

Pretendía ser un roce, pero acabé arrastrando su cuerpo contra el mío mientras me alimentaba de la necesidad que despertaba en mí su cuerpo. Cuando conseguimos separar nuestras bocas, ambos estábamos jadeando y con la mirada vidriosa.

—De acuerdo, volvamos a lo de tu ex. —Gruñó cuando dije aquello y me ayudó a sobrellevar un poco los celos de saber que otro había estado gozando del cuerpo de mi chica, incluso si quizá había sido antes siquiera de que yo hubiera nacido—. ¿Hace cuánto que no duermes?

—No eres tan estúpido como a veces aparentas.

—¿Eso me lo tengo que tomar como un halago? —Me reí, porque parecía enfadada porque hubiera llegado al problema en cuestión.

—Unos tres meses, quizá cuatro. —Se encogió de hombros.

Era malo, pero menos que muchas otras posibilidades.

Los moradores nocturnos eran un tipo de demonios poco conocidos y lo único que recordaba de ellos era que podían apropiarse de tu mente mientras dormías. Si su ex sería capaz de hacerlo a semejante distancia, no tenía la más remota idea. David y Alba eran los que más se habían aplicado en eso de estudiar las particularidades de los diferentes tipos de demonios, pero para

hacerme una idea, mis propios conocimientos me bastaban.

—Tenía la ilusión de que fueras una súcubo, para que me utilizaras a tu antojo. —Me gruñó—. ¿Qué quieres que te diga? La verdad es que no me importaría complacerte tantas veces como fueran necesarias para asegurarme de que te recuperas, pero por lo visto bastará una cama en la que puedas descansar sin atosigarte a polvos.

—Capullo.

—Nunca he sido muy paciente, pero supongo que tenemos toda la vida por delante, si no nos matan antes, así que sabré contenerme.

—Se me hace raro estar hablando de esto contigo.

—¿Más que la posibilidad de acostarte con un híbrido?

—Me daba cierto reparo montármelo con un humano.

—¿Están mejorando mis posibilidades? Eso me gusta.

—No te confíes. Te recuerdo que tengo garras.

—Vigila, que aún no sabes lo que me pone.

—¿Ha subido la temperatura del piso de golpe?

—Más subirá en cuanto te hayas recuperado.

—¿Qué pasará entonces?

—Creo que lo sabes, Phe, te haré mía de todas las formas que alcances a imaginar. Más aún, créeme, pero primero necesitas a un curandero y un sueño reparador y eso, yo, puedo dártelo.



Phe

NO SÉ SI ME IMPRESIONÓ más cómo lo dijo o la intensidad de cada una de sus palabras. Era *sexy* a rabiar y el cabrón lo sabía. Incluso si solo era un híbrido, había un algo en su esencia que era fuerte y masculino. Haberle visto matar a uno de aquellos tipos admito que le había hecho ganar puntos. Soy de esas, de las que buscan tipos fuertes, para retarnos o quizá, para no sentir que pueden pisotearlos sin apenas darse cuenta.

Se separó de mí con una sonrisa arrogante en el rostro, como si pudiera sentir la forma en la que me habían noqueado sus palabras. El deseo latente que despertaban en mí sus miradas, sus labios, el tacto de sus manos sobre mi cuerpo.

Sonaba bien. Él y yo. La última cosa que me podía permitir, pero por un momento fantaseé con aquella posibilidad. Como si mi único problema fuera decidir si quería tomarme en serio eso de mantener una relación con Sebas.

—Podemos ir en moto, pero igual mejor no pasear tu rastro por toda la isla —titubeó—. Supongo que malo por malo, le pediré a mi padre que nos acerque.

—¿A tu padre? —Fruncí el ceño.

—Puede llevarnos por las sombras hasta la finca.

—Yo también puedo hacerlo, si me dices dónde he de ir. —Negó con la cabeza.

—No en este estado. —Gruñí, molesta. Se encogió de hombros y tecleó algo en su teléfono.

—¿Lleva uno de esos? —le pregunté con curiosidad.

—¿Mi padre? No. Pero mi madre siempre lleva el móvil encima.

—Fael es mi problema, no el tuyo. No hace falta que los impliques.

—Te equivocas. Te quiero, Phe, y sé que, a tu manera, lo que quieres es protegerme, pero tienes que entender que no puedo quedarme al margen mientras el psicópata de tu ex va detrás de ti. —Sus ojos se clavaron en los míos y me desangré un poco por dentro, porque sabía que tenía razón. Me limité a apretar los puños, enfadada—. Mientras estés así de débil eres un objetivo fácil.

—Si estoy viva es porque no soy débil —le contesté con dureza.

—Ya no estás sola, Phe, por mucho que intentes fingir que nada ha cambiado: lo ha hecho. Estamos juntos. —Me tensé, de forma instintiva, cuando unas sombras empezaron a volverse más densas y pesadas detrás de la barra americana del piso.

La esencia de aquel demonio era fuerte. Masculina. Poderosa.

Me planteé que fuera otro cazarrecompensas y me obligué a mostrar mi verdadera forma mientras saltaba para colocarme junto a Sebas, dispuesta a enfrentarme a lo que viniera. Quizá no estaba en mi mejor momento, pero podía, al menos, ganar un poco de tiempo.

—Sé que todo esto va a ser complicado al principio, pero nosotros sí solemos trabajar en equipo, así que déjanos ayudarte. Se nos da bien esa mierda, la de solucionar problemas.

—Apenas escuché las palabras de Sebas mientras dos enormes alas extendidas ocupaban la pared frente a mí y un apuesto hombre se materializaba frente a nosotros.

No lo conocía, pero había oído hablar de ellos.

Tenía que ser algún hijo de uno de los lugartenientes del infierno: Darius Forns. Por lo que sabía, cubrían con pericia las sombras y no dejaban testigos tras su paso.

Alec y Ricard Forns eran unos asesinos despiadados, capaces de arrasar con un campamento entero de demonios por mero capricho. No solían frecuentar el submundo, pero no necesitaban hacerlo para que su apellido fuera temido.

Plegó las alas a su espalda y sus ojos, analíticos, me estudiaron. Dejé que mi fuego rodeara mis manos. Estábamos jodidos. Fael se había lucido esta vez. El precio de mi cabeza debía de ser muy elevado para conseguir que semejante demonio me siguiera los pasos.

—Tú debes de ser la novia de Sebas.

Mis llamas se volvieron poco más que humo negro mientras sentía su poder expandirse por la habitación, ocupando todo el espacio y dificultándome la respiración.

—No seas tocapelotas, papá. —El brazo de Sebas me cogió de la cintura, con cuidado de no rozarme la herida, mientras mi piel adquiría un tono cenizo.

—Tienes el labio partido. —Ladeó la cabeza para observarme—. Y ella está herida. ¿Una riña de enamorados?

Por poco me atraganto cuando soltó aquello.

—Para nada. Dos tipos han venido a por Phe.

—¿Y eso?

—Por lo visto, su cabeza tiene precio.

—Mala cosa. —Sonrió, como si eso no le preocupara lo más mínimo.

—Dilan está cubriendo el perímetro del local en el que trabaja Phe, por si se deja caer alguno más. —El demonio frente a nosotros, asintió—. Phe, te presento a mi padre, Alec Forns.

Por si tenía alguna duda, ahí estaba la certeza de su identidad. Joder. No podía ser.

—Alec Forns, el hijo de Darius Forns, es tu padre —conseguí decir, sin tartamudear, sin dejar de mirar a la amenaza que había frente a nosotros.

—¿No se nota el parecido? —se cachondeó el demonio—. Los dos han salido a mí en lo de encantadores.

—De mi madre hemos heredado el sentido común y una cosa que se llama humildad.

—Va, a mí no me vengas, que tú y tu hermano sois arrogantes como los que más.

—Ni caso. —Sebas puso los ojos en blanco y escuché que su padre se reía por lo bajo—. Tengo que llevarla a la casa de la playa. Lleva meses sin dormir porque un morador de los sueños va detrás de ella.

—¿Meses? —El demonio me miró con un gesto de respeto—. Si eres tan tozuda como perseverante, serás una buena compañera para mi hijo.

—No lo estás haciendo para nada violento, papá —masculló Sebas entre dientes. Si no estuviera aún entre asustada e impactada, creo que habría soltado una carcajada.

—Al menos esta no ha intentado matarme.

—Porque apenas se aguanta, que si no... —ronroneó él, con una amplia sonrisa en el rostro. ¿Se refería a alguna otra novia de Sebas? Apreté los labios, molesta, aunque no tenía del todo claro el porqué.

—A tanta distancia, después de tanto tiempo, no debería poder infiltrarse en tus sueños.

—Este, sí. —Elevé el mentón. Aunque fuera uno de los demonios más peligrosos de los que

había oído hablar, no tenía intención de aparentar no estar a la altura, incluso si Sebas estaba jodiéndome, contándole cosas que revelaban mi frágil estado actual. Quizá él confiaba en su padre, pero yo no.

—Solo se me ocurre una forma. Tiene que existir un vínculo fuerte entre vosotros.

—Es su ex. —¿No podía, no sé, callarse? Gruñí y le di un pisotón. Alec Forns rio mientras Sebas protestaba y me acercaba hacia su cuerpo—. ¡Eh! No es culpa mía que te liaras con semejante gilipollas.

—Pero sí es culpa tuya exponer toda mi mierda, ¿sabes? ¡Gracias!

—Desde luego, hacéis una bonita pareja —se burló su progenitor y no fui consciente de que esta vez le solté un bufido hasta que ya lo había hecho—. En cualquier caso, que tuvieran una historia no le daría ese tipo de poder sobre ella. Hay algo más. —Entrecerró los ojos mientras me estudiaba. Además de ser un cazador letal, era un capullo astuto—. ¿Recuerdas lo que pasó con la tía Eli?

—¿Lo del mentalista? —Me estremecí cuando Sebas dijo aquello. Eran los demonios más tenebrosos y con los que más precaución había que tener. Podían modificar tus recuerdos, tus pensamientos a su antojo. Hacerte cometer cosas atroces. Por un mero capricho—. Sangre. Su poder sobre la sangre los vuelve especialmente hábiles para controlar mentes. ¿Si se alimentaba de Phe, podría tener aún control sobre ella?

—¿Cuándo fue la última vez? —le cuestionó su padre, como si yo no estuviera presente.

—Lleva conmigo desde principios de mes.

—Debería estar libre de su influjo.

—Estoy delante, ¿sabéis?

—Te escucharemos, gustosos, si decides participar —ronroneó Alec Forns, como si fuera un depredador. Sebas tenía muchas cosas en común con él.

—Mi madre. Él tiene a mi madre y su habilidad es lo suficientemente poderosa como para usar su sangre en mi contra.

—¿Ella está bien? —me cuestionó Sebas.

Me sorprendió la preocupación que había en su voz. Era una desconocida, después de todo. Un demonio. Solo eso. Pero era mi madre. Y, para él, eso tenía un valor. Pocas personas podrían entenderlo, pero Sebas tenía una familia, incluso si su padre era un Forns. Él lo entendía y eso no tenía precio.

—Le interesa mantenerla con vida mientras yo siga siendo un objetivo. —Sebas asintió, pero parecía preocupado.

—¿Por qué sigue obsesionado contigo? —inquirió con suavidad, como si no quisiera herirme pero necesitara saberlo—. Antes me has dicho que te necesita.

—Tiene cuatro columnas rodeadas de fuego. Solía bromear y decía que llevaba años coleccionando almas que estaban presas allí. —Lo miré—. Una vez me confesó que eran la fuente de su poder.

—Y tu fuego le viene bien —concluyó Sebas.

—Mejor que bien. El fuego tradicional apenas es capaz de contenerlas, pero el mío, en cambio, puede mantenerlas cautivas durante casi una década.

—Lo que significa que llevas bastante tiempo bajo su influencia —susurró Sebas y me sentí mal. Por él. Que quería dármele todo y yo no podía corresponderle porque estaba corrompida y rota.

—Es una larga historia, sí, pero llevo odiándole más tiempo del que recuerdo haber estado

bien a su lado.

—Todo eso ya forma parte del pasado, Phe. No más. —Se inclinó y me besó con suavidad sobre la frente. Sentí una calidez extraña envolviéndome. Luz. Como si pese a la oscuridad, aún hubiera sitio para un nuevo amanecer—. Necesita un sanador y descansar en condiciones. No se me ocurre un sitio mejor que en casa.

—No te voy a decir que no. —Nos tendió un brazo y Sebas me obligó a acercarme a él. Colocó su mano sobre la del demonio y sentí como la oscuridad nos arrastraba a ambos mientras él seguía sujetándome con fuerza por la cintura.

Era absurdo, pero tenía la certeza de que no me soltaría, y eso me ayudó a dejar que me arrastraran, pese a no saber a dónde nos dirigíamos.

No sabía mucho de los Forns, pero si no fuera por Sebas, preferiría estar lo más lejos posible de alguien con su fama e historial. Sebas Forns. ¡Joder! Me costaba hacerme a la idea. Incluso siendo un híbrido, había tumbado a un demonio. Él solo.

Me había dicho que su padre y su abuelo les habían entrenado para enfrentarse a cualquier enemigo que se les cruzara. Tragué saliva. ¿Qué calvarios habría pasado durante aquel proceso?

¿Acaso él también era prisionero de aquella vida?

¿De quién era?

Nos aparecimos en un amplio comedor de mármol y piedra. Creo que esperaba encontrar algo tenebroso, lleno de signos de desesperación, pero en lugar de eso, me encontré que irradiaba una calma que me hizo sentir en paz.

—Paul está durmiendo en su habitación.

—Gracias, papá.

—Voy a hablar con Dan. Quiero que localicen a ese tipo.

—Yo también, pero límitate a conseguir información. Esto es cosa nuestra.

Sebas entrelazó sus dedos con los míos y Alec Forns asintió, como si le diera todo el crédito posible a su hijo. Creo que fue una sensación extraña. Ese reconocimiento.

—Cuidaros el uno al otro, y tú confía en mi chico. —Apreté los labios cuando centró su mirada en mí, una advertencia clara en su gesto duro. Sebas, en cambio, se limitó a sonreír.

—Supongo que eso tendré que ganármelo.

—Ya sabes lo que opino de un buen polvo a tiempo.

—¡Papá! —masculló Sebas mientras este se convertía en una bruma, aunque pudimos escuchar sus risas mientras se desvanecía.



Sebas

LA CASA DE LA PLAYA ERA una mezcla entre un palacete de mármol blanco y un refugio militar que contaba con tecnología puntera. En el centro estaban las salas comunes y en las alas las habitaciones.

Mi padre nos había dejado en el distribuidor central del segundo piso, que era donde Paul solía instalarse cuando venía, así que solo tuvimos que recorrer un pasillo para llegar hasta su habitación.

Golpeé con los nudillos un par de veces y me decanté por esperar a que mi primo saliera. En otras circunstancias habría entrado dentro y le hubiera despertado saltando sobre su cama, pero supuse que con Phe al lado tenía que guardar un mínimo la compostura. La presencia de mi padre le había impactado, así que prefería no darle cancha, que no resultara que intentara darse a la fuga y a mí me tocara perseguirla por toda la casa.

Paul abrió la puerta con expresión confusa. Llevaba un pijama a rayas, de esos aburridos, de los de la gente normal, vamos.

—Menudas pintas —me burlé de él.

—A ti el labio partido te queda de maravilla, capullo. —Me sonrió, pero lo hizo mientras bostezaba, dándole un aspecto un tanto ridículo—. Debes de ser Phe, Dilan me dijo que te llevaste lo tuyo.

Phe frunció el ceño y observó a mi primo como si fuera algo así como un gusano baboso envuelto en purpurina. Me reí de su expresión y de las finas arrugas que habían asomado encima del puente de su nariz.

—¿Le puedes echar un vistazo? Le va eso de jugar con fuego y tiene una quemadura asquerosa en un costado.

—Estoy delante, ¿sabes? —masculló Phe, irritada.

—Si solo tengo ojos para ti, ¿cómo no voy a verte? —ronroneé.

—¡Uf! Me dijo que estabas empalagoso, pero ya veo que se quedó corto.

—Dilan y Paul son culo y mierda. —El aludido sonrió, como si no le importara la comparación—. Siempre andan juntos.

—Otro híbrido —murmuró Phe tras estudiar a mi primo.

—Todos lo somos —le contestó él y me miró, como esperando a que le confirmara que estaba al día de todo nuestro intrincado árbol genealógico.

—Aún estamos en el proceso del cortejo —me limité a decirle. Phe me lanzó una mirada un tanto siniestra y Paul se puso a reír.

—Ya veo, ¿y necesitas que esté de una pieza para poder ponerte con la tarea? —Ahí fui yo el que le gruñó mientras él sonreía de oreja a oreja—. Tómatelo con paciencia, si hace como su hermano, era medio orangután mientras tenía las hormonas descontroladas con eso de la fiebre

del apareamiento.

—¿Qué fiebre? —cuestionó Phe.

—Ni caso, te está tomando el pelo.

—¿Puede pasar a mi habitación o te pondrás en plan chungo por eso de que esté en territorio de otro macho apetecible? —se cachondeó mi primo.

—No me toques las pelotas.

—Sabes que es uno de mis pasatiempos preferidos.

—¿No tienes suficiente con esos tochos dramáticos que tienes que estudiar para entretenerte?

—Ya he pasado los finales. Tengo todo el verano para incordiarte, y este año creo que me lo vas a poner a huevo.

Suspiré.

—Paul...

—¡Vale! —cedió, entre risas—. Pasa, por favor, vamos a ver esa quemadura.

Era evidente que a Phe no le apetecía hacerlo, pero le siguió dentro de la habitación y se levantó la camiseta sin mostrar pudor alguno. Admito que me molestaba que estuviera expuesta así, delante de otro hombre, pero que fuera Paul ayudaba a hacerlo un poco más llevadero porque nos habíamos criado juntos. Desde que era un enano nos seguía los pasos por casa y nos reía las tonterías y, de mayor, nos curaba las heridas cuando nos metíamos en problemas, antes de que nuestra madre se enterara de que habíamos vuelto a liarla.

—Paul es el hermano pequeño de Alba —le conté mientras él observaba la herida—. Estudia Medicina, pero lo cierto es que, de base, es un sanador.

—Muchos son matasanos. —No creo que quisiera despreciar a Paul, pero Phe no era de andarse por las ramas.

—No soy ese tipo de sanador. —Se rio mi primo, sin molestarse por su tono duro—. Confía en mí.

—¿Por qué debería hacerlo? —Mi primo la observó y luego se giró para mirarme.

—¿Qué se supone que he de contestarle a tu novia si me suelta eso?

—Si no confías en Paul, hazlo en mí. —Busqué su mirada, pero hizo un mohín, aún incómoda con todo aquello.

—No sé si esa es suficiente garantía —masculló entre dientes, pero lo hizo con menos firmeza.

—Yo daría mi vida por ella y ella ni siquiera es capaz de confiar un poquito en mi humilde persona —bromeé.

—Será que aún no te la has ganado, Sebas.

—Mi padre opina que un buen polvo dejaría las cosas en su sitio.

—¡Vamos si lo haría! —Se rio a carcajadas—. Aunque luego igual te intenta matar, con toda la razón del mundo, pero vamos, no serás ni el primero ni el último en solucionar esta mierda dándose un gustillo.

Me hizo gracia aquello del *gustillo*, así que me reí por lo bajo mientras Phe nos observaba como si se planteara a quién desollar primero.

—Te cuento lo que va a pasar para que no te asustes y si luego quieres matar a alguien, mejor que sea a mi primo. Yo soy el que remienda, pero paso de la violencia.

—Está bien eso —murmuró Phe, estudiando a mi primo—. Poder elegir.

—Todos podemos hacerlo, ¿no? —Mi chica no le contestó y Paul continuó—: Sentirás una sensación extraña, como calor, y luz. Mucha luz. Notarás como tu cuerpo se regenera y una

cierta fatiga. Puede ser que todo sea un poco abrumador, podría decirse, porque tu naturaleza y la mía a veces no acaban de entenderse.

—¿A qué te refieres? —le cuestionó Phe mientras Paul extendía las manos y dejaba que su don empezara a fluir hacia su cuerpo. Vi cómo se tensaba y fui a su encuentro, colocándome detrás de ella, para que su espalda encontrara el consuelo de mi pecho.

—Está bien, Phe, no te preocupes, todo irá bien.

—¿Qué diablos es esa... luz? —murmuró mientras el don de Paul empezaba a obrar su magia sobre ella. Supuse que podía sentir que su cuerpo estaba regenerándose y eso la ayudó a mantener la calma.

—Paul es un sanador, pero no me refería a un curandero que usa mejunjes —le susurré, rozando su mejilla—. Es un sanador de los antiguos, de los de verdad.

—Eso es...

—¿Imposible? —le cuestionó mi primo, sin perder la concentración—. Más bien improbable, pero lo cierto es que mi madre también lo es. Mi abuela materna es un ángel y su madre era una sanadora, de ahí nuestro don.

—¡Mierda! —masculló Phe y me reí al sentir su perplejidad.

—Tanto como eso, no diría. Créeme que nos viene muy bien tenerle cerca.

—La de veces que he tenido que remontar a tu pareja y su hermano mellizo. No saben decirle que no a los problemas. Son iguales que su padre.

—¿Él lo sabe?

—¿Mi padre? Por supuesto. Luz, la madre de Paul, y la mía se conocieron en el instituto.

—¡Fue amor a primera vista! —bromeó Paul.

—Acabaron viviendo juntas y una cosa llevó a la otra. Al final mi padre entró a formar parte de la ecuación y unos años después nacimos nosotros —le conté a Phe, para distraerla del proceso de sanación.

—Luego vino mi hermana, Alba, y finalmente yo —añadió mi primo con un tono alegre.

—Paul es el niño bueno y le tenemos un poco consentido.

—Es lo que tiene ser de los pequeños.

—Correcto.

—Esto ya está. —Paul separó las manos—. Si te das una ducha la costra saltará.

—Gracias. —Me acerqué a él y le di un abrazo. Creo que eso a Phe le sorprendió. Paul, sin embargo, se limitó a bostezar cuando me separé de él.

—Cualquier día voy a poner un impuesto por sanación nocturna. —Me arrancó una sonrisa—. Buenas noches. Ah, y, por cierto, bienvenida a la familia, Phe.

Enlacé mis dedos con los de Phe y tiré de ella para salir de allí.

—Primera fase superada —bromeé cuando ya estábamos de nuevo en el pasillo—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, creo, pero ¿estás seguro de que no puede perjudicarme?

—¿Por?

—Ha usado algo que es algo así como mi antagonista.

—¿No estás exagerando un poco? —me burlé.

—¿Qué parte de que ángeles y demonios se odian no te explicó tu padre?

—Esa lección no es la que nos dan a nosotros, para nada. —Me planteé soltárselo, pero decidí ser un poco más sutil—. Aquí muchos estamos en tierra de nadie.

—Híbridos —asintió ella—, pero es raro. Quiero decir que tu padre sabe que la abuela de tu

primo es un ángel. ¿Cómo lo lleva?

—¿Mi padre? —me dio por la risa nerviosa—. Bien. ¿Cómo te lo explicaría? Amanda, por ejemplo, la novia de mi hermano desciende también de un linaje angelical, aunque está muy diluida.

—¡Qué fuerte! —Creo que realmente estaba sorprendida y que, por una vez, no era esa ironía ácida que solía usar de tanto en tanto.

—¿Sabes a qué se dedicaba cuando conoció a Oscar?

—¿Es una pregunta con trampa? —Lo de evitar responderme usando otra pregunta era algo habitual en ella y me divertía.

—Cazaba demonios. Cuando te suelte eso de que es de los Haniel del norte, haz como que te suena de algo y te impresiona. —Se paró de golpe y me reí al ver su careto—. Si vas a preguntarme si sabe lo de mi padre, la respuesta es un: ahora sí. Intentó matarlo, pero supongo que esa es otra historia, puedes preguntarle a ella, si quieres, porque por lo visto fue bastante gracioso.

—¿Quiénes son los Haniel del norte?

—Los que no están al sur —me burlé—. Nadie, en realidad, pero para ella es importante. Tú haz como que lo has oído alguna vez.

—Esto es... absurdo. —Miró a nuestro alrededor y supe que no se refería a las paredes de mármol ni a la tenue iluminación del eje central del edificio.

—Creo que llevas viviendo entre las sombras desde niña, ¿me equivoco? —No me respondió, pero tampoco lo negó, así que di por supuesto que estaba en lo cierto—. No todos los demonios disfrutan con el sufrimiento ajeno o sometiendo a sus iguales, Phe; creo que a esta altura ya te has dado cuenta de que la vida puede ofrecer muchas otras cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —me cuestionó, estudiándome.

—Placeres banales: caminar por la playa, un atardecer, jugar a las palas o tomar una copa bajo el cielo estrellado. Una risa. Una caricia. Un beso. —Vi como tragaba saliva, como si recordara esas sensaciones. La calidez compartida, la belleza de cada uno de esos momentos—. Esas pequeñas cosas nos llevan a cambiar. A redescubrir nuestra esencia, lo que somos, a dejar atrás lo que creíamos saber o lo que se nos había dicho de qué debíamos querer y aspirar a ser por nuestra condición.

—¿Para qué?

—Para poder ser felices, Phe, y poder amar.

—Amar es una debilidad. —No dudé de que ese era uno de esos dogmas que se aprende en las calles, en el submundo, y que acabas interiorizando por insistencia.

—No creo que consideres a mi padre una persona débil.

—No puedes pretender que me crea que tu padre es así, un amoroso padre y esposo. —Me reí, porque eso era lo que le definía, pero supuse que ella solo había oído rumores, palabras intimidantes de muchas de las trastadas que él o mis tíos habían hecho para ayudar a otros demonios o híbridos cuyos valores eran parejos a los nuestros. No es que fuéramos muchos, pero no estábamos solos. El mundo estaba cambiando. Muchos demonios, también. Phe era el perfecto ejemplo.

—No necesito demostrarte nada, ya lo irás descubriendo tú sola a medida que pase el tiempo.

—No puedo quedarme aquí sin exponeros a todos.

—Perfecto. Exponnos.

—Sebas, no lo entiendes. ¿Qué crees que haría Fael con alguien como tu primo Paul?

—No lo sé, pero te aseguro que no le pondrá una mano encima. Ni a ti tampoco.

Apretó los labios, pero no me contradijo. Siendo ella solo podía significar dos cosas: o que no tenía argumentos para hacerlo o que pensaba largarse a la mínima que me despistara.



Phe

DEJÉ QUE el agua cálida de la ducha limpiara los restos de sangre seca. Paul había estado en lo cierto: apenas me froté sobre la costra y empezó a desprenderse de mi cuerpo, dejando a la vista una piel sana de un tono ligeramente más claro que el bronceado que había adquirido a base de pasear y jugar en la playa con Sebas.

Jugar. Era absurdo fingir lo contrario.

Aún no tenía claro en qué momento había conseguido convertir aquello en algo que no era más que un poco de ocio. Unas risas. Besos calientes. Agua gélida. Sonrisas furtivas.

Negar que me atraía era absurdo.

Fingir que no era nada más que eso, cada vez más complicado.

Me coloqué un par de piezas de ropa deportiva, varias tallas más grandes de las que se ajustarían a mi cuerpo, pero no me quejé al respecto. Era suya y eso me gustaba. Demasiado.

Cuando salí, también se había cambiado. Sentí su oscuridad rodeándole antes de que desapareciera, como si nunca hubiera estado. Era increíble. Nunca había conocido a nadie capaz de hacer algo así.

—¿Cómo has hecho eso?

—Con mucha práctica. ¿Cómo te sientes?

—Mejor.

—He de confesarte que saberte desnuda detrás de esa puerta me estaba empezando a poner enfermo.

—Eso suena un tanto perverso.

—Si pudieras entrar en mi cabeza, te aseguro que podrías confirmar esa teoría —se burló mientras se acercaba a mí lentamente, como si fuera un depredador. Colocó sus manos en mis caderas y se inclinó para besarme con dureza. Busqué su nuca para agarrarme a él mientras el beso se intensificaba.

Nos separamos, algo abrumados.

—Deberías haberlo hecho.

—Primero tus necesidades, ya habrá tiempo para las mías.

—¿Y cuáles se supone que son?

—En primer lugar curar esa quemadura. Ahora tocaría que descanses un poco...

—No puedo dormir, él me encontrará —le interrumpí.

—Y respecto a las mías, que podríamos solventarlas mañana a primera hora, podrían resumirse en tenerte desnuda, abierta de piernas, jadeando mientras te hago mía.

—Ahora en serio, Phe, aquí ese tipo no puede tocarte. Todo esto está blindado. Nadie puede entrar ni física ni mentalmente sin nuestro permiso.

—Un poder así no existe.

—¡Qué manía con negar todo lo que te digo! —protestó—. ¿Y si te digo que ni siquiera mi abuelo fue capaz de penetrar este tipo de magia?

—¿Tu abuelo? ¿Estás hablando de... él? —Darius Forns. Un señor de la guerra cuya fama le precedía y eso, en mi mundo, no siempre era algo bueno. Un tipo peligroso y sin escrúpulos con el que no querría cruzarme bajo ninguna premisa.

—Ese, sí.

—Me cuesta creerlo.

—¿Has oído hablar de los ángeles de la guarda?

—Eran raros, incluso antes de la Caída.

—¿Sabes esa abuela de la que te ha hablado Paul antes? —Entrecerré los ojos mientras le miraba—. Correcto. Insisto: aquí estás a salvo.

—¿Pretendes hacerme creer que este lugar está protegido por un ángel de la guarda? ¿Que Darius Forns lo sabe y lo usa para...? ¿Para qué exactamente?

—Para protegernos a nosotros. Supongo que si te digo que es un abuelo amoroso que nos dejaba a mi hermano y a mí que nos colgáramos de sus cuernos no te lo creerías.

—Va a ser que no.

—Me lo imaginaba. Solo con que te creas la otra parte, la de que este es un lugar seguro, me vale, por el momento. Acuéstate, Phe, intenta descansar. Yo me quedaré aquí, si no te importa, velando por tus sueños.

—Si te equivocas, si este lugar no puede proteger mi mente de Fael... —titubeé, pero tampoco tenía muchas más opciones. Tarde o temprano el cansancio acabaría tomando el control de mi cuerpo. Quizá mejor hacerlo en un lugar cuyas protecciones, al menos, le dificultarían a Fael meterse dentro de mi cabeza—. Puede hacerme olvidar cosas, ver todo lo que hemos compartido. Quizá eso te convertiría en un objetivo. A ti y a tu familia.

—¿Crees que sería tan estúpido como para meterse con los Forns?

—No lo menosprecies —le advertí—. Si piensa que yo te importo, que tú le importas a tu padre... tirará del hilo.

—Que lo haga. Hay vínculos que ni siquiera un mentalista puede llegar a manipular y nosotros estamos empezando a crear uno de esos. —Me miró. Era imposible no creer en él cuando tenía esa expresión de quien sabe más de lo que debería. Al principio había pensado que era solo ese deje de seguridad suyo, pero después de descubrir su ascendencia, empezaba a plantearme que, pese a ser solo un híbrido, tuviera esa capacidad de estar por encima de todo. Y de todos.

—Te diría que eso es imposible, pero estoy segura de que encontrarás la forma para rebatírmelo.

—Exacto. —Me sonrió—. Acuéstate, Phe.

Miré la enorme cama con dosel. Se me ocurrían muchas cosas más interesantes que dormir, pero pensar en cerrar los ojos y simplemente dejar que la fatiga dejara de ser mi eterna compañera era tentador.

—¿Y si viene la cazadora de demonios y me intenta clavar una estaca en el corazón?

—Relájate, no dejaré que nadie se acerque y, además, a Amanda le van más las armas de fuego.

—Se ha perdido el romanticismo —mascullé entre dientes y Sebas se puso a reír.

—Tengo una idea. —Se había sentado en el margen de la cama, pero se levantó y se alejó al decir aquello. Admito que me gustaba más que estuviera cerca, pero no le dije nada. Abrió uno

de los armarios y sacó una vieja guitarra española—. Hace mucho que no la toco, pero no se me daba del todo mal.

—No te imagino.

—Ya sabes, ¡lo que es capaz de hacer un tío para llamar la atención de una chica! —Me hizo reír.

—Eso sí puedo visualizarlo —bromeé.

—Oscar y yo solíamos tocar a la noche, en la playa, con una hoguera y todos mis primos correteando por todos lados. Era divertido. —Vi como dejaba que sus dedos se deslizaran por las cuerdas, tentativas, para afinarla. Tras hacerlo, escuché como poco a poco empezaba a sonar una canción. Se sentó en el lateral de la cama, con los ojos cerrados, buscando recuerdos perdidos en su memoria. Notas. Melodías.

»¿Te gusta lo que ves? —me preguntó cuando me pilló estudiándole.

—Para ser solo un híbrido, lo tienes muy creído.

—Tendrías que haberte visto la cara cuando se ha aparecido mi padre.

—Gilipollas. —Empezó a reírse por lo bajo.

—Que conste que, siendo él, no me preocupa. Igual que me pasa a mí contigo, él solo tiene ojos para mi madre.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tanto te sorprende?

—La verdad es que sí. —Parecía tranquilo, como si aquello le trajera buenos recuerdos, y me pudo la curiosidad—: ¿Cómo es ser su hijo?

—No está mal, aunque es bastante sobreprotector y muy metomentodo. Afortunadamente, mi madre sabe ponerle en su sitio.

—Pero ella es humana.

—Sí, pero es la mujer perfecta para él. A mi padre lo que le falta de responsabilidad, le sobra de arrogancia. Mi madre, digamos que tiene las cosas claras y sabe cómo hacerle entrar en razón.

—¿Cómo?

—¿En serio quieres saberlo?

—La verdad es que sí. —Me sonrió con picardía.

—¡A base de polvos!

—Capullo. —Empezó a reír a carcajadas. Podría acostumbrarme a esa sensación. La calidez del momento. Su compañía.

—Te quiero. —Le sostuve la mirada. Para él parecía fácil aquello. Decirlo en voz alta—. Cierra los ojos y descansa. Cuando te levantes mañana, seguiré aquí, esperándote.

Quizá era la peor de las ideas, pero no podía simplemente seguir luchando contra aquello. Tarde o temprano el cansancio me quebraría. Mejor allí, con esas protecciones que tal vez me permitirían mantener a Fael fuera de mi cabeza. No tenía la certeza, pero Sebas no se arriesgaría a exponer a las personas a las que quería si no estuviera seguro de que aquella magia que protegía el lugar aguantaría.

Cerré los ojos y dejé que su música me arrojara mientras, al fin, me dejaba arrastrar por la fatiga.

No sé cuántas horas habían pasado, pero me desperté sobresaltada.

—Phe, tranquila... —Busqué su voz, como si fuera agua y yo estuviera sedienta. Sus brazos

fueron a buscarme y me arrojó entre ellos. Sentí como se tumbaba a mi lado y me acunaba mientras siseaba con suavidad, como haría alguien a un bebé que acaba de despertarse a media siesta.

—¿Me he dormido?

—Yo diría que sí. —Supe, por su tono, que era un sí rotundo.

—¿Qué hora es?

—Llevamos aquí metidos algo así como dos días. Estamos a tiempo de unirnos a la famosa *pizza* del viernes de los Forns.

—¿Bromeas? —le cuestioné, sintiéndome un poco aturdida.

—No, en serio, es casi una tradición familiar. Creo que Damaris ha ido a por las *pizzas*. —Fruncí el ceño.

—¿Quién es esa? —Sebas me rozó con la nariz el cuello.

—La hermana pequeña de Dilan. Ayer cubrió tu turno en el local.

—¿Que hizo qué? —intenté levantarme, pero los brazos de Sebas me apretaron contra su cuerpo.

—No sabía qué querías hacer con ese trabajo y con las chicas del local, así que le pedí que fuera allí y te cubriera. Les ha dicho que es mi prima y que te he llevado de escapada romántica este fin de semana, así que trabajará en tus turnos y tu jefe no tiene por qué enterarse.

—¿Se lo han tragado?

—Puede ser muy convincente. —Lo miré y sonreí.

—Dominancia.

—En general consigue lo que quiere con su sonrisa y su elocuencia, pero eso también suele funcionar. Además, es la forma de tener controlado el local por si aparece otro cazarrecompensas.

Si era la mitad de poderosa que su hermano mayor, era innegable que podría enfrentarse a cualquier capullo que se asomara al bar, lo que estaba bien, porque no quería que mis problemas pudieran poner en peligro a Greta y al resto. Mi rastro debía de estar impreso en el piso superior, ese en el que había estado viviendo con ellas y no sería raro que intentaran sonsacarles cualquier información sobre mí usando cualquier método posible.

—Me siento bien —murmuré, confundida—. No recuerdo haberme sentido tan bien desde hacía mucho.

—¿Puedo soltarte eso de te lo dije?

—Sonaría repelente.

—Tan criticaona de buena mañana. —En un movimiento que me pilló por sorpresa se colocó encima de mí. Su cuerpo era grande, pero se sostuvo en parte sobre uno de sus antebrazos, que había dejado reposando al lado de mi cabeza, para no aplastarme por completo con su peso.

—¿Y esto?

—Llevo pensando desde hace demasiado en cómo formalizar esto. —Sus labios descendieron hasta llegar a los míos. Empezó a besarme lentamente, conteniendo el deseo que podía sentirse en el aire.

Mis brazos buscaron su espalda y me encontré colándolos por debajo de la camiseta para poder sentir su piel en la palma de mis manos. Aquel beso se intensificó y noté su cuerpo pulsando contra el mío. Me sobraba la ropa. Y el sentido común. Solo quería sentirle. De todas las formas posibles.

Y entonces, mientras sus manos empezaban a buscar los pliegues de la camiseta que me había

prestado, una luz me deslumbró. Me quedé confundida, aturdida, en una especie de trance entre el deseo y la lujuria que nos consumía y la certeza de que había algo que se me estaba escapando.

Me arqueé contra él cuando sus manos buscaron mis pechos, intentando ignorar aquello, pero esta vez el fogonazo fue más intenso, pese a que estaba teñido de hebras de oscuridad que desaparecieron al momento. Sebas. No tenía sentido.

Usé mi fuerza para rodar y quedarme a horcajadas encima de él. Ronroneó, sus ojos brillaban, presos de un deseo que era parejo al mío. Me incliné para besarle y dejé que me sacara la camiseta. Cerré los ojos mientras él exploraba con las manos mis pechos y yo empezaba a balancear mi cadera encima de su cuerpo.

El tercer fogonazo fue más que evidente. Algo que pulsaba en Sebas. Y allí fue cuando me quedé tiesa como un palo, encima de él, con una sospecha creciendo dentro de mi pecho.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—No sé a qué te refieres, pero me declaro inocente. —Me pellizcó un pezón y al ver que no le seguía el juego, se inclinó hacia delante para capturarle con sus labios. Gemí por el placer.

—Sebas, para. —Una mezcla de contradicciones imperaban en mi interior en ese momento.

—¿En serio, Phe? ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —Me tumbó sobre la cama y volvió a colocarse encima de mí. Su boca buscó la mía con avidez y por poco gana la batalla el deseo sobre el sentido común. Gemí mientras presionaba su cadera contra la mía y empezaba a moverse encima de mí, haciendo que deseara que la ropa que nos separara se fundiera. Sentí mi fuego, fuerte y voraz, latiendo en mi interior. Lo contuve. Siempre lo hacía.

Igual que Sebas.

¿Era eso posible?

No. ¿No?

¡Sería cabrón!



Phe

TIRÉ DE SU CUERPO y le obligué a voltear sobre la cama hasta que me coloqué, de nuevo, encima de él. Gruñó, porque eso de que le dominara le gustaba solo a medias. Ajo y agua.

—Hay algo que no entiendo.

—¿Podemos dejar lo de hablar para luego? —Presionó su cadera contra la mía, haciéndome temblar de deseo.

—¿Cómo conoció tu padre a tu madre?

—Era amiga de la madre de Paul, ya te lo conté ayer.

—¿Y qué tiene que ver eso con él? —Sebas dejó de presionar la cadera contra mi pelvis y soltó un sonoro suspiro, como si le asqueara tener que hablar de aquello en esos momentos. A mí también. Pero algo me advertía que no hacerlo era más peligroso que el mismísimo Fael.

—Son hermanos. La madre de Paul es mi tía.

—Dijiste que era una sanadora. —Me sostuvo la mirada.

—Lo es.

—Eso no tiene sentido. —No lo tenía, ¿verdad?

—Es una híbrida.

—Mitad demonio, ¿mitad qué? —le pregunté y no rehuyó mi mirada. No esta vez.

Se pasó una mano por el cabello revuelto.

—Mitad demonio... mitad ángel. Una Forns, después de todo.

—¿Tu abuelo...? —Esa era la cosa más rara que había oído en toda mi vida. Darius Forns. Acostándose con un ángel. ¿El mundo se había vuelto loco?

—Mis abuelos, Phe. Mis abuelos. En mi tía Luz y en Paul, su hijo, predominan las características de la abuela, pero en mi padre y en mí las del abuelo.

Salté de la cama, para alejarme de él. No sabía qué pensar al respecto. Se sentó en la cama, para apoyar la espalda sobre el respaldo.

—No me lo digas, como humano era pasable, como híbrido había ganado puntos y ahora que sabes lo de que tengo un remanente de ángel ya no te pongo. —Creo que pretendía ser una broma, pero a mí me temblaban las piernas. Y no podía atribuir aquello al cansancio.

—No puede ser.

—Eres tú la que lo ha preguntado.

—¡Me lo has ocultado todo este tiempo!

—A ver, Phe, nos hemos ocultado muchas cosas hasta hace apenas un par de días y, si tenemos en cuenta que pasamos un par de horas hablando y el resto has estado durmiendo, tampoco es que me hayas dado la oportunidad de entrar en los matices.

—Alec Forns no puede ser un híbrido.

—Pues créeme que lo es. Mitad ángel y mitad demonio, pero sabemos ocultar bien nuestro

rastró. Mi abuelo nos enseñó y supongo que tenemos una cierta habilidad natural, por los dones propios de nuestra abuela. Ella es un genio ocultando cosas, incluso si están a la vista.

—Un ángel de la guarda —susurré y él asintió—. Sebas, esto... Me dijiste que no te habías acostado con ningún demonio antes, ni ninguna híbrida. —Lo observé con atención, inclinando la cabeza, estudiándolo. Si los rumores eran ciertos. ¿Podía eso afectar a Sebas? ¿A mí?

—No te cortes, no tengo intención de ocultarte nada, Phe.

—Hay rumores de que los ángeles pueden controlar a sus parejas.

—No es bien bien así —tanteó, pero vi en sus ojos un cierto brillo que me advirtió que aquello no le venía de nuevo y que hasta le parecía divertido—. Se vinculan a una persona de su elección para toda la vida. Tómalo como un trato. De hecho, nosotros ya tenemos uno.

—No estamos vinculados. —¡Por favor! ¡Esto no podía estar pasando!

—Aún.

—¿Aún?

—Somos y seremos uno, Phe. —No sé si el tono de Sebas era algo así como una advertencia o estaba usando un tono premonitorio, pero me estremecí ante aquella posibilidad. Él y yo.

Era imposible. Yo no era de esas. Daba igual que hubiera algo de luz entre las sombras que cubrían su ascendencia; la mía era más negra que el hollín que se acumulaba tras mis pasos.

Intenté recordar todo lo que sabía sobre los ángeles. Sobre sus vinculaciones. Y pequeños destellos de cosas que había escuchado, sueltos, empezaron a resonar dentro de mi cabeza hasta llegar a una única conclusión posible.

—No voy a acostarme contigo —lo solté así, a bocajarro. Sebas hizo un mohín, como si aquello le molestara, pero se colocó las dos manos detrás de la cabeza, haciendo que sus músculos se volvieran más evidentes y mi atención se desviara una fracción de segundo hacia ellos.

—¿Por algún motivo en concreto?

—El sexo forma parte del ritual de apareamiento de los ángeles.

—Y de todas las especies, seamos realistas —se burló, su oscura mirada centrada en mí—. ¿Tan malo sería, en realidad?

—¿Pretendías hacerlo?

—¿Hacerte el amor? La verdad es que sí, hasta que acabáramos rendidos. Culpable.

—Vincularte a mí —le reté, alzando la mirada.

—Vale, vamos a sincerarnos. Me encantaría, te voy a ser sincero, pero estoy muy diluido y no tengo la más remota idea de si dadas nuestras circunstancias, puede o no suceder.

Era una buena contestación. Yo era un demonio. Él... un híbrido de tantas cosas cuyo resultado era tan explosivo como inestable. Ladeé la cabeza.

—¿Te has acostado con otras hembras? —Se mordió el labio inferior y me estremecí. Su oscuridad le rodeó. Si no hubiera podido sentir esa luz que palpitaba en su interior, jamás me hubiera creído que esa conversación podía tener ningún sentido.

—Esperaba no llegar a ese tipo de preguntas. ¿Podemos jugar a lo de verdad o prenda?

—¡Sebas! —gruñí, nerviosa, cambiando mi peso de una pierna a la otra.

—No —masculló. Se levantó de la cama y se acercó a mí. No sé qué esperaba que hiciera. Yo. O él. Era absurdo. Todo.

—Nada ha cambiado. Yo sigo enamorado de ti.

—¿Pero te has vuelto loco?! —exclamé molesta, alzando el tono.

—Nunca me he sentido más cuerdo —negó con vehemencia, elevando el mentón. Mi fuego

rodeó mi cuerpo y me obligué a aplacarlo antes de que la ropa y la estancia prendieran en llamas. En vez de asustarse, el cabrón se mordió el labio inferior, como si aquello le pusiera caliente. Admito que, en mí, esas miradas, tenían ese efecto. Pero no era ni tan estúpida ni tan imprudente—. Te dije que mi padre y mi madre tenían un algo especial. Ellos están vinculados. No veo por qué nosotros no podemos tener algo parecido.

—¡Soy un demonio!

—¿En serio? A estas alturas, ¡creo que ya me había dado cuenta! —me gruñó, enfadado.

—No puedes pretender vincularte para toda la vida conmigo. ¡Todo esto es culpa tuya!

—¿Qué es culpa mía? Que estemos enamorados es algo que depende de dos, ¿sabes?

—Yo no he dicho que esté enamorada de ti. —Su mirada se oscureció y acortó el espacio hasta mí. Me estrechó entre sus brazos y me besó con una fiereza que me hizo gemir y ansiar mucho más. Lo empujé con fuerza, para alejarlo de mí, jadeando.

—No lo has dicho, no —admitió—. Pero ese algo de ángel que tengo no necesita palabras vagas que puedan alabar en balde y pronunciar emociones vacías. Quizá no soy un empático, Phe, pero sé que me amas, por mucho que te moleste que un híbrido de tres al cuarto haya conseguido apoderarse de tu corazón. ¡Asúmelo!

—No voy a acostarme contigo. Ni hoy ni nunca.

—No prometas algo que no puedes cumplir, Phe. —Me lanzó una mirada oscura siniestra.

Unas sombras empezaron a formarse en un extremo de la habitación. Sebas se acercó a mí y, ante la posible presencia de un extraño, acepté esa proximidad porque, aunque en esos momentos le odiaba, también me reconfortaba su presencia.

Pronto supe que no era un desconocido: Dilan se materializó frente a nosotros.

—Jerom me ha pedido que interceda antes de que os dé por destrozar cosas. —Señaló a Sebas antes de desviar la mirada y centrarla en mí, a lo que añadió—: Tampoco hace falta que le prendas fuego a la casa, le tenemos cariño, la verdad.

—¿No te ha dicho que te enviaríamos a la mierda? —le preguntó Sebas en un tono enojado a su primo.

—Sí. —Sonrió—. Me envía para advertirte de que no hagas el gilipollas, que ella te quiere, pero que no ganarás nada presionándola, así que afloja un poco.

—¿Te ha dicho eso? —Sebas parecía un poco menos molesto. Una pequeña sonrisa asomó en su rostro y me miró de reojo, como si no quisiera enfrentarme de forma directa, pero tampoco mantenerse al margen.

—Sí, y que le diera a Phe la bienvenida a la familia, de parte de todos. —El demonio me miró y vi la diversión impresa en su rostro. ¿Bienvenida a la familia? ¿Es que estaban todos locos?

—¿Y se supone que este también es medio ángel? —cuestioné con un tono desdeñoso. Igual me ganaba algún tipo de represalia por tratarlo así, pero al menos había recuperado mi fortaleza y podía presentar cierta resistencia.

—Una cuarta parte, como Sebas —repuso Dilan mientras sus colmillos se alargaban y, tras desgarrar la camiseta que llevaba, aparecían dos enormes alas negras a su espalda. No fue ese, sin embargo, el cambio que más me impresionó. Fue su piel, que se volvió negra como el ónice, puras escamas brillantes que recordaban a la piel de un dragón—. ¿A que nadie lo diría?

—Si has dejado de exhibirte, ve a por una camiseta, que has dejado esta hecha una mierda.

—Se muere de envidia por las alas. —Dilan se desvaneció mientras reía por lo bajo.

Nos quedamos en silencio hasta que Sebas rompió el hielo.

—Tiene razón, ¿sabes?

—¿En qué? —le pregunté, aún en proceso de asimilar todo aquello.

—Yo querría un par de esas. —Señaló a su espalda, haciendo una mueca. Nos miramos y no sé qué pasó en ese momento, pero nos dio a los dos por la risa tonta.

—¿Cómo es que él tiene y tú no? —le pregunté cuando todo parecía estar un poco menos mal entre nosotros.

—Dilan no tiene sangre humana. Mi tía Sonia se vinculó a un demonio.

—¿En serio? —Una duda razonable cruzó por mi mente—. ¿Cómo se llama?

—Gru.

—No es un nombre muy común. —¡Joder!

—No, no lo es. —Asentí. De acuerdo. Ese niño no desprendía ese poder por casualidad. Al margen de su ascendencia Forns, sabía perfectamente quién era su padre. Había coincidido con él una vez. Era un tipo de modales hoscos y pocas palabras. Poco podía decir de él. De su abuela, que era una zorra despiadada a la que alguien había acabado sentenciando con bastante criterio—. Tendrás hambre. ¿Te apetece un poco de *pizza*?

Le hubiera dicho que no, pero mis tripas rugieron al escuchar aquello, así que me encogí de hombros y le seguí cuando abrió la puerta de su habitación. El olor de la salsa de tomate y el queso fundido me hizo gruñir de satisfacción, antes incluso de que llegáramos al comedor. Creo que Sebas percibió ese momento de debilidad porque se acercó a mí y capturó mi mano para enlazar sus dedos con los míos.

Le lancé una mirada enojada y él se limitó a sonreírme. Decidí dejarle pasar aquello porque, si tenía que enfrentarme a un montón de Forns, mejor hacerlo con él a mi lado.



Sebas

MI PRIMO JEROM tenía muchas cosas, pero lo cierto es que había sabido intervenir antes de que perdiera los papeles. O lo hiciera Phe.

No es que sea de los que se intimidan cuando las cosas no les salen a la primera, y lo del esfuerzo es algo que me han inculcado desde mi nacimiento, pero eso de que mi pareja me rechazara me había desgarrado por dentro.

Sin embargo, mi primo me había dado la única información que podía calmarme pese al cabreo y el dolor que arrastraba en esos momentos. A la rabia que me carcomía por dentro. Ella me amaba. Punto y pelota. Que me aceptara, en tal caso, era cosa de tiempo.

No es que la paciencia fuera una de mis virtudes, pero estaba dispuesto a hacer el esfuerzo. Llevaba esperándola toda la vida, supuse que no me vendría de unas pocas semanas más.

A Phe supongo que lo que dijera o dejara de decir mi primo le traía sin cuidado, pero es que aún había muchas cosas que no sabía sobre mi familia. Sonreí, como quien va a empezar un partido, pero se sabe vencedor antes de comenzar.

Todos los Forns teníamos nuestras particularidades.

Phe se tensó cuando estábamos llegando al primer piso y pude sentir la esencia oscura del mayor de mis primos. Sonreí.

—Ese es uno de los que no podía presentarte en el local —bromeé mientras David aparecía por el pasillo. Era menos corpulento que yo, pero era todo fibra y músculo. No era su aspecto, su cabello negro o sus ojos oscuros lo que le daba un toque aterrador, sino esa aura que se proyectaba a su alrededor pese a ser solo eso, un híbrido.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —me preguntó con un tono de voz duro, aunque había ese deje alegre en su mirada. Era el hermano mayor de Nicholas y arrastraba, igual que él, sus propios traumas, al margen de que su esencia hacía que los humanos recelaran de él de forma instintiva.

—¿El día del fin del mundo? —me burlé.

—Otro primo, me imagino —refunfuñó Phe por lo bajo.

—Es una ocasión especial, así que nos hemos reunido todos.

—Disculpa si no me he puesto un vestido de gala. —David no se andaba por las ramas y tenía una sensibilidad del carajo y, por lo visto, Phe tenía la habilidad de intentar joder al mundo cuando estaba de mal humor. La noche prometía.

—¿A que es adorable? —bromeé.

—Mientes. —Mi primo me sonrió y le tendió la mano—. Soy David. Si quieres una verdad rotunda, sin filtros, cuenta conmigo.

Phe lo estudió antes de aceptar aquella mano. Lo hizo, en un gesto solemne, y David se la estrechó con firmeza. Supongo que Phe no necesitaba palabras amables y gestos complacientes y

él lo sabía.

—Tu ascendencia es más fuerte que en Sebas. —Era una forma fina de decirle que apestaba a demonio.

—Pues es la misma, en realidad. Una cuarta parte, aunque ellos la proyectan y, dadas sus circunstancias, no se pasan el día intentando contenerla —le conté a Phe.

—¿Qué circunstancias? —nos cuestionó.

—Teniendo en cuenta que habéis pasado de estar acaramelados a un cabreo considerable, supongo que ya sabes sobre el pequeño secreto de los hijos Forns.

—Algo he oído —le contestó Phe.

—Pues resulta que mi madre es hija de una vieja amiga de nuestra abuela. Cincuenta por ciento ángel, veinticinco por ciento humano y lo único que la gente es capaz de ver, a simple vista, es ese veinticinco por ciento de tu esencia. —David le soltó aquello como quien cita la lista de la compra—. Voy a por algo de ropa cómoda, ¡hace un calor de espanto!

Inclinó la cabeza y siguió subiendo por la escalera con esa elegancia suya que recordaba a su padre. Ricard Forns. Uno de los demonios más temidos en el mundo de las sombras. Decidí compartir aquello con Phe.

—David, Nicholas y Lina son hijos de Ricard —le conté. Vi que buscaba entre sus recuerdos y supuse que estaba recordando que mi tío era conocido no tanto por su fuerza bruta, sino por su astucia *conspiranoica*.

—¿Es eso verdad? —me preguntó Phe mientras empezábamos a bajar por las escaleras y me hizo reír su comentario. Le molestó, aquello, y cuando intentó retirar su mano de la mía, me aferré a ella.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—¿Hay más?

—Siempre. —Le sonreí y ella se relajó o, al menos, dejó de intentar rehuir mi contacto—. Él y sus hermanos poseen el don de la verdad. Ya sabes, pueden detectar si mientes, pero, además, están sujetos a ella, así que puedes creer sin reparos todo lo que te digan, aunque eso no significa que digan siempre todo lo que saben.

—Un don angelical —murmuró Phe.

—No son los únicos en la familia. Ya conociste a Paul y creo que te comenté que mi tía Luz también posee ese don sanador propio de los celestiales.

—¿Luz Forns? ¿Es hermana de tu padre? —me preguntó y asentí—. Nunca había oído hablar de ella.

—Lleva viviendo entre humanos desde la adolescencia. Heredó los ojos plateados de su madre, así que su ascendencia hubiera sido demasiado evidente en el submundo. —Asintió—. Otros que tienen un don angelical poco común, de hecho, son Jerom y Jason.

—¿Ellos también?

—Su padre tiene más matices de ángel que de demonio, pese a que también heredó las alas del abuelo. Todos lo hicieron, de hecho —reflexioné en voz alta.

—¿Sigues muriéndote de celos al respecto? —se burló Phe y me gustó esa sensación de complicidad.

—Por supuesto. —Le sonreí—. Mi tío Dan, el padre de Jerom y Jason, posee un don bastante particular que ellos han heredado.

—¿Y vas a decírmelo?

—A cambio de... ¿un beso?

—¿En serio? —Frunció el ceño.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por uno de esos besos en los que te deshaces entre mis brazos. —Creo que estaba cabreándose, pero quería dejar las cosas claras. Iríamos al ritmo que ella marcara, sí, pero seguíamos estando juntos. Eso no era negociable—. Pero solo si quieres saberlo.

—Igual no es tan interesante, después de todo —me retó.

—Bueno, si vas a pasarte la noche con ellos cerca, creo que te vendría bien saberlo. No olvides que ha sido Jerom quien ha enviado a Dilan cuando estábamos a punto de ebullición. —Aquello le molestó. El no saber. La certeza de que jugaba en desventaja.

—Solo un beso.

—Pero uno de esos largos —ronroneé mientras me acercaba a ella, sabiendo que había caído en mi trampa. Coloqué las manos sobre sus caderas y empecé a inclinarme hacia ella, lentamente, sin dejar de mirarla. Mis labios apenas rozaron los suyos.

Me tomé mi tiempo, porque sabía que ella estaba molesta y quería que se relajara. No dejé que la pasión me cegara y que las ganas de empotrarla contra la pared me pudieran. Me mantuve allí, besándola, diciéndole todo lo que quería decirle, pero sin usar palabras, hasta que acabó quebrándose y me respondió con el lenguaje mudo de las emociones.

Para cuando me separé de ella, dejé mi frente sobre la suya durante unos segundos, el tiempo justo para que pudiéramos serenar nuestros pulsos y agitadas respiraciones. Podía odiarme, a ratos, pero ella también sentía esa conexión que empezaba a fortalecerse. Creo que liberar parte de la carga que arrastrábamos por nuestros respectivos secretos nos estaba ayudando.

—Son empáticos —le susurré—. Pueden saber qué sientes en cada momento. La rabia, el miedo y también el deseo.

—Eso es...

—Totalmente embarazoso —masculló Jason, asomando la cabeza. Phe dio un respingo y se alejó de mí.

—No puedo estar más de acuerdo —afirmé, poniendo los ojos en blanco.

—Ya están las *pizzas* y tu hermano amenaza con no dejarte ni un bocado.

—Eso sí es algo para tener en cuenta —bromeé, buscando la mano de Phe y tirando de ella, para obligarla a seguir la dirección que había tomado Jason antes de desaparecer.

—Empáticos —murmuró Phe.

—Sí, ya sabes, poseen la capacidad de leer nuestras emociones, antes incluso de que nosotros seamos capaces de ponerles nombre. —Frunció el ceño y supe que había llegado a una conclusión que le asustaba más que enfrentarse a tropecientos demonios juntos—. Sí, Phe, incluso si no eres capaz de ponerle nombre, tú también me amas.

No me negó aquello y yo ignoré la palidez que ahora lucía su rostro.

Hay verdades que duelen. Y otras que a mí, personalmente, me parecían maravillosas.

Entramos en el comedor. David no había mentido, algo que no era demasiado sorprendente. Estaban todos. Lo que era un montón de personas más o menos desconocidas a las que Phe estudiaba con una mezcla de respeto y desconfianza. No diría miedo. Mi chica no era de esas.

—A mi hermano Oscar ya lo conoces y ella es Amanda, su pareja.

—Amanda Haniel, de los Haniel del norte —se presentó mi cuñada tendiéndole la mano. Phe me miró y me contuve de soltar una carcajada. Vi que titubeaba, pero me sorprendió siguiéndome el juego.

—¿Esos Haniel? —le cuestionó y los ojos de Amanda hicieron chiribitas. Oscar levantó una

ceja y yo me encogí de hombros, como si no tuviera nada que ver conmigo, aunque me conocía lo suficiente como para obligarse a contener él también la risa.

—Esos —sentenció ella con un deje de arrogancia.

—Va a estar insoportable toda la noche —masculló Oscar mientras se acercaba a ella y la cogía por la cintura—. ¿Te ha contado mi hermano que Amanda se dedica a matar demonios?

—Tal vez. —Creo que lo que en realidad se preguntaba era qué hacía yo metiéndola en un lugar como ese, con alguien que se vanagloriaba de matar a los que eran como ella.

—Es gracioso, porque no es capaz de reconocer a uno cuando lo tiene delante de las narices. —Amanda le soltó un codazo en el estómago y mi hermano empezó a reír. Me acerqué a Phe y le pasé el brazo por la cintura.

—Se pasan el día así, ni caso. —Vi un destello de emoción en sus ojos mientras los observaba alejarse, protestando y discutiendo el uno con el otro.

—¡Las chicas del bar son muy majas! —Mi prima Damaris se acercó dando saltitos hasta llegar a nosotros—. ¿Puedo seguir trabajando allí unos días? Sé que estás recuperada y eso, pero quizá os vendría bien tener un poco de tiempo para vosotros...

—Phe, ella es Damaris. —No aparentaba ser otra cosa que una adolescente de diecisiete años con un top blanco que dejaba al descubierto su ombligo y una melena rubia rizada que le daba un toque rebelde. Era amorosa y un tanto infantil, para su edad, pero, por lo visto, su madre había sido igual hasta que se cruzaron los astros y se convirtió en una cazadora letal.

—Gracias por cubrirme. —Aceptó la mano que mi prima le tendía, aunque sentí la tensión en su cuerpo. Incluso si Damaris intentaba contenerlo, su poder era obvio para todos los que teníamos la capacidad de sentirlo.

—A Alba y a Alexander ya los conoces. —Mis primos estaban cortando las *pizzas* y distribuyéndolas alrededor de una enorme mesa rectangular. Vi que Nicholas estaba con Brianna, su novia, en una esquina y junto a ellos estaba su hermana pequeña, Lina—. Nicholas y Lina son los hermanos pequeños de David, el de la escalera, y ella es Brianna, su novia.

Asintió, y cuando deslizó su mirada por ellos acabó fijándola sobre Lina un poco más del tiempo que sería estrictamente necesario.

—Lo sé, lo sé, ¡brillo como una maldita bombilla! —masculló ella, haciendo un mohín.

—Yo no... —Creo que Phe pretendía disculparse, pero Nicholas intervino antes de que se encontrara en el compromiso de hacerlo.

—Es normal. A los que lleváis demasiado tiempo en la oscuridad la luz os llama. —Había calma en su expresión, como si él pudiera entenderlo mejor que muchos otros.

—No quiere comerte, así que, ¿y si atacamos la *pizza*? —propuso Jason.

Jerom y Karen, esa arpía que se había buscado por novia cuyas pullas a todos nos divertían, entraron con varias bandejas más.

—Me alegro de que volváis a estar bien —nos dijo mi primo con una amplia sonrisa.

—Tanto como eso, yo no diría —masculló Phe, entre dientes, y varios de mis primos empezaron a reírse.

—¡Di que sí! ¡Que se lo curre! —soltó Lina desde el sofá.

—¡Que te compre flores! ¡Y bombones! —añadió Damaris, dando saltitos.

—Esas dos necesitan una dosis de realidad urgentemente —me burlé mientras nos acercábamos a la mesa a tomar asiento.

—Nunca me han regalado flores —murmuró Phe, frunciendo el ceño, como si reflexionara sobre aquello.

—Vamos a tener la casa llena de ramos antes de que acabe el fin de semana —se mofó Paul mientras apagaba la consola.

—¿Y Dilan? —le preguntó David, que acababa de llegar al comedor.

—Ha ido a por birras, no nos quedaban frías —puntualizó mi hermano lanzando un cacahuete al aire y capturándolo al vuelo.

Creo que Phe estaba un tanto abrumada por todo aquello. Por todos nosotros.

—Lo lleva bien, tranquilo —me dijo Jason con una media sonrisa y Phe se tensó.

—Que lean tus emociones como si fueras un libro abierto al principio es un tanto molesto, pero te acabarás acostumbrando. La parte buena es que no hay necesidad de fingir ni tener secretos.

—Sigue soñando.

—¿Contigo? Me tienes más que dispuesto. —Me golpeó en el costado, enojada, y me reí gozoso. Teníamos a un psicópata persiguiendo a Phe, pero en ese momento todo se me antojaba simplemente perfecto.



Phe

ME VENDRÍA BIEN un árbol genealógico. Eso, o una libreta para tomar apuntes.

Eso de procrear por lo visto a Darius Forns y a sus hijos se les daba bien.

Si eran la mitad de fogosos de lo que intuía que era Sebas, podía entender que, de arrebató en arrebató, la familia hubiera acabado hiperpoblada.

En ese contexto, tenía que admitir que la tentación era fuerte, incluso si un desliz sería la mayor estupidez de mi vida.

Levanté la mirada y Jason me guiñó un ojo mientras sonreía con expresión traviesa.

Joder.

No podía percibir la forma en la que se me erizaba el vello cada vez que la pierna de Sebas me rozaba y su mano se posaba sobre mi muslo, en un gesto casual del que él no era del todo consciente, pero que hacía que algo dentro de mí se tensara de forma anticipatoria. ¿No?

Al despertar mi fuego también lo habían hecho otras necesidades mucho más primitivas y básicas, de esas que se solucionan con un buen revolcón con un macho bien dotado y dispuesto.

El problema es que me imaginaba que ese macho en concreto era Sebas.

Mi mente me estaba jugando una mala pasada.

Igual que mi vida.

El destino, y esas mierdas.

—Bueno, ¿qué hay de tu problema? —me cuestionó David cuando ya me había tragado un par de trozos de *pizza* y empezaba a sentirme un poco más persona y menos animal famélico dispuesto a presentar batalla por un trozo de chicha.

—Tú lo has dicho: mi problema.

—Si es tan posesiva con todo, lo tienes chungo —se cachondeó Paul. No le hice una peineta porque me había solucionado el tema ese de la quemadura y, de alguna forma, le debía una. Nada se hace de forma gratuita, en mi mundo.

—Eran dos cazarrecompensas —les contó Dilan y me apoyé sobre el respaldo de mi silla, lamentando no tener rayos láser en los ojos para fulminarlo—. Sebas me pidió que no les siguiera el rastro, pero podría hacerlo.

Los observé, porque estaba claro que les importaba una mierda lo que yo opinara al respecto.

—Se han metido en nuestro territorio —sentenció David—. Eso nos da un móvil. Nadie tiene que saber por qué lo han hecho.

—¿Venir a la isla? ¿Porque son estúpidos? —El hermano de Sebas lanzó un fruto seco al aire y lo capturó en pleno vuelo. No era la primera vez que lo hacía. Por mi parte, volcaría el cazo sobre su cabeza con tal de focalizar su atención en algo que no fuera mi vida. Y los que intentaban acabar con ella.

—¿Vas a contárnoslo? —me preguntó Jerom. Apreté los labios—. Es normal.

—¿El qué? —quiso saber la que había jugado a mezclar bebidas detrás de la barra fingiendo ser yo.

—No confía en nosotros.

—¡Pero si somos encantadores! —protestó Jason con una sonrisa traviesa. A ese sí que le hice una peineta, lo que le hizo reír a carcajadas. Admito que su risa tenía un algo de contagiosa y me encontré algo más liviana. Como si todo aquello no fuera tan malo.

Sentí la presencia de Sebas y el efecto calmante que tenía sobre mí. Fruncí el ceño, le estudié con un gesto desconfiado mientras él masticaba un trozo de *pizza* y hacía como si nada de aquello le importara.

—Sí, te está ayudando. Es ese algo angelical que tiene. —Nicholas, el otro de los hermanos siniestros, me miró. Si ese era uno de los que estaban sujetos al don de la verdad, supuse que tenía que creérmelo—. Es tozudo por naturaleza y protector como el que más, así que no va a quedarse al margen.

—Si es peligroso, lo único que puedes hacer para evitar que acabe cometiendo una imprudencia por su cuenta sería ayudarnos a saber a qué nos enfrentamos para plantear una solución usando la cabeza y todos los recursos necesarios. —Jerom me estudió tras decir aquello.

—Mi hermano es tan cabezón como suicida —aseguró Oscar.

—¡Mira quién fue a hablar! —masculló Sebas, molesto, pero no lo negó.

Era odioso. Él. Todos ellos.

Quería a Sebas lo más lejos posible de Fael y mi máxima preocupación era largarme de allí para que él no acabara en su poder.

Joder. Ellos lo sabían. Los empáticos, pero quizá también Sebas.

¿No podían simplemente dejarme en paz?

—No —sentenció Jason—. Lo que sea que estás pensando, no.

—¿Seguro que no sois mentalistas? —les cuestioné y varios de los presentes rieron por lo bajo.

—Créeme que sería mucho más fácil para nosotros poder cerrar el grifo a nuestro antojo. Es agotador, especialmente cuando están en medio de una clase de adolescentes hormonados que se ponen a tono cuando ven un buen culo —se burló Jason.

—No es que aquí lo llevemos mucho mejor —añadió Jerom con una sonrisa ladeada.

—No me hagas hablar, hermano, que no te irías de rositas —le advirtió su hermano menor levantando un dedo y Jerom se acomodó en la silla, con una sonrisa traviesa en el rostro, tras mirar de reojo a su novia.

—De acuerdo, centrémonos en a quién hay que matar —sentenció Dilan, cambiando el tono de la conversación de forma abrupta.

—Para matar a alguien, primero se tiene que poder llegar hasta a él —les indiqué.

—De acuerdo. Lo veo. ¿Qué puedes decirnos de ese demonio? —cuestionó David.

—Es un morador de sueños. Vive en ningún sitio y allí ningún demonio puede entrar si él no le invita primero.

—Háblame de ese lugar —me pidió Alba. Había estado bastante callada hasta ese momento.

—No sé dónde está, pero es algo así como un cúmulo de grutas en las que tiene montado su palacio terrenal. Mujeres, esclavos y unos pocos invitados a los que quiere impresionar o captar en sus redes.

—¿Esclavos? —intervino Sebas.

—Humanos, le gusta coleccionarlos. —Mejor no recrearme en aquello. No le duraban

demasiado.

—¿Cómo los elige? —me preguntó Nicholas.

—Suele enviar a alguno de sus secuaces para que los traiga.

—A la fuerza, entiendo —matizó Jerom y me limité a asentir.

—¿Cómo se llama? —Me quedé presa de los ojos negros de David.

—Fael. —Me tensé, porque no tenía intención de darle esa información en concreto y me levanté de la mesa, gruñendo—. ¿Qué coño me has hecho?

Dejé que mi fuego me rodeara, asustada, y me encontré con que Sebas se lanzó contra mí. Rodamos por el suelo mientras mi verdadera forma salía a la superficie. Lo empujé con fuerza cuando acabó encima de mí y me incorporé de un salto, estudiando a aquellas personas que me rodeaban.

David ya no estaba en su asiento, sino a un par de metros de mí. Era imposible que pudiera volatilizarse como si fuera un demonio mayor, así que debía de ser muy rápido.

Tenía las manos a ambos lados del cuerpo en un signo que parecía pedirme calma, aunque me estaba planteando clavarle mis garras en el abdomen y hacerme un collar con sus intestinos.

—Apenas he sido consciente de estar tirando de tu mente. Es una mezcla de lo que somos, podemos exigir que se nos dé la verdad, una especie de dominancia, pero en versión un poco más *light*.

—¡Me encantan esos cuernos! —soltó Damaris, batiendo sus largas pestañas. ¿En serio acababa de soltarme eso mientras yo estaba planteándome linchar a su primo?

—Pues yo creo que en lo de ardiente nadie gana a tu novia —se burló Oscar.

—Con el cabreo que lleva, ¡el polvo de reconciliación va a ser épico! —añadió Jason y varios empezaron a reír a carcajadas.

—Phe, por favor. Si quieres que sigamos a base de revolcones por el suelo, mejor seguimos en mi habitación. —Me sonrió y le gruñí a modo de respuesta.

—¡Suerte que el suelo no es de madera! —opinó Lina, entre risas.

—No lo entendéis. Sois apenas unos críos. —Centré mi mirada en David, porque era uno de los que tenían la voz cantante y si era capaz de reconocer una verdad, quizá era mi única oportunidad para que frenaran ese interés malsano en solucionar cosas que se escapaban de sus manos—. Quien me persigue, no puede ser encontrado ni cazado, ni vencido. Ni siquiera él podría alcanzarle.

Señalé con el mentón a Dilan, que me observó y ladeó la cabeza, estudiándome.

—No soy, ni de lejos, el más peligroso de los presentes. —Su contestación me dejó totalmente atónita. Desplacé mi mirada hacia su hermana pequeña. Parecía poco más que una colegiala. Había estado repartiendo bebidas detrás de una barra y, ¿qué era lo que me había dicho? Que alargara esa pausa con su primo para poder seguir jugando a hacer de camarera.

—Te equivocas de nuevo. —Sebas se acercó a mí y me golpeó con suavidad el costado. Supongo que daba por sentado que no me daría por matarlo, incluso si había veces que más que un revolcón, se estaba ganando un zarpazo.

Fruncí el ceño y Alba levantó la mano.

—Culpable.

—¿Perdona? —Eso era absurdo.

—Ni se te ocurra —le advirtió Sebas a su prima—. Si con un tironcito de nada de David se ha puesto así, la podéis acabar liando parda.

—¿De qué va esto? —les pregunté. Sebas se cruzó de brazos mientras sostenía un duelo de

miradas con su prima.

—¿Te suena el término exterminador? —Di un paso hacia atrás. Ni siquiera fui consciente de haberlo hecho. Negué con la cabeza. Era imposible.

—No se lo cree —sentenció Jason.

—Normal —afirmó Lina, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Creo que se pensó que yo era algo así como un maltratador porque diste un respingo un día que estábamos en el bar y te rocé —le contó Sebas a su prima.

—¿En serio? —Parecía sorprendida, más que molesta. Me sonrió—. Si necesitas una validación, puedo dártela, pero no sería demasiado agradable para ninguna de las dos.

—Tu hermano es un sanador —mascullé.

—Ya ves, uno salva vidas y el otro las quita. —No parecía demasiado contenta con la parte que le había tocado. Vi como su novio le pasaba el brazo por encima de los hombros, como si no temiera el poder que ella poseía.

—Alexander es el único al que su esencia reconoce como propio —me contó Jerom, captando mi atención por completo—. Ya sabes, por eso de...

—La vinculación —susurré aquello, más para mí que para ellos.

—Tenemos ese tipo de contradicciones —añadió Alba, sonriéndome—. Eso nos hace especiales.

—¡Y peligrosos! —ronroneó Oscar.

—¿Lo de Phe tiene algo que ver con Phenes? —Me giré para observar a Nicholas.

—Va a ser que sí —sentenció Jerom.

—Dejad que conteste ella, ¡sois lo peor! —masculló Sebas, entre dientes.

—Se entiende que es mi padre. —No es que nadie que le hubiera conocido tuviera duda de aquello, porque, aunque no había heredado muchos de sus atributos, mi fuego era tan intenso y puro como el suyo.

—¿Quién diablos es Phenes? —intervino Amanda.

—Un demonio de tiempos antiguos. Por lo que recuerdo, se ganó el apodo de fénix por la estela de fuego que dejaba a su paso, de ahí lo de Phenes —le contestó su pareja y me miró—. Te faltan las alas.

—No soy la única. —Sebas rio por lo bajo mientras su hermano hacía un puchero. Por lo visto no era el único al que no le hubiera importado heredar un par de esas. Sonreí, sabiéndome victoriosa.

—¿No era uno de los lugartenientes de los infiernos? —cuestionó Jason, mordiéndose el labio inferior, como si estuviera buscando entre viejos recuerdos.

—Igual es un viejo amigo del abuelo —ronroneó Dilan.

—Eso o intentaron matarse el uno al otro, todo es posible —puntualizó Lina, sonriendo.

—No nos llevamos, en cualquier caso —aclaré.

—¿Y qué hay de tu madre? —Apreté los labios y vi como los dos malditos empáticos fruncían el ceño.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo —soltó Oscar—. Aún no hemos empezado con los helados.



Sebas

PHE ESTABA AGUANTANDO estoicamente el tercer grado que le hacían mis primos, así como quien no quiere la cosa.

Acabaron sonsacándole que su madre era un demonio menor, de esos con grandes aspiraciones, pero escaso poder. Me sorprendió cuando les explicó que ella había acabado relacionándose con Fael y que, para cuando el morador de sueños se cansó de ella, intentó retenerla un poco más a costa de los favores de su hija. Lo soltó muy a la ligera, como si encontrara aquello normal y no la culpase de ello.

Estaba bien, esa parte, que no fuera rencorosa hasta la médula, pero a mí me chirriaba un poco eso de que su progenitora se la hubiera jugado de aquella forma. Quizá el hecho de que Phe hubiera acabado liada con Fael hacía que estuvieran en tablas. Mierda para las dos, vamos. Eso, en concreto, lo de que el morador de sueños era su ex, no lo contó, aunque creo que Jerom y Jason lo intuían, por lo que fuera que percibían de Phe.

—Volvamos al tipo ese. ¿Cómo podemos anularlo? —quiso saber Oscar.

—No podéis.

—¿Por? —le preguntó Dilan, elevando una ceja, que eso del «no» solía pasárselo por el forro.

—En primer lugar, no podréis llegar hasta él.

—Sí, eso ya nos lo has dicho —la interrumpí con una media sonrisa y me lanzó una mirada de esas asesinas. Si fuera por sus miradas, ya estaría bajo tierra.

—En segundo lugar, dispone de tres guardias.

—Eso no tendría por qué ser un problema —afirmó mi hermano con una expresión altiva. Amanda asintió. El que me reiría sería yo, porque a ver cómo conseguía que su pareja no metiera su naricita respingona en todo aquello.

—Te equivocas: llevan cerbatanas impregnadas en un veneno que, aunque no es letal...

—¡No me lo digas! —intervino Lina haciendo que su aura de luz emitiera sutiles destellos—. ¡Deja frito a cualquier intruso!

—Si por frito te refieres a que los deja adormecidos, la respuesta es sí —repuso Phe.

—Y Fael puede husmear dentro de sus mentes —puntalicé.

—Descubrir sus puntos débiles, sus intenciones y hacerse con el control de sus vidas, si valen lo suficiente.

—¿Y si no? —observó Jason. Ella se encogió de hombros. Nadie dudó que no le esperaba nada bueno al que no pudiera aportarle algo. La caridad no estaba dentro de las virtudes que caracterizaban a los demonios.

—¿Cómo son los dardos? —intervino Paul.

—¿Los dardos? —Lo miró como si fuera tonto.

—Sí, ya sabes, ¿cómo de gruesos y largos? —insistió él.

—Pequeños, apenas tres o cuatro centímetros y son finos como una aguja. No matan, eso puedo asegurártelo, pero hay cosas peores que la muerte. —Paul desvió la mirada hacia Dilan cuando Phe acabó su discurso en plan apocalipsis zombi.

—¿Nos valdrán?

—Te lo aseguro —afirmó nuestro primo.

—¿Qué tramáis vosotros dos? —les inquirió Jason.

—David nos pidió que trabajáramos en algo.

—¿Y eso? —Jerom miró al que era su mejor amigo, al margen de compañero de piso y de penas. De alegrías también, pero es que David era oscuro y cenizo de base, así que abundaba más lo primero que no lo segundo.

—Cotas de escamas de dragón.

—Solemos mudar una o dos veces por década, de ahí que se nos ocurriera usarlas para crear protecciones más fiables que esos chalecos antibalas que soléis usar —nos dijo Dilan, mirándonos a mi hermano y a mí de forma alternativa—. Fui con mi padre a la guarida de su madre. Un sitio un tanto desagradable, pero encontramos un buen montón de ellas.

—¿Fuisteis a la guarida de nuestra abuela y no me dijisteis nada? —le recriminó Damaris entre enojada y sorprendida.

—No es un lugar agradable al que ir de visita, Dam. —Su mirada habló por sí sola. Ella asintió, pero se veía que estaba un poco dolida. Para muchas cosas aún la seguían tratando como si fuera una niña. Que lo era, sí, pero Dilan a su edad ya solía moverse entre las sombras y buscarse más problemas que otra cosa.

—Cotas de escamas de dragón, a mí me mola —opinó Oscar con una amplia sonrisa—. Háblanos de los tres guardias.

—Son mediocres —admitió—. A Fael no le gusta tener cerca a personas que puedan discutirle su autoridad.

—A esos los podremos tumbar a base de golpes —bromeó Jason y ella asintió, con una pequeña sonrisa asomando en la comisura de sus labios—. A los mellizos eso se les da bien, en serio.

—Algo he visto —admitió, un poco a su pesar, pero se sintió genial ese reconocimiento por su parte. A Jerom se le escapó una risa baja, sutil. A él le hubiera arreado una buena colleja, pero preferí no hacerlo para no delatarme.

—Y ya solo quedará Fael, entonces —reflexionó mi hermano en voz alta—. Ahí te dejaré hacer los honores.

—Se agradece. —Incliné la cabeza hacia él.

—Fael no necesita una guardia fuerte, porque no le hace falta. Incluso si llegarais a evitar caer en su trampa y anular a los guardias sin que el veneno os afectara, seguiríais sin poder hacerle daño.

—Vale, cuéntanos por qué el tipo es un intocable —le pidió David, recostándose sobre su silla.

—Su guarida está protegida por cuatro columnas. Él solía fanfarronear con que contienen las almas de los ilusos que cometieron la estupidez de hacer un pacto con él. También había rumores de que estaban ungidas por runas antiguas... No sé qué parte es real y qué mentira, pero puedo aseguraros que existe un vínculo entre ellas y él.

—¿Qué tipo de vínculo? —cuestionó Alba, que parecía estar reflexionando sobre aquello.

—Digamos, en un hipotético caso, que le clavé una garra en el vientre para debilitarlo.

—Solo es una suposición, obviamente —ironizó Jerom, conteniéndose la risa. Capullo.

—Por supuesto. —Phe le sonrió—. Las columnas empezaron a vibrar y la herida cicatrizó en apenas unos segundos.

—Eso sí podría complicarlo —opinó Dilan, que parecía más divertido que no preocupado al respecto.

—Fael no sale de su guarida bajo ningún concepto por ese motivo.

—¿Una extracción? —tanteó Nicholas.

—Si se supone que no puedo entrar, ya me dirás cómo diablos lo saco —negó Dilan.

—Bien visto —opinó Jason.

—¿Cómo son las columnas? —cuestionó David.

—Grandes. —Jason rio por lo bajo cuando Phe soltó aquello con un tono un tanto siniestro. Creo que estaba hasta la punta del colmillo de nosotros y nuestras preguntas.

—Solía usar la magia de Phe para mantenerlas activas —intervine. Por una vez, no pareció molesta conmigo.

—Fael necesita mantenerlas cubiertas de fuego para que conserven su poder.

—De ahí el interés en tu persona —opinó Nicholas.

Eso y acostarse con ella, pero mejor no le daba muchas vueltas porque acabaría ulcerándome el estómago ese detallito de nada.

—¿Qué sabemos sobre demonios que tratan con almas? —lanzó la pregunta al aire David.

—Que son raros y no sería algo propio de un morador de sueños —le contestó su hermano.

—Correcto.

—Un trato no debería necesitar de fuego ni condicionantes para mantenerse activo —puntualizó Jerom—. Hay algo en esa historia que no cuadra.

—A mí me suena a brujería.

Nos quedamos mirando a Dilan.

—Os sorprendería lo que puede llegar a encontrarse en el mercado negro. —Se encogió de hombros—. Talismanes, almas, creedme que lo veo factible. Que use fuego para sellarlas no me parece descabellado; cómo puede usarlas para conseguir esa falsa inmortalidad es otra historia.

—Más que entenderlo, lo que nos debe preocupar es cómo apagar el fuego —precisó Alba, tras repiquetear con los dedos en la mesa—. Si eso es lo que más le preocupa, hagamos realidad sus pesadillas.

—Lo veo.

—Es fuego mágico, ¿recordáis? —nos cuestionó Phe, irritada.

—Sí, pero jugamos con ventaja —repuso mi hermano y yo sonreí, porque en ese momento estábamos en total sintonía.

—Ah, ¿sí?

—Si encontramos la forma de anular tu fuego, podremos anular el de las columnas que protegen a ese capullo.

Se quedó callada, estudiando a mi hermano, consciente de que nos estábamos planteando aquello en serio.

—¿Y qué hay de ese detallito de nada de que no podéis entrar en su guarida? —contratacó alzando el mentón, como si eso fuera algo irrefutable.

—Tenemos una forma de entrar: tú podrías meternos dentro. —Abrió los ojos como dos platos y antes de que intentara llevarme la contraria, añadí—: Por lo que dices, ese lugar está capado para demonios, pero nosotros somos híbridos. Si sus allegados pueden meter a un grupo

de humanos, tú también deberías poder hacerlo con unos pocos de nosotros.

Phe se levantó y el fuego la rodeó. Empezó a caminar, demostrándonos a todos su nerviosismo. Jerom me miró y asentí.

Me levanté para acercarme a ella, pero vi que retrocedía un paso. Creo que temía hacerme daño.

—¿Qué te preocupa?

—Todos los que hay allí dentro están sometidos a su voluntad. Si él chasquea los dedos, os atacarán sin piedad.

—Tu madre. —Ella asintió.

Eso era un problema sí.

—Contamos con los Haniel —sentenció Jerom. Desvié la mirada hacia Amanda y mi hermano, ambos asintieron.

—¿Has oído hablar de los Centelleantes? —le pregunté y ella negó—. Poseen un poder peculiar que les permite desvanecer influencias demoniacas, ya sabes, eliminar la dominación y, quizá, bloquear el poder de Fael.

—¿Quizá? —me preguntó, buscando mi mirada.

—No puedo prometerte nada, pero no puedes seguir así el resto de tu vida. —Antes de que me negara aquello, añadí—: Además, si pierde el interés en cazarte, tu madre dejará de ser útil y ya nos has dejado claro qué hace con esas personas. Tenemos una oportunidad, Phe, yo digo que debemos aprovecharla.

—Es peligroso.

—Lo sabemos.

—No me gusta.

—Nos lo has dejado claro.

—Pueden salir mal mil cosas.

—Ya, no será la primera vez que acabamos improvisando sobre la marcha.

—Estás loco.

—¿Por ti? ¡Eso es innegable!

—Capullo —masculló mientras algunos de mis primos reían.

—¿Tenemos un trato?

—Empiezo a pensar que hacer tratos contigo es algo peligroso.

—Cierto, pero tú eres valiente y orgullosa. No vas a decirme que no. —Me acerqué a ella y me sostuvo la mirada mientras me inclinaba. Su fuego se consumió y pude acortar la distancia para buscar sus labios mientras acomodaba su cuerpo contra el mío.

Encajaba a la perfección.

Mis primos empezaron a hablar, dándonos un poco de intimidación mientras Phe y yo reconectábamos. No tanto como me gustaría, pero lo suficiente como para sentir cierta paz. Para ella quizá no éramos más que una panda de híbridos, pero lo cierto era que, juntos, podíamos ser invencibles.



Sebas

PASEAMOS POR LA PLAYA y compartimos salpicaduras de agua salada hasta entrada la madrugada. La nueva Phe era increíble. Que no quiero decir que de la que me había enamorado no lo fuera, pero ahora no tenía que inhibirse ni fingir ser algo que no era y eso le sentaba bien.

Supongo que también influía eso de haberse repuesto de la fatiga que arrastraba desde hacía tanto tiempo.

Su fuego era increíble. Ardiente, como toda ella.

La luz de sus llamas era capaz de iluminar la noche estrellada y yo era consciente de que no había posibilidad de dar marcha atrás. No para mí.

La amaba. Sin más. Si ella podía amarme y si podía aceptar lo que yo era y lo que suponía estar con un híbrido con mi ascendencia, era algo que de mí no dependía. Incluso si acabábamos vinculándonos, es posible que no nos afectara a ambos de la misma forma.

Pensé en la historia de mis abuelos. ¿Fue más fuerte la atracción que las diferencias que los enfrentaban? Dos enemigos que acabaron encontrando la forma de amarse. ¿Era el sexo el todo o en realidad solo la acción que evidenciaba lo que ya había anidado en el corazón? Mi teoría era que solo representaba el cierre que marcaba el inicio, pero que la historia ya estaba definida. Y ella era mi destino y, con un poco de suerte, mi futuro. Cabía la posibilidad de que ella no lo viviera de la misma forma y que, en algún momento, acabara decantándose por desaparecer de mi vida.

Iría de nuevo a su encuentro. No sería el primer Forns que necesitaba tiempo para hacer que una relación, al final, funcionara. Mi tía Sonia había tardado años en aceptar que su elección había sido la correcta, incluso si todo empezó con un calentón. Somos un poco primarios, a veces, por esa sangre demoniaca que corre por nuestras venas, pero al mismo tiempo tenemos el instinto angelical que guía nuestros pasos en la dirección correcta.

Phe era ese lugar al que me había llevado la vida.

Mi todo.

—¿Habéis dormido? —me preguntó Paul cuando apareció por el comedor en el que estábamos desayunando.

—No mucho. —Quedarnos tumbados mirando las estrellas no contaba, supuse.

—¿Así de movidita la noche? —se burló mi hermano, que estaba con Amanda en el otro extremo de la mesa.

—Ardiente, créeme —bromeé.

Phe nos ignoró, pero parecía más relajada, como si todo ese montón de adolescentes híbridos ya no la incomodasen demasiado. Que estaba bien que empezara a sentirse a gusto con los míos. Como si comenzara a hacerse a la idea de que, ahora, también era su familia. O lo sería. Si el destino jugaba a mi favor.

—David y Jerom han estado conspirando juntos toda la noche —nos advirtió Nicholas, entrando con Brianna y apoderándose de la cafetera y un par de tazas.

—Mala cosa —mascullé, entre dientes.

—¿Por? —me preguntó Phe.

—Eso es que quieren solucionar nuestro asunto para «ya». Lo de la paciencia no es algo que caracterice a mi familia.

—¿A quién sí? —se burló Oscar.

—Dilan y Damaris han estado haciendo recados toda la noche —añadió Paul, que se había instalado con su tazón de chocolate frente a la televisión y estaba encendiendo la consola—. Más os valdría descansar un rato, porque me huelo que esta noche será movidita.

—¿Esta noche? —Phe por poco se atraganta.

—Sé que querías alargar nuestra luna de miel, pero las obligaciones, ya sabes... —Phe me mostró una peineta y me reí. No fui el único. Me sonrió, eso sí, y con eso ya me bastaba. Estábamos bien. Más o menos.

—¿Ya estáis oficialmente juntos? —cuestionó Nicholas, estudiándome.

—Define ese concepto.

—Entiendo. —Sonrió. Sí, supongo que lo entendía. Vinculados, no, pero por el resto, un «sí» no sería del todo mentira, aunque dudo que a Phe le gustara escucharlo.

David y Dilan entraron en el comedor. El primero se sirvió una taza de café mientras el segundo atacaba a los donuts de chocolate.

—¿Vas a contarnos qué habéis estado tramando? —David miró a su hermano, que le sonrió y se encogió de hombros, antes de centrar su atención en mi persona.

—Hemos preparado algunas cosas para experimentar cómo apagar el fuego de Phe —compartió con nosotros—. Hemos tirado de todo lo que se nos ha cruzado por la cabeza, de lo más mundano hasta cosas menos convencionales.

—Esto puede ser de lo más divertido —ronroneó Oscar.

—Ahora solo nos falta una voluntaria para probarlos. —El mayor de mis primos miró a Phe con una media sonrisa ladeada.

—¿Qué necesitas?

—Algo que se te da bien: mucho fuego.

La sala que usábamos para entrenar era enorme: ocupaba toda un ala del edificio y el techo tenía más de diez metros de altura. Algo que tenía su sentido, si se tenía en cuenta que varios de los Forns se desplazaban por el aire más que por el suelo.

Jerom y Damaris estaban organizando cinco estaciones. Nos acercamos a ellos.

—¿Esto es una yincana? —bromeé.

—Algunos ya somos un poco mayores para eso —me contestó el empático, con una amplia sonrisa.

—Habla por ti, a mí me siguen gustando —opinó mi hermano.

Era uno de esos juegos Forns habituales: nuestros padres nos escondían algo y teníamos que encontrarlo. Nos dejaban pistas, sí, pero lo hacían en forma de rastros y nos obligaban a usar todos nuestros sentidos para poder conseguir nuestro objetivo. Muchas veces dependíamos los unos de los otros, porque cada uno poseía habilidades únicas y eso nos había ayudado a aprender a trabajar en equipo mientras nos divertíamos y, sin darnos cuenta, estrechábamos lazos entre

nosotros.

—Hay cuatro métodos para extinguir un fuego —empezó David—. El primero es eliminar el combustible.

—Supongo que no te refieres a eliminar a Phe —intervino Lina, ladeando la cabeza.

—Podríais intentarlo, pero igual no os gustaría el resultado —le soltó Phe con ese deje arrogante, mirando a mi primo e ignorando a Lina. Creo que le costaba interactuar con ella, por eso de que era luz y ella llevaba toda la vida viviendo entre sombras.

—A Sebas tampoco —repuso Jason con una media sonrisa—. ¿Tu fuego depende de ti de alguna forma? Quiero decir, puedes, no sé, ¿chascar los dedos y que se apague?

—No funciona así —negó ella—. Puedo dirigirlo y condicionarlo mientras forma parte de mí, pero una vez lo he liberado no es más que un montón de llamas.

—Eso no nos perjudica demasiado, porque las llamas pueden extinguirse —sentenció Nicholas, asintiendo.

—Pero no sabemos qué combustible les está dando vida —intervino Alba—. Deberían apagarse si no hay nada que las mantenga.

—Se entiende que ese combustible serán las propias columnas —opinó Dilan y añadió con un tono de voz sombrío—: Y lo que haya en ellas.

—De acuerdo, no podemos eliminar el combustible, pero podemos sofocar el comburente.

—Esa palabra no existe —masculló Damaris y David rio por lo bajo.

—Son las sustancias que favorecen la combustión, como el oxígeno —le explicó Jerom—. Es el típico ejemplo de la vela que se cubre con una cúpula de cristal.

—Eso hace que se apague la llama —murmuró Lina.

—Sin oxígeno, no hay combustión.

—Perfecto, pero sin oxígeno el fuego no será el único que la palmará —maticé.

—Así que llegamos a la opción de refrigerar o enfriar la energía.

—Me veo armado con pistolas de agua —se burló mi hermano.

—Pues que sean grandes —remarqué y se rio de lo absurdo. Phe puso los ojos en blanco.

—Yo estaba pensando más en inhibir la reacción en cadena usando polvo seco, del que suele usarse en los extintores, pero cualquiera de las opciones me es válida, siempre y cuando funcione —nos dijo Jerom, encogiéndose de hombros—. ¿Probamos?

—¿Cómo? —le cuestionó Phe.

—Digamos que luego te vendrá bien una ducha —ronroneó Dilan, mostrando sus colmillos. Phe miró a mis primos y arrugó la nariz. Pensé que tenía intención de negarse, pero contra todo pronóstico se colocó en el centro de la sala y dejó que sus llamas hicieran acto de presencia.

—Es precioso —admiró Lina con ojos brillantes. Creo que ese comentario, viniendo de alguien que no podía mentir, a Phe le subió un poco el ego.

—Ya te digo. —Me acerqué a mi prima y le pasé un brazo por encima de los hombros mientras observaba a mi chica.

—¿Quién va a hacer los honores? —me cuestionó David.

—A mí no me mires, que igual luego le da una patalita y hay represalias. —Varios de mis primos rieron por lo bajo.

—¡Cobarde! —me retó mi hermano.

—A mí me debe una —soltó Paul.

Se acercó a mis primos, que le dieron un depósito que cargó a su espalda, recordándome a los tanques de aire de submarinismo. Alzó la pistola que estaba conectada a la enorme botella y

apuntó a Phe.

—Sin rencores, ¿vale?

Phe asintió y sus llamas la rodearon. Un chorro de agua a presión impactó contra ella, pero el fuego en vez de consumirse cobró más fuerza. Paul dejó de apretar el gatillo. Phe apagó su fuego y nos miró. La ropa estaba ligeramente humedecida, pero el agua apenas había conseguido empaparla.

—Está claro que no es un fuego de clase A.

—¿Y eso qué significa? —le cuestioné a mi primo.

—Son los fuegos clásicos que prenden en materiales sólidos como madera o papel.

—Las hogueras de toda la vida —puntalicé y él asintió.

—Ese sería el fuego que prendía en las columnas de Fael antes de que yo entrara a formar parte de la ecuación.

—Según el tipo de combustible, se considera que hay diferentes formas de apagar los incendios. Los fuegos de clase A son los que pueden apagarse con agua, sin más, pero en el resto es mejor buscar productos más específicos. En la clase B y C el agua se desaconseja.

—La clase B es aquella en la que hay líquidos inflamables, como el aceite, el alcohol o la gasolina —nos explicó Jerom tras la disertación de David.

—¿Y la clase C? —preguntó Alba.

—Fuentes eléctricas —repuso David y vi en su expresión que consideraba a estos últimos los más complejos de extinguir. Conociendo a mi chica, casi que ya daba por sentado que el suyo formaría parte de esa clase, solo por complicarnos un poco más las cosas. Esa era su especialidad.

—¿Qué más tenéis? —se interesó Phe, que parecía ansiosa por acabar con aquello.

—Espuma, polvo seco y extintores de dióxido de carbono.

—Yo pasaría de la espuma —opinó Jerom—. Visto que más bien ha potenciado sus llamas, podemos encontrarnos con que acaben expandiéndolas porque pueden ser conductores eléctricos.

—Centrémonos en el polvo seco y lo del dióxido, entonces —remarqué.

Lo hicimos y Phe acabó cubierta de una capa blanquecina que, esta vez sí, fue capaz de apagar sus llamas. Hubo gritos de satisfacción, felicitaciones y risas. Lo teníamos, aunque Phe se marchó de allí cubierta de ese producto blanco con un buen cabreo.

Creo que llevaba peor el hecho de que avanzábamos, y que cada vez nuestro disparatado plan estaba tomando forma, que andar cubierta de esa porquería, pero esa era solo mi teoría.



Phe

EN APENAS UN PAR DE DÍAS aquella panda de críos había ideado un plan y parecían dispuestos a llevarlo a término.

Aún no entendía del todo el porqué, pero nadie parecía planteárselo. Quiero decir que sabían que estaban asumiendo un riesgo y que había mil cosas que podían salir mal, pero no parecían dispuestos a desistir en su empeño.

A esas alturas de la película, negar que sentía algo por Sebas era absurdo. Especialmente cuando los dos empáticos andaban cerca. Él lo sabía. Yo fingía que nada de aquello tenía que ver conmigo. Admitirlo, en voz alta, no sabía a dónde me llevaría. O quizá sí, y ese era el problema. A sus brazos. A esa cama que llevábamos compartiendo desde que nos habíamos instalado en su casa, pero en la que solo nos habíamos contado historias de nuestro pasado. Confidencias. Algunas absurdas, como mi afición a cepillarme el pelo cuando estaba nerviosa o su obsesión por el *hockey*.

—Esto es un error —mascullé al ver a Sebas cubierto por aquella armadura de finas placas negras. Escamas de la princesa Baiana. Aún no tenía claro si me daba grima o me ponía eso de verle con ese aspecto, el de un guerrero, pero creo que prevalecía el miedo a que fuera el último recuerdo que atesoraba de él.

—¿Lo nuestro? No sé cuántas veces me has dicho eso ya —se burló mientras se pasaba un líquido transparente, viscoso, sobre la cara y el cabello.

—Eso huele fatal —murmuré.

—Cortesía de Dilan —me contó—. No me preguntes qué es, pero por lo visto tiene propiedades ignífugas, por si la cosa se nos va de madre.

—Está bien que alguien piense que puede ir mal.

—A él lo que le da rabia es tener que venir en el grupo de los refuerzos.

—Igual ni siquiera hace falta que se una a la fiesta.

—Un poco de ayuda nos vendrá bien.

—Me refería a que quizá nos matan antes de tumbar las defensas.

—A ti te quiere viva, así que por eso no te preocupes.

Ya, eso.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté, colocándome a su lado, frente al espejo del cuarto de baño de su habitación. Miró mi reflejo sobre la superficie brillante mientras seguía aplicándose aquel ungüento.

—Prefiero enfrentarme a él que estar siempre viviendo con el miedo de que nos ataquen a traición.

—Siempre podrías mantenerte al margen. Esta no es tu guerra. —Sería la opción más inteligente. Aún no tenía claro por qué estaba dispuesto a arriesgar su vida y la de sus primos por

una perfecta desconocida. No es que hubiera hecho nada como para merecer que asumieran esa mierda.

—Sabes que eso no puedo hacerlo. Va contra mis principios.

—¿Qué tienes en contra de eso de sobrevivir? En serio, Sebas.

—Sabes que te quiero, Phe, y que, si no es contigo a mi lado, no sería una vida plena. —Joder. Tragué saliva.

—Si mueres, tampoco.

—Bueno, pues intentaremos que eso no pase.

—Un gran plan... —gruñí por lo bajo, enfadada.

Siempre me quedaba la opción de no llevarlos. El problema es que sospechaba que solo conseguiría frenarlos temporalmente. ¿Cuánto tiempo tardaría Dilan o Alec Forns en encontrar la guarida de Fael? Había oído demasiadas cosas sobre esa familia. Lo conseguirían. Moverían sus tentáculos en los bajos fondos y, al final, se meterían allí dentro. Conmigo. O sin mí.

—Hagamos un trato. —Sebas se giró para mirarme.

—¿Cómo de malo va a ser esta vez?

—Es fácil: si yo sobrevivo, tú aceptarás esto. —Me señaló y luego hizo lo mismo con él. Un nosotros.

—¿Y si lo hacemos a la inversa? —le cuestioné—. Si abandonas toda esta locura, aceptaré tus condiciones.

Creo que era el trato más desesperado que había estado dispuesta a aceptar en toda mi vida. Una mierda que decía más de lo que debía y que él interpretó a la perfección.

Sus brazos me capturaron y sus labios presionaron sobre los míos con fuerza y autoridad. Jadeé cuando me alzó para sentarme sobre el mármol y sus manos recorrieron mi espalda, como si quisiera sentir cada centímetro de mi cuerpo.

—Tengo una idea mejor —murmuró, capturando el lóbulo de mi oreja con sus dientes y ronroneando aquello con una sensualidad que erizó el vello de mi cuerpo—. Aquí y ahora. No veo por qué seguir esperando.

Era la peor de las ideas, pero se me olvidaron todos los pros mientras sus manos empezaban a desnudarme y sus besos me quemaban la piel.

Si aceptaba, no habría vuelta atrás.

Si acabábamos en manos de Fael, tampoco.

Lo que se resumía en un «a la mierda».

—Yo también te quiero.

—¿Me quieres a secas o me quieres aquí dentro? —Sentí cómo rozaba con su mano entre mis piernas y me arqueé ante aquel contacto—. Me lo tomaré como un que lo quieres todo.

—Capullo —gruñí mientras él intensificaba la fricción, enloqueciéndome.

Escuché que Sebas reía por lo bajo mientras su luz tintineaba y mi cuerpo reaccionaba al roce de sus manos sobre mi piel, despertando el deseo voraz de que mi fuego y el suyo se fundieran para ser solo uno.

Lo que tienen las malas ideas es que pueden sorprendernos.

Para bien o para mal.

Cinco personas me rodeaban: Sebas y Oscar, Alba, Amanda y su hermano.

Éramos algo así como una avanzadilla dispuesta a jugarse el cuello con una mierda de

recursos, pero no parecía importarles.

Alec y Ricard Forns estaban junto a Dilan y su padre. A Gru no esperaba encontrármelo de nuevo y lo cierto es que él no parecía haberme reconocido y, si su verdadera forma no le delatara, creo que yo tampoco lo habría hecho. Verlo rodeando la cintura a Damaris y jugando a ese absurdo rol, el de padre, me había dejado en estado de *shock*. Supongo que a él le importaba una mierda qué pensaba o dejaba de pensar alguien tan insignificante como yo, pero, joder, daba para reflexionar un buen rato.

Quiero decir que desde que había descubierto la ascendencia angelical de Alec y Ricard Forns, que hubieran formado una familia podía tener hasta cierto punto algo de sentido. Pero ¿él? ¿En serio?

Quizá no era un imposible, después de todo.

Incluso si yo era negra oscuridad teñida de llamas que solo dejaba cenizas a su paso. el origen de Gru era incluso más siniestro que el mío. Mucho más, de hecho.

Sebas colocó su mano sobre la mía y luego lo hicieron el resto de ellos, obligándome a que me centrara en el aquí y dejara de divagar sobre si alguien como yo podía formar parte de algo como lo que ellos tenían. Una familia. Una de verdad.

—¿Lo sabe mamá? —le preguntó Oscar a su padre, que nos observaba con ojos atentos.

—Ni de coña —respondió Sebas y su padre les sonrió con expresión traviesa.

—Cuando se entere, va a pillar un rebote considerable —afirmó Oscar y su padre se limitó a encogerse de hombros con un gesto arrogante que Sebas había heredado.

—Vamos a ver si esas barreras son capaces de dejarnos fuera —murmuró Ricard Forns, que tenía los brazos cruzados sobre su pecho y las sombras bailaban alrededor de su cuerpo. No usaba su verdadera forma y sabía que era raro que lo hiciera. Su oscuridad era tal que no solía necesitarlo.

—Espero que esta vez puedas seguirme el ritmo —le retó Gru y Ricard Forns hizo un mohín, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de comentarios y le resbalaran.

El contraste de ambos era surrealista. Uno vestía unos pantalones de traje con una camisa gris y el otro acababa de mostrar su verdadera forma y su cuerpo estaba cubierto por una capa de escamas negras que me hicieron pensar en la ropa que llevaban los cinco híbridos que me acompañaban.

—Aún estáis a tiempo de parar esto. —No sé a quién se lo dije, pero solo con que uno de ellos titubeara, podría aferrarme a aquello.

—Dale, cazadora. —Alec Forns me miró—. Ese no sería nuestro estilo.

Suspiré y cerré los ojos. Sentí la calidez de Sebas, a mi lado, y dejé que las sombras me tomaran. Llevarlos a todos me supondría un esfuerzo, pero me sentía más llena de vida y fortaleza que en mucho tiempo.

No quería pensar que tuviera nada que ver con lo que había pasado con Sebas.

Con eso de que, tal vez, estábamos vinculados. Nada se sentía diferente. Quizá a nosotros no tenía por qué afectarnos. No importaba, en realidad. Estábamos bien juntos. Y eso debería de bastarnos. Mejor centrarnos en salir de casa de Fael de una pieza. Lo que el futuro tenía pensado para nosotros, ya se vería.

Encontré el camino, entre las sombras, y tiré de aquella bruma para adentrarme en ella. No tardé en desviar mis pasos, arrastrándolos conmigo, hasta esas sombras que se alejaban y se perdían más allá. Seguí el sendero, sintiendo que empezaba a fatigarme por la distancia y la carga que me acompañaba. Un poco más.

Un pulso de energía.

Una que no era mía.

Joder.

Evité tomarla, pero era imposible no hacerlo, porque me llegaba directa a la vena.

Me centré en avanzar, en seguir adelante, hasta localizar esas puertas de hierro forjado que eran, en realidad, poco más que sombras que no querían ser cruzadas.

Una barrera mágica.

Las protecciones de Fael sobre el que era su dominio.

Todos habían dado por supuesto que él aún me quería allí dentro, pero yo había pasado a ser su enemiga, por ese detallito de nada de que había intentado matarlo y, aunque sabía que Sebas tenía razón y él me quería viva, tenía la esperanza de que ya no fuera bienvenida allí y pudiera retrasar un poco lo inevitable. Ese enfrentamiento al que Sebas había empujado a los suyos para liberarme de la amenaza de Fael y devolverle la libertad a mi madre y al resto de los demonios que Fael tenía subyugados.

Presioné mi conciencia contra aquel espejismo y me encontré atravesándolo. Jadeé, no sé si por el esfuerzo o la satisfacción de haber sido capaz de hacerlo o, tal vez, por el miedo de que todo lo bueno que me estaba pasando fuera a convertirse en sangre y cenizas.

Lucharía. Lo haría. Porque ahora tenía un motivo por el que hacerlo.

Sobrevivir ya no era suficiente.

Sebas tenía razón.

Quería vivir.

Y hacerlo a su lado.



Sebas

NOS MATERIALIZAMOS en una sala decorada con cortinas rojas tras las que había espejos que nos reflejaban desde un montón de perspectivas diferentes. Oscar y yo nos tensamos y rastreamos a nuestro alrededor, buscando cualquier posible enemigo.

—Estamos solos —dijimos los dos a un tiempo. Vi como Amanda y Sean, su hermano, se relajaban ligeramente. Venían cargaditos de armas: pistolas y cuchillos. Oscar y yo nos habíamos hecho con un par de automáticas de su arsenal, que llevábamos sujetas al muslo, al margen de las garras que nos regaló nuestro padre.

Alba llevaba un par de puñales en el cinturón, pero las probabilidades de que necesitara usarlos eran mínimas. No dejaríamos que se acercaran a ella y, además, sabía repeler a cualquier demonio con su poder.

Los cinco llevábamos, a nuestra espalda, extintores de polvo seco de un brillante color rojo, que definirlos como llamativos era quedarse corto. Todos menos Phe. Ella se había negado en redondo.

—Esa puerta normalmente estaba abierta. —Señaló un enorme pórtico de dos hojas de madera añeja con relieves sobre ella.

Amanda se acercó para observarla y, sin decir nada a nadie, sacó una pistola que llevaba un silenciador y le arreó dos tiros a la cerradura.

—Te dije que era de gatillo fácil. —Phe hizo una mueca ante mi comentario.

—Hay tres detrás y... algo más. —Alba ladeó la cabeza, percibiendo lo que nuestros sentidos aún no podían detectar.

—Las cuatro columnas —sentenció Phe.

—Esas columnas, bien, al menos están en un lugar accesible. —Sean levantó la pistola que llevaba conectada al extintor—. En serio que lo mío es liarme a tiros, no esto.

Supongo que no estábamos siendo demasiado discretos, porque la puerta se abrió de golpe y nos encontramos cara a cara con los tres guardias. Eran enormes, pero no tenían grandes atributos, exceptuando su corpulencia. Uno llevaba una cerbatana sobre los labios, pero parecía estar esperando algo. Una orden, supuse.

—Fael lleva un tiempo buscándome —les soltó Phe.

—No lo digas con ese tono, porque ya no estás entre sus favoritas —ronroneó uno de los demonios con un tono altivo.

—Ya, pero me quiere viva, y le traigo un regalo. —Su atención se fijó en nuestras armas, incluso si no parecían demasiado preocupados porque tendían a menospreciarnos por nuestra naturaleza humana—. A este grupo le gusta jugar a cosas de esas con espuma y pistolas de balines de goma. Creo que podrían entretenerle.

—Ve a llamarle. —El que tenía la voz cantante se quedó allí, estudiándonos, mientras uno de sus compañeros se alejaba.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté a Oscar.

—Bien.

Nos lanzamos contra ellos. Uno a uno. El dardo impactó en mi pecho, pero la armadura cumplió su cometido y conseguí acortar la distancia que me faltaba para llegar a él. Pude sentir a mi hermano peleando contra el otro mientras yo hacía emerger mis garras para enfrentarlo. Apenas tres golpes y Phe se apareció a su espalda y lo agarró. Sus ojos buscaron los míos antes de que su fuego prendiera a su alrededor con un ansia voraz. Cuando las llamas aminoraron, mi chica dejó caer al suelo un cuerpo calcinado. Vi que su expresión era dura, fría, como si nada le importara.

—Me pones caliente, en serio —le solté para romper el hielo y ella me mostró una peineta.

Sonreí, satisfecho, porque sus ojos brillaron con algo que no era esa apatía de quien, aunque finja que no le importa, le duele haber arrebatado una vida. Quizá conocía a ese tipo. Igual incluso habían ido a tomar algo, algún día, y sabía cosas de su familia. Desconocía cuánto tiempo había estado allí metida, pero intuía que no había sido poco.

Oscar se retiró de un salto cuando sintió la esencia de Alba atravesando la habitación. El demonio se quedó rígido mientras los tentáculos de mi prima trepaban por su pierna y consumían su energía. Cayó al suelo en apenas unos pocos segundos. Vi como Phe se estremecía.

—Pensaba que necesitabas tocarlos —murmuró y pude sentir su miedo como si fuera propio.

—Cuando alguien me toca me es difícil evitar consumir su esencia vital, pero eso no significa que no pueda proyectarlo. —Mi prima se encogió de hombros y se puso las manos en los bolsillos. Cuanto más drenaba, más poderosa se volvía, y llevaba años metida en esa mierda. Ella y su padre podían parecer inofensivos, pero su poder era notorio.

—¡Las columnas! —nos gritó Amanda.

—Sí, eso —la secundó su hermano.

Atravesamos las puertas para adentrarnos en una gran habitación cuadrada con cuatro columnas envueltas en fuego. No es que a esas alturas de la película nos sorprendiera, pero admito que eran impresionantes y que tenían un algo que era casi mágico.

—Vale, tenemos unos pocos minutos antes de que Fael nos envíe a toda la artillería —murmuró Phe y añadió entre dientes—: Si no lo ha hecho ya.

—Siempre tan positiva tu chica —se quejó Oscar mientras empezaba a atizarle con el polvo a una columna. Amanda y Sean se colocaron a sus lados para ayudarlo.

—¿Funciona? —nos preguntó mi hermano, que apenas podía ver qué sucedía más allá de la montaña de polvo que se estaba formando frente a él.

—Creo que sí —susurró Phe y su expresión de sorpresa fue épica.

—¡Alba! —Mi prima y yo empezamos a atizarle a la segunda columna mientras el ruido de pasos reverberó a nuestro alrededor. En breve, dejaríamos de estar solos.

—Os cubro —masculló Phe y su fuego se volvió vibrante mientras creaba una barrera de llamas candentes en la entrada que daba a la sala.

Cruzarla tenía pinta de ser peligroso, pero Phe no podría sostener esa barrera eternamente y todos lo sabíamos. Había sentido cómo se debilitaba mientras vagábamos entre las sombras, cargada con todos nosotros. Un demonio cualquiera no hubiera conseguido semejante proeza, pero eso la había agotado.

Empezamos a escuchar voces y gruñidos al otro lado. Amenazas. Varios demonios intentaron

cruzar las llamas. Algunos consiguieron hacerlo, pero otros perecieron en el intento. Tal vez algunos de ellos eran amigos de Phe. O lo habían sido.

Escuchamos el rugido de un demonio antes de ver un cuerpo rodar por el suelo, tras cruzar la barrera de fuego. Se levantó y fui a por él antes de que pudiera intentar alcanzar a Phe. No fue el único que se obligó a someterse a ese riesgo y mi hermano acudió a apoyarme en aquella primera línea, tras el fuego de Phe, mientras Alba y los Haniel intentaban sofocar el fuego de la primera columna.

El sistema de polvo seco rápido no era, pero no teníamos un plan B. Podía ver como el fuego de la columna había perdido parte de su vigor y fortaleza, pero empezaba a dudar de si dispondríamos de suficiente polvo para apagar las cuatro y si dispondríamos de tanto tiempo.

Oscar y yo podíamos aguantar allí, en primera línea, el tiempo que hiciera falta y Alba podía cubrirnos desde la retaguardia, pero eso implicaba enfrentarnos a todos los demonios allí presentes, a los culpables y a los que vivían allí sometidos, como tiempo atrás Phe, o en la actualidad, su madre.

Y eso era una mierda, porque si acabábamos matándola, no sabía cómo Phe lidiaría con ello.

Acababa de clavarle una garra en el vientre a un tipo cuando el fuego de Phe se extinguió tras un rugido enojado.

—¿Así me agradeces todo lo que he hecho por ti? ¿Por vosotras? —Supe que mucho tenía que ver con la voz que se había escuchado de telón de fondo, pero no podría asegurar si fue porque estaba exhausta o si le pudo el miedo de enfrentarse al tipo que la había estado manipulando a su antojo durante demasiado tiempo.

Alcé el mentón mientras liberaba mi mano de los restos de tejido muerto del demonio al que acababa de enfrentarme para estudiar al que era mi némesis por primera vez.

Fael entró acompañado de una mujer y una corte de demonios y esclavos humanos. Hubiera preferido que fuera fofo y tuviera una peca llena de pelos en el mentón, pero nada más lejos de la realidad. Sus ojos rasgados eran negros y poseía espinas en los brazos y la frente, lo que le daba un toque transgresor y un atractivo innegable.

—¿Ese es tu ex? Me lo imaginaba más grande, en serio. —Al menos le sacaba unos quince centímetros, que no eran pocos.

La mujer que caminaba a su lado estaba vestida con una fina tela de gasa que transparentaba todas y cada una de las curvas sugerentes de su cuerpo, pero era la expresión de su rostro la que me recordó a mi chica. No necesité que me lo dijera, porque el parecido con Phe era notorio. Ahí estaba el motivo por el que sus llamas se habían extinguido, el miedo a herirla con ellas.

Observé a los demonios que los acompañaban. Eran un montón. Y con eso me refiero a más de una veintena, lo que se traduciría en que estábamos jodidos, porque incluso con Alba y Phe de nuestra parte, no teníamos, ni de coña, una victoria segura.

A favor nuestro jugaba que, aunque había unos cuantos que tenían pinta de mercenarios, la otra mitad tenían los rostros afinados y lucían una palidez que me hizo pensar que hacía mucho que no veían la luz del sol. No dudé que eran aquellos que estaban bajo el influjo de Fael. A saber desde hacía cuánto...

—¿Te has buscado un grupo de mascotas? —le cuestionó Fael a Phe, con una sonrisa complaciente en el rostro.

—Nos han llamado cosas peores —intervino mi hermano, colocándose en posición defensiva. Vi como buscaba la trayectoria correcta para proteger a los Haniel.

Intenté no centrar mi mirada en ellos, pero Alba se había ubicado a su lado. Los protegería

mientras ellos intentaban usar su don para liberar a algunos de aquellos demonios del control mental de Fael y, con un poco de suerte, que no tuviéramos que matarlos para defendernos.

Hasta aquí todo estaba dentro de los escenarios que nos habíamos planteado, pero el problema era que las columnas seguían de una pieza. Y eso nos complicaba la historia de matarlo.

—Mi querida Phenexi, con las ganas que tenía yo de volver a verte. —Se giró para mirar a la madre de Phe—. ¿Verdad que sí, Kass?

—Sí.

—¿Crees que deberíamos perdonar a tu hija? Después de todo, cuando quiere, puede ser de lo más complaciente. —Alcé la pistola y le pegué un tiro en la frente: su cuerpo salió disparado por el impacto y cayó a un par de metros de distancia.

—¡Que le jodan! —solté cuando mi hermano hizo un chasquido con la lengua, criticándome que hubiera perdido los nervios. Uno tiene esas cosas, por lo visto, los celos me pueden.

Vi que el demonio se alzaba de nuevo, con un cabreo considerable, pero no me sentí para nada culpable. Lanzó un grito que fue hasta cierto punto intimidante y me miró destilando odio por cada uno de sus poros.

—¡Tú! ¡¿Cómo osas?! —

—Me gusta llevar la contraria a la gente, y te diría que no es algo personal, pero, por una vez, sí que lo es. —Vi que Kass, la madre de Phe, empezaba a temblar, como si estuviera luchando contra sí misma. Amanda y Sean estaban llegando a ella. Su habilidad para liberar mentes era cada vez más notoria, aunque nunca la habíamos puesto a prueba en caliente, a medio combate.

—¡¡¡Matadle!!! —gritó, enojado.

—¡¡No!!

Phe se apareció frente a mí e hizo un despliegue de su poder. Fuego en estado puro, avivado por emociones mucho más intensas que la rabia o el odio. Creo que el tipo ese notó que algo había cambiado. Su poder. Su capacidad de negarse.

Su magia reptó en dirección a Phe, pero Alba intervino y lo bloqueó. Sus tentáculos retrocedieron, asustados, sin tener del todo claro qué o quién había intervenido en aquella aproximación, pero intuyendo que era un ente muy superior y capaz de convertir en humo un montón de brasas candentes. En su rostro apareció una mezcla de sorpresa y horror y aproveché ese momento de confusión.

—¡Oscar! —Lancé la botella contra una de las columnas y mi hermano usó una de las pistolas para hacerla estallar en el último momento. Teníamos esas cosas, podíamos entendernos sin usar palabras, en la mayor parte de las ocasiones.

El polvo nos cubrió a todos tras un ruido que sonó bien bien como si se tratara del fin del mundo antes de que la columna se quebrara y se rompiera en cientos de fragmentos que cayeron al suelo, al azar, justo antes de que a nuestro alrededor se hiciera el caos.

Mi padre irrumpió allí, cual ángel vengador, y no lo hizo solo. Me acerqué a Phe, cuyo fuego había desaparecido y estaba tosiendo.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras veía que las sombras se sacudían a nuestro alrededor.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó entre aspavientos.

—La columna ha reventado en mil fragmentos. Quizá me he venido arriba —admití.

—¡¿Le has pegado un tiro?! —

—Uno tiene sus arrebatos, y pensar en ese tío poniéndote las manos encima, me ha podido, culpable, ¿vale? —mascullé.

—Eso es... —No sé si pretendía decir bonito o estúpido, porque mi hermano la interrumpió.

—Si ya habéis acabado con vuestro momento romántico, quedan tres más para tumbar.

—¿Y Amanda?

—Dilan y la tía Sonia están extrayendo a todo el mundo. Han sacado a los Haniel y a los demonios que parecían afectados por la influencia de Fael y los han llevado a un lugar seguro, a ver si podemos recuperar a unos cuantos.

—¿Alguna idea para petar las tres que quedan? —le pregunté a mi hermano.

—Pues no llevo dinamita encima, así que no sabría decirte.

—La otra se ha venido abajo tras la explosión, pero ya habíais debilitado las llamas. Si hacemos lo mismo, quizá podríamos tumbarla —opinó Phe.

—Me vale. —Oscar alzó el mango y empezó a verter polvo seco contra la columna.

—¿A la de tres? —le propuse a Phe y ella asintió.

Nos lanzamos contra la columna al mismo tiempo. La contusión fue dura, pero parte del impacto lo absorbió la cota de escamas de dragón. Phe gruñó y contuvo su fuego mientras, juntos, presionábamos con fuerza hasta que escuchamos un crujido.

Nos alejamos a tiempo de ver cómo se derrumbaba, sin que los escombros se nos vinieran encima.

—¿Necesitáis una mano? —indicó Gru con algo parecido a una sonrisa en el rostro.

—Sería todo un detalle —le dije. Observé a mi tío lanzarse contra la columna, ignorando el fuego que aún la cubría.

—Para bruto, no hay quien le gane —murmuró Oscar y nuestro padre se apareció a nuestro lado.

—Eso me ha dolido, chico —dijo con una sonrisa radiante en el rostro, y añadió, mirando a Phe—: ¿A que es divertido formar parte de la familia?

—Lo más —le contestó esta.

Tal vez estaba usando esa ironía suya o, quizá, lo hizo para contentarle, porque en esos momentos todo a nuestro alrededor era el caos: cenizas y polvo seco que se intercalaban con restos de fuego, sangre y gritos.

—¿Y Fael? —le cuestioné a mi padre.

—Ricard lo ha arrinconado en una habitación. Cuando hayan caído las cuatro columnas, pasará a ser cosa vuestra.

—Pues ya van tres —repuse al ver que la columna que Gru estaba empujando con todo su empeño se quebraba y empezaba a caer a pedazos.

—¿Y la madre de Phe? —le pregunté a mi padre.

—Sonia se la ha llevado. Ella está ayudando con el resto. Amanda y Sean han podido limpiar parte de sus ataduras y, de momento, está de nuestro lado. —Era una gran noticia y vi que Phe suspiraba con un deje de felicidad, como si una de sus pesadillas ahora estuviera cubierta de luz y ya no fuera a seguir persiguiéndola cada noche.

—Amanda es lo más —aseguró Oscar con una amplia sonrisa y orgullo evidente en el rostro.

—Hoy no voy a llevarte la contraria —le dije a mi hermano, porque no podía negar que tenía más agallas que muchos.

—Id a por el morador de sueños. Nosotros nos ocupamos de contener a estos y de la columna que queda —nos indicó mi padre.

Asentí y Phe, tras mirarme, cruzó las puertas por las que su madre y Fael habían aparecido junto a una absurda corte de demonios.

Mi hermano y yo la seguimos, dispuestos a acabar con todo aquello y acompañarla hasta el

mismísimo infierno, si era necesario.



Phe

SENTÍA LA PRESENCIA DE SEBAS Y OSCAR detrás de mí, así que me limité a seguir avanzando por los pasadizos y túneles de la guarida de Fael. Una prisión de piedra y metal, por mucho que estuviera engalanada con terciopelo granate, sedas y candelabros de piel de oro puro.

Las riquezas que disponía no eran pocas y en otra época me habían deslumbrado, pero ahora sabía que no eran más que espejismos de lo que él quería alcanzar a ser: un rey, un soberano, cuyo control sobre todo y todos fuera incuestionable.

Una presencia me alarmó y di un respingo. Al final del pasillo las sombras se convirtieron en una silueta de alas negras. Ricard Forns, por una vez, lucía su verdadera forma.

Miles de hebras negras rodeaban a Fael, que estaba a pocos metros de allí, tendido en el suelo, forcejeando contra la oscuridad que le tenía preso.

—Ha caído la última columna —sentenció Sebas. ¿Cómo podía él llegar a percibir algo así? No era un híbrido cualquiera, eso estaba claro.

—Me quedaré aquí, no sea que tenga intención de huir entre las sombras. —Aquella criatura siniestra dio un paso hacia atrás, dándonos la oportunidad de entrar en esa esfera de oscuridad que había formado alrededor del que había sido mi amante y mi captor durante varias décadas.

Sebas se colocó junto a mí y buscó mi mano. Su fortaleza era también mía, de alguna forma. Oscar se ubicó al otro lado y verme allí, entre ellos, me hizo saber que ambos estaban dispuestos a protegerme. Incluso si era yo la que debería hacerlo con ellos.

Sonreí.

Era extraño, su mundo, su dualidad, lo que ellos eran.

—Se ha acabado —sentenció avanzando hacia Fael, los dos Forns cubriendo mis costados.

—¡Nunca! ¡Me perteneces, Phenexi! ¡Todos vosotros! —exclamó y me lanzó una proyección de su oscuridad. No es que pudiera herirme con ese tipo de ataques, más mentales que no físicos, porque en esto último le superaba con creces y él lo sabía.

No, se trataba de algo muy diferente: si conseguía penetrar mis barreras mentales, tomar de nuevo el control de mi voluntad, estaríamos todos jodidos. No dudaba de que Ricard Forns podría contenerme, pero también sabía que Fael me usaría de escudo y que se aseguraría de hacerles tanto daño como fuera posible usándome a mí de mediadora. Hacía poco más de un mes, mi vida me hubiera importado una mierda, pero ahora no me daba la gana morir.

Me preparé para enfrentar su oscuridad, aun sabiendo que mis barreras mentales nunca habían sido suficientes. Su control sobre mi mente podía ser fuerte, pero estaba despierta y eso jugaba a mi favor, incluso si había consumido sangre de mi madre, fortaleciendo así su influencia sobre mí.

Sebas dejó que su esencia fluyera entre nosotros y una luz cuya intensidad y pureza era cegadora devoró aquella sombra antes incluso de que yo intentara alejarla de mí y, tras esa

explosión de luz, Fael convulsionó y cayó al suelo, como si hubiera recibido una tremenda descarga. ¿Cómo había conseguido Sebas hacer aquello? Su luz, esa que siempre había ocultado.

—Va a ser que no. —Sebas avanzó un paso. Mi novio era un puto camaleón. Podía ocultar sus esencias y exponerlas a su antojo. Sonreí. Y eso era algo absurdo y aún más raro en mí, pero Sebas estaba haciendo que descubriera un nuevo yo que no estaba nada mal.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué eres? —masculló, asustado, empezando a retroceder arrastrándose por el suelo, mientras los dos Forns se acercaban a él.

Mi fuego me rodeó. Una mezcla de miedo y sed de venganza ardiendo en mis venas, mientras observaba a la persona que había destrozado mi vida alejarse de ellos como el cobarde que era, incapaz de enfrentarse por sí mismo a nadie, siempre escondiéndose detrás de otros a los que obligaba a solucionarles sus mierdas.

—Creo que un poco de luz animaría este lugar —opinó Oscar con una amplia sonrisa en el rostro. La forma en que se entendían sin usar apenas palabras era asombrosa.

—Supongo que querrás hacer los honores. —Sebas me miró y mi fuego rugió a modo de respuesta—. Danos solo un minuto, amor.

No protesté, esta vez, por ese ridículo apodo. Casi se sintió bien. La complicidad. La conexión entre nosotros.

Dejé que se acercaran a él, igual que hizo su tío, que nos observaba a cierta distancia, sin interferir, pero asegurándose al mismo tiempo de que la situación no se girara en su contra. Eran híbridos, pero me habían demostrado que juntos podían ser mucho más fuertes que el demonio más despiadado.

Oscar inmovilizó a Fael por la espalda y Sebas le colocó una mano sobre el pecho. Había retraído los filos de metal de su garra y, por un momento, pensé que tenía intención de hacerlos aparecer para atravesar con ellos su corazón, pero, en vez de eso, dejó que su luz fluyera hacia Fael. Sus pupilas se dilataron mientras las sombras que siempre habían existido en su interior se consumían. Aún sujetándolo por la espalda, Oscar empezó a hacer lo mismo y Fael empezó a estremecerse, intentando liberarse de su agarre, pero sin conseguirlo. Estaba asustado. Y débil.

Era asombrosa. Esa luz. Incluso si sentía que me cegaba en parte, no podía negar que había una belleza hipnótica en ella, y eso que yo era una criatura que llevaba viviendo entre las sombras toda la vida.

Joder.

Era imposible no ser consciente de la ascendencia de los mellizos presenciando aquello. Me estremecí por el poder que poseían y también por la consciencia de lo que eran. No había vuelta atrás. No tenía sentido negarlo. Podía sentir cómo todo había cambiado. Esa conexión con Sebas, la sensación de cómo su luz me iluminaba, en vez de deslumbrarme, como aquella primera vez, cuando estuvimos a punto de acostarnos y descubrí su otra naturaleza. Ya no me era extraña, esa luz, sino que, de alguna forma, se sentía familiar y acogedora.

—Sois... ángeles —murmuró entre gemidos agónicos, Fael.

—Para ti, no somos más que las pesadillas con las que has destruido a tantos hechas realidad —musitó Sebas y se apartó de él.

Oscar lo dejó caer y Fael acabó tendido en el suelo. Apenas era un despojo de lo que había sido. Su piel se había vuelto de un color cetrino y esa aurea de grandeza que siempre había poseído se había consumido bajo la luz celestial de los mellizos.

—Tú decides —me dijo Sebas.

Miré al demonio tendido en el suelo. Tal vez debería sentir cierta lástima, pero no sabía hasta

cuándo aquella luz impediría que cometiera otros agravios a otras personas. Todo el daño que había hecho. Con el paso de los siglos.

Mi fuego exigió venganza. Elevé una mano y dejé que mis llamas llegaran hasta él y lo consumieran por completo. Apenas gritó. Cenizas. Y polvo.

—¿Estás bien? —me preguntó Sebas, acercándose a mí con pasos lentos, como si me diera tiempo para enfriar la rabia que aún sentía. Quizá estaba molesto con mi decisión. Con mi carencia de piedad y esas mierdas. No tenía intención de fingir ser algo que no era, incluso si quería convertirme en una mejor versión de mí misma.

—Quizá no era eso lo que esperabas de mí —le dije, elevando el mentón, tras pasarme la manga por los ojos, que se habían humedecido en algún momento—, pero esto es lo que soy. No siento ningún tipo de culpabilidad porque quizá no existe la bondad en mí. Yo no soy como tú. Como vosotros. Y, aun así, te has comprometido con un monstruo para el resto de tu vida.

Me miró. Sí. Los dos lo sabíamos. Ese vínculo existía. Entre nosotros. Aunque aún no tenía claro cómo nos afectaría.

—Has salvado a varios demonios que estaban sometidos a este tipo al matarlo, lo sabes, ¿verdad? —Siguió acortando la distancia que nos separaba—. Cobrarse una vida siempre tiene un coste, Phe, pero hay veces que hacerlo marca la diferencia. Tú cargarás con el peso de tus acciones, pero otros se beneficiarán de tu valor. No hay luz sin oscuridad, esa es nuestra realidad. Y también la tuya, de ahora en adelante. Somos uno, ¿recuerdas?

—¿Estás seguro?

—Siempre lo he estado.

—Que seas un arma de destrucción masiva no tiene por qué ser algo malo si lo usas contra el objetivo adecuado. Puedes hacer mucho bien, en este mundo, usando esa oscuridad que te define —añadió Oscar, con una media sonrisa en el rostro—. No te preocupes por el resto, porque a mi hermano no le importa.

—Ya conoces el camino de vuelta a casa —intervino Ricard y nos lanzó una mirada neutra, aunque en sus ojos brillaban pequeñas motas de color plata. Se acercó a Oscar y ambos desaparecieron entre las sombras.

Desvié mi mirada hacia Sebas y, ya a solas, me liberé de la ansiedad, aplacando mi fuego para que él pudiera rodearme con sus brazos.

—Te quiero, Phe. —Se inclinó para besarme y me sentí en casa cuando sus labios encontraron los míos. Cerré los ojos y sentí que esa luz que habitaba en él me reconocía. Una sensación de bienestar calmó la rabia y el miedo—. A sal. Y a libertad. A eso saben tus besos.

Él lo había sabido, desde el principio, de alguna forma. Esa soga que apretaba mi cuello y que apenas me dejaba respirar. El miedo. La necesidad de sobrevivir, incluso si a veces me preguntaba para qué. Si valía la pena seguir luchando.

—Se ha acabado —susurré.

—Todo depende, yo creo que no ha hecho más que empezar. —Me sonrió y me encontré haciendo exactamente lo mismo.

—¿Sabes?, igual no estás tan mal. —Se rio ante mi comentario.

—¿Solo vas a decirme eso? Puedes hacerlo mejor, en serio.

—Prefiero que no des todo por sentado —ronroneé.

—Cuando dices todo, ¿a qué te refieres?

—No quiero que pienses que estoy enamorada de ti, ni nada de eso.

—No, claro... —Puso los ojos en blanco.

—Ni que creas que haces que tenga sentido seguir existiendo.
—Ajá.
—Ni que me alegro de que te presentaras ese día en el local.
—¿Ni siquiera eso?
—No.
—¿Por algún motivo en especial?
—Porque entonces empezarías a tirar del hilo y, quizá, acabarías dándote cuenta de que yo también te quiero. —Me sonrió.
—Eso sería dramático, claro.
—Obvio. —Rio por lo bajo.
—¿Cuánto tiempo tenemos que fingir que es algo banal para que tu ego no se venga abajo?
—me preguntó divertido.
—Un par de décadas.
—Bueno, un par de décadas viviendo juntos a base de sexo diario me parece un buen plan.
—Me hizo reír—. Además, será una buena edad para tener unos cuantos mocosos.
—¿Perdona? —Me tensé, pero él me retuvo entre sus brazos, una sonrisa bobalicona en el rostro y ese deje de «sabes que hablo en serio, pero te daré tu tiempo para asimilarlo, un par de décadas, si es necesario»—. ¿En serio crees que sería una buena madre?
—La verdad es que sí.
—Era una pregunta retórica.
—A mí me ha sonado a que te asusta la idea, y eso que no soy un empático. Podríamos preguntarle a Jerom...
—¡Ni se te ocurra! —gruñí.
—¿Así que me ocultas algo? —ronroneó como si fuera un maldito cazador—. ¿Igual la idea no te parece tan descabellada como pretendes aparentar?
¿Hijos? ¿Yo? ¡Nunca me lo había planteado!
—Aún estoy asimilando eso de que estamos vinculados, ¿sabes? —protesté y él me sonrió.
—¿Tú también lo has notado?
¡Cómo para no hacerlo!
—Tal vez. —Se rio a carcajadas.
—No pareces demasiado molesta al respecto.
—Ya te diré de aquí a unos años.
—Eso suena a que te estás planteando esto a largo plazo. Ponle el nombre que quieras, me vale.
—A veces eres tan obstinado como detestable.
—No te olvides la parte de que te pongo caliente.
—Eso no es un gran logro por tu parte, puedo ser fuego en estado puro, ¿recuerdas?
—¿En la cama? No sabría decirte, igual tendrías que volver a demostrármelo.
—¿Me estás retando? —Alcé una ceja, inquisitiva.
—Obvio. Sé cuáles son tus puntos débiles.
—Eres lo peor.
—Sí, pero ve haciéndote a la idea de que soy tuyo. —Me miró con esa mezcla de calma y determinación que le caracterizaban.
—¡Como para no hacerlo!
—¿Nos vamos?

—¿A dónde? —le pregunté.

—Si es contigo, a cualquier sitio. —Le sonreí antes de cerrar los ojos.

Titubeé antes de buscar el rastro de la casa de la playa. Ahora que él formaba parte de mí, y yo de él, ya no era una extraña allí y sabía que las barreras de su abuela no me repelerían.

Cerré los ojos y dejé que esa realidad me acompañara mientras nos fundíamos entre las sombras.

Sebas tenía razón.

Daba igual el dónde, siempre que estuviéramos juntos.



Phe

AGOSTO se nos estaba escapando de entre los dedos sin apenas darnos cuenta.

Empezaba a familiarizarme con las particularidades de aquel montón de híbridos que al principio me había abrumado de forma considerable.

Nos sentamos en una de las mesas del local. Maritza estaba detrás de la barra y Damaris servía copas. A la prima de Sebas no había quien la sacara de allí: lo de jugar a hacer de camarera y rodearse de humanos la atraía como si fuera lo más, algo que era un tanto ridículo, pero para gustos, colores. Si por ella fuera, se hubiera instalado en el piso de arriba, pero por lo que sabía, alguien le había dicho que era poco apropiado; su capacidad de contener su verdadera forma por lo visto no era óptima. Sebas me había contado que su tía había tenido que borrarle la memoria a más de un profesor y algún que otro compañero de instituto. Era gracioso que intentara fingir que era algo que distaba mucho de su verdadera esencia, pero yo no era quién para criticarla.

Ingrid y Greta estaban sentadas con nosotros, porque una había tenido turno de tarde y la otra estaba de libranza. Sophie estaba ocupada metiéndole la lengua a un ruso que, según ella, estaba forrado.

A lo largo de las semanas, no había vuelto a servir copas porque ni necesitaba una coartada ni me apetecía perder el tiempo trabajando, pudiendo disfrutar de la compañía de Sebas, ahora que disponía de tiempo libre.

No me preocupaba nada que no fuera el ahora. Llevaba tanto tiempo sufriendo por el pasado y sin saber qué me depararía el futuro que me merecía no pensar y dejar que las cosas fueran acomodándose a su ritmo.

Sin embargo, nos habíamos convertido en asiduos al local y solíamos ir varias veces a la semana. A veces me inventaba alguna excusa, pero la verdad era que me apetecía ver a las chicas. Supongo que Sebas lo sabía, pero con eso en concreto no me chinchaba. Sobre lo nuestro, lo hacía a todas horas, para asegurarse de que me iba mentalizando y, por pesado, acabara cediendo en todas sus premisas, entre las que se incluía seguir viviendo juntos.

Al local a veces íbamos solos, pero en otras, la mayoría, nos acompañaba alguno de los primos de Sebas o se dejaban caer cuando ya estábamos allí, como si tal cosa, para pasar el rato con nosotros bien fuera en la playa, jugando a las palas o tomando una copa. Les gustaba juntarse. Hacer cosas juntos, quiero decir. Fuera la *pizza* de los viernes, para la que a veces venían de cualquier parte del mundo, incluso si no siempre se quedaban luego a dormir y tiraban de Dilan o Damaris para que los llevaran de vuelta a sus pisos; fuera una partida de *ping-pong* o de *vóley playa*. Allí Damaris y Dilan se llevaban la palma y disfrutaban restregándoselo a los mellizos, que eran tremendamente competitivos.

La horma de mi zapato. Ahora éramos tres los que acabábamos quejándonos al unísono cuando elevaban el vuelo y nos hacían una jugarreta de las suyas. Admito que, en alguna ocasión, me había decantado por volatilizar la pelota. En vez de cabrearse, eso solía hacer que se rieran a carcajadas, como si les divirtiera mi mal temperamento.

—Eres peor que tu hermano —le critiqué cuando vi que Sebas lanzaba un cacahuete al aire y lo atrapaba con la boca. Me ignoró e hice un puchero.

—¿Sigue con su novia? —me preguntó Greta que ahora le tiraba los trastos a Oscar, aunque lo hacía de una forma tan sutil que si no tuvieran esa sensibilidad suya, dudo que nadie se hubiera percatado.

—Asquerosamente felices, sí —le sonreí antes de añadir—: pero ese sigue soltero, por lo que sé.

Señalé a Jason con el mentón. Estaba volviendo del baño y, pese a la distancia, supuse que me había oído, porque hizo un mohín que intentó compensar con una pequeña sonrisa mientras me miraba con una expresión de esas de «donde las dan las toman».

Mala cosa. Era imposible ganar a uno de los empáticos.

Con David y sus hermanos siempre podía optar por enviarlos a la mierda. No es que fuera muy cordial ni educado por mi parte, pero no me lo tenían en cuenta. Ni yo que ellos fueran tan intensos. Que no pudieran mentir no sé si era más jodido para ellos o para los que teníamos que aguantarlos.

—Es una pena que se acabe el verano —remarcó Sebas, para evitar que mi amiga se ilusionara con su primo. Supongo que si hubiera habido chispa ya habría surgido un algo, porque ninguno de los Forns se caracterizaba por ser especialmente paciente.

—Ni que lo digas —aseguró Jason, sentándose junto a Ingrid—. Ha sido mucho más intenso que otros.

—¡Brindemos por ello! —Sebas levantó su copa y todos le seguimos. El ruido de las copas chocando seguía haciéndome gracia. Quizá porque nunca había hecho ese tipo de cosas, compartir una bebida y unas risas con un grupo de personas. Sin más.

—David se ha matriculado en un Máster de Criminología —nos informó Jason—. Ha tenido un ramalazo de esos suyos.

—¿Debería preocuparnos? —le cuestionó Sebas.

—¡A mí me encantan las series de criminales en serie! —nos informó Ingrid.

—Pues ese también está soltero, que el otro día me dijo Maritza que escuchó a una turista que lo abordaba... —empezó Greta.

—¿En serio? Hay que tener los ovarios bien puestos... —Ingrid se sonrojó—. Quiero decir que es un tío de esos superatractivos y seguro que es muy majo pero entre que habla poco y que tiene un algo...

—Te lo imaginas más de asesino en serie que de protagonista de la serie —se burló Jason, que era capaz de calar en las emociones y darle sentido como quien lee el periódico.

—¡No le digas que he dicho eso! —le pidió mi amiga, roja como un tomate.

—No te preocupes, será nuestro pequeño secreto —le aseguró Jason y le guiñó un ojo. Hice un mohín. Era un bribón, el tipo. Pobre de la chica a la que pusiera en su punto de mira, porque no tenía nada que hacer para evitar caer en sus garras. ¿Cómo no hacerlo cuando sabía qué sentías o pensabas a cada momento?

—¿Por qué debería preocuparos lo de David? —le pregunté a Sebas con curiosidad.

—Bueno, tienen ese algo, ya sabes, intuición. A veces pasan cosas cuando dejamos que ese

instinto nos guíe. Hay quien acaba en un local como este, o fumándose un cigarrillo en ninguna parte. —Supe que hacía referencia a su hermano. El día que conoció a Amanda.

—¿Acaso David...?

—Sigue mustio y hastiado como siempre —negó Jason y lo hizo con un tono hasta cierto punto lastimero, como si recordar cómo se sentían los lastres de su primo no fuera agradable.

—Todo a su tiempo —opinó Sebas.

—¿Has pensado qué vas a hacer en septiembre? —me preguntó Greta e hice un mohín. La música sonaba por los altavoces y, desde aquella mesa de la terraza, podía sentirse la brisa del mar.

El futuro. No tenía la más remota idea de adónde me llevaría.

Sebas pasó el brazo por detrás del respaldo de mi silla. Nos llevaría.

Me giré para mirarlo.

—¿Tú ya sabes lo que harás o pretendes holgazanear el resto de tu existencia? —le pregunté usando un tono quisquilloso, pero en vez de molestarse me regaló una de esas sonrisas amplias y generosas que me hacían sentir ese runrún en el estómago. Se sentían cálidas y me brindaban una alegría que ni siquiera sabía que sería capaz de sentir.

—Depende de lo que quieras hacer después de nuestra luna de miel.

—¿¿¿Perdona??!! —Greta chilló y dio un respingo que volcó un par de copas que había sobre la mesa. Ingrid se puso las manos en la boca y a mí se me encendieron las mejillas.

—No se refiere a eso —mascullé incómoda.

—O sí. —A Sebas le cortaba las pelotas cualquier día, en serio. Jason empezó a reírse a carcajadas. ¡Mierda! Se suponía que no podía leerme la mente, pero a veces parecía que sí que era capaz de hacer ese tipo de cosas.

—¡Por favor! ¡Que alguien me aclare esto! —Ingrid estaba abanicándose la cara en esos momentos y estaba roja como un tomate, al margen de que sus ojos estaban humedecidos y me vi venir que, si no solucionaba aquello pronto, acabaríamos con una inundación en la mesa.

Vi ese brillo travieso y truhan en su mirada y supe que Sebas no me ayudaría a solucionarlo. Quise intervenir, pero no fui lo suficientemente rápida, así que volvió a abrir su piquito de loro:

—Pues podríamos hacer algo aquí, a modo de despedida de la temporada o incluso montar algo para formalizar nuestro... compromiso. —Jason se estaba descojonando, y habíamos llegado a ese punto de confianza, por lo que le solté una patada por debajo de la mesa. Dio un respingo, pero en vez de contenerse aumentó sus carcajadas.

—¿¿¿Os habéis comprometido??!! Pero ¿cuándo fue eso?

—Antes de que la secuestrara. —Damaris apareció de la nada. Seguro que estaba aburrida y tenía la oreja puesta en nuestra cháchara—. Siempre he soñado con una boda de esas en las que todos van vestidos de blanco, con ropa informal, ya sabéis, de esas en las que se baila en la playa hasta la madrugada...

—Yo no —gruñí, intentando anular su aspecto soñador.

—Me debes una. —La mocosa elevó el mentón y me miró con una sonrisa arrogante.

—Sería bonito. —Ahí Sebas hizo que se me encogiera el estómago y captó mi atención—. Tú y yo, la playa en la que poco a poco nos conocimos, el mar y las estrellas de testigos. Me gustaría. Ya sabes que para mí nunca habrá otra: te quiero, Phe.

—Joder... —mascullé aquello, entre dientes, ignorando a todos los que nos estaban observando, porque solo tenía ojos para él. Sentí la calidez del vínculo que compartíamos y la sensación de que, incluso si a veces me daba miedo hacerme a la idea, yo tampoco quería que

hubiera ningún otro macho en mi vida—. Está bien.

Cedí y a nuestro alrededor sonaron vítores y hasta escuché algún que otro llanto emocionado, pero fueron los labios de Sebas los que me hicieron saber que volvíamos a tener un trato. Uno que se extendería en tiempo y en espacio porque ambos nos amábamos.

Sebas

NO ES QUE ESTUVIERA HUYENDO DE MI HERMANO ni me quejaba de tener a Amanda de cuñada, pero darles un poco de intimidad era de buena persona. Su felicidad era gratificante, en serio, pero, a ratos, me sentaba como un grano en el culo. Una cosa no quitaba la otra, así que me había instalado en la casa de la playa en cuanto había cerrado el último final, cual cobarde.

Quemé el asfalto al derrapar en una intersección. No es que aquí, en la isla en la que solíamos pasar el verano, hubiera muchas de esas avenidas que se cruzaban de forma caótica pudiendo llegar a cualquier parte. Aquí apenas había unas pocas carreteras asfaltadas que conectaban los diferentes pueblos que pacían tranquilamente a lo largo del invierno y que en verano estaban repletos de turistas.

Un poco como nosotros, que desde hacía años veníamos a pasar las vacaciones en tropel y la liábamos tanto como podíamos. Dentro de unos límites. Para bien o para mal, eso era algo que llevábamos tatuado en nuestro interior. Nuestra verdadera naturaleza era un tema complicado que nos hacía vivir en tierra de nadie. Una mierda, en resumen, especialmente para los que aún no habíamos encontrado alguien con el que compartir nuestras vidas.

Y teníamos las hormonas revolucionadas desde hacía años.

Alcé el mentón. Un rastro.

Eso no era lo que esperaba encontrar en aquella escapada en la que quería simplemente vaciar el depósito de mi Ducati para pasar el rato. Admito que me gustaba eso: la velocidad, el rugido del motor y la sensación de volar.

Lamentablemente, yo no podía hacer eso último, porque era en parte humano. Que no es que culpaba a mi madre, ni nada, pero no negaré que no me importaría que mi herencia paterna fuera dominante, como todo él, en ese aspecto en concreto. Quiero decir que, al margen del instinto de rastreador y esa tendencia a meternos en problemas que era muy suya, por desgracia, al ser híbridos, no habíamos heredado sus *otros* atributos. Como un par de alas, por poner un ejemplo.

Levanté la visera y cerré los ojos. El olor de neumático quemado no me facilitaba la tarea, pero algo había. Sutil. Un rastro.

Ladeé la cabeza.

No es que me hubiera planteado salir a cazar. Nadie del submundo, en su sano juicio, sería tan estúpido como para dejarse caer en ese territorio al que mi familia había procurado tal reputación que era temido y evitado a partes iguales. Siempre había excepciones, supuse.

Estuve tentado de enviarle un mensaje de texto a Dilan para que fuera a por mi hermano, pero decidí echar primero un vistazo. Oscar era de los que primero clavaban las garras y luego preguntan y su pareja, Amanda, era de gatillo fácil. ¡Adiós diversión!

Cambié el rumbo y seguí el rastro con cierta dificultad. Tuve que detenerme en cada cruce y tomarme mi tiempo antes de seguir adelante. Dilan no titubearía, pero mi primo juega en otra liga. Él no está diluido. Con lo bueno y con lo malo. Nada de partidos de *hockey*, de fiestas universitarias y de banalidades de ese tipo. Él se dedica a desmembrar a los tipos malos y, si está en uno de esos días chungos de la adolescencia, le da por alargar su agonía un poco más de lo estrictamente necesario. No se lo tenemos en cuenta.

De hecho, salir a patrullar con él es bastante divertido, aunque solo te deja las sobras. No es que eso a mi ego le moleste, nuestras diferencias son evidentes y cada uno tiene que lidiar con sus mierdas. Yo asumo que jamás volaré, por ejemplo; Dilan jamás vivirá con normalidad entre

humanos, porque tiene un mucho de su padre y acaba manipulándolos sin apenas darse cuenta. Es más demonio que otra cosa, incluso si es la mar de majo. Todo tiene sus pros y sus contras; si una cosa tengo clara, a estas alturas de la película, es que la perfección no existe.

Volví a detener la moto. Un pequeño camino de tierra se escabullía de la carretera principal; su rastro se sentía más real, así que no dudé en tomarlo. Vi un cartel que indicaba que faltaban unos pocos kilómetros para llegar a uno de esos bares que disponían de accesos privados a pequeñas calas paradisíacas, algo bastante habitual en esa parte de la isla, en la que abundaban pequeños edificios cuyas balconadas daban a una pared rocosa o a una playa besada por el azul oscuro de un mar infinito.

No solíamos ir a sitios así porque en general preferíamos disfrutar de nuestro tiempo en familia; y si una cosa nos caracterizaba, es que éramos una familia de lo más atípica que no encajaría en ningún lado. Si bien nuestra herencia demoníaca destacaba a primera vista, la mayoría de los primos éramos en esencia humanos, y luego estaban Lina o Paul, cuya ascendencia angelical era la nota discordante que podía ponernos en un aprieto si nos decantábamos por alguno de esos sitios regidos por demonios, como La Casa del Placer que dirigía un grupo de súcubos, viejos conocidos del padre de Dilan.

Así que nos encerrábamos en nuestros terrenos, protegidos por la magia etérea de nuestra abuela Ivette, y nos limitábamos a disfrutar del mar, de la música y de la noche a nuestra manera. Allí no teníamos que fingir ser algo que no éramos y eso estaba bien, porque muchos vivíamos durante todo el año entre humanos, pese a que tampoco encajábamos del todo.

La casa familiar que regía la cala nos había visto crecer. Y eso estaba bien, porque ya no éramos los críos que habíamos sido. Nuestros padres solían dejarnos en aquella mansión a nuestro aire, aunque se dejaban caer de tanto en tanto, algo que no es que siempre nos ilusionara especialmente. Mi padre porque no tiene filtro y acaba delatando su naturaleza más pronto que tarde y mi madre, como no envejece por el vínculo que posee con mi padre, acaba jugando a hacerse amiga de la tipa a la que pretendes ligarte para entretenerte un par de noches. Tenerla cerca tiene un efecto antimorbo.

Reduje la velocidad mientras seguía el camino iluminado por unos pequeños farolillos que supuse que se alimentaban con luz solar. Seguí avanzando hasta ver el edificio de dos plantas de paredes blancas. Una enorme parra cubría la mayor parte del cobertizo que servía de *parking*. Una cadena de luces diminutas pendía de las ramas y simulaban el cielo estrellado. Un lugar romántico. Con clase. Algo que no tenía por qué ser algo bueno.

Aparqué la Ducati en una de las plazas de coche libres, en plan ancha es Castilla. Obviaré la segunda parte. Nunca he estado en esa parte de España y, dadas mis peculiaridades, tampoco podría verificar la segunda parte del dicho. Cada uno tiene sus propios lastres. Los nuestros son un tanto atípicos, igual que nuestra mera existencia, o la de nuestros padres.

Castos, pero no puros, sería el resumen a grandes rasgos. Una vida de represión contra nuestros propios instintos hasta encontrar a nuestra compañera. De ahí que tener a Oscar y Amanda en la habitación de al lado estuviera desgastando mi paciencia y poniendo a prueba hasta dónde sería yo capaz de proteger mi maltrecha y poco deseada virtud. Las ganas de enviarlo todo a la mierda iban y venían como las mareas. Especialmente cuando tenía entre manos un par de buenas tetas.

Me saqué el casco y guardé los guantes dentro de él. Estudié a un grupo de chicas que estaba fumándose un cigarrillo en la entrada del local.

Deslicé la cremallera de la chaqueta de cuero negro y me acerqué a ellas. No tardaron en fijar

su atención en mi persona. Una mezcla de curiosidad, interés y recelo. Las dos primeras podían venir condicionadas por mi aspecto: pelo oscuro, ojos negros y unas proporciones corporales que sobresalían de la media. En el buen sentido. Espalda ancha, metro ochenta y ocho, rasgos masculinos y una sensualidad que me era innata.

Ni mi hermano mellizo ni yo habíamos tenido nunca problemas en lo referente a las mujeres. Teníamos ese algo de malotes que hacía que nos desearan a gritos, incluso si en realidad éramos en muchos sentidos un par de blandengues, pero no podíamos permitirnos según qué tipo de desliz, por mucho que nos pusieran calientes. Ser híbridos era a veces un tanto jodido.

Estuve tentado de quedarme un rato allí, con ellas, ofreciéndoles mi compañía a cambio de un cigarrillo, pero el rastro era cada vez más fuerte, así que opté por ceñirme a lo que me había llevado hasta allí y no me entretuve.

Aunque suelen menospreciarme por mi condición de híbrido, no quería que mi presencia alertara a mi objetivo. Mi intención era valorar si era o no una amenaza y, en caso de que fuera necesario, determinar si podía anularlo por mi cuenta o tenía que llamar a los refuerzos.

Estudié el local. Era bonito. Música *chillout*, ambientación cálida con luces amarillentas, cojines de colores distribuidos por doquier y mesas de madera. El olor del mar suavizaba el de las personas que se acumulaban por todos lados. Un camino iluminado con antorchas llegaba hasta la cala en la que la gente bailaba al son de una música algo más estridente que la que sonaba por los altavoces de la sala.

Seguí con la mirada a las personas que hablaban animadamente mientras el rastro se sentía más fuerte. Igual me estaba metiendo en problemas, pero no era persona de eludirlos y me apetecía un poco de acción, así que sonreí a la chica que vino a mi encuentro.

—¿Tienes una mesa reservada?

—No, pero me bastaría con tomarme una copa en la barra. —Me devolvió la sonrisa.

—¿Esperas a alguien? —No era tan estúpido como para no ser consciente de que me había dado un repaso de arriba abajo. En otras circunstancias, le soltaría un «A ti». Le temblarían ligeramente las piernas, su respiración se agitaría y quizá una risa entre coqueta y sorprendida sería su respuesta. Un sonrojo. Un teléfono apuntado en una servilleta, en el mejor de los casos. Pero no hoy.

—Estoy de paso. —Negué y ella asintió. Cogió un tablón de madera en el que había sujeto un papel con la carta y, tras sujetársela con ambas manos sobre el pecho, me pidió que la siguiera. Que conste que, por una vez, no había mirado demasiado en esa dirección, pese a que el escote era generoso y yo llevaba demasiado tiempo con las hormonas por las nubes.

La seguí entre las mesas, prestando atención a todos los presentes. Podía estar metiéndome en la boca del lobo, así que más me valía estar atento y centrarme en los rastros que me rodeaban y no en los contornos femeninos y el montón de carne expuesto a mi alrededor.

—Si quieres una recomendación, el Sex on the beach es una de nuestras especialidades. —Se sonrojó ligeramente mientras me tendía la carta y se mordió el labio inferior. ¿Una insinuación? Tal vez. Le sonreí, intentando mostrarme cortés, pero ese plan en concreto no podía permitírmelo, así que mejor no rascar para ver hasta qué punto me lo recomendaba *personalmente*.

No llegué a mirar la carta. El olor se volvió más intenso. Condenadamente fuerte.

Me giré lentamente y entonces la vi.

Allí, detrás de la barra, con un delantal negro, las tiras de un bikini del mismo color sobresaliendo en su nuca y unos *shorts* tejanos que apenas le tapaban las nalgas. ¡Pedazo culo!

Tenía aspecto firme pero era generoso, de esos que son de buen agarrar... Tentador. Me mordí el labio inferior mientras captaba su olor, llegando a la única conclusión obvia.

Estaba en el lugar apropiado y la persona que ostentaba un culo merecedor de un buen primer plano, esa que estaba detrás de la barra, podía ser muchas cosas, pero tenía la certeza de que no era una mujer cualquiera. De hecho, por no ser, ni siquiera era humana.

Buenas, loquis:

Tanto si este es el primer libro de «Ángeles Caídos» que leéis como si conocéis todas las historias publicadas hasta el momento de la familia Forns, gracias por acompañarme a lo largo de estas páginas.

Este año tengo la sensación de que nos depararán grandes cosas y espero que queráis acompañarme, como lleváis haciendo durante estos últimos años.

Quiero animaros a suscribiros en mi página web, así podréis acceder a un contenido extra exclusivo en el que encontraréis capítulos o escenas inéditas, además de fricadas varias de todas mis sagas, y recibiréis información de todas mis novedades. Os informo también de que ahí podréis comprar vuestros libros dedicados, así como algunos packs y ediciones especiales desde la tienda de mi web (envíos solo para España).

He de agradecer a todos los que me habéis acompañado a lo largo de esta aventura, a los que siguen al pie del cañón, adaptándose a mis tiempos locos —Vero 4ever— y a los que necesitan una temporada de estar en boxes —porque se han ganado un bien merecido descanso—, ¡esto no habría sido posible sin vuestra alegría y entusiasmo!

Y finalmente quiero pedirlos que me ayudéis a crecer dejando vuestras reseñas y valoraciones en Amazon o Goodreads, siguiendo mi cuenta de Instagram o TikTok @pujadascristina.

Me despido — ¡al fin! — con un hasta pronto y un ¡feliz lectura!

¡Sois los mejores!

Cristina

SIGUE DESCUBRIENDO A LA AUTORA:



ROM-URBAN-FANTASY-ADULT

[CAZADORES OSCUROS](#)

Sinopsis:

Existe una guerra antigua. Casi tanto como el propio hombre.

Criaturas oscuras que se alzan a la noche y valerosos guerreros milenarios que tratan de contenerlas. Pero quedan pocos cazadores. Muy pocos. Y sin ellos, la humanidad está condenada a desaparecer.

Solo un milagro podría cambiar ese destino. Magia antigua. La magia elemental de las Místicas.





Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Demonios, monstruos y magia.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

[SENSIBLES](#)

Sinopsis:

Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad Media y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea en Irlanda.

Temática: Dioses celtas, vikingos, hadas, magia elemental y brujas.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

[HISTORIAS DE HOMBRES LOBO](#)

Si te gustan las historias de cambiantes y hombres lobo, te enamorarás de La pérdida del alfa y de Lobos de Dóen. ¡No te pierdas esta trilogía! Disfruta de las historias de La Chica Lobo, El Cazador Cazado y La Loba Solitaria individualmente o en un recopilatorio muy especial.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.

Temática: Hombres lobo.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

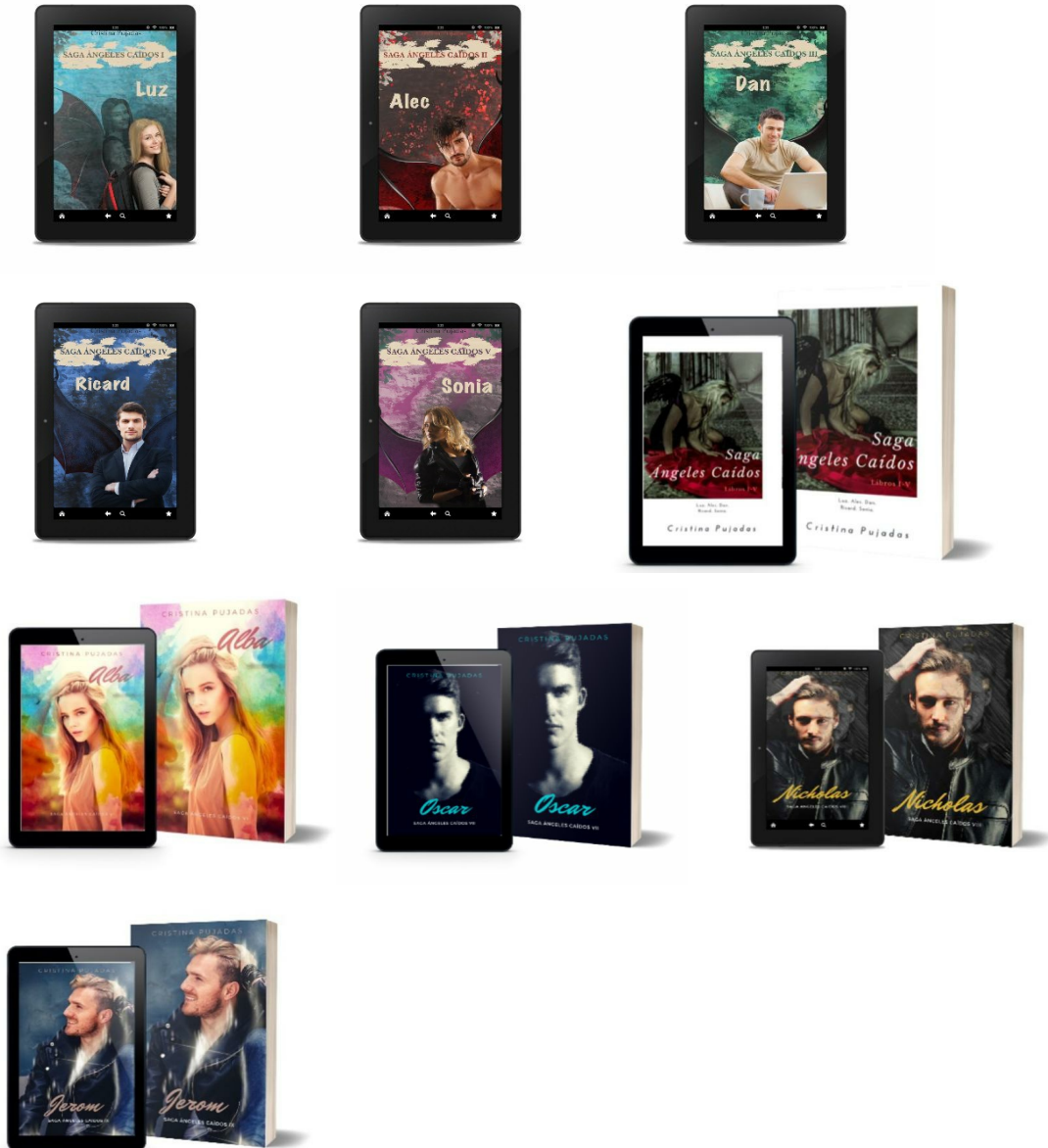
ROM-URBAN-FANTASY-YOUNG ADULT

ÁNGELES CAÍDOS

Sinopsis:

Ángeles y demonios. Vínculos para toda la eternidad. ¿Qué pasaría si un ángel de la guarda acabara enamorándose de un demonio mayor rastreador?

¡Descubre las historias de todos los miembros de la familia Forns!



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Ángeles y demonios.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

DUALES

Sinopsis:

Sophie oye una voz. Sam es una superviviente.

Un linaje antiguo extinguido.

Los secretos que pretendían ocultar serán desvelados.

Los fénix han vuelto y cambiarán el mundo de los duales.



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Cambiantes.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

INSTINTOS

¿Quieres la versión Kindle? Puedes acceder [al recopilatorio](#) o a los tres libros por separado: [El Despertar del Lobo](#), [El Ascenso del Vampiro](#) y [El Secreto de los Humanos](#).

Sinopsis:

Había pasado ya más de un siglo desde la Apertura, en la que algunas de las criaturas hasta entonces consideradas mitológicas, se convirtieron en una realidad en nuestras calles. Ser humano y vivir con criaturas capaces de convertirse en lobo y triplicar su fuerza o vampiros con cierta predilección por tu grupo sanguíneo, no es para nada fácil. Pese a vivir en un ambiente protegido, Atlantic se ve obligada a empezar a trabajar en una biblioteca cuando su universidad

la invita a buscar otras perspectivas de futuro al no pasar los exámenes. Decepcionada con el mundo, y consigo misma, se deja llevar cuando conoce a un cambiante, mitad hombre y mitad lobo, casi por casualidad. Pero a veces las casualidades vienen marcadas por el propio destino y ninguno de los dos podrá evitar dejarse llevar por esa atracción que les vincula de forma permanente, pese a sus diferencias. Ni Atlantic ni Jan, su lobo, pueden imaginarse que todo lo que conocen, o creen conocer, está a punto de cambiar.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.

Temática: Hombres lobo y vampiros.

Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

ROM-FANTASY-ADULT

IMPUROS

Sinopsis:

Siguiendo la estela de Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, descubre el fascinante mundo de fantasía, intriga y romance de *Impuros*. ¡No puedes perderte este inicio de saga!

Jade es hija de una de las estirpes más importantes de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrirse la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.



Género: Novela fantasía romántica.

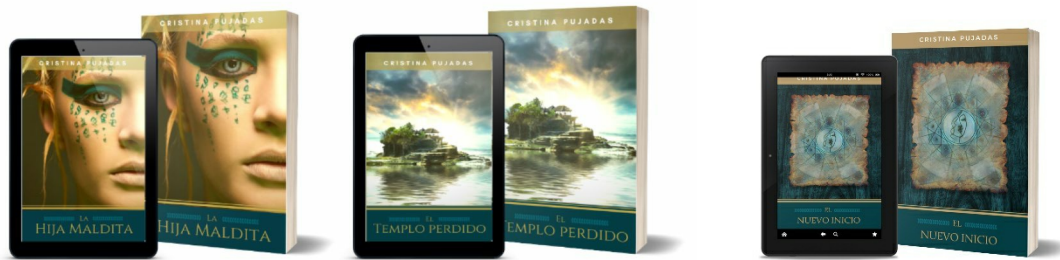
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-FANTASY-YOUNG ADULT

PUEBLOS PERDIDOS

Sinopsis:

Invisible. Su piel era dorada y sus ojos tenían el tono ambarino correcto de su raza, pero ningún dorado la vería como a un igual si miraba su cuello. Maldita. La Diosa Aurum la había condenado al nacer, al no marcar su piel con la runa de los dorados. Condenada a no ser una dorada en derecho pleno, había vivido encerrada dentro del Oráculo del Desierto sirviendo a las Videntes, protegida del mundo que había fuera. De los salvajes y de aquellos que podían despreciarla por no haber sido marcada. Sin embargo, la tranquilidad con la que ha vivido Aina se ve alterada cuando es convocada por el Consejo tras la muerte del Rey dorado de Do-Urh, para participar en los Juegos de Honor y enfrentarse al resto de jóvenes dorados para determinar quién será el nuevo Rey. Aina se ve obligada a alejarse de su hogar con la esperanza de conocer a su padre y descubrir el origen de su maldición. En ese fascinante viaje, no podrá evitar enamorarse de Derek, un joven explorador dorado, mientras crea nuevos y extraños aliados. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida sin reservas, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Derek.



Género: Novela fantástica juvenil de aventuras con toques de romanticismo.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

URBAN FANTASY-JUVENIL

TRILOGÍA AL OTRO LADO

Sinopsis:

Noelia y Gabriela son amigas desde la infancia, de esas amistades en las que a veces una sabe más de la otra que ella misma. Noelia sabe que Gabriela vive parcialmente escondida a su sombra, intentando ser normal. Aunque no lo es completamente. Ignorando esas diferencias y los secretos que oculta, han crecido juntas aspirando cosas normales de chicas normales, hasta que la aparición de Niloy, un chico de aspecto peligroso y carácter un tanto inestable, hace que Gabriela tenga que asumir que parte de lo que toda la vida ha estado ocultando es real, y no fruto de su imaginación. Porque desde su primer encuentro, Gabriela y Niloy han sabido reconocer que al margen de los sentimientos y la atracción que hay entre ellos, hay mucho más sobre lo que son y de cuál es su destino. Pero para poder seguir adelante en esta emocionante aventura, necesitarán de sus amigos y de las personas que, desde siempre, le han acompañado.



Género: Novela fantástica romántica con ambientación contemporánea.

Público: Juvenil

Temática: Dragones, sombras y poderes elementales.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

ROM-CONTEMPORÁNEA-ADULT

CÓMO CONQUISTAR A UN GENIO

Sinopsis:

Tras trabajar en multinacionales y grandes centros científicos, Fa decidió buscar un poco de normalidad y sociabilizar con otros seres humanos, algo que no se le da especialmente bien. Musa esconde un pasado, se entretiene escuchando la radio de la policía mientras elabora complejos algoritmos y hace de dependienta en un *sex shop* para pasar el rato. La gran estrella deportiva, Math Damon, sonríe mucho en televisión, pero es solo cuando está detrás de una pantalla que su verdadera pasión se hace evidente. Nolan disfruta manipulando números, personas y todo lo que le venga en gana; para él la vida es un juego que sabe que va a ganar... aunque eso lo convierte, al mismo tiempo, en algo aburrido.

Cuatro amigos.

Cuatro genios solo parcialmente comprendidos.

¿Puede existir el amor para alguien como ellos?



Género: Novela romántica contemporánea.

Temática: Genios y robos informáticos.

Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

